

## La Obra del Espíritu Santo/Volumen 2: Introducción

Por [Abraham Kuyper](#)

### Volumen 2: La Obra Del Espíritu Santo en el Individuo

#### I. El Hombre que Dios Ha de Formar

“He aquí, yo derramaré mi Espíritu sobre vosotros, y os haré saber mis palabras.”—Prov. i. 23. Hasta ahora, la discusión se ha limitado a la obra del Espíritu Santo en la iglesia como un *todo*. Ahora consideraremos Su obra en las *personas* como individuos.

Hay una diferencia entre la iglesia como un todo y sus miembros como individuos. Está el *cuerpo* de Cristo, por un lado, y los *miembros* que constituyen partes del cuerpo. Y el carácter de la obra del Espíritu Santo en uno, es necesariamente diferente al del otro.

La Iglesia, que nace por el deleite divino, es completa en la eterna perspectiva y propósito de Dios, y la elección soberana ha determinado su curso completo.

El mismo Dios que ha contado el número de cabellos sobre nuestras cabezas, también ha contado los miembros del Cuerpo de Cristo. De la misma manera en que todo nacimiento está ordenado de antemano, cada nuevo nacimiento cristiano en la iglesia está divinamente predestinado.

El origen y despertar de la vida eterna vienen del cielo; no de la criatura, sino del Creador, y se basan en Su libre y Soberana elección. Y así permanece, no es una mera decisión, sino un *acto* divino, igualmente decisivo, que lleva a cabo y realiza por completo la decisión. Esta es la *omnipotencia* espiritual de Dios. No es como el hombre, que experimenta; Él es Dios, quien jamás niega la obra de Sus manos, y persiste en llevar a cabo, irresistiblemente, todo lo que le deleita. Por tanto Sus decretos se convierten en historia; y la Iglesia, cuya forma es diseñada por la voluntad de Dios, debe nacer, incrementar y perfeccionarse de acuerdo al consejo de Dios a través de las edades; y ya que Su consejo es indestructible, las puertas del infierno no prevalecerán en contra de la Iglesia. Esta es la base de la seguridad y consolación de los santos. No tienen otra base de confianza. Adquieren la plena convicción con la cual profetizan en contra de todo lo visible y fenomenal por el hecho de que Dios es Dios, y por ser Dios, todo lo que a Él le place, permanece.

En la obra de la gracia, no hay rastro de casualidad o fatalidad; Dios ha determinado no sólo su fin, sin decidir la forma en la cual se llevaría a cabo, sino que, en Su consejo, ha preparado cada medio para llevar a cabo Su decisión. Y en Su consejo, se revelan formas que el ojo humano no puede seguir ni comprender. La omnipotencia divina se adapta a la naturaleza de la criatura. Causa el crecimiento de sus cedros del Líbano, y que aumenten los toros de Basán; pero alimenta y fortalece a cada uno de acuerdo a su propia naturaleza. El cedro no come pasto, y los toros no escarban en la tierra en busca de su alimento.

El decreto divino determina que por medio de sus raíces el árbol absorba los líquidos del suelo, y que por la boca el toro ingiera su comida y la transforme en sangre. Y Él honra Sus propios decretos al proveer alimento en el suelo para uno y pasto en el campo para el otro.

El mismo principio prevalece en el Reino de la Gracia. Dios ha dado, al hombre como sujeto del Reino, y al mundo moral que le pertenece, un organismo distinto al del buey, cedro, viento o arroyo. Los movimientos de este último, son plenamente mecánicos; el arroyo *debe* descender por la montaña. Actúa en forma distinta sobre los toros y los árboles; y aun de otra manera en los seres humanos. En el ser humano, las fuerzas químicas funcionan mecánicamente y son distintas a las del toro y del cedro. Y aparte de estas, hay fuerzas morales en el hombre que Dios también opera *de acuerdo a su naturaleza*.

Sobre este argumento, nuestros padres consideraron que la idea fanática de que en la obra de gracia el hombre fuera un mero bloque de materia, era indigna frente a Dios; no porque le atribuyera algo al hombre, sino porque muestra a un Dios que niega Su propia obra y decretos. Al crear un toro o un árbol o una piedra, cada uno distinto del otro, dándoles una naturaleza

propia, no puede violar esta condición, sino adaptarse a ella. Luego, todas Sus operaciones espirituales están sujetas a las disposiciones del decreto divino del hombre como un ser espiritual; y esta particularidad hace de la obra de la gracia una obra extraordinariamente hermosa, gloriosa y adorable.

Porque, si Dios tratara al hombre mecánicamente, como a un bloque de materia, no nos engañemos entonces hablando de la obra de gracia como si fuera algo glorioso. No habría misterio para los ángeles, sino una obra de omnipotencia inmediata que de pronto deshace y recrea todas las cosas. Para admirar la obra de la gracia, debemos considerarla tal cual ha sido revelada, es decir, como una obra compleja e insondable, por medio de la cual Dios se adapta a las necesidades del ser espiritual del hombre, frágiles y variables; y revela Su omnipotencia venciendo los enormes e interminables obstáculos que la naturaleza humana pone en Su camino.

Incluso el alma de Dios tiene sed de amor. Todo Su consejo puede reducirse a un pensamiento: que en el fin de los tiempos Dios tenga una Iglesia que entienda Su amor y pueda darle de ese amor de vuelta. Pero el amor no puede ser decretado, ni puede ser forzado de alguna manera que no sea espiritual. No puede derramarse en el corazón del hombre mecánicamente. Para llegar a ser cálido, refrescante, y satisfactorio, el amor debe ser avivado, cultivado ypreciado. Por tanto, Dios no derrama ni siquiera una gota de amor en los corazones de Su pueblo, pues eso produciría instantáneamente amor en ellos. Más bien, demuestra Su amor mediante Aquél, que estaba en el principio con Dios y era Dios, quien con inmensurable amor muere por el hombre en una cruz.

Esto sería irrelevante si el hombre fuera un mero bloque de materia. Dios sólo tendría que crear amor en sus corazones, y el hombre lo amaría por pura necesidad, tal como la estufa emite calor cuando se prende. Pero el amor que se ilustra con tanta calidez en la Biblia no es irrelevante cuando Dios lidia con los seres espirituales de forma espiritual. Por lo tanto, la cruz de Cristo es una manifestación del amor divino, el cual supera enormemente toda concepción humana; consecuentemente ejercitando este irresistible poder sobre todos los escogidos de Dios.

Y aquello que es preeminentemente verdadero y evidentemente amoroso, es verdad en cada parte de la obra de gracia—en cada una de sus etapas. En ella Dios nunca se niega a sí mismo, ni a sus decretos ni planes para los cuales el hombre fue creado. Así, es glorioso que por un lado Dios haya concedido al hombre los medios para tal resistencia, y por otro lado, haya superado divina y majestuosamente dicha resistencia por la omnipotencia de Su gracia redentora.

Cuando el apóstol testifica: “Así que somos embajadores, en nombre de Cristo, *como si Dios rogase por medio de nosotros*; os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios” (2 Cor. v. 20), revela tal profundidad del misterio del amor, que finalmente las relaciones son literalmente revertidas, de manera que el Dios santo implora a Sus criaturas rebeldes, quienes en realidad debieran rogarle a Él por misericordia.

La tradición cuenta de seres misteriosos ejerciendo su fascinación irresistiblemente sobre viajeros y marineros hasta tal punto que estos últimos se lanzan *voluntariamente* a la destrucción, sin embargo, *en contra* de su propia voluntad. De acuerdo a la revelación divina, esta tradición, de una forma revertida y santa, se ha convertido en realidad. Aquí también, hay una fascinación todopoderosa, finalmente irresistible para el pecador condenado: permitiéndose a sí mismo ser atraído en contra de su voluntad y, sin embargo, voluntariamente, la eterna miseria no lo acarrea *hacia* la destrucción sino *fuera de ella*.

Sin embargo, la maravillosa obra del amor apenas se puede analizar. Los amantes nunca saben quién fue el que atrajo y quién fue atraído, ni cómo el amor llevó a cabo su atracción en medio de la lucha de afectos. El amor es demasiado misterioso como para revelar sus variadas obras y cómo estas obras se entrelazan. Esto se aplica en mucho mayor medida al amor de Dios. Todo santo conoce por experiencia, que finalmente se convirtió en algo irresistible y que prevaleció, pero no logra expresar cómo se logró la victoria. Esta obra divina viene sobre nosotros desde alturas y profundidades infinitas, nos afecta misteriosamente, y en el comienzo

era tal la escasez de luz espiritual, que uno apenas puede tartamudear acerca de estas cosas. ¿Quién entiende el misterio del nuevo nacimiento? ¿Quién tenía conocimiento cuando fue entretejido curiosamente en las partes más profundas de la tierra? Y si esto se llevó a cabo inconscientemente, ¿cómo podemos comprender nuestro nacimiento espiritual? Es evidente que, subjetivamente, es decir, dependiendo de nuestra experiencia personal, no sabemos absolutamente nada acerca de éste; y todo lo que se dijo y puede decirse al respecto, se conoce directamente por la Escritura. A Dios le ha complacido levantar sólo una punta del velo que cubre el misterio—no más de lo que el Espíritu Santo consideró necesario para fortalecer la fe, para la gloria de Dios y el beneficio de otros en el tiempo de su nacimiento espiritual. Por tanto, en esta serie de artículos sólo intentaremos sistematizar y explicar lo que Dios ha revelado para que Sus hijos sean dirigidos espiritualmente.

Nada puede estar más lejos de nuestras intenciones que instruirnos en cosas demasiado elevadas para nosotros, o penetrar los misterios que se han escondido de nuestra vista. Donde la Escritura se detiene, nosotros nos detendremos; a las dificultades que queden sin explicar no añadiremos lo que sólo puede ser el resultado de la estupidez humana. Pero donde la Escritura proclama incuestionablemente el poder soberano de Jehová en la obra de gracia, ni la crítica, ni las burlas del hombre nos impedirán demandar sumisión absoluta a la soberanía divina y a darle la gloria a Su nombre.

## II. La Obra de Gracia, Una Unidad

“Porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado.”—Rom. v. 5.

El fin último de todos los caminos de Dios es que Él sea todo en todo. No puede dejar de trabajar hasta que haya entrado en las almas de los hombres. Tiene sed del amor de las criaturas. En el amor del hombre hacia Dios, desea ver las virtudes de Su propio amor glorificado. Y el amor debe nacer del ser del hombre que habita en el corazón. Es imposible dar suficiente alabanza a la obra de gracia efectuada por el consejo divino. Desde el Paraíso hasta Patmos, revelada a profetas y apóstoles, es trascendentemente profunda, abundante y gloriosa. Fue preparada en el mismo Emanuel, quien ascendió al cielo, quien ha recibido dones para los hombres—sí, para los rebeldes también—para que el Señor Dios pueda morar entre ellos. Esta obra de gracia excede las alabanzas de hombres y ángeles. Sin embargo, la mayor gloria y majestad, se muestra sólo cuando vence la rebelión que opera en el alma, mostrando su luz al hombre para que glorifique al Padre que está en los cielos. Consecuentemente, el derramamiento del Espíritu Santo es la corona por sobre todos los eventos de salvación, porque revela *subjetivamente*, en percepción de las personas como individuos, la gracia revelada hasta ahora objetivamente.

Claramente, en los días del antiguo pacto, la gracia salvífica obró en el individuo, pero siempre mantuvo una característica preliminar y especial. Creyentes del antiguo pacto “no recibieron lo prometido, proveyendo Dios alguna cosa mejor para nosotros, para que no fuesen ellos perfeccionados aparte de nosotros.” (Heb. xi. 39, 40) Y la dispensación de la salvación personal, en su carácter normal, sólo comenzó cuando, finalizada la obra de reconciliación y habiendo resucitado Emanuel, llegó silenciosamente el otro Consolador a enriquecer a los miembros del Cuerpo de Cristo.

De ahí que el propósito del Dios Trino mueva todas las cosas inexorablemente hacia esta gloriosa consumación. La compasión divina no puede dejar de trabajar hasta que la obra de salvación del alma no haya comenzado. En toda la obra preparatoria, Dios se dirige persistentemente a sus escogidos; no tan sólo después de la caída sino incluso antes de la creación, Su sabiduría se deleitaba en el mundo terrenal, y “Sus delicias eran con los hijos de los hombres.” (Prov. viii. 31) Desde la eternidad Él conoce a todos los que recibirán Su gloriosa luz. No le son extraños aquellos quienes, al pasar las edades, Él descubre infructíferos al ser examinados, o a ser forjados para llegar a ser sujetos apropiados y útiles de acuerdo a sus respectivos méritos; no, nuestro fiel Dios de Pactos, nunca es un extraño ante ninguna de Sus criaturas. Creó a todos, y decretó cómo debían ser creados; no han sido creados y luego predestinados; sino predestinados y luego creados. Aun así, la criatura no es independiente del Señor, ya que antes de que haya palabra en Su boca, conoce todas las cosas; no por

información de lo que ya existía, sino por conocimiento divino de lo que habría de venir. Aun las relaciones de causa y efecto que conectan las etapas de su vida se encuentran desnudas y abiertas delante de Él; nada se esconde de Él; y Dios conoce mucho más íntimamente al hombre de lo que el hombre se conoce a sí mismo.

Las aguas de salvación que descienden de la cima de la montaña de la santidad de Dios no corren hacia campos desconocidos. Sus cauces están preparados, y recorriendo los montes se encuentran con los pastizales que han de regar.

Por tanto, aunque mayor claridad demanda divisiones y subdivisiones en la obra de gracia, éstas en realidad no existen; la obra de gracia es una *unidad*, es un hecho eterno y continuo, que procede del vientre de la eternidad, avanzando sin parar hacia la consumación de la gloria de los hijos de Dios que será revelada en el gran Día del Señor. Por ejemplo, aunque en el momento de la regeneración Dios llamó a las cosas que no eran, con todo lo que contienen inherentemente como en un germen, esto no debe ser representado como si Dios abandonara el alma del hombre por veinte o treinta años. Porque aun este aparente abandono es una obra divina. Contenido por su amor, hubiera preferido volcarse a sus escogidos, a sus criaturas perdidas, para encontrarlos y salvarlos inmediatamente. Pero Él mismo se abstuvo, si así podemos expresarlo; pues este mismo abandono, este temporal escondimiento de su rostro, obra finalmente para bien como medio de gracia en la hora del encuentro del amor para lograr la eficacia de la gracia en aquella alma amada.

Por tanto, la salvación de un alma, en su ser personal, es una obra eterna, ininterrumpida y continua, cuyo punto de partida es el decreto y su punto final es la glorificación delante del trono. No contiene nada formal ni mecánico. No hay un periodo de dieciocho siglos previos durante el cual Dios está preparando la gracia objetiva sin llevar a cabo ninguna obra de gracia sobre el individuo. Tampoco hay salvación preparada sólo para posibles almas cuya salvación permanecía incierta. No, el amor de Dios nunca obra hacia lo *desconocido*. Él es perfecto y Sus caminos son perfectos; por tanto, Su amor siempre contiene la elevada y santa marca: proceder de corazón a corazón, de persona a persona, conociendo y leyendo a la persona con conocimiento perfecto. Durante los tiempos en que Caín fue juzgado; mientras Noé y sus ocho aguardaban en el arca; mientras Abraham fue llamado y Moisés conversaba con Jehová cara a cara; mientras los videntes profetizaban; el Bautista apareció en público, Jesús subió al calvario y San Juan veía visiones—durante estos tiempos Dios nos conocía (si somos Suyos), la presión de Su amor se dirigía firmemente hacia nosotros, nos llamó antes de existir para que llegásemos a existir, y cuando llegamos a existir, guió cada uno de nuestros días. Cuando nos rebelamos contra Él y Él apartó Su rostro de nosotros, aun ahí, nos guió como nuestro pastor, fiel y verdadero. Sin duda todas las cosas *deben* ayudar a bien a los que aman a Dios, incluso las vidas y características de sus ancestros—*ya que ellos son los llamados* de acuerdo a Su propósito.

En vez de ser frío y formal, es un acto de amor, lleno de vida, derramándose, desprendiéndose hacia fuera. Desde su fuente en las montañas más altas, atravesando incontables montes para alcanzarte, fluye el amor divino, sin descansar, hasta derramarse en *tu alma*. Por eso el apóstol se jacta de que finalmente el amor encontró su bendito fin en su persona y en la amada iglesia de Roma. “Ahora tenemos paz con Dios, *porque* el amor de Dios (que se mueve hacia nosotros desde la eternidad) finalmente nos ha alcanzado, y *es derramado en nuestros corazones*.” Esto no quiere decir que *nosotros* poseamos un amor puro, sino que el amor de Dios por Sus escogidos, habiendo descendido de lo alto, venciendo todo obstáculo, se ha derramado en las profundas cavidades de nuestros corazones regenerados.

A esto Él le suma la gracia de lograr que el alma entienda, beba, y deguste de este amor. Y cuando el alma contrita y llena de lástima se pierde en los deleites del amor y la adoración de su eterna compasión, la gloria de Dios resplandece con mayor brillo y su deleite con los hijos de los hombres se completa.

Sin embargo, cuando el Dios Trino anticipa la llegada y glorificación de los santos desde antes de la fundación del mundo, las Escrituras revelan claramente que esta *llegada y glorificación* es la obra del Espíritu Santo. El amor de Dios es derramado en nosotros por el *Espíritu Santo* quien nos ha sido dado.

Las Escrituras le dan un lugar prominente a la obra del Espíritu Santo; no para excluir la obra del Padre y del Hijo, sino para que esta obra personal sea solamente ejercida por el Espíritu Santo. La Escritura lo presenta con tanta fuerza que el Catecismo no se equivoca al explicar tres puntos de nuestra santa fe: de Dios el Padre y nuestra Creación; de Dios el Hijo y nuestra Redención, y de Dios el Espíritu Santo y nuestra Santificación. Y esto no es de sorprenderse, pues:

En primer lugar, como ya hemos visto, en la economía del Dios Trino, es el Espíritu Santo quien mantiene el contacto más cercano con la criatura y lo llena de Sí mismo. Luego, es Su labor peculiar entrar en el corazón del hombre, y allí en sus recesos íntimos, proclamar las gracias de Dios hasta que él cree.

Segundo, Él lleva toda la obra del Dios Trino a su consumación. Es así como Él perfecciona la obra de la gracia objetiva mediante la salvación de las almas, realizando su propósito final. Tercero, Él aviva. Pasando por encima de las aguas del caos, respira aliento de vida en el hombre. En perfecta armonía con esto, el pecador, muerto en delitos y pecados, no puede vivir a menos que sea avivado por el Espíritu de Avivamiento, a quien la Iglesia siempre ha invocado, diciendo: "Veni, Creator Spiritus."

Cuarto, Él toma lo de Cristo y lo glorifica. El Hijo no distribuye Sus tesoros, sino el Espíritu Santo. Y ya que todo el plan de salvación de los redimidos consiste en el hecho de que hombres muertos y corazones marchitos sean unidos a Cristo, la fuente de Salvación, debemos alabar al Espíritu Santo por llevar a cabo esta obra.

Luego, en el deseo constreñido de amor divino por la salvación individual de criaturas escogidas, pero a la vez perdidas, la obra del Espíritu Santo ocupa, evidentemente, el lugar más conspicuo. Nuestro conocimiento de Dios no es completo a menos que lo a Él conozcamos como bendita Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Pero "como nadie llega al Padre sino es por Mí," (Juan xiv. 6) y "nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquél a quien el Hijo quiera revelar," nadie puede venir al Hijo si no es por medio del Espíritu Santo y nadie puede conocer al Hijo si el Espíritu Santo no se lo revela.

Pero esto no implica en absoluto la separación, aun en pensamiento, entre las Personas Divinas. Esto destruiría la confesión de la Trinidad, substituyéndolo por la falsa creencia del triteísmo. ¡No! Es el mismo Dios eternamente subsistiendo en tres Personas. La verdad de nuestra confesión brilla en el entendimiento de la unidad de la Trinidad. El Padre jamás se encuentra sin el Hijo, ni el Hijo sin el Padre. Y el Espíritu Santo jamás podría venir a nosotros o trabajar en nosotros si el Padre y el Hijo no cooperan con Él.

### III. Análisis Necesario

"Vamos adelante hacia la perfección; no echando otra vez el fundamento."—Heb. vi. 1.

Para sistematizar la obra del Espíritu Santo en el individuo, primero es necesario considerar la condición espiritual *antes* de la conversión.

Una mala comprensión de este punto, nos lleva al error y a la confusión. Produce una confusión en las diversas operaciones del Espíritu Santo que nos lleva a utilizar los mismos términos para cosas distintas. Esto confunde los propios pensamientos de uno llevando a otros a desviarse. Es más notorio en ministros que discuten el tema en términos generales, a quienes les eluden las definiciones claras y consecuentemente terminan reiterando trivialidades.

Tal predicación impresiona poco o nada; su monotonismo es tedioso; acostumbra el oído a la repetición; carece de estímulo para el oído interno. Y la mente, que no puede permanecer inactiva frente a impunidad, busca alivio mediante sus propios métodos, muchas veces en incredulidad, alejada de la obra del Espíritu Santo. Las palabras "corazón," "mente," "alma," "consciencia," "hombre interno," se usan indiscriminadamente. Existen *frecuentes* llamados a la conversión, regeneración, renovación de vida, justificación, santificación, y redención; mientras el oído no se ha acostumbrado a distinguir, en cada uno de éstos, algo especial y una

revelación peculiar de la obra del Espíritu Santo. Y al final, este tipo de predicación caótica impide la discusión inteligente de temas divinos, ya que aquél que se ha iniciado o instruido profundamente no será comprendido por otros.

Sobretudo, protestamos solemnemente en contra de aquella apariencia piadosa que esconde un vacío interno de este tipo de predicación que dice: "Mi Evangelio simple no da cabida a estas diminutas distinciones; estas prueban el escolasticismo seco con el cual mentes quisquillosas aterrorizan a los hijos de Dios, llevándola al cautiverio de la letra. ¡No! El evangelio de mi Señor debe mantenerse lleno de vida y Espíritu: por lo tanto, libérenme de estas liviandades."

Sin duda hay algo de verdad en esto. Mediante el análisis seco de verdades refrescantes para el alma, las mentes abstractas tienden a robar el gozo y consuelo de almas más simples. Discuten temas espirituales en términos más de mestizaje del latín con el inglés, como si el alma no tuviera parte con Cristo a menos que sea experta en el uso de estas palabras bastardas. Aterrorizar al débil así demuestra al orgullo y a la auto-exaltación. Y efectivamente es un orgullo muy torpe, porque el conocimiento del cual se enorgullecen, se adquiere, meramente, por el uso de la memoria.

Tal externalización de la fe cristiana es ofensiva. Substituye la genuina piedad por una lengua fluida, y la justificación por la fe por la justificación mental. Por consiguiente, la piedad del corazón es reemplazada por la de la mente, y en vez del Señor Jesucristo, Aristóteles, el maestro de la dialéctica, se convierte en salvador.

Abogar o defender tal caricatura está lejos de nuestro propósito. Creemos que nuestra salvación depende completamente de la obra de Dios en nosotros, y no en nuestro testimonio; y aquél pequeño con labios tartamudos, pero trabajado por el Espíritu Santo, precederá a aquellos vanos escribas en el camino hacia el Reino de los Cielos. Que nadie imponga el yugo de sus propios pensamientos sobre otros. Sólo el yugo de Cristo encaja en el alma del hombre. Ahora, aun así, el Evangelio no perdona la superficialidad, ni aprueba la basura.

Claro, hay una diferencia. No requerimos que nuestros hijos se aprendan los nombres de todas las venas y músculos del cuerpo humano, de las posibles enfermedades que podrían afectarle, y los contenidos de los fármacos. Sería una carga para estos pequeños, quienes son más felices no teniendo consciencia del organismo que acarrear. Pero el doctor que no está muy seguro de la localidad de estos órganos; quien, despreocupado de los detalles, está satisfecho con conocer las generalidades de su profesión; quien se equivoca en la receta de los remedios, incapaz de diagnosticar el caso correctamente, será prontamente destituido para recibir a alguien que pueda discriminar mejor. Y hasta cierto punto se requiere lo mismo de toda persona inteligente. Los hombres bien informados no debieran ser ignorantes respecto a los órganos vitales del cuerpo humano y sus funciones principales; madres y enfermeras deberían informarse aun mejor.

Lo mismo se aplica a la vida de la Iglesia. Aquellos con menos dones no entienden las distinciones de la vida espiritual; incapaces de masticar carne, deben ser alimentados sólo con leche. Tampoco es bueno cargar y aburrir a los niños con frases que van mucho más allá de su comprensión. Hay que enseñarle a ambos de acuerdo al "son de su música." Que un niño hable de cuestiones religiosas discriminando términos, inquieta el sentir espiritual. Pero no así con el médico espiritual, o sea, *el ministro de la Palabra*. Si se expulsa a un veterinario por no tener capacidades para su trabajo, con mayor razón se debiera expulsar a aquellos quienes, fingiendo curar y tratar el alma, traicionan su propia ignorancia de las condiciones y actividades de su vida espiritual. Por lo cual, insistimos que todo ministro de la palabra, debe ser un especialista de esta anatomía y fisiología espiritual; familiarizado con las diversas formas de enfermedad espiritual y siempre preparado, por la plenitud de Cristo, para escoger correctamente los remedios espirituales que se requieren.

Y pedimos el mismo conocimiento, aunque no en el mismo grado, de todo hombre o mujer inteligente. El doctor o abogado que sonrío ante nuestra ignorancia de los principios básicos de su profesión, debiera avergonzarse de igual manera, al traicionar su propia ignorancia de la condición de su alma. En la vida espiritual, cada talento debiera captar nuestro interés. Todo

hombre debiera desarrollarse simétricamente. Debiera ser capaz de distinguir las cuestiones espirituales y las necesidades de su alma de acuerdo al rango de visión, a la fortaleza de sus poderes y profundidad de discernimiento. Que este conocimiento se encuentre sólo en torno a nuestros hombres simples y temerosos de Dios y no en las clases más altas, es una seria y deplorable señal de nuestros tiempos.

El conocimiento que tiene poder en la esfera espiritual, y es capaz de sanar, no viene en términos afuerinos, no se expende en las variadas formas de la crítica bíblica, interesándose solamente en razonamientos filosóficos, logrando que las almas hambrientas sean alimentadas con piedras en vez de pan; sino que busca, sistemáticamente, la Palabra y obra de Dios en el alma del hombre, y comprueba que el hombre ha estudiado las cosas que debe ministrar a la iglesia.

Consecuentemente, nuestros líderes espirituales, quienes han reemplazado este conocimiento espiritual por la crítica y apologética en las universidades y en las clases de catequesis, tienen mucho por lo cual responder. Durante los últimos treinta años, este conocimiento se ha abandonado en estas instituciones. Y como se perdió tal conocimiento, la predicación se tornó monótona y gran parte de la iglesia se perdió. Se mantenía siempre un ojo y un oído abiertos a la obra objetiva del Hijo, pero la obra del Espíritu Santo fue abandonada y despreciada. Consecuentemente, la vida espiritual se ha hundido a tal grado que, mientras un tercio de la plenitud de la gracia que es en Cristo Jesús se conoce y honra, el hombre afirma que está predicando a Cristo y a este crucificado.

Por tanto, la discusión de la obra del Espíritu Santo sobre el individuo demanda que dejemos de lado las sendas de la superficialidad y de las generalidades y avancemos hacia el análisis más cuidadoso, aún existiendo el riesgo de ser tildados de "buzos escolásticos." Las operaciones del Espíritu Santo sobre diversas partes de nuestra condición deben ser distinguidas y tratadas en forma separada; no sólo en los escogidos, sino también en los no escogidos, ya que no son las mismas. Es cierto que las Escrituras enseñan que Dios hace brillar el sol sobre buenos y malos, y que Su lluvia cae sobre justos y pecadores para que en la naturaleza toda buena dádiva que viene del Padre dé luces y sea conocida por todos; pero en el Reino de la gracia no es así. El Sol de justicia muchas veces brilla sobre uno, dejando a otro en oscuridad; y las gotas de gracia riegan el alma de uno mientras otros permanecen absolutamente privados de ella. Cristo también fue puesto como tropiezo para muchos en Israel; y aun esto es causado por el testimonio del Espíritu Santo. No tan sólo el sabor de la vida, sino también el sabor de la muerte alcanza al alma por medio del Espíritu Santo; tal como el apóstol declaró respecto a aquellos que, habiendo recibido el don del Espíritu Santo, se perdieron. Es debido atender cuidadosamente a Su actividad en ellos, y la condición de ellos cuando comienza Su obra de salvación o endurecimiento.

Claramente, este no es el lugar para discutir exhaustivamente la condición del hombre caído. Esto requiere una investigación especial. Muchas cosas que en otra sección requerirán mayor detalle, aquí se tocarán brevemente. Pero servirá para nuestro propósito si logramos entregar al lector una visión lo suficientemente clara de la condición del pecador para que nos pueda comprender cuando discutamos la obra del Espíritu Santo en el pecador.

Por pecador entendemos al hombre tal cual es, vive y se mueve por naturaleza, sin los efectos de la gracia. En aquel estado está muerto en delitos y pecados; alienado de la vida de Dios; completamente depravado y sin fuerza; pecador, y por ende culpable y bajo condenación. No sólo muerto, sino también tendido en medio de la muerte, hundiéndose, cada vez más profundo en los abismos de la muerte, la cual se ensancha por debajo de él si no examina su caminar hasta que la muerte eterna sea revelada.

Este es el pensamiento fundamental, la idea madre, el concepto principal de su estado. "Por un hombre entró el pecado al mundo, y la muerte por el pecado, y así pasó la muerte a todos los hombres." (Rom. v. 12) Y "la paga del pecado es la muerte." (Rom. vi. 23) "El pecado, siendo consumado, da luz a la muerte." (San. i. 15) Para ser trasladado a otro estado, uno debe pasar de la muerte a la vida.

Pero hay que analizar esta idea general de la muerte en sus diversas relaciones. Con este fin, es necesario determinar qué solía ser el hombre, y qué llegó a ser después de esta muerte espiritual.

#### IV. Imagen y Semejanza

“Hagamos al hombre a Nuestra imagen y semejanza.”—Gen. i. 26.

Es gloriosa la declaración que hace Dios cuando introduce el origen y la creación del hombre: “Y Dios creó al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó.” El significado de estas importantes palabras fue discutido recientemente por el conocido profesor Dr. Edward Böhl, de Viena. De acuerdo al Dr. Böhl, esta frase se debe leer: El hombre fue creado “en” no “a” imagen de Dios, la imagen no se encuentra en la *naturaleza* o ser del hombre, sino fuera de él, en *Dios*. El hombre fue simplemente *puesto* en el resplandor de Su gloria. Por tanto, al permanecer en esa luz, viviría en esa imagen. Sin embargo, al salir de ella, caería y retendría su propia naturaleza, la cual es igual antes y después de la caída.

En el idioma holandés, la preposición "en" no conlleva el mismo sentido de "conforme a" que dice el español, sino denota un estado de permanencia o moción limitada en el espacio, tiempo o circunstancia.<sup>[1]</sup>

En la discusión acerca de la corrupción de la naturaleza del hombre consideraremos la opinión de este profesor de Viena, altamente estimado. Permítanos decir que en este punto rechazamos esta opinión, en la cual vemos un regreso al error de Roma. No podemos concebir el carácter negativo que presenta Böhl acerca del pecado, el cual es la base de esta representación del pecado. Más aun, se opone a la doctrina de la Encarnación y de la Santificación que declaraba la Iglesia Reformada. Por lo tanto, consideramos más apropiado, primero, explicar la confesión de los padres respecto a esto, y luego mostrar que dicha representación es inconsistente con la Palabra.

Al aceptar el relato de la Creación como una revelación directa del Espíritu Santo, reconocemos su absoluta credibilidad en cada parte. Aquellos que no la aceptan o, como muchos teólogos éticos, niegan su interpretación literal, no tienen voz en esta discusión. Si estamos seriamente interesados en la exposición del relato, no jugando con palabras, debemos estar completamente convencidos de que Dios realmente dijo: “Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza.” (Gen. i. 26) Pero al negarlo y considerar que estas palabras son meras representaciones de cómo alguien, animado por el Espíritu Santo, presentó a sí mismo la creación del hombre, no podemos deducir nada de ellos. Luego no habría seguridad alguna de que sean divinas; sólo sabríamos que un hombre piadoso las *atribuyó* a los pensamientos de Dios y las puso en Su boca cuando era simplemente su propio relato respecto a la creación del hombre:

Por lo tanto, la infalibilidad de la Sagrada Escritura es nuestro punto de partida. Vemos en Gen. i. 27 un testimonio directo del Espíritu Santo; y creemos con plena certeza que estas son las palabras del Todopoderoso dichas antes de crear al hombre. Con esta convicción, ellas tienen decisiva autoridad; por lo tanto, inclinados ante ella, confesamos que el hombre fue creado a imagen y semejanza de Dios.

Esta declaración, en conexión con todo el relato, muestra que el Espíritu Santo distingue claramente la creación del hombre a la del resto de la creación. Todas eran manifestaciones de la Gloria de Dios, porque Él vio que era bueno; un efecto de Su consejo divino pues encarnaban un pensamiento divino, pero la creación del hombre fue especial, fue más elevada y más gloriosa; porque Dios dijo: “Hagamos al hombre a Nuestra imagen y semejanza.”

Por lo tanto, el sentido general de estas palabras es que el hombre es totalmente diferente a todos los otros seres; que esta especie es más noble, rica y gloriosa; y sobretodo, que la mayor gloria consiste en el vínculo más íntimo y relación más cercana que tendría con el Creador. Esto se aprecia en las palabras *imagen* y *semejanza*. En todas Sus obras creadoras, el Señor habla, y se hace; Él ordena, y todo existe. Hay un pensamiento de Su consejo divino, una voluntad para ejecutar, y un acto omnipotente para realizarlo, pero nada más; los seres son



creados enteramente *fuera y aparte* de Él. Pero la creación del hombre es completamente distinta. Claro, está el pensamiento divino que procede de Su eterno consejo, y lo lleva a cabo mediante Su omnipotente poder; pero esta nueva criatura está conectada con la imagen de Dios.

De acuerdo al significado universal de la palabra, la imagen de una persona es la concentración de sus características esenciales que generan la misma impresión de su ser. Sea mediante lápiz, pintura o fotografía, un símbolo, una idea o una estatua, la imagen siempre será la concentración de características esenciales del hombre o de una cosa. Una *idea* es una imagen que concentra esa descripción sobre el campo de la mente; una estatua de marfil o bronce, etc., pero independiente de la forma en que se expresa, en esencia, la imagen es una concentración de diversas características del objeto que representa el objeto a la mente. No debemos perder de vista este significado fijo y definido. La imagen puede ser imperfecta, sin embargo, mientras sea posible reconocer el objeto en ella, aun cuando la mente deba suplir lo que falta, sigue siendo una imagen.

Esto nos dirige hacia una observación importante: el hecho de que podemos reconocer a una persona de una foto fragmentada, comprueba la existencia de la "imagen del alma," una imagen impresa por medio del ojo en el alma. Ocupando la imaginación, esta imagen nos permite ver a esa persona mentalmente aún en su ausencia y sin su retrato.

¿Cómo se obtiene tal imagen? No la podemos crear, pero la persona, al mirarlo, la dibuja en la retina para luego proyectarla en el alma. En fotografía, no es el artista ni su aparato, sino las características de nuestro rostro que por arte de magia dibujan nuestra imagen sobre la placa. De la misma forma, la persona que recibe nuestro mensaje es pasiva, mientras que nosotros, al ponerla en su alma, somos activos.

Luego, en el sentido más profundo, cada uno de nosotros lleva su propia imagen en o sobre su rostro, y la introduce en el alma del hombre o la imprime sobre la lámina del artista. Esta imagen consiste en características que, en conjunto, forman nuestra peculiar expresión de individualidad. Un hombre forma su propia sombra sobre un muro a su imagen y semejanza. Cada vez que damos una impresión externa de nuestro ser, lo hacemos a nuestra imagen y semejanza.

Volviendo a Gen. i. 27, luego de estas observaciones preliminares, notamos la diferencia entre (1) la imagen divina por la cual fuimos creados a semejanza, y (2) la imagen que, consecuentemente, se hizo visible en nosotros. La imagen por la cual el hombre fue creado a semejanza es una, y la imagen que se imprimió en nosotros es otra bastante distinta. La primera es la imagen de Dios, por medio de la cual, fuimos creados a semejanza, la otra es la imagen creada en nosotros. Para prevenir confusiones es necesario mantener la distinción entre ellas. La primera existía antes que la segunda, porque de lo contrario, ¿cómo pudo haber creado Dios al hombre a Su semejanza?

No es de extrañarse que muchos han llegado a pensar que tal imagen y semejanza se referían a Cristo, quien es "la Imagen del Dios invisible," (Col. i. 15) y la "fiel imagen de Su Sustancia." (Heb. i. 3) No son pocos los que han aceptado como parte de su doctrina. Sin embargo, junto a nuestros mejores ministros y maestros, creemos que es un error. Pues está en conflicto con las palabras, "Hagamos al hombre a Nuestra Imagen y Semejanza" (Gen. i. 26) la cuales deben significar que el Padre se dirigía al Hijo y al Espíritu Santo. Algunos dicen que estas palabras se dirigen a los ángeles, pero esto no puede ser ya que el hombre no es creado a imagen de ángeles. Otros dicen que el Padre se dirigía a sí mismo, motivándose a sí mismo a ejecutar Su diseño, usando la persona "Nosotros" como un plural usado para referirse a la majestad, pero esto no coincide con el uso del singular en la frase que viene inmediatamente después: "Y Dios creó al hombre a Su imagen." (Gen. i. 27)

Por tanto, nos unimos a la explicación de los ministros más sabios y piadosos de la Iglesia: al usar estas palabras el Padre se dirigía al Hijo y al Espíritu Santo. Luego, la unidad de las tres personas se expresa en las palabras, "Y Dios creó al hombre a Su semejanza" y la imagen no se refiere sólo a la del Hijo. ¿Cómo podría el Padre decirle al Hijo y al Espíritu Santo: "Hagamos al hombre a la imagen del Hijo"?

Luego, esa imagen se debe entender como la concentración de las características de Dios, por medio de las cuales se da a conocer a Sí mismo. Y ya que sólo Dios puede darse a conocer a Sí mismo, se deduce que la imagen de Dios es la representación de Su Ser, eternamente existente en la consciencia divina.

Consideramos “Imagen” y “Semejanza” como sinónimos; no porque no se pueda hacer una diferencia; sino más bien porque en el v. 27 la palabra “semejanza” ni se menciona. Por tanto, nos oponemos a la explicación de que “imagen” se refiere al alma y “semejanza” al cuerpo, permitiendo que por la unión indisoluble del cuerpo y alma, las características de la imagen de Dios deben tener un efecto secundario en el cuerpo, el cual es Su templo; sin embargo, no hay una buena razón para estar de acuerdo con esta distinción tan precaria entre la imagen y semejanza. Entonces, la imagen por la cual fuimos creados a semejanza, es la expresión de Dios tal como existe en Su propia conciencia.

Considerando esto, la pregunta que sigue es: ¿Qué había o hay en el hombre que hizo que Dios lo creara a Su imagen?

## V. Justicia Original

“Porque en Él vivimos y nos movemos y somos; como algunos de nuestros propios poetas han también han dicho: porque linaje Suyo somos.”—Hch. xvii. 28.

Es bastante peculiar la característica de la Confesión Reformada, la cual, más allá de cualquier otra confesión, humilla al *pecador* y enaltece al hombre *libre de pecado*.

Empequeñecer al hombre no es bíblico. Al ser un hombre pecador, caído y al dejar de ser un *verdadero hombre*, debe ser humillado, reprendido y quebrantado interiormente. Pero el hombre creado divinamente, llevando el propósito divino o restaurado por la gracia omnipotente sobre los elegidos, es digno de adoración, ya que Dios lo ha hecho a Su propia imagen. Por estar tan en alto cayó tan bajo. Era un ser grandioso, y por eso pasó a ser un ser tan detestable. La excelencia del primer hombre es la fuente de su posterior maldición.

Se dice que nuestra doctrina sólo empequeñece al hombre mientras nuestra era actual acertadamente lo aprecia y exalta; pero aun considerando todo elogio y alabanza, nuestra actual era jamás ha concebido un testimonio más exaltado que el que da la Escritura cuando dice: “Dios creó al hombre a Su propia imagen.” (Gen. i. 27) Protestamos en contra del grito de nuestra era, no porque dice *demasiado* respecto al hombre, sino porque dice *muy poco* al expresar que el hombre es glorioso aun en su *condición caída*.

¿Qué pensarías del hombre que, pasando por tu jardín marchitado y destruido por una tormenta, dijera que los tallos rotos y flores cubiertas de barro son magníficos? Y justamente esto es lo que hace nuestra era actual. Caminando por el jardín de este mundo, marchito y alterado por la tormenta del pecado, reclama en éxtasis, lleno de orgullo: “¡Cuán glorioso es el ser humano! ¡Cuán justo y excelente!” Y el botanista, al ver su jardín completamente destruido, diría: “¿A esto llamas bonito? Debieras haber visto cómo se veía antes de que la tormenta lo destruyera.” Así que le decimos a nuestra era: “¿Llamas a este hombre caído glorioso? Comparado a lo que debería ser, no tiene absolutamente ningún valor. Pero fue glorioso antes de que el pecado lo arruinara, brillando en toda la belleza de su imagen divina.”

Por tanto, nuestra doctrina lo exalta a su mayor gloria. Después de la gloria de haber *sido creados a imagen de Dios* viene la gloria de *ser Dios mismo*. Tan pronto como el hombre presume ser Dios, arroja de inmediato toda la gloria de sí mismo; es el pecado detestable de querer ser como Dios. Si se afirma que aun en el paraíso prevalecía la ley de que sólo Dios es grandioso y la criatura no es nada frente a Él, diríamos que aquel que fue creado a imagen de Dios no puede aspirar a más que ser un reflejo de Dios; excluyendo la idea de estar sobre o en contra de Dios. Por tanto, está claro que el hombre original fue glorioso y excelente; por lo cual el hombre caído es despreciable y miserable.

Entonces, ¿ha perdido el hombre caído la imagen de Dios?

Esta pregunta fundamental controla nuestra perspectiva del hombre en todo sentido, y por ende requiere de análisis exhaustivo; especialmente porque las opiniones de creyentes respecto a esta pregunta son diametralmente opuestas entre sí. Algunos dicen que después de la caída el hombre mantuvo algunos aspectos, otros dicen que perdió la imagen por completo.

Para evitar todo mal entendido, antes debemos decidir si ser creado a la imagen de Dios (1) se refiere *sólo* a la *justicia original*, o (2) también incluye la naturaleza del hombre, la cual llevaba puesta esta justicia original. Si la imagen divina consistía sólo en la justicia original, entonces, claramente, se *perdió completamente*; porque cuando el hombre cayó perdió su justicia para siempre. Pero si la imagen de Dios se imprimió sobre su *ser*, *naturaleza*, y sobre su *existencia humana*, entonces no puede desaparecer completamente; ya que, por muy hundido que esté en el pecado, el hombre caído sigue siendo hombre.

No queremos decir que quedó algo espiritualmente bueno en el hombre; entre los que finalmente se pierden, aun en los más hundidos en pecado quedará alguna evidencia de que fueron creados a imagen de Dios. No nos queda ni la menor duda de adherirnos a la opinión de los padres que, si los ángeles, incluso Satanás, fueron originalmente creados a la imagen de Dios (lo cual la Escritura no afirma concluyentemente), aun el diablo con toda su inmundicia mostraría algunas características de esa imagen.

No queremos decir que después de la caída el hombre tuviera alguna voluntad, conocimiento, o cosa buena; y aquellos que infieren esto de la frase “algunos restos quedan” del Artículo xiv. de la confesión de fe, pervierten su enseñanza original. Aunque reconoce que algunos restos quedan, posteriormente afirma que “toda la luz que estaba en nosotros cambió a oscuridad”; y antes dice que “el hombre se convirtió en un ser perverso, malvado y corrupto en todos sus caminos,” y que “ha corrompido toda su naturaleza.” Por consiguiente, estos “restos no pueden entenderse como restos de vigor, voluntad o deseo de bondad.” No, el pecador en su naturaleza caída es enteramente condenable y no tiene, como dice el artículo, “ningún entendimiento que se conforme al entendimiento y voluntad de Dios, sino lo que Cristo ha formado en el hombre, lo cual nos enseñó cuando dijo: ‘Sin mí, nada podéis hacer.’” Por tanto, derribamos toda sospecha de que buscamos algo bueno en el hombre pecador. Junto a las Escrituras confesamos: “No hay justo, ni siquiera uno. No hay nadie que entienda, no hay nadie que busque a Dios. Todos se han descarriado, a una se hicieron inútiles, no hay quien haga lo bueno, ni siquiera uno.”

¿Pero cómo se concilia esto? ¿Cómo pueden ir juntas estas dos verdades? Por un lado el pecador no tiene nada, absolutamente nada digno de ser adorado; y por otro lado, ¡aún mantiene características de la imagen de Dios!

Hagamos una ilustración. Dos caballos se vuelven locos; uno es un común caballo de carro, el otro es un noble semental árabe. ¿Cuál es más peligroso? El último, por supuesto. Cuando se suelte, su sangre noble lo hará violentamente incontrolable. Otro ejemplo: dos empleados trabajan en una oficina; uno es un simple trabajador no muy inteligente, el otro un joven brillante con mente aguda. ¿Quién podría hacerle más daño a su jefe? Por supuesto que el segundo. Todos sus esquemas mostrarían su superioridad en la dirección contraria. Este es siempre el caso. No hay enemigo más peligroso de la verdad que un incrédulo instruido en la religión. En todo su enojo impío muestra su instrucción y conocimiento superior. Satanás llega a ser tan poderoso porque antes de su caída fue excesivamente glorioso. Luego, en la caída, el hombre no dejó su naturaleza original, la mantuvo, sólo que su actuar se revirtió, corrompiéndose y dándole la espalda a Dios.

Cuando el capitán de una nave de guerra traiciona a su rey y levanta la bandera del enemigo, lo primero que hace no es derribar su propio barco, sino que lo mantiene tan eficiente como puede, y con su armamento intacto, hace exactamente lo que no debería hacer. “Optimi corruptio pessima!” dice el proverbio del sabio—esto es, a mayor excelencia, mayor peligro tiene su desertión. Si el almirante tuviera la posibilidad de elegir el barco que lo traiciona, diría: “Que sea el más débil, porque la desertión del más fuerte es más peligrosa.” En cada ámbito de la vida es una realidad que las cualidades más extraordinarias de un ser o una cosa no desaparecen cuando su acción es revertida, si no que se mantienen igualmente extraordinarios pero para mal.

En este sentido entendemos la caída del hombre. Antes de la caída tenía el organismo más exquisito, que se dirigía según impulsos santos hacia los propósitos más altos. Revertido por la caída, este precioso instrumento humano se mantuvo pero dirigido por impulsos impíos y hacia objetivos impíos.

Comparando al hombre con un barco, su caída no echó perder su motor; sin embargo, antes de la caída se movía hacia los propósitos de Dios, y después de ella se movía en dirección opuesta. De hecho, tan rápido como navegaba hacia la felicidad, ahora navega hacia su perdición, lejos de Dios. Al mantener su moción, la caída se hizo aun más terrible, y más segura su destrucción. Por lo tanto, mantenemos ambas posturas: el hombre mantuvo sus características excelentes, y su destrucción es evidente a menos que haya un nuevo nacimiento.

Ahora, de la imagen divina debemos ser cuidadosos en mantener:

Primero, el organismo artístico y maravilloso llamado *naturaleza humana*.

Segundo, la dirección hacia la cual se dirigía, es decir, hacia los fines más santos, en que Dios creó al hombre originalmente justo.

Que Dios haya creado al hombre bueno y a su imagen no significa que Adán estaba simplemente en un estado de inocencia en el sentido de que no había pecado; ni tampoco que estuviera perfectamente equipado *para llegar a ser santo* al ir ascendiendo a un mayor desarrollo; sino que fue creado siendo realmente justo y santo, indicando no un grado de desarrollo, sino más bien, su estado. Esta era su *justicia original*. Luego, todo lo que salía de su corazón, todas sus inclinaciones, eran perfectas. No carecía de nada. Sólo en un aspecto difería su condición bendita a la de los hijos de Dios: podía perder su justicia, pero ellos no. De estas dos partes que constituyen la imagen divina—primero, el organismo artístico del ser humano; segundo, la justicia original, en la cual el hombre se movía naturalmente—la segunda se pierde completamente, y la primera se revierte; pero el ser del hombre, aunque fue completamente arruinado, permaneció igual, para obrar hacia objetivos contrarios, en maldad e injusticia. De ahí que las características o efectos secundarios de la imagen divina no se encuentran en las cosas buenas que permanecen en el hombre, sino *“en todo lo que hace.”* El pecado del hombre no podría ser tan terrible si Dios no lo hubiese creado a *Su imagen y semejanza*.

Por tanto, las Escrituras dicen que todos se han descarriado, que todos han llegado a ser inmundos, y que todos han sido destituidos de la gloria de Dios; y al mismo tiempo declara que incluso este hombre es creado a imagen de Dios—Gen. ix. 6—y a Su semejanza—Santiago iii. 9.

## **VI. Roma, Socino, Arminio, Calvino**

“Y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad.”—Ef. iv. 24.

No es de extrañarse que creyentes acepten diferentes perspectivas acerca del significado de la imagen de Dios. Este es el punto de partida que lleva a cuatro caminos distintos. La más mínima desviación en el punto de partida te lleva a una representación completamente diferente de la verdad. Por eso, cada cristiano creyente y racional, deliberadamente debe elegir uno de estos cuatro caminos.

Primero, el camino de Roma, representado por Belarmino.

Segundo, el de Arminio y Socino, que van mano a mano.

Tercero, el de gran parte de los luteranos, dirigido por Mellanchthon.

Finalmente, el camino trazado por Calvino, el de los Reformados.

La iglesia de Roma enseña que la justicia original del hombre no pertenece a la imagen divina, sino a la naturaleza humana como gracia sobreañadida. Citando a Belarmino, primero el hombre es creado en dos partes, cuerpo y espíritu; segundo, la imagen divina se estampa en parte en el cuerpo, pero primeramente en el espíritu humano, donde yace la consciencia moral y racional; tercero, hay un conflicto entre la carne y el espíritu, la carne lujuriando en contra del espíritu; cuarto, el hombre tiene un deseo e inclinación natural hacia el pecado que, como deseo, no se considera malo a menos que se efectúe el deseo; quinto, en Su gracia y compasión Dios le dio al hombre, independiente de su naturaleza, su justicia original como defensa y válvula de seguridad para controlar la carne; sexto, a través de su caída el hombre repulsó su justicia sobreañadida. Por tanto, como pecador, vuelve a su naturaleza desnuda, la cual se inclina naturalmente hacia el pecado, así como también sus deseos son pecaminosos. Creemos que los teólogos romanos concordarán que ésta sería su comprensión corriente respecto a este tema. De acuerdo al Catechismus Romanus, (Pregunta 38): “Dios, del polvo, le dio un cuerpo al hombre, de tal forma que participara de la inmortalidad, no por virtud de su naturaleza, sino por gracia añadida. Para con su alma, Dios lo creó a Su imagen y semejanza, y le dio libre albedrío; además [*proeterea*, luego, no perteneciendo a su naturaleza], templó sus deseos de tal manera que continuamente obedecieran el dictamen de su razón. Aparte de esto, derramó en él justicia original y le dio dominio sobre toda criatura.”

La perspectiva de Socino, y la de Arminio que lo seguía de cerca, es completamente diferente. Es sabido que los socinianos negaban la deidad de Cristo, quien, tal como enseñaban, habría nacido como hombre. Más encima (y mediante esto desviaron a los polacos y húngaros), ellos creían que Jesús *habría llegado a ser* Dios. Por tanto, después de su resurrección, podía ser adorado como Dios. Pero, ¿en qué sentido? ¿Que se le dio la naturaleza divina? De ninguna manera, en las Escrituras, los magistrados, siendo investidos con divina majestad que les daba autoridad para ejercer autoridad, eran llamados “dioses.” Esto se aplicaba a Jesús quien, después de Su resurrección, recibió poder sobre todas las criaturas eminentes. Luego, Él es vestido completamente de divina majestad. Si un pecador, como magistrado, es llamado dios, ¿cuánto más podemos decir que Cristo es Dios porque se dice que fue vestido con divina autoridad?

Para apoyar esta perspectiva falsa de la divinidad de Cristo, los socinianos adulteraron la doctrina de la imagen de Dios, haciéndola equivalente al dominio del hombre sobre los animales. En su opinión, esto también era un tipo de majestuosidad, que contenía algo divino, lo cual era imagen de Dios. Luego, el primer Adán, habiéndose vestido de majestad y dominio sobre una parte de la creación, era descendiente de Dios y creado a Su imagen. El segundo Adán, Cristo, también se vistió de dominio y majestad sobre la creación y, por lo tanto, las Escrituras lo llaman Dios.

El hecho de que los remonstrantes también adoptaron esta representación doblemente falsa, se aprecia concluyentemente en lo que escribió el modesto profesor Limborch al comienzo del siglo dieciocho: “Esta imagen consistía en el poder y posición que Dios le dio al hombre sobre toda la creación. Mediante este dominio muestra claramente la imagen de Dios en la tierra.” A esto agrega: “Para ejercer dicho poder, fue dotado de gloriosos talentos. Pero éstos son sólo medios. El dominio sobre los animales es el elemento principal.” Luego podemos inferir que el animal más bravo y fiero de entre los animales más mansos, jugando con leones y tigres como si fueran mascotas, sería el tierno hijo de Dios. Lo decimos con toda seriedad y sin burla alguna, para mostrar la necedad del sistema sociniano.

La perspectiva luterana, como veremos más adelante, ocupa el lugar intermedio entre la Iglesia de Roma y la Iglesia Reformada.

Lo principal (reconocido por la representación del Dr. Böhl) es que la imagen divina es meramente la justicia original. No niegan que el hombre, en su naturaleza y ser, muestra hermosura y excelencia que recuerdan la imagen de Dios; pero la verdadera imagen no es la naturaleza del hombre, ni su ser espiritual, sino la sabiduría y justicia con la cual fue creada por Dios. Gerhardt escribe: “La verdadera similitud con Dios se encuentra en el alma del hombre, en parte, en su inteligencia, en parte, en sus inclinaciones morales y racionales; estas tres formas de excelencia constituyen su justicia original.” Y Bauer: “Con toda propiedad, esta imagen de Dios consiste de algunas perfecciones de voluntad, intelecto, y sentimiento que Dios

creó junto al hombre (*concreatas*), que corresponde a la justicia original.” Por tanto, la doctrina luterana enseña que la imagen propia de Dios se perdió completamente, y que el pecador antes de la obra de gracia es como un bloque de materia, atado e incapaz aun de mover el mentón.

Los reformados, por el contrario, siempre han negado este punto, enseñando que la imagen de Dios, o de igual forma, Su semejanza, no sólo consistía en su justicia original, sino que incluía el ser y la personalidad del hombre; no sólo su estado, sino también su ser. De ahí que la justicia original no es algo adicional, sino que su ser, naturaleza y estado estaban originalmente en preciosa armonía y relación causante. Ursino dijo: “La imagen de Dios se refiere a: (1) la sustancia inmaterial del alma con sus dones de conocimiento y voluntad; (2) todo conocimiento de Dios y de Su voluntad creado en el interior del hombre; (3) con santas y justas motivaciones del corazón e inclinaciones del alma; (4) el gozo supremo, paz santa y abundancia de todo deleite; y (5) el dominio sobre las criaturas. Nuestra naturaleza moral refleja la imagen de Dios en todos estos aspectos, aunque de forma imperfecta. San Pablo describe la imagen de Dios desde la verdadera justicia y santidad, sin embargo, no excluye la sabiduría y conocimiento interior de Dios con el cual el hombre fue creado. De cierta forma lo presupone.”

Estas cuatro perspectivas respecto a la imagen divina presentan cuatro opiniones contrarias y claramente definidas. Los socinianos conciben la imagen de Dios completamente exterior al hombre y su ser moral, consistiendo en el ejercicio de algo que se asimila a la *autoridad divina*. El católico romano sí busca la imagen divina en el hombre pero la separa del ideal divino, es decir, la justicia original es puesta sobre él como vestiduras. El luterano, tal como el sociniano, ubica la imagen divina fuera del hombre, exclusivamente sobre la divinidad, la cual no la considera como foránea o extraña al hombre sino calculada y originalmente creada para Él (sin embargo, distinta de Él). Finalmente, los reformados afirman que toda la personalidad del hombre es la imagen de Dios impresa sobre su ser y atributos; por tanto, naturalmente, le pertenece aquella perfección ideal que se expresa en la confesión de la justicia original. Sin lugar a dudas, la confesión reformada es la expresión más pura y excelente de la revelación bíblica; por lo cual la aceptamos con profunda convicción. Sostiene que Dios creó al hombre a Su imagen; no sólo *su naturaleza*, como diría la Iglesia de Roma; no sólo su *autoridad*, como dirían los socinianos; no sólo su *justicia*, como dirían los luteranos. Su imagen divina no se refiere sólo a un atributo, estado o cualidad del hombre, sino al hombre, todo su ser; porque creó al *hombre* a Su imagen; y cualquier confesión que se distancie de esto, se aleja de la afirmación bíblica, esto es, del testimonio del Espíritu: “*Hagamos* al hombre a Nuestra imagen y semejanza,” (Gen. i. 26) y no “*Restauramos* al hombre a nuestra imagen.”

La imagen de Dios no se encuentra sólo en la *personalidad* del hombre, como sostienen los teólogos *vermittelungos* (de la mediación), siguiendo a Fichte. Claramente la personalidad del hombre le pertenece, pero esto no es todo, ni siquiera el elemento principal. La personalidad nos *contrasta* a nuestros semejantes, y el contraste no puede venir de la imagen de Dios, porque Dios es Uno. La personalidad es una característica bastante débil de la imagen divina. La verdadera personalidad no es contraste, sino algo en gloriosa completitud, como se aprecia en Dios. Una persona es algo defectuoso; tres personas es un ser, es completitud.

Por tanto, protestamos en contra de las enfáticas y ruidosas afirmaciones que expresan que la imagen es nuestra personalidad imperfecta. Creemos que estas afirmaciones alejan a la Iglesia de las Escrituras. No; el hombre en sí mismo es la imagen de Dios, todo su ser—en su existencia *espiritual*, el ser y la naturaleza de su alma, en los atributos, formas y mecanismos que adornan y expresan su ser; no como si el hombre fuera un motor sin combustible, como un modelo, sino un organismo vivo y activo ejerciendo influencia y poder.

El hombre como ser, no es defectuoso, sino perfecto; no está en un estado de “*llegar a ser*” sino en un estado de “*ser*”—es decir, no es que habría de *llegar a ser* justo, sino que *era* justo. Esta es su justicia original. Entonces, que Dios haya creado al hombre a Su imagen implica: Que el hombre es, en forma *finita*, la imagen del ser *infinito* de Dios.

Sus atributos son, en forma finita, imagen de los atributos de Dios.

Su estado era la imagen de la felicidad de Dios.

El dominio que ejercía era imagen del dominio y autoridad de Dios.

Puede agregarse también que, como el cuerpo del hombre está diseñado para el Espíritu, debe contener también algunas sombras de esa imagen.

Las iglesias reformadas deben mantener esta confesión en el púlpito, en clases de catequesis y, por sobre todo, en las aulas de recitación de teología.

## VII. Los Neo-Kohlbruggianos

“Y vivió Adán ciento treinta años y engendró un hijo a su semejanza, conforme a su imagen y llamó su nombre Set.”—Gen. v. 3.

Muchos son los esfuerzos por alterar el significado de la palabra, “Hagamos al hombre a Nuestra imagen y Semejanza” (Gen i. 26) al cambiar su traducción, sobre todo al cambiar la palabra “a” por “en” en “nuestra imagen.” Esta forma alternativa de leer el texto es la base principal del Dr. Böhl. Con esta traducción, su sistema cae o permanece en pie.

De acuerdo al Dr. Böhl, el hombre no posee la imagen divina, sino que mediante un acto divino fue puesto delante de ella, tal como una planta es puesta delante del sol. Mientras la planta permanece en la oscuridad, sus flores y formas son invisibles; pero frente a la luz, su belleza es notoria. En forma similar, el hombre no brillaba hasta que Dios lo puso en la gloria radiante de Su propia imagen, y luego el hombre resplandeció con belleza. Claramente esta idea requiere de la traducción “hagamos al hombre en Nuestra imagen.” (Gen i. 26)

Permítanos explicar la diferencia: Gen. i. 26 en el hebreo usa dos preposiciones distintas. La que se encuentra antes de “semejanza” (כְּ) se usa invariablemente en comparaciones; mientras que la otra, antes de “imagen” normalmente se usa para denotar que una cosa se encuentra en otra. De ahí que la traducción, “En Nuestra imagen y a Su semejanza,” aparentemente tiene argumentos a su favor. Esta traducción (aunque creemos que es incorrecta; para conocer las razones vea el próximo artículo) no altera el significado, si se interpreta correctamente.

¿Cuál es la interpretación correcta? No es la del Dr. Böhl; ya que, de acuerdo a él, este hombre creado no se hallaba en la imagen misma de Dios, sino sólo en su reflejo y radiación. La planta no es puesta en el mismo sol, sino que frente a su radiación. No; si Adán se encontró en medio de la imagen de Dios, entonces estaba completamente rodeado por ella.

Ilustrémoslo. Hay imágenes de madera cubiertas con papel con una cabeza o busto impreso sobre el papel, pintado para imitar la apariencia del mármol o bronce. La madera podría estar *en la imagen*, cubierta por ella por cada lado. Efectivamente, el escultor acincela la imagen sobre el mármol, primeramente embargando la imagen total en su mente, o posando como modelo, encerrándolo en su imaginación. De la misma manera, se podría decir que Adán, al despertar por primera vez a la conciencia, fue envuelto por la imagen de Dios; no externamente, siendo él solamente Su reflejo, sino siendo permeado por completo por el ectipo de la imagen de Dios.

La exactitud de esta exégesis se aprecia en Gen. v. 1-3, en el cual su contenido, aun cuando muchas veces es pasado por alto, soluciona el tema. Aquí las Escrituras conectan directamente la creación de Adán con el nacimiento de su hijo, quien es engendrado a su propia imagen. Leemos: “El día que creó Dios al hombre, a semejanza de Dios lo hizo. Varón y hembra los creó y los bendijo, y llamó el nombre de ellos Adán, el día en que fueron creados. Y vivió Adán ciento treinta años y engendró un hijo a su semejanza, conforme a su imagen, y llamó su nombre Set.”

En ambas se utiliza el término hebreo *zelem*, imagen. Luego, para entender correctamente el significado de la afirmación, “ser creado en la imagen y a semejanza de Dios,” las Escrituras nos invitan a entenderlo con la ayuda de la imagen de la similitud entre un padre y su hijo. La semejanza del padre se encuentra en el ser del hijo, es parte de él, no es sólo un reflejo

externo del padre sobre el hijo. Aun en su ausencia o muerte, la similitud de las características del padre permanece en él.

Por tanto, engendrar a un hijo en nuestra imagen y a nuestra semejanza significa dar existencia a un ser que tiene nuestra imagen y similitud, aun si es una persona distinta a nosotros. De lo anterior se desprende que cuando las Escrituras dicen, refiriéndose a Adán, que Dios lo creó a Su imagen y Semejanza, usando las mismas palabras “imagen” (*zelem*) y “semejanza” (*demoeth*), no es posible concluir que la imagen divina resplandeció sobre él, dando a entender que caminó en su luz; sino que Dios lo creó para que todo su ser, persona, y estado reflejaran la imagen divina, ya que *llevaba esa imagen en sí mismo*.

Es notable apreciar que las preposiciones usadas en Gen. i. 26 también aparecen en este pasaje, pero *en orden revertido*. Traduciendo la preposición “ו” “en” como en Gen. i. 26, se lee: “Engendró a un hijo en Su semejanza y a Su imagen.” Esto es concluyente. Muestra cuán injusto es usar un significado diferente por el uso de distintas preposiciones. Aun si traducimos “עַל” por “en”—“en la imagen de Dios”—el sentido sigue siendo el mismo; en ambos, la imagen no es sólo un reflejo sobre el hombre, indicando solamente su estado, sino también su forma. Indica ambos, su *estado* y su *serf*.

Sin embargo, antes de proceder, permitamos al Dr. Böhl hablar por sí mismo, ya que posiblemente hemos malinterpretado sus dichos. Dejemos que sus propias palabras hablen directamente al lector.

Extraemos estas citas de su obra, la cual lleva por nombre “Von der Incarnation des Gottlichen Wortes”; un libro dogmático, muy importante, en el cual lidia con los golpes teológicos de vermitullungos que han llenado nuestros corazones de gozo, en parte, porque Dios es honrado en él y también por el consuelo que trae a los corazones quebrantados. Por lo tanto, no es nuestra intención disminuir la obra del Dr. Böhl; sólo contendemos frente a su presentación de la imagen de Dios, la cual no consideramos acertada. Luego, apuntamos, a las frases más importantes y claras en las páginas 28 y 29:

“Dios lo ordenó de tal manera que, desde el comienzo, el hombre estuvo delante de la influencia de lo bueno y, consecuentemente, hizo lo que era bueno. Lo creó en la imagen de Dios, a su semejanza. Lo que esto significa se hace más evidente cuando consideramos la restauración del hombre caído (de acuerdo a Efesios. iv. 24; Col. iii. 9). Pablo, hablando del nuevo hombre que debemos llevar al desvestirnos del antiguo, se refiere al estado original, y ahora describe este nuevo hombre como uno creado a imagen de Dios en justicia y santidad, tal como realmente es. Estas expresiones apostólicas contienen la descripción de la misma índole que con la cual Moisés caracteriza con las palabras: En la imagen de Dios, a Su semejanza. La regeneración es una nueva creación, sin embargo, se ordena según el modelo antiguo, sin extraer o agregar nada de éste. *De ahí que uno podría deshacerse de esta posición del hombre frente a la imagen de Dios, donde es hecho a Su imagen, sin deshacerse de la criatura de Dios como tal*. Más aun, el apóstol describe el actuar del nuevo hombre según la imagen de las vestiduras que debe usar (Col. iii. 12 ff.). La base sobre la cual se afirma que el hombre debe usar vestiduras es Cristo, el Espíritu que Cristo envía del Padre; o el estar en Cristo o en su gracia (2 Cor. v. 17; Gal. v. 16, 18, 25; Rom. v. 2). De la misma forma, es la base para la semejanza con Dios, estar en la imagen de Dios, de acuerdo a Gen. i. 26.”<sup>[2]</sup>

Las frases en letra itálica descartan toda duda. Es posible concebir que la imagen de Dios desaparezca completamente y al mismo tiempo concebir al hombre siendo hombre.

El Dr. Böhl vuelve a mencionar esto en las siguientes palabras (p. 29):

Si pensamos en la criatura habiendo dejado su posición frente a la imagen de Dios, la criatura se mantiene intacta.”<sup>[3]</sup>

Con esto, el Dr. Böhl llega tan lejos, que él mismo siente que se ha acercado a los límites de la iglesia de Roma, por lo cual continúa diciendo: “Sin embargo, con este entendimiento, la criatura no ha retenido suficiente fuerza, con la ayuda del don de gracia de Cristo, para restaurarse a sí misma, tal como la Iglesia de Roma enseña. Pero después de la caída, el ego del hombre, con todos sus elevados dones, ha dejado su posición y es entregado a la Muerte, quien gobierna sobre él, y a la Ley, su conductor hacia la muerte.”<sup>[4]</sup>



Pero aun más fuerte: el Dr. Böhl está tan firmemente sujeto a esta posición que, aun refiriéndose a Cristo, dice que antes de Su resurrección carecía la imagen divina. Observen la página 45: “Nuestro Señor y Salvador, estuvo fuera de la imagen de Dios.”<sup>[5]</sup> Lo cual es aun más serio ya que como consecuencia de esta presentación, las pasiones y deseos hacia el pecado, en sí mismos, no se consideran pecaminosos, tal como enseña la iglesia de Roma.

Así leemos en la página 73:

“El hecho de que el hombre tenga deseos, que sea guiado por pasiones como el enojo, temor, coraje, celos, gozo, amor, odio, anhelos, pena; todo esto no constituye pecado; porque la capacidad de experimentar enojo, irritación o compasión, junta a las demás pasiones, es creada por Dios. Sin estas, no habría ni vida ni revuelo en el hombre. Por tanto, los *deseos* y pasiones en el hombre no son pecados en sí mismos. Son y se convierten en pecados en la condición presente del hombre, porque, mediante la ley, y por esa tendencia pervertida del hombre que el apóstol Pablo denomina la ley del pecado, el ego del hombre lo obliga a determinar su relación con esas pasiones y deseos, esto es, para adoptar una buena o mala actitud hacia ellos.”<sup>[6]</sup>

Que cada uno juzgue por sí mismo si fue demasiado hablar de la necesidad de protestar, en el nombre de nuestra Confesión Reformada, en contra de esta representación platónica que poco a poco ha ido apareciendo, y que más adelante ha sido defendida por la iglesia de Roma, y en parte por teólogos luteranos.

El Dr. Böhl habla muy bien al mostrar que la justicia original no era un simple germen que habría de desarrollarse, sino que la justicia de Adán estaba completa y no carecía de nada. Su prueba en contra de Roma, también es excelente, al mostrar que el hombre, en su naturaleza desnuda, carece de todo poder para la santidad. Pero erra al representar la imagen de Dios como algo sin lo cual el hombre sigue siendo hombre. Esto, mecánicamente, ubica la justicia y santidad fuera de nosotros, justamente cuando la conexión entre esa imagen y nuestro ser, que existió y aún debiera existir, es la que hay que mantener.

Sin embargo, que no se piense que el Dr. Böhl tiene alguna inclinación hacia la iglesia de Roma. Si lo entendemos correctamente, su desviación, explicada desde el punto de vista psicológico, nace de un motivo completamente diferente.

Es un hecho conocido, que el Dr. Köhlbrugge ha contendido, con glorioso ardor de fe, en contra del restablecimiento del Pacto de las Obras en medio del Pacto de la Gracia: y nos ha introducido nuevamente, con tensión y énfasis, a la obra completa y finalizada de nuestro Salvador, y nada se puede agregar a ella. Luego, este predicador de la justicia fue forzado a llevar al hijo de Dios a recordar *quién era cuando no estaba en Cristo*. Claramente, fuera de Cristo no hay diferencia entre un hijo de Dios y un no creyente. Pues están todos en el mismo saco, tal como el ritual de la cena del Señor dice con tanta belleza: “Buscamos nuestra vida, fuera de nosotros mismos, en Jesucristo, y de esta manera reconocemos que nos encontramos en medio de la muerte”; así también el Catecismo de Heidelberg declara: “He transgredido groseramente todos los mandamientos de Dios, sin guardar ninguno de ellos, y aún me inclino hacia la maldad.”

Si nuestra óptica es correcta, el Dr. Böhl ha intentado reducir esta parte de la verdad a un sistema dogmático. La ha racionalizado de la siguiente manera: “Si la vida del hijo de Dios está fuera de sí mismo, entonces la vida de Adán, quien fue un hijo de Dios, también debió haber estado fuera de sí mismo. Por tanto, la imagen de Dios no estaba en el hombre sino fuera de él.”

¿Cuál es el error de este razonamiento? Que el hijo de Dios sigue siendo pecador hasta su muerte y es restaurado completamente sólo después de su muerte. Sólo ahí le pertenece la redención completa, mientras que en Adán, no había pecado antes de la caída: por tanto, Adán jamás podría haber dicho que en sí mismo se encontraba en medio de la muerte.

Con toda seriedad en nuestros corazones, imploramos a todos los que nos acompañan, quienes poseen este tesoro de la predicación del Dr. Köhlbrugge, que cuidadosamente

examinen y noten esta desviación. Si los jóvenes köhlbruggianos son tentados a malinterpretar a su maestro con respecto a este punto, la pérdida sería incalculable, y el brecha de la Confesión Reformada perduraría en el tiempo, ya que toca un punto que afecta toda la confesión de fe.

### VIII. Según La Escritura

“El día en que creó Dios al hombre, a semejanza de Dios lo hizo.”—Gen. v. 1.

En páginas recientes, hemos demostrado que la traducción “en Nuestra imagen,” realmente significa, “a nuestra imagen.” Crear algo “en la imagen de” no es un correcto uso de lenguaje; es inconcebible y lógicamente erróneo. Procedemos, ahora, a explicar cómo se debiera traducir correctamente, dando a conocer las razones del porqué.

Comenzaremos citando algunos pasajes del Antiguo Testamento en los cuales la preposición “B” no puede ser traducida como “en” (la cual en Gen. i. 27. precede la palabra ‘imagen’), sino que requiere una preposición de comparación, como por ejemplo: “como” o “según.” Isa. xlviii. 10 dice: “He aquí, te he purificado, y no como la plata; te he escogido en horno de aflicción.” Aquí encontramos la preposición “B” antes de “plata,” tal como en Gen. i. 27 antes de “imagen.” Es evidente que no se puede traducir “en plata,” sino “como plata.” Claramente el Señor no convertiría a los judíos en vasijas de plata fundida. La preposición es de comparación; como en la Primera Epístola de Pedro i. 17 se compara la refinación de Israel a la de un metal noble. Se podría traducir: “Yo los he refinado, pero no de acuerdo a la naturaleza de la plata,” o simplemente: “como la plata.”

El Salmo cii. dice: “Porque mis días se han consumido como humo, y mis huesos cual tizón están quemados.” En el hebreo se utiliza la misma preposición “B” antes de “humo” y casi todos los exegetas lo traducen “como humo.”

Nuevamente, el Salmo xxxv. 2 dice: “Echa mano al escudo y al pavés, y levántate como mi ayuda.” “Levántate en mi ayuda” no tiene sentido. La idea no acepta otra traducción sino ésta: “Levántate para que seas mi ayuda;” o, “Levántate *como* mi ayuda;” o como lo ha traducido la versión autorizada: “Levántate *para* mi ayuda.”

Vemos el mismo resultado en Lev. xvii. 11: “Porque la vida de la carne en la sangre está, y yo os la he dado para hacer expiación sobre el altar por vuestras almas, y la misma sangre hará expiación por las personas.” Aquí nuevamente se utiliza la preposición “B.” En el hebreo dice: “Banefesh” (Heb. Shin dot Pe segol Nun segol Bet patah dagesh), el cual se traduce “por vuestras almas.” Sería absurdo traducirlo como: “*en* vuestras almas;” ya que la sangre no entra *en* el alma y tampoco se lleva a cabo la expiación dentro del alma, sino sobre el altar. Aquí también tenemos una comparación (sustitución). La sangre es *como* el alma, representa al alma en la expiación, toma el lugar del alma.

Notamos lo mismo en Prov. iii. 26, donde Salomón, con su sabiduría dice: “Porque Jehová será tu confianza, Y Él preservará tu pie de quedar preso.” Aquí se utiliza la misma preposición. El texto Hebreo dice: “Bkisleka” (Heb. Dalet hataf qamats Lamed segol Samekh sheva Kaf hiriq Bet dagesh sheva), en forma literal “como tus lomos.” Y por el hecho de que el lomo es la fuerza del hombre, se utiliza metafóricamente para indicar la base de confianza y esperanza en tiempos de angustia. Por tanto, el significado es perfectamente claro. Salomón dice: “Jehová será para ti la base de confianza, tu refugio, y tu esperanza.” Porque si leemos: “Jehová estará en tu esperanza,” se podría inferir que entre otras cosas, el Señor se encontraba en la esperanza de los piadosos; lo cual sería antibíblico, dejando un sabor a pelagianismo. En las Escrituras el Señor es la única esperanza del pueblo. Por tanto, claramente, la preposición no significa “en,” sino más bien indica una comparación.

Para añadir un ejemplo más, Ex. xviii. 4 dice: “El Dios de mi padre me ayudó y me libró de la espada de Faraón.” Si se tradujera, “El Dios de mi padre fue en mi ayuda,” ¡cuán ilógico y antibíblico sería!

De estos pasajes y otros que se pueden añadir, podemos decir:

1. Que esta preposición no siempre se traduce como “en.”
2. Que su uso como una preposición de comparación “como,” “para,” “a,” está lejos de ser considerado extraño o escaso.

Con esta información, volvamos a Gen i. 26; que en nuestra opinión, ya no nos ofrece ninguna dificultad. Como en Isa. xlviii. 10, la preposición y el sustantivo se traducen “como la plata”; en el Salmo cii. 4, “como el humo”; en el Salmo xxxv. 2, “como” o “para mi ayuda”; en Lev, xvii. 11, “como” o “en mi alma”; en Prov. iii. 16, “como”, o “para mi confianza,” la versión alemana de la Biblia Hebrea de Viena traduce, “Hagamos al hombre a, o como Nuestra imagen,” es decir, hagamos al hombre, quien será nuestra imagen en la tierra. O, con más libertad: “Hagamos a alguien en la tierra quien tendrá nuestra imagen, quien será como nuestra imagen en la tierra, o que será una imagen en la tierra para nosotros.”

Consecuentemente, podríamos traducir en Gen. i. 27: “Y Dios creó al hombre para su imagen, a imagen de Dios lo creó.”

Es exactamente lo mismo si digo, “Dios creó al hombre a su imagen,” esto es, así el hombre pasó a tener o poseer la imagen de Dios, o “Dios creó al hombre como imagen de sí mismo.” En ambas, de forma similar, se expresa que el hombre exhibiría la imagen de Dios. Hasta ese momento, la tierra carecía de la imagen de Dios. Cuando Dios creó al hombre, esta carencia se suplió, porque dicha imagen era el hombre, sobre el cual Dios estampó su propia imagen. Por tanto, no vemos diferencia en ambas traducciones.

Si hablamos de la estampa de cera de un sello, puedo decir, “Hice una estampa de cera a la imagen del sello,” refiriéndome a la imagen *cóncava* del sello; o, “La imagen fue estampada sobre la cera,” refiriéndome a la imagen *convexa* sobre la cera.

Añadimos, entonces, tres comentarios:

Primero, la palabra “hombre” en Gen. i. 26 no se refiere a una persona, sino a toda la raza. Adán no era simplemente una persona, sino nuestro progenitor y cabeza representante. Toda la raza humana estaba sobre sus hombros. La humanidad, en cualquier punto de la historia, es la suma de todos los que viven o vivirán algún día en este mundo, sean muchos o pocos. Sólo Adán fue la humanidad; cuando Dios le dio a Eva, ambos juntos eran la humanidad. “Hagamos al hombre a Nuestra imagen y a Nuestra semejanza,” es igual que decir: “Hagamos a la humanidad, la cual llevará sobre ella Nuestra imagen.” También se refiere al individuo, en el sentido que él también es parte de la familia humana. Por tanto, Adán engendró hijos en su imagen y su propia semejanza. Sin embargo, hay una diferencia. Cada hombre tiene distintos dones y cualidades; no se podría apreciar la plenitud de la imagen de Dios en los dones de los *individuos, sino en la manifestación completa de la raza*, si el hombre no hubiese pecado. De ahí que la versión holandesa usa el plural, aun cuando el hebreo usa el singular “hombre”: no se refiere sólo a Adán, sino al género hombre, a la humanidad, creada a imagen de Dios. Luego, cuando el primer hombre cayó, el segundo Adán vino en Cristo, quien, como segunda cabeza representante, contenía en Sí mismo a toda la Iglesia de Dios. En su capacidad de mediador, Cristo apareció como la imagen de Dios en lugar de Adán, por lo cual cada miembro de la Iglesia debe ser transformado a Su imagen—1 Cor. xv. 49; Rom. viii. 29. Y la Iglesia, representando a la humanidad regenerada, es el pléroma del Señor; ya que se le llama “la plenitud de Aquel que lo llena todo en todo.”

Segundo, como el hombre es creado a imagen de Dios, debe permanecer entendiendo que es sólo imagen y nunca presumir o creerse “el original.” La imagen y “el original” son opuestos. Dios es Dios y el hombre no es Dios, sino la imagen de Dios. Por consiguiente, la esencia del pecado es que el hombre rehúsa aceptar su condición de imagen, reflejo, sombra, al exaltarse, creyendo ser algo real en sí mismo. Su conversión, por tanto, depende completamente de la voluntad de volver a ser imagen, es decir, crear. Aquel que es formado a imagen de Dios, no es nada en sí mismo, sino que exhibe todos sus atributos en absoluta dependencia de quien recibió dicha imagen; esto corresponde a su mayor honra y completa dependencia.

Finalmente, es necesario que la imagen de Dios se vea sobre la tierra. Con este propósito creó a Adán. El hombre niega la existencia de la imagen de Dios sobre la tierra desvirtuando completamente los propósitos de Dios. Aquí comienza la alabanza de la imagen. La alabanza de la imagen quiere decir que el hombre dice que creará la imagen de Dios en sí mismo, por su

propia iniciativa. Esto se opone diametralmente a la obra de Dios. El santo derecho de crear una imagen de Sí mismo, es sólo Suyo y el hombre jamás debiera intentar tomarlo para sí. Por tanto, es presunción, cuando, al aspirar ser como Dios, el hombre rehúsa mantener su condición de imagen de Dios, desvirtúa su propósito, e intenta por sí mismo, ser una representación de Dios de oro y de plata.

La alabanza a la imagen es un pecado horrendo. Dios dijo: "No te harás imagen." (Ex. xx. 4) Este pecado viene de Satanás. Él siempre imita la obra de Dios. No quiere ser menor que Dios en nada. Cuando finalmente aparezca la gran bestia, el Dragón proclamará: "¡Los que habiten sobre la tierra crearán una imagen de la Bestia!" Dios ha decretado que Su propia imagen será el objeto de eterno deleite. Pero Satanás, en oposición, desvirtúa esa imagen y hace una imagen para sí mismo; no de hombre, pues este está corrompido y arruinado, sino de una bestia. Y así, en su manifestación suprema, se juzga a sí mismo. El Hijo de Dios se hizo hombre, la creación de Satanás es una bestia.

Cuando la bestia y su imagen sean finalmente derrotados, por Aquel que es como hijo de hombre, es el triunfo del Señor sobre Sus enemigos. Entonces la imagen divina es restaurada y nunca más se podrá deshonrar. El Todopoderoso se regocijará para siempre en el reflejo de Sí mismo.

### **IX. La Imagen de Dios en el Hombre**

"Y así como hemos traído la imagen del terrenal, traeremos también la imagen del celestial."—1 Cor. xv. 49.

Sólo nos queda un punto por discutir, a saber, si la imagen divina se refiere a la imagen de Cristo.

Esta opinión singular ha encontrado muchos adeptos en la iglesia, desde sus inicios. Se originó con Origen, quien con brillantes, fascinantes y seductoras herejías, ha provocado gran disturbio en la Iglesia; y su herejía respecto a este tema ha encontrado muchos defensores al este y al oeste. Incluso Tertulio y Ambrose lo apoyaron, junto a Basilio y Crisóstomo; y fue nada más ni nada menos que San Agustín quien tuvo que desarraigar esta herejía.

Nuestros teólogos reformados, siguiendo de cerca la línea de San Agustín, se han opuesto firmemente a ella. Junius, Zanchius y Calvino, Voetius y Coccejus condenaron la herejía, declarándola como un error. Podemos decir, con seguridad, que en nuestra herencia reformada no hubo lugar para este error.

En el último siglo, sigilosamente, ha vuelto a entrar a la Iglesia. La filosofía panteísta fue la responsable; y sus efectos secundarios han tentado a los teólogos holandeses de la mediación a volver al antiguo error.

Los grandes filósofos que encantaron las mentes de este siglo en sus comienzos se enamoraron de la idea de que Dios se hizo hombre. No enseñaron que el Verbo se hizo carne, sino que Dios se hizo hombre; y esto en el sentido fatal de que Dios va eternamente *convirtiéndose*, y que se convierte en un mejor Dios, más puro, cuando se hace hombre. Este pernicioso sistema, que subvierte los fundamentos de la fe cristiana, y bajo disfraz cristiano aniquila al cristianismo esencial, ha conducido a la doctrina de que en Jesucristo esta encarnación se convirtió en un hecho; y de ella se dedujo que Dios se habría convertido en hombre aun si el hombre *no* hubiera pecado.

En reiteradas ocasiones nos hemos referido al peligro de enseñar esta doctrina. Las Escrituras la repudian, enseñando que Cristo es el Redentor de nuestro pecado, en expiación y propiciación. Pero una mera contradicción no va a detener esta perversa enseñanza; este hilo venenoso que se entrelaza en la urdimbre y trama de la teología ética, no se extirpará de la predicación hasta que prevalezca la convicción de que es filosófico y panteísta, y que se aleja de la simplicidad de las Escrituras.

Pero, respecto a los predicadores actuales, no hay nada que hacer. Prácticamente todos los manuales alemanes usados actualmente por nuevos ministros contienen este error; por esto

prevalece ampliamente la idea de que la imagen en la cual el hombre fue creado *era la de Cristo*.

Esto es natural. Mientras se crea que, aun sin pecado, el hombre fue destinado para Cristo y Cristo para el hombre, se deduce que el hombre original fue diseñado para Cristo y, por lo tanto, fue creado a la imagen de Cristo.

Como evidencia de que lo anterior nos desvía de la verdad, para los teólogos, nos referiremos a los escritos de San Agustín, Calvino, y Voetius acerca de este punto, y para nuestros lectores laicos, ofrecemos una breve explicación de porqué nosotros y todas las iglesias reformadas rechazan esta interpretación.

Comenzaremos refiriéndonos a varios pasajes en las Escrituras, enseñanzas acerca de la necesidad de que el pecador redimido sea renovado y transformado a la imagen de Cristo. En 2 Cor. iii. 18 leemos: "Somos transformados de gloria en gloria a la misma imagen (del Señor), como por el Espíritu del Señor."; y en Rom. viii. 29: "Que somos predestinados para ser conformados a la imagen del Su Hijo"; y en I Cor. xv. 49: "Y así como hemos traído la imagen del terrenal, traeremos también la imagen del celestial." A esta categoría pertenecen todos los pasajes en los cuales el Espíritu Santo nos amonesta a conformarnos al ejemplo de Jesús, lo que no debe entenderse como una mera imitación, sino que se refiere, categóricamente, a una transformación a Su imagen. Aquí también pertenecen aquellos pasajes que enseñan que debemos crecer a la estatura del hombre perfecto, "a la estatura de la plenitud de Cristo"; y que "seremos como Él, ya que lo veremos como Él es."

Por tanto, los cristianos están llamados a ser transformados a la imagen de Cristo, el fin último de su redención. Pero esta imagen *no* es el Verbo eterno, la Segunda Persona de la Trinidad, sino el Mesías, el Verbo *encarnado*. 1 Cor. xv. 44 proporciona la evidencia innegable. San Pablo ahí declara que el primer Adán era terrenal; es decir, no sólo después de la caída, sino en su creación. Luego dice que tal como los creyentes llevan la imagen del terrenal, también llevarán la imagen del celestial, es decir, la de Cristo. Esto muestra claramente que el hombre en su estado original no tenía la imagen de Cristo, pero más adelante sí la tendrá. Lo que Adán recibió en la creación se distingue claramente de lo que un pecador redimido posee en Cristo; distinguido particularmente, en que no fue formado a la imagen de Cristo en su naturaleza, sino que recibiría esta imagen por medio de la gracia, después de la caída.

Esto es evidente por lo que San Pablo enseña en 1 Cor. xi. En el tercer versículo, hablando de diversos grados ascendentes de gloria, dice que el hombre es la cabeza de la mujer, y la cabeza de todo hombre es Cristo, y la cabeza de Cristo es Dios. Sin embargo, habiendo hablado de estos cuatro, mujer, hombre, Cristo y Dios, dice enfáticamente, en el versículo 7, no como se esperararía, "La mujer es la gloria del hombre, el hombre la gloria de Cristo," sino, omitiendo el vínculo de Cristo, escribe: "Porque el hombre es la gloria de Dios, y la mujer la gloria del hombre." Si la teoría a la cual nos referimos es correcta, debió haber dicho: "El hombre es la imagen de Cristo."

Por tanto, es evidente en las Escrituras que seremos *renovados* a la imagen a la cual fuimos *creados*; hay que distinguir entre ambas. Esta última es la imagen del Dios Trino que se introdujo en el ser de la *raza*. La primera es aquella imagen santa y perfecta de Jesucristo Hombre, nuestra cabeza representante, y como tal, nuestro ejemplo, [Holandés, Voorbeeld; literal, una imagen puesta delante nuestro.- Trans.], y todo hijo de Dios debe ser renovado a dicha imagen, a la cual finalmente se asimilará.

Por consiguiente, las Escrituras muestran dos representaciones distintas: primero, el Hijo que, como Segunda persona de la Trinidad, es la imagen del Padre; segundo, el Mediador y ejemplo [Voorbeeld, imagen puesta delante nuestro], imagen a la cual debemos ser renovados; y entre ambas prácticamente no hay conexión. Las enseñanzas de las Escrituras acerca de Jesús siendo la fiel imagen de lo que Él es y la imagen del Dios invisible, se refiere a la relación entre el Padre y el Hijo en el misterio escondido del Ser Divino. Pero cuando nos referimos a nuestro llamado de ser renovados a la imagen de Cristo, hablamos del Verbo encarnado, nuestro Salvador, tentado en todas las cosas como nosotros, pero sin pecado.

La mera similitud de sonido no nos debiera llevar al error. Todo esfuerzo por traducir Gen i. 26, "Hagamos al hombre a la imagen del Hijo," es confuso. "Hagamos" se referiría al Padre dirigiéndose al Espíritu Santo; y esto no puede ser así. Las Escrituras nunca expresan tal relación entre el Padre y el Espíritu Santo. Además, dejaría al Hijo fuera del acontecimiento más importante de la creación, la creación del hombre. Las Escrituras dicen: "Sin Él, nada de lo que ha sido creado fue hecho." (Juan i. 3); y nuevamente: "Por Él, todas las cosas fueron creadas en el cielo y en la tierra."

Por tanto, este "hagamos" se debe tomar como un plural de majestad, en el cual el Hebreo no tiene un singular en la primera persona; o como el Dios Trino, las tres Personas de la Trinidad dirigiéndose el uno al otro; o el Padre dirigiéndose a las otras dos personas. Una tercera posibilidad es imposible.

Suponiendo que las Tres Personas se dirigen el uno al otro; la imagen no se puede referir al Hijo, ya que, refiriéndose a Sí mismo, no puede decir "Nuestra imagen," sin incluir a las otras Personas. O supongamos que el Padre se dirige al Hijo y al Espíritu Santo; aun así no puede referirse a la imagen del Hijo, ya que el Hijo es la imagen del Padre, no del Espíritu Santo. Mirado de cualquier ángulo, esta perspectiva es insostenible, está fuera de la analogía de las Escrituras y es inconsistente con la interpretación correcta de Gen. i. 26.

De forma integral: Si la imagen divina se refiere a Cristo, debe referirse a la del Hijo Eterno, o la del Mediador, o la de Cristo encarnado. Las tres son imposibles. Primero, el Hijo está involucrado y comprometido en la obra de la creación. Segundo, sin pecado no hay necesidad de Mediador. Tercero, las Escrituras no enseñan que el Hijo se hizo carne a nuestra imagen y nunca habla de que nosotros nos hicimos carne a Su imagen.

La idea de que la imagen divina se refiere a la justicia y santidad de Cristo, la cual implica que Adán fue creado según una justicia que no es pertinente con las enseñanzas de las Escrituras, confunde la justicia de Cristo que nosotros *aceptamos por fe*, la cual no existía cuando Adán fue creado con la *justicia original y eterna del Hijo de Dios*. Es cierto que David recibió la justicia imputada, aunque en sus días no existía, pero David era *pecador*, y antes de la caída Adán *no* era pecador. Fue creado sin pecado; por tanto, la imagen divina no puede referirse a la justicia de Cristo, que se revela sólo en relación al *pecado*.

En nuestra triste condición presente, confesamos incondicionalmente que incluso ahora permanecemos en medio de la muerte, y que nuestras vidas están fuera de nosotros y solo en Cristo. Pero a esto añadimos: Bendito sea Dios, porque no será siempre así. En nuestro último suspiro moriremos completamente al pecado, y en la mañana de la resurrección *seremos tal como Él*; luego, en el gozo eterno, nuestra vida ya no estará con nosotros, sino en nosotros. Por tanto, ubicar esta separación que es consecuencia sólo del pecado y que permanece en el santo sólo en relación al pecado, en Adán, antes de la caída, es básicamente acarrear el pecado a la misma creación, y aniquilar la declaración divina de que *el hombre fue creado bueno*.

Por esto, amonestamos a los predicadores de la verdad que vuelvan al antiguo y probado camino con respecto a este punto, y que enseñen en los salones de recitación, desde el púlpito, y en clases de catequesis, que el hombre fue creado a *imagen del Dios Trino*.

## **X. Adán No Inocente, pero Santo**

"Creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad."—Ef. iv. 24.

Por tanto, entendemos que "Dios creó al hombre bueno, a Su imagen, esto es, en verdadera justicia y santidad, de tal manera que pueda conocer a Dios su Creador, amarlo de todo corazón, y vivir con Él con gozo eterno, glorificándole y adorándole." O, tal como dice la Confesión de Fe: "Creemos que Dios creó al hombre, del polvo de la tierra, y lo creó y formó a Su imagen y semejanza, justo y bueno, y completamente capacitado para obrar de acuerdo a la voluntad de Dios."

Cualquier representación que deprecie en lo más mínimo la justicia original del hombre debe ser rechazada.

La justicia de Adán no carecía nada. La idea de que era santo sólo porque carecía de pecado original y que podía aumentar su santidad en base a un desarrollo constante, de manera que hubiese crecido en santidad si no hubiese pecado, es incorrecta y muestra ignorancia al respecto.

La diferencia entre un hombre en su estado original y en su estado caído es similar a la diferencia entre un niño saludable y un hombre enfermo. Ambos deben crecer en salud y vigor. Si el niño permanece siendo lo que es, no será un niño saludable. La salud involucra crecimiento y aumento de fuerza, vigor y desarrollo hasta que se alcance la madurez. Lo mismo es cierto para el hombre enfermo; no puede permanecer igual. Debe recuperarse o empeorará. Si quiere mejorar, debe aumentar sus fuerzas. Hasta ahora, ambos son iguales. Pero la similitud termina aquí. Si aumentas la fuerza del hombre enfermo de inmediato, y se recupera, volverá a estar como siempre debiera haber estado. Pero si aumentas las fuerzas del niño como las de un hombre adulto, será *anormal* y poco natural. *En su estado presente, el niño no necesita más de lo que tiene. En ningún momento no carece de nada. Para ser un niño, con salud perfectamente normal, debe seguir siendo exactamente lo que es. Pero el enfermo está muy necesitado. Para estar saludable y en condición normal no puede permanecer igual, debe dejar de ser lo que es. El niño, con respecto a su salud y vigor es perfecto; pero el hombre enfermo es imperfecto con respecto a su salud y vigor. La condición del niño es buena; la del hombre enfermo no es buena, y el desarrollo saludable del primero no tiene nada que ver con el mejoramiento en salud y vigor del segundo.*

Esto muestra cuán equivocado es aplicar la santificación a Adán antes de la caída. La santificación es inconcebible cuando nos referimos a un hombre sin pecado; es ajeno a la concepción de una criatura que Dios llama buena.

“Excelente” dirá alguno; entonces Adán nació siendo inocente como niño para obtener gradualmente un nivel moral más desarrollado sin pecado; después de todo, ¡igual es santificación!

Claramente no. La santificación de un creyente se acaba cuando este muere. Cuando él muere, también muere por completo al pecado. La santificación es el proceso que elimina parcial o completamente el pecado del hombre. Si está completamente libre del pecado, es santo, y es imposible santificarlo más allá de su condición santa. Tan sólo por esto es absurdo aplicar la santificación a Adán. ¿Qué necesidad existe en lavar algo que ya está limpio? La santificación presupone impiedad, y Adán no era impío. Si el pecado está completamente ausente, su santidad no carece de nada, está completa. Adán posee la misma santidad que ahora poseen los hijos de Dios, en la cual se mantienen por fe, y eventualmente, en la actualidad, mueren completamente al pecado por medio de la muerte.

Ahora, en el cielo, los hijos de Dios no permanecerán siempre igual—su gozo y gloria aumentará por siempre, pero no su santidad, la cual no carecerá de nada. Es imposible ser más santo si ya eres perfectamente santo. Su desarrollo y crecimiento consiste, entonces, en beber más y más abundantemente de la vida de Dios.

Lo mismo es cierto respecto a Adán, libre de pecado; no podía ser santificado. La santificación es sanidad, y una persona sana no necesita sanidad. La santificación es deshacerse del veneno, pero es imposible deshacerse del veneno de la mano del que no ha sido mordido. La idea de ser más santo o santísimo es absurda. Lo que está *roto* no está intacto y lo que está *intacto* no está roto. La santificación es arreglar algo, y ya que en Adán nada se había roto, no había nada que arreglar. Es inconcebible arreglar algo que está intacto.

Aunque era santo, Adán no permaneció en esa condición, no se mantuvo quieto sin buscar sus propósitos de vida. Si tomamos, por ejemplo, la diferencia entre él y los hijos de Dios, estos últimos tenían un tesoro que no podían perder, mientras que Adán si podía perderlo, porque, de hecho, lo perdió. No que no haya sido santo; porque esto no tiene nada que ver con eso.

Ilustrémoslo. De dos platos, uno es de vidrio fino, pero frágil; el otro es de vidrio común, pero indestructible. ¿Quiere decir que el segundo está intacto y el otro no? ¿O que el primero puede estar más intacto de lo que está? Claro que no; que esté intacto, no tiene relación con que pueda o no pueda quebrarse. Luego, el hecho de que el tesoro de Adán se podía perder, no entra en el debate de la santidad. Si alguien es santo, o ha de ser santo, no depende de cuán factible es que pierda la santidad, sino de si la perdió o no la perdió.

Cómo se debió haber efectuado este santo desarrollo de Adán, no lo sabemos. No debemos cuestionarnos cosas que Dios ha reservado para Sí. Como pecadores, nos cuesta comprender tal desarrollo libre de pecado, tal como nos cuesta entender la gloria revelada a los hijos de Dios.

Si nos apegamos a las Escrituras, sabemos, *primero*, que el hombre libre de pecado no habría muerto; *segundo*, que por su trabajo hubiese recibido la vida eterna como galardón, es decir, siendo completamente apto, en todo momento, para obedecer a Dios, siempre hubiese anhelado y amado hacer la voluntad de Dios; y por esto habría recibido medidas más y más grandes de la gloria de Dios.

Podemos comparar el contraste entre la condición de Adán y la nuestra, como la del hijo del Rey, heredero de abundantes riquezas y un hijo de la pobreza que debe ganarse la vida o depender de otro para que la gane por él. Al primero no le falta nada, puede hacer lo quiera para vivir y disfrutar; toda pertenencia del padre está a su disposición. Al crecer, no se hace más rico, pues sus tesoros son los mismos; pero se vuelve más consciente de ellos. Entonces, las riquezas de Adán no hubieran aumentado, porque todo lo que existía era suyo; a medida que crecía se haría más consciente del deleite y disfrute de sus riquezas.

Por tanto, la justicia original de Adán no se refiere al grado de **desarrollo, ni a su condición, sino a su estado**; el cual era perfectamente bueno.

Todas las nociones antibíblicas acerca del aumento de la santidad de Adán, vienen de las ideas antibíblicas que el hombre, tentado por herejías panteístas, ha elaborado acerca de la santidad.

“Sean perfectos como vuestro Padre en los cielos es perfecto,” no significa que tú, hombre orgulloso y engrandecido por filosofías desquiciadas, debes llegar a ser como *Dios*. Siempre serás una *criatura*, aun en tu mayor gloria, y en esa gloria el entendimiento de que tú no eres *nada* y que Dios es *todo* será razón de ferviente adoración y profundo deleite. No, la palabra de Cristo simplemente quiere decir: “Sean santos, tal como el Padre en los cielos es santo y completo.” Decir que un vaso de greda debe ser tan completo y sólido como un vaso de porcelana, no quiere decir que tenga que ser *igual* a ese vaso. El primero cuesta unos pocos centavos, el otro se compra con oro. Esto sólo significa que tal como el vaso es entero como vaso, así también la vasija de barro debe ser entera como vasija de barro.

Por consiguiente, las palabras de Cristo significan: Hay fisuras en ti; tus bordes están trizados; estás herido y dañado por el pecado. Pero esto no tiene que permanecer así. Puedes ser libre de todo deterioro en tu vida, libre de defectos que merman tu plenitud. Tal como tu Padre en los cielos es perfecto, tú debes ser pleno, completo, sano y perfecto. Esto es, tal como Dios permaneció siendo perfecto como *Dios*, así nosotros debemos permanecer siendo plenos y completos como *hombre*, criaturas en las manos de su *Creador*.

Ahora, generalmente esto no se entiende. La postura actual es la siguiente: el primer paso para la santidad es el conflicto con el pecado. Segundo, el pecado se debilita. Tercero, el pecado se supera casi por completo. Cuarto, el pecado es completamente derrotado y sólo ahí, se establece en el hombre la santificación más alta, y comienza a ascender por la escalera completa; más y más alto, cada vez más santo, hasta que la santidad llega a las nubes. Claro, aquellos que aceptan estas fantasías sólo pueden imaginarse a Adán creado en un plano de santidad menos elevado, llamado a obtener mayores estándares de santificación. Pero, si sólo existe una santificación, es decir, la muerte al pecado y transformación de la naturaleza caída y rota a una nueva naturaleza santa y plena, es inconcebible pensar en una santificación más alta al considerar a Adán. A la santidad de Adán no se le puede añadir nada.



Adán habría conocido más y más a Su creador, lo habría amado con todo su corazón viviendo con Él en gozo eterno para glorificarlo y adorarlo, cada vez más consciente de la gloria de Dios; pero todo esto no añadiría nada a su justicia y santidad. Suponer esto iría en contra del correcto entendimiento de la santidad. Por tanto, el amor se confunde con la santidad; la justicia con la vida; su estado con su condición; la palabra con el ser; y los mismos fundamentos son arrancados de su lugar.

¡Y aún peor! Las almas son separadas de Cristo. Porque aquél que no logra entender la justicia original, *no puede* entender cómo Dios nos ha dado a Cristo para justicia, santificación y redención. Ciertamente anhela a Jesús. ¿Pero cómo? “Jesús encuentra al pecador enfermo y moribundo a un lado del camino, lo sube sobre su animal y lo lleva a un albergue donde paga por él hasta que este es completamente restaurado.” Por tanto, es siempre la misma representación, como si después de ser redimido uno debe buscar una justicia y santidad que se obtiene por medio del progreso constante.

Si esto fuera verdad, entonces Jesús no sería nuestra justicia, santificación, ni redención; a lo más, sería un Amigo que nos ayuda y levanta a esforzamos para obtener nuestra justicia y santidad. No; si la Iglesia ha de gloriarse una vez más en la bendita confesión que dice que en Cristo *posee* ahora absoluta justicia, santidad y redención, primero debe entender la justicia original, es decir, que Adán no puede amar, *no puede* vivir en comunión con Dios, a menos que sea *perfectamente justo y completamente santo*.

## Notas

1. † Con los sustantivos o los adjetivos la palabra gobernada por la preposición “en”, indica la esfera, el dominio dentro del cual se manifiesta una propiedad. Así la expresión holandesa, “Geschapen in het, beeld God’s” (creado en la imagen divina), indica la esfera dentro de la cual se movía Adán antes de su caída.
2. † “Gott nun veranstaltete es so, dass der Mensch gleich anfangs unter den Einfluss des Guten zu stehen kam and somit das Gute that. Er schuf ihn im Bilde Gottes, nach seiner Gleichheit (Gen. i. 26). Was dies heisst, wird dann erst recht deutlich, wenn wir die Wiederherstellung des gefallenen Menschen (nach Ephes. iv. 24; Col. lii. 9) in Betracht ziehen. Paulus blickt hier auf den anfänglichen Zustand hin, wenn er redet von dem neuen Menschen, den wir nach Ausziehung des alten anzuziehen hätten. Er bezeichnet nun diesen neuen Menschen als einen Gott gemäss geschaffen (Kappa tau iota sigma theta epsilon w/ tonos nu tau alpha) in Gerechtigkeit und Heiligkeit, wie sie nach Wahrheit ist. Diese apostolischen Ausdrücke enthalten sine Umschreibung jener Ausstattung, welche Mose mit den Worten: ‘Im Bilde Gottes, nach seiner Gleichheit’ kennzeichnet. Die Wiedergeburt ist sine neue Schöpfung, die aber nach der Vorschrift der alten bestellt ist, ohne etwas davon- nosh dazuzuthun. Der Stand im Bilde Gottes, in dem der Mensch nach der Gleichheit Gottes war, ist also etwas, was man von dem Menschen hinwegnehmen kann, ohne die Creatur Gottes selbst aufzuheben. Es ist dem Apostel weiter eigenthümlich, die Bewegungen des neuen Menschen unter dem Bilde von verschiedenen Gewändern darzustellen, die man anzuziehen habe (Col. lii. 12 ff). Grund and Veranlassung für solche Umwandlung ist Christus, der Geist, den Christus vom Vater her sendet, oder der Stand in Christo odes in der Gnade (z.B. 2 Cor. v. 17; Gal. v. 16, 10, 25; Rom. v. 2) Und ganz ebenso ist nach Gen. i. 26. Grund für die Gleichheit mit Gott der Stand im Bilde Gottes.”
3. † “Wenn wir nun die Creatur aus jenem Stande hinausgetreten denken, so bleibt diese Creatur intact.”<sup>20</sup>
4. † “Nur freilich, dass diese Creatur nicht, wie die romische Kirche lehrt, immer noch genug übrig behält, um sich wieder mit Hilfe des Gnadengeschenkes Christi selbst zu rehabilitiren. Sondern nach dem Falle ist der Mensch and zwar sein Ich mit den dem Menschen anerschaffenen höchsten Gaben (siehe Calvin, ‘Inst.’ ii., 1, 9) aus der rechten Stellung herausgetreten and dem Tode als Herscher, dem Gesetz als unbarmherziger Treibert preisgegeben.”<sup>†21</sup>
5. † “Ausserhalb des Bildes Gottes stand unser Herr.”
6. † “Das der Mensch Begierden hat, dass ihn Leidenschaften (pi alpha w/ tonos theta eta) treiben, wie Zorn, Furcht, Muth, Eifersucht, Freude, Liebe, Hass, Sehnsucht, Mitleid, dies Alles constituirt noch keine Sünde, denn das Vermögen, um Zorn, Unlust, oder

Mitleid and dergl. m. zu empfinden, ist von Gott geschaffen. Ohne dem wäre kein Leben und keine Bewegung im Menschen. Also die Begierde and überhaupt die Leidenschaften sind an sich nicht Sünde. Sie werden es und sind es im actuellen Zustand des Menschen, weil durch ein dazwischentretendes Gebot and durch jene verkehrte Lebensrichtung, die Paulus einen νόμος της αμαρτίας nennt, das menschliche Ich bewogen wird, zu den Leidenschaften und Begierden Stellung zu nehmen, d. h. sich richtig oder unrichtig zu ihnen zu verhalten."22

## La Obra de Dios en el Pecador

### XI. El Pecado no es Material

“El pecado es infracción de la ley.”—1 Juan iii. 4

¿Qué es lo que el pecado embotó, corrompió y destruyó en Adán, el portador de la imagen de Dios?

Aunque sólo podemos tocar esta pregunta ligeramente, no podemos pasarla por alto. Es evidente que, para entender correctamente la obra del Espíritu en la regeneración y restauración del pecador, el conocimiento de esta condición es absolutamente imperativo. El remiendo debe ser acorde a la rotura. Debe reconstruirse el muro donde se ha hecho la brecha. El bálsamo debe ajustarse a la naturaleza de la herida. Cual sea la enfermedad, tal debe ser también su cura. O aún más, tal como es la muerte, así debe ser también la resurrección. La caída y el levantamiento son interdependientes.

Las generalidades respecto a esto son inútiles. Los ministros que buscan descubrir y exponer al hombre al pecado a través de simplemente decir que los hombres están completamente perdidos, muertos en sus delitos y pecados, carecen la de la única fuerza cortante que puede abrir las úlceras putrefactas del corazón. Estos graves asuntos han sido tratados demasiado livianamente. Por consiguiente, al ignorar declaraciones generales y superficiales, regresamos simplemente a las formas probadas y demostradas de los padres. Comenzaremos haciendo referencia a uno de los principales errores del tiempo presente, a saber, el del resucitado maniqueísmo.

Sería muy interesante presentar a la iglesia actual esta burbujeante y fascinante herejía en forma condensada. El efecto inmediato sería un descubrimiento del origen o de la semejanza familiar de mucha enseñanza perniciosa que se introduce en la Iglesia bajo un nombre cristiano y por hombres creyentes. Pero esto es imposible. Nos limitaremos a algunos pocos rasgos. La misión de la verdad divina en este mundo no es mezclarse con la sabiduría de éste, sino exponerla como mentira. La sabiduría divina no transa con las especulaciones o vanas ilusiones de la sabiduría mundana, sino que las llama locura y exige su sometimiento. En el Reino de la verdad, la luz y las tinieblas son declaradas como opuestas. Por consiguiente, la Iglesia, al entrar en contacto con el aprendizaje y la filosofía del mundo gentil, entró en conflicto directo y abierto con éste.

Comparado con Israel, el mundo pagano era maravillosamente sabio, docto y científico. Y desde su punto de vista científico, éste miraba en menos, con gran desprecio e infinita displicencia a la insensatez del cristianismo. Ese cristianismo insensato, ignorante e iletrado no sólo era falso, sino que también muy poco merecedor de su atención, indigno siquiera de ser debatido. En Atenas, las personas bondadosas les daban una sonrisa *homérica* a estos hombres irracionales y a su palabrería absurda, mientras que los perversos los ridiculizaban con una amarga sátira. Pero ninguno de los dos grupos consideró *seriamente* el asunto, debido a que no era científico.

Con todo, a pesar de esto, ese cristianismo estúpido iba a la vanguardia. Progresaba. Lograba influencia, incluso poder. Al fin las grandes mentes y los genios de esos días empezaban a sentirse atraídos a él. Había llegado la hora y luego de un conflicto de casi un siglo de duración, llegó la hora en que el mundo pagano estuvo obligado a bajarse de su vanidad y a reconocer aquel cristianismo ignorante, iletrado y no científico. La predicación vívida de esos nazarenos había ahogado las disputas de esos filósofos desabridos. Muy pronto la corriente de la vida del mundo pasó por sus escuelas y fluyó al cause de ese Jesús maravilloso e inexplicable. Aun antes de que la Iglesia tuviera dos siglos de vida, el paganismo soberbio descubrió que al estar mortalmente herido, su vida estaba en juego.

Luego, bajo la apariencia de estar dando honra al cristianismo, Satanás lo hirió gravemente con gran astucia, inyectándole veneno al corazón. En el siglo segundo hubo tres sistemas doctos y

complicados, a saber, el Gnosticismo, el Maniqueísmo y el Neo-Platonismo, los cuales hicieron un gigantesco esfuerzo por suavizarlo con la mortal influencia de sus filosofías paganas. Existían dos imperios en el paganismo cuando la cruz fue alzada en el Calvario: uno en el oeste con Roma y Grecia, y otro en el este con sus centros en Babilonia y Egipto. En cada uno de estos centros, Babilonia y Atenas, había hombres con excepcionales poderes mentales, con una erudición exhaustiva y con una profunda sabiduría. Ambos centros recibieron influencia de una filosofía mundana y pagana, aunque de naturaleza diferente en ambos lugares. Desde estos centros procedió el esfuerzo por ahogar al cristianismo en las aguas de su filosofía. El neoplatonismo trató de lograr esto en el Oeste. El maniqueísmo en el Este y el gnosticismo en el centro.

Manes fue el hombre que concibió aquel sistema magnífico, fascinante y seductor que lleva su nombre. Fue un profundo pensador y murió alrededor del año 270. Era un hombre de una mente genial, piadosa y seria. Confesaba creer en Cristo. Incluso su meta y el objeto de su fervor era extender el Reino de Dios. Pero había una cosa que le molestaba. El eterno conflicto entre el cristianismo y su propia ciencia y filosofía. Él creía que había puntos de acuerdo y contacto entre ambos, y que conciliarlos no era imposible. Salvar al abismo le parecía precioso. Uno puede caminar hacia el mundo pagano y darse cuenta de que sus brillantes filosofías descubren muchos elementos de origen divino; regresar al cristianismo guió a algunos importantes paganos a la cruz de Cristo. La profunda gloria de la fe cristiana le llenó de entusiasmo. Aun así, se quedó casi cegado por la falsedad inherente de la filosofía pagana. Estando ambos fundidos en su alma, su meta fue idear un sistema en que ambos pudieran estar entretejidos y transformados en un todo admirable.

Es imposible presentar aquí su sistema, el cual demuestra que Manes había meditado cada pregunta trascendente de vital importancia y había medido exhaustivamente todas las dimensiones de su cosmología. Todo lo que podemos hacer es demostrar cómo este sistema condujo a engendrar ideas falsas en cuanto al pecado.

Esto se produjo por su noción errada de que la palabra “carne” sólo se refiere al *cuerpo*, cuando la Escritura la usa haciendo referencia al *pecado*, esto es, *toda la naturaleza humana*, la que no ama las cosas de arriba, sino las cosas de la carne. La carne en este sentido se refiere más directamente al alma que al cuerpo. Las obras de la carne son de dos clases: una, en cuanto al cuerpo, son los pecados relativos a la fornicación y la lujuria. La otra, tocante al alma, consiste en pecados de orgullo, envidia y odio. En la esfera de las cosas visibles culmina su imagen con fornicación desvergonzada. En el reino de las cosas invisibles, termina con un orgullo obcecado.

La Escritura enseña que el pecado no se origina en la carne, sino que en Satanás, un ser *que no tiene cuerpo*. Originándose en él, se introdujo lentamente en el alma del hombre primeramente, y luego se manifestó en su cuerpo. Por tanto, es antibíblico igualar “carne” y “espíritu” a “cuerpo” y “alma”. Esto es justamente lo que Manes hizo. Y este es el objeto de su sistema en todos sus rasgos. Él enseñó que el pecado es inherente a la *materia*, a la carne, a todo lo que es tangible y visible. “El alma”, dice, “es tu amiga, pero el cuerpo es tu enemigo. Resistir exitosamente la excitación de la sangre y del paladar te librerá del pecado.” En su propio contexto oriental, él veía muchos más pecados carnales que espirituales. Y siendo engañado por esto, cerró sus ojos a esto último, o lo explicó como algo provocado por la excitación proveniente de la materia maléfica.

Con todo, Manes era bastante consistente, lo que no podía ser de otro modo, siendo el gran pensador que era. Él concluyó de una manera muy singular, esencial a su sistema de invenciones, que Satanás no era un ángel caído, un ser espiritual e incorpóreo, sino que *la materia en sí*. Escondido en la materia había un poder que tentaba al alma, y ese poder era Satanás. Esto explica cómo Manes pudo ofrecer a la Iglesia una doctrina tan única y antibíblica.

El sistema de Manes se limitaba al materialismo. El materialista dice que nuestro pensamiento es el fósforo ardiente en el cerebro. Y que la lujuria, la envidia y el odio son una descarga de ciertas glándulas en el cuerpo. Tanto la virtud como el vicio son meros resultados de procesos químicos. A fin de poder lograr que el hombre sea mejor, más libre y más noble, debiéramos enviarlo al laboratorio de un químico en vez de al colegio o a la iglesia. Y si le fuese posible al

químico abrir el cráneo del hombre, y someter sus células y nervios al debido proceso químico, el vicio podría dominarse y la virtud y sabiduría superior podrían efectivamente influenciarlo. Asimismo, Manes enseñó que el pecado habita en la sangre y músculos y se transmite a través de ellos como un poder inherente e inseparable. Decía que debían comerse ciertas hierbas como medio para vencer al pecado. Además, según lo que él enseñaba, había algunos animales, pero principalmente plantas en las que habían penetrado algunas partículas de luz redentoras y liberadoras del reino de luz que se contraponían al mal. Al comer estas hierbas, la sangre absorbería estas partículas salvadoras de luz, y por tanto el poder del pecado sería destruido. De hecho, la iglesia de Manes era un laboratorio químico, en el cual se hacía oposición al pecado a través de agentes materiales.

Esto demuestra la consistencia lógica del sistema y la debilidad de los hombres quienes, habiendo adoptado la noción falsa de pecado material, tratan de escapar de su riguroso control. Pero no pueden porque, aunque desechan la fachada externa del sistema por no ser ajustarse a nuestro pensamiento occidental, adoptan todas estas teorías, y por tanto falsifican no sólo la doctrina del pecado, sino también casi todas las demás partes de la doctrina cristiana.

Con todo, es en realidad en la doctrina del *pecado heredado* en la que este error es tan claramente manifiesto que no puede escapar a su detección:

Se arguye: en virtud del nacimiento, el hombre es pecador. Por consiguiente cada hijo debe heredar de sus padres el pecado. Y debido a que un infante en la cuna ignora el pecado espiritual y no tiene desarrollo espiritual, el pecado heredado permanece oculto en su ser, transmitido a través de la sangre de sus padres. Esto es maniqueísmo puro, en cuanto establece que el pecado es algo transmitido como un poder inherente en la materia.

La confesión de las Iglesias Reformadas, en referencia al pecado heredado, dice en su artículo xv.

“Creemos que, a través de la desobediencia de Adán, el pecado original se ha extendido a toda la humanidad, lo cual es una corrupción de toda la naturaleza y una enfermedad hereditaria, con lo cual los propios infantes están infectados incluso desde el vientre de su madre, lo que produce en el hombre toda clase de pecado, estando en él la raíz del mismo. Por tanto, es tan vil y abominable ante los ojos de Dios, que es suficiente para condenar a toda la humanidad. Tampoco es abolido o eliminado a través del bautismo en ninguna manera, debido a que el pecado siempre nace de su lamentable origen, de la misma manera que el agua fluye de su fuente. No obstante, no se les imputa a los hijos de Dios para condenación, sino por su gracia y misericordia les es perdonado. Esto no es para que descansen seguros en pecado, sino para que el ser consientes de esta corrupción les cause una aflicción a los creyentes y un deseo de ser liberados de este cuerpo de muerte. Es por esto que rechazamos el error de los Pelagianos quienes aseguran que el pecado proviene solamente de la imitación.”

Por tanto, es evidente que las iglesias Reformadas reconocen absolutamente el *pecado heredado*. Reconocen también que los hijos *heredan el pecado* de parte de los padres—incluso llaman a este pecado una *infección*, la cual se adhiere incluso al nonato. Pero—y esto es lo principal—ellos nunca dicen que este pecado heredado sea algo material o que sea transmitido como algo material. La palabra *infección* está usada *metafóricamente*, y por lo tanto no es la expresión apropiada para aquello que ellos desean confesar. El pecado no es una gota de veneno, la cual, como una enfermedad contagiosa, pasa de padres a hijos. No. La transmisión del pecado permanece en nuestra confesión como un misterio no explicado, sólo expresado simbólicamente.

Pero esto no satisface los corazones de la actualidad. De ahí la nueva escuela de los Maniqueístas que ha surgido entre nosotros.

Enredada en las mallas de esta herejía están aquellos que niegan la doctrina del pecado heredado, quienes entretienen falsas perspectivas de los sacramentos, sosteniendo que en el Bautismo, el veneno del pecado es por lo menos en parte removido del alma, y que en la comunión de la Santa Cena, la carne pecaminosa absorbe unas pocas partículas del cuerpo glorificado; y finalmente quienes abogan por los esfuerzos ridículos de desvanecer influencias demoníacas en habitaciones o terrenos vacíos. Todo esto es necedad y enseñanza antibíblica,

y sin embargo, es defendido por hombres creyentes en nuestra propia tierra. Oh, Iglesia de Cristo, ¿hacia dónde te estás desviando?

## XII. El Pecado no es una Mera Negación

“Ve otra ley en mis miembros, que batalla en contra de la ley de mi mente.”—Romanos vii. 23  
La teoría del doctor Böhl, que el pecado es una simple *pérdida, omisión o falta*, es un error casi tan grave como el Maniqueísmo.

Esto no debe malentenderse. Esta teoría no niega que el pecador sea impío, ni que deba ser santo. Establece dos cosas: (1) que no hay santidad en el pecador; pero—y esto indica el carácter real del pecado— (2) que debiera haber santidad en él. Una piedra no oye, y un libro ve. Sin embargo, el uno no es sordo, ni el otro es ciego. Pero el hombre que ha perdido tanto el oído como la vista es ambas cosas, ya que para su ser como hombre, ambas son esenciales. Una silla no puede caminar. Sin embargo, no es coja, ya que no se espera de ella que camine. Pero el minusválido es cojo, ya que el caminar pertenece a su ser. Un caballo no es santo, ni tampoco es pecador. Pero el hombre es pecador, ya que no es santo, y la santidad pertenece a su ser. Un hombre no santo es anormal y anti natura. El pecado, dice San Juan, “es injusticia,” no conformidad con la ley, o literalmente, sin ley, anomia. Por tanto el pecado sólo aparece en seres sujetos a la *ley divina, moral*, y consiste en la *no conformidad* con esa ley. Hasta aquí, esta perspectiva sólo presenta clara y pura verdad. Cada esfuerzo por darle al pecado una entidad positiva e independiente contradice a la Palabra y conduce al Maniqueísmo, como se puede ver en los hermanos moravos, quienes, al menos en cuanto otros temas, son fervientes y concienzudos.

Las Escrituras niegan que el pecado tenga un carácter positivo, lo que implica que tenga un ser independiente. El ser independiente es, o bien creado o no creado. Si no ha sido creado, debe ser eterno, y en esto sólo está Dios. Si ha sido creado, entonces Dios debe ser su Creador, lo cual no puede ser, ya que él no es el autor del pecado. Por tanto, la Escritura no enseña que el poder del mal es inherente a la materia sino que a Satanás. ¿Y qué es Satanás? No es una substancia malvada, sino un ser creado para santidad y dotado de santidad, quien se entregó a la profanidad en la cual se enredó a sí mismo sin esperanza de redención, volviéndose absolutamente profano. La doctrina de Satanás se opone a la falsa noción que el pecado tiene una entidad. La idea que el pecado es un poder, en el sentido de ser una facultad que se ejerce por un ser independiente, es contraria a la Escritura.

Hasta aquí concordamos plenamente con el Dr. Böhl, y reconocemos que él ha mantenido la convicción clásica y tradicional de los creyentes, y la confesión positiva de la Iglesia. Pero, a partir de esto, él infiere que, antes y después de la caída, Adán permaneció igual, con la sola diferencia que después de la caída perdió el esplendor de la justicia en la que hasta entonces había andado. En cuanto a sus poderes y a su ser, Adán permaneció igual. Esto es lo que nosotros no aceptamos. Esto asemejaría al hombre a una lámpara que arde brillantemente, pero que pronto se apagará, cuando se vuelva un cuerpo oscuro. O como una chimenea radiante, con el brillo y calor del fuego en un momento, pero fría y oscura en otro. O como un pedazo de hierro magnetizado por la corriente eléctrica, que le da poder para atraer, pero al removerse la corriente, deja de ser un magneto. Cuando la luz se ha apagado, la lámpara permanece intacta. Cuando el fuego se ha apagado, el hogar permanece como era antes, y cuando el flujo eléctrico abandona el hierro, este sigue siendo hierro.

Y eso es lo que el Dr. Böhl afirma en cuanto al hombre. Del mismo modo que la corriente pasa a través del hierro y lo magnetiza, así la justicia divina pasa a través de Adán para hacerlo santo. Tal como la lámpara brilla cuando ha sido prendida por la chispa, así también Adán brilló cuando fue tocado por la chispa de la justicia. Y tal como el hogar brilla con el fuego, así también Adán estaba radiante con la justicia creada en él. Pero ahora el pecado entra en escena. Esto es, la lámpara se apaga, el hogar se vuelve frío y el magneto es simplemente hierro otra vez. Y el hombre permanece privado de su esplendor, en oscuridad e incapaz de atraer. Pero en lo restante, permanece tal como él es. El Dr. Böhl dice expresamente que el hombre permaneció igual antes y después de la caída.

Con esto no estamos de acuerdo. Como pecador seguía siendo hombre, indudablemente, pero un hombre como los padres confesaron en el Dordt (3ro y 4to, Principios de Doctrina [Head of Doctrine], art. Xvi): “Que el hombre después de la caída no dejó de ser una criatura dotada con entendimiento y voluntad, ni tampoco el pecado, que pervirtió a toda la raza humana, le privó de su naturaleza humana, sino que le trajo depravación y muerte espiritual.” La declaración del Dr. Böhl “Wenn wir die Creatur aus jenem Stande hin ausgetreten denken, so bleibt diese Creatur intact,”<sup>[1]</sup> se contradice directamente con esta confesión pura de las iglesias Reformadas.

No, la criatura no permaneció intacta, sino que el pecado le hirió tan gravemente que se volvió corrupta, aun hasta la muerte. Y aunque reconocemos que el pecado no tiene un *ser* real en sí mismo, aun así con igual decisión confesamos, con nuestra iglesia, que sus *obras* no son de ninguna manera exclusivamente negativas ni solamente privativas, sino que ciertamente muy positivas.

Las Escrituras y nuestros mejores teólogos (Rivet, Wallaeus y Polyander por nombre, en sus Sinopsis) enseñan esto en forma tan concluyente que es casi inimaginable que el Dr. Böhl pudiera llegar a cualquier conclusión diferente. Es por esto que tendemos a creer que en este punto él concuerda con la confesión de las iglesias ortodoxas, pero que presenta este asunto de una manera muy extraña, con un objetivo y por una razón completamente distinta. Si se nos permite ser francos, nosotros representaríamos el curso del razonamiento del Dr. Böhl de la siguiente manera: “Mi profesor, Dr. Köhlbrugge, solía oponerse enérgicamente a aquellos hombres que les decían a los no convertidos: No me toques, pues yo soy más santo que tú. Él solía enfatizar el hecho que el hijo de Dios, considerado por un momento fuera de Cristo, permanece en medio de la muerte, tal como el inconverso. Por tanto, la regeneración no cambia al hombre ni en lo más mínimo. Antes y después de la regeneración, él permanece exactamente igual, con la sola diferencia que el hombre converso cree y por su fe anda en justicia pasiva. Y si esto es así, entonces en cuanto a la caída lo opuesto es cierto, esto es, antes y después de la caída el hombre permaneció en sí mismo igual. El único cambio fue que en la caída él abandonó la justicia en la cual permanecía antes.”

Por supuesto que podemos estar errados, pero nos atrevemos a conjeturar que de esta manera el Dr. Böhl estuvo tentado hacia esta extraña representación, y aún más a declarar, como enseña Roma, que el deseo en sí mismo no es pecado. Algo a lo que la Iglesia Reformada, basada en el Décimo Mandamiento, siempre ha estado en contra.

De hecho, la cuestión en cuanto a la caída y la restauración es la misma. Si la restauración no afecta a nuestro ser, entonces tampoco la caída pudo haberlo afectado. Si la redención significa solamente que un pecador es colocado en la luz de la justicia de Cristo, entonces la caída no puede significar nada más que el hombre simplemente se salió de esa luz. Ambos conceptos van juntos. Tal como lo fue en la caída, así también debe ser en la restauración. Lo que un hombre confiese creer en cuanto a la redención indicará, si es consistente, lo que confiese creer en cuanto a la caída.

Por tanto, si el Dr. Köhlbrugge hubiera confesado que la restauración deja a nuestro ser sin cambio alguno, y sólo nos traslada en una esfera de justicia, entonces también deberíamos aceptar que él también representó la caída dejando al hombre y a su naturaleza intacta. Y este exactamente es el asunto que no podemos aceptar. El Dr. Köhlbrugge ha descubierto la corrupción misma de nuestra naturaleza con tanta fuerza y en forma tan concluyente que no podemos creer que, según su confesión, la caída haya dejado nuestro ser y naturaleza intactos. Tampoco podemos reconocer que, según su confesión, en la restauración, nuestro ser permanece sin cambio alguno, aun cuando él conectó el cambio, y con mucha razón, a la unión mística y con el morir al pecado en la muerte.

Si él hubiera de hecho tenido la intención de enseñar lo que muchos de sus seguidores afirman que sí enseñó, entonces nosotros llamaríamos su tendencia definitivamente *errónea*. Pero debido a que no le podemos interpretar sin tomar en cuenta las distorsiones a las que él tanto se opuso, y especialmente ya que su confesión en cuanto a la corrupción de nuestra naturaleza estaba tan completa, permanecemos en nuestra opinión de que él no enseñó lo que muchos de sus seguidores dicen que sí hizo.

Por tanto, nuestro camino va en la dirección totalmente opuesta. El Dr. Böhl dice en otras palabras: "El Dr. Köhlbrugge, en su doctrina de la redención, parte de la idea que la redención deja al pecador esencialmente sin cambio. Por tanto, el pecado tampoco puede haberle afectado en su esencia". Mientras que nosotros, por el contrario decimos: "La confesión de Köhlbrugge en cuanto a la corrupción de nuestra naturaleza es tan completa que él no podría sino confesar que en la caída, y por lo tanto en la restauración, nuestra naturaleza fue cambiada."

Pero sea como fuere, una cosa es segura: que, según la palabra y la doctrina constante de nuestra iglesia, el pecado, aunque esencialmente y exclusivamente privativo y sin existencia independiente, es sin embargo positivo en sus *consecuencias*, y destructivo en sus *obras*. Nuestra naturaleza no permaneció sin cambio, sino que se volvió corrupta. Y la corrupción es la palabra clave que indica los efectos fatales y positivos que resultaron de esta pérdida de vida y luz.

Una planta necesita luz para crecer. Sin la luz, languidece, pronto se marchita, se pudre y finalmente enmohece. Esto es la corrupción. El cáncer y la viruela no son solamente pérdidas de salud. Tienen además una acción *positiva*, la que destruye los tejidos, produce crecimientos mórbidos y *corrompe* el cuerpo. Un cadáver no es solamente un cuerpo sin vida, sino que es un centro de disolución y corrupción. De la misma manera, somos conscientes que el pecado no es solamente la *depravación* de la santidad, sino que sentimos su aterradora actividad, corrupción y disolución, las cuales destruyen. La prueba más fuerte es el hecho que no damos la bienvenida gozosamente a la entrada de la gracia de Dios en el corazón, sino que nos oponemos a ella con toda nuestra naturaleza. Existe un conflicto, el que sería imposible a no ser que esa falta y pérdida no hubiera desarrollado el mal que se opone a Dios. Esta corrupción no se detiene sino hasta que el cuerpo se disuelve en sus elementos constitutivos originales. No sabemos qué pasó con los cuerpos de Moisés, Enoc y Elías. La Escritura hace algunas excepciones. Cristo no vio corrupción, y los creyentes que estén vivos cuando el Señor regrese, no experimentarán la disolución del cuerpo. Pero todos los demás, millones de millones, enfermarán y morirán, y volverán al polvo. La enfermedad física y la muerte son tipos de la corrupción del alma, sobre lo cual las palabras por sí solas no logran expresar.

La Escritura y la experiencia muestran claramente que Satanás no se encuentra solamente depravado, vacío y en necesidad, sino que además ejerce una actividad positiva y de corrupción que procede de él. Y entonces, aunque en menor grado, el alma se ha vuelto corrupta, no sólo en el sentido de estar en oscuridad en vez de estar en luz, fría en vez de tibia, sino que esta depravación ha resultado en una corrupción y destrucción positiva. El frío es pérdida de calor, el cual, al alcanzar el punto de congelamiento, causa daño positivo en el cuerpo. Así mismo es el pecado. En cuanto a su ser es una pérdida, privación y desnudez. Y estas producen en el cuerpo y alma una obra destructiva que afecta toda la naturaleza del hombre, aprisionándolo con los grilletes de la corrupción, a pesar de que él no cesa de ser hombre.

Conciliamos el *ser privativo* del pecado con su *obrar positivo* de la siguiente manera: haciendo que falte la incesante actividad de la naturaleza del hombre hacia la guía correcta, hace que corra en la dirección opuesta, se arranca y destruye a sí misma.

### **XIII. El Pecado, un Poder con Acción Invertida**

"Si vivís conforme a la carne, moriréis." — Romanos viii. 13.

Aunque el pecado es, en su origen y esencia, una pérdida, falta y privación, en su obrar es un mal positivo y un poder maligno.

Esto se muestra en el mandamiento apostólico de no sólo vestirse del hombre nuevo, sino también de despojarse del hombre viejo y de sus obras. El conocido teólogo Maccovius, al comentar sobre esto, muy acertadamente observa: "Esto no podría ser impuesto si el pecado fuera una simple pérdida de luz y vida. Ya que una simple falta cesa tan pronto como es suplida."



Si el pecado fuera una simple pérdida de justicia, sólo se necesitaría su restauración y el pecado desaparecería. El despojarse del viejo hombre, o el dejar a un lado el yugo del pecado, etc. no serían tema. La luz sólo debería manifestar la oscuridad del alma para que su salud fuera restaurada. Pero la experiencia demuestra que después de que somos iluminados, y el Espíritu Santo ha entrado en nuestro corazón, aún hay un terrible poder del mal en nosotros. Y esto, junto con el mandamiento repetido vez tras vez de separarnos de todo lo malévolo, demuestra el carácter positivo del pecado y el poder del mal en los individuos y en la sociedad, a pesar de su carácter privativo.

Por tanto, la Iglesia confiesa que nuestra naturaleza se ha vuelto corrupta, lo que por supuesto nos vuelve al tema de la imagen divina. Nuestra naturaleza no desapareció, ni dejó de ser nuestra naturaleza, sino que permaneció igual en cuanto a sus rasgos originales. La imagen divina no se perdió, ni siquiera en parte, sino que permaneció sellada en cada hombre, y permanecerá aún en el lugar de destrucción eterna, simplemente porque el hombre no puede despojarse de su propia naturaleza a no ser que sea por aniquilación. Pero ya que esto es imposible, la retiene *como hombre y en la naturaleza del hombre*. Porque la Escritura enseña mucho después de la caída que el pecador es creado a imagen de Dios. Pero en cuanto a los *efectos* de sus rasgos en la naturaleza humana caída, lo *opuesto* es lo cierto: estos rasgos han desaparecido totalmente. Las ruinas que permanecen hablan sólo de la gloria y belleza que han perecido.

Por lo tanto, los dos significados de la imagen divina no debieran confundirse más. Puesto que permanece *en nuestra propia naturaleza*, permanecerá para siempre. En cuanto a sus efectos sobre la calidad, es decir, en lo que a la condición de nuestra naturaleza se refiere, *está perdida*. La naturaleza humana puede ser corrompida, pero no aniquilada. Puede existir *como naturaleza*, aun cuando sus antiguos atributos se hubieran perdido, y ser reemplazada por obras opuestas.

Nuestros padres hacían la distinción entre el *ser* de nuestra naturaleza, y su *bienestar*. En cuanto a su *ser*, permanecía ileso, sin daño alguno, es decir, sigue siendo la naturaleza humana real. Pero en cuanto a su *condición*, o sea, en sus atributos, obras e influencias, en su *bienestar* ha sido totalmente cambiada y corrupta. Aunque una picadura venenosa de un insecto elimine la vista, el ojo permanece. Así es con la naturaleza humana: ha sido privada de su brillo pero funciona en su actividad normal, está internamente en necesidad y repugnante; mas, aun así, sigue siendo naturaleza humana.

Pero está corrompida por el pecado. Es cierto que el hombre ha retenido el poder para pensar, ejercer su voluntad y sentir, además de muchos otros talentos y facultades gloriosas, incluso en algunos casos geniales. Pero esto no abarca la corrupción de su naturaleza. Su corrupción es esto: que la vida que debiera ser entregada a Dios y animada por Él, está entregada a tendencias caídas, a cosas terrenales. Y esta acción invertida ha cambiado todo el organismo de nuestro ser.

Si la justicia divina fuere esencial a la vida humana, esto no podría ser así. Pero no lo es. Según la Escritura, la muerte no es aniquilación. El pecador está muerto para con Dios, pero en esta muerte, late y se estremece su vida hacia Satanás, hacia el pecado y hacia el mundo. Si el pecador no tuviese una vida pecaminosa, la Escritura nunca podría decir "haced morir lo terrenal en vosotros," ya que es imposible mortificar aquello que ya está muerto. No permitamos que ninguna similitud de sonido nos engañe. La vida humana es indestructible. Cuando el alma está activa en conformidad con la ley divina, la Escritura dice que el alma vive. De lo contrario, está muerta. Esta muerte es la paga del pecado. Pero por esta razón, la naturaleza del hombre no deja de obrar, de usar sus órganos, de ejercer su influencia. Esta es la vida de nuestros miembros que están en la tierra—nuestra vida pecaminosa, la infección interna del mal en nuestra naturaleza corrupta. Por esta razón debe dársele muerte. Por tanto, el pecado no hace que nuestra naturaleza deje de respirar, trabajar, alimentarse, sino que produce que estas actividades, que bajo la influencia de la ley divina funcionaban bien y estaban llenas de bendición, se arruinen y se corrompan.

El engranaje principal de un reloj, cuando es separado de su pivote, no lo detiene inmediatamente, sino que estando fuera de control, gira sus ruedas tan rápidamente que

arruina su mecanismo. En algunos aspectos, la naturaleza humana se asemeja a ese reloj. Dios lo ha dotado de poder, vida y actividad. Bajo el control de su Ley, funcionaba bien, y en armonía con su voluntad. Pero el pecado le privó de ese control, y aun cuando esos poderes y facultades permanecen, ellas van en la dirección equivocada y destruyen el delicado organismo. Si esta condición durase sólo por un momento, y el pecador fuese inmediatamente restaurado a su estado original, no podría conducirlo a un mal positivo. Pero el pecado dura por un *largo* tiempo. Sesenta siglos ya. Su influencia perniciosa tiene sus efectos: una enfermedad *secundaria* después de la *primaria*, acumulaciones de escoria pecaminosa, y un aumento de úlceras supurantes. Los hilos del tejido de nuestra naturaleza se encuentran enredados. Todo está torcido y, debido a que esta *actividad* secundaria continúa sin revisión, su obra perniciosa se vuelve más y más grave.

¿Qué produce una llaga? Una pequeña ranura en el dedo corta sutilmente la circulación, pero la sangre continúa circulando, tratando de superar el obstáculo. La presión adicional contra las paredes de los capilares produce más fricción y eleva la temperatura. El tejido que lo rodea se hincha, los delicados vasos capilares se contraen, la fricción aumenta y la ampolla palpita. Aun cuando esto no es más que la acción normal y continuada de la circulación, sin embargo produce un mal notorio. Hay congestión local, la materia venenosa inflama al tejido sano y las partes terminan completamente enfermas.

Tal es el curso del pecado. La acción de nuestros poderes continúa, pero hacia la dirección equivocada. Esto causa desorden, irregularidades que inflaman nuestra naturaleza hacia el mal. Esta inflamación pecaminosa crea deformaciones antinaturales y torcidas, lo que provoca en los tejidos del alma un tumor mórbido, lo cual es comparado en la Escritura como materia repugnante. Y de este pantano profano surgen gases continuamente que se expanden en toda nuestra naturaleza. Por tanto, todo el sistema está desordenado. Habiendo huido de la ley divina sin disciplina alguna, el cuerpo y el alma se vuelven rebeldes. Por tanto, incitado por su propia acción inherente, se involucra a sí misma más profundamente y huye aun más lejos de Dios. Como un tren que se ha descarrilado se destruye a sí mismo con su propia velocidad, así mismo el hombre, habiendo abandonado el *carril de la ley divina*, se conduce hacia su propia ruina por el ímpetu y obrar inherentes. No se necesita nada más. La destrucción resulta necesariamente de la vida misma de nuestra naturaleza.

Por tanto, el pecador no tiene conocimiento, sus sentimientos están pervertidos, su voluntad se encuentra paralizada, su imaginación está contaminada, los deseos son impuros y todos sus caminos, tendencias y gastos son todos malos. No a nuestros ojos, quizás, pero esto es efectivamente así debido a que todo falla en cumplir con las demandas de Dios, cuya voluntad es que todo le encuentre a Él al final del camino, para que pueda estar con Él y en Él, haciendo que Su gloria sea el fin de todas las cosas.

Y esto hace que muchas cosas que nosotros consideramos bellas y hermosas sean en realidad pecaminosas, injustas y malvadas. No es nuestro gusto el que decide qué es correcto o incorrecto, sino el de Dios. Aquel que desee saber cuál es ese gusto, que lo aprenda directamente de la ley de Dios. Esa ley es el estándar y la plomada. Pero el pecador busca o desea hacer cosas para agradar a Dios, sin hacer esto: por ejemplo, él puede estar perfectamente dispuesto a colgar su abrigo en la pared y hacerlo con garbo, pero no en el gancho que Dios ha colocado en la pared de nuestra vida. Colguémoslo en cualquier otro lugar, pero que no sea ahí. Por tanto, todo en él se torna malvado, la totalidad de su naturaleza es corrupta, incapaz de hacer bien alguno, inclinado hacia el mal, y sí, incluso propenso a odiar a Dios y a su vecino. Tal vez la obra no vea la luz, pero la inclinación misma y ese deseo son pecado.

Tal como los teólogos católicos y algunos teólogos luteranos, el Dr. Böhl niega esto. Él enseña que hubo este deseo en el santo Adán, e incluso en Cristo. No cedió a él, pero lo restringió con bocado y freno—como si Dios hubiese creado al hombre con deseo en su corazón semejante a un animal hambriento, mientras que al mismo tiempo también lo hubiera dotado con poder para restringirlo. Mantener este deseo bajo control continuo habría sido la excelencia más grande del hombre.

Pero esto no va acorde con la Escritura. Nada muestra que el santo Adán tuviera deseo alguno por las cosas que vio. La posibilidad del deseo fue creada sólo por la prohibición “Del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás,” (Gn. ii. 16) pero aun después de esto tampoco descubrimos un indicio de deseo en él. Tal observación ansiosa del fruto no es aparente sino hasta que Satanás incitó internamente a Eva *no a comer el fruto* sino que *a través del fruto te hagas semejante a Dios*. Este es el primer deseo despertado en el corazón del hombre, y eso sólo después que su ojo fuera abierto para ver que el árbol era bueno para comer y agradable al ojo.

En su estado de justicia, Adán estuvo lleno de paz, armonía y éxito divino, sin un rastro de la ansiedad que necesariamente nace de la tarea de refrenar a un monstruo peligroso. Y en la gloria celestial el refrenar el deseo no será un deseo sin fin, sino que habrá completa libertad de ese deseo. No que la gran profundidad de nuestro corazón sin fondo será absorbida, sino que todas sus profundidades serán llenadas con el amor de Dios.

El mandamiento “No codiciarás” (Ex. xx. 17) es absoluto. El Señor Jesús no conoció la codicia. Nunca deseó lo que Dios no le concedió. En el terrible desenlace de Getsemaní, Él no deseó recibir un regalo, sino que deseó retener el suyo propio, es decir, que al estar bajo la maldición, no fuera abandonado por su Dios.

#### **XIV. Nuestra Culpa<sup>[2]</sup>**

“Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron.” — Rom. v. 12

El pecado y la culpa van juntos, pero no deben confundirse ni considerarse sinónimos, tal como tampoco debe confundirse la santificación con la justicia. Es verdad que la culpa está presente en cada pecado, y en cada pecado hay culpa, pero los dos deben mantenerse como conceptos distintos. Hay una diferencia entre las llamas y la mancha oscura que ellas dejan en la pared; mucho después de que la llama se apaga, la mancha aún permanece. Lo mismo sucede con el pecado y la culpa. La llama roja del pecado ennegrece el alma. Pero mucho después de que el pecado ha sido dejado atrás, la mancha negra en el alma aún permanece.

Por tanto, es de primordial importancia que la diferencia entre ambos sea claramente entendida, especialmente debido a que confundir el pecado con la culpa nos llevará a también confundir la justificación con la santificación, lo que afecta al fervor de la vida cristiana. Si hubiera sólo un hombre en la tierra, él podría pecar en contra de sí mismo, pero no podría estar en deuda con otros. Y si, de acuerdo con la teología moderna, no existiese un Dios vivo, sino sólo un concepto de bien, este hombre podría pecar contra la idea del bien, y ser una persona extremadamente perversa, pero no estaría en deuda con Dios.

Los hombres están en deuda con Dios porque Él vive, existe, nunca abandona, permanece para siempre y porque momento tras momento, ellos deben tratar con Él. Con los hombres podemos iniciar cuantos negocios queramos, y estaremos en deuda con las instituciones con que lo hagamos, pero nunca lo estaremos respecto de aquellas instituciones con las cuales nunca negociamos. Muchos aplican esto mismo a Dios bajo la noción errada que si ellos no tratan con Dios, no pueden deberle nada ni tener nada que ver con Él. Para ellos, Dios es inexistente— ¿Cómo, entonces, podrían estar en deuda con Él?

Pero la verdad es que Él sí existe. No es que se nos deja a nuestra voluntad tener que tratar con Él o no. No. En *todos* nuestros asuntos, *en todo tiempo* y bajo *toda* circunstancia, debemos tratar y, de hecho, tratamos con Él. No hay ninguna transacción de la cual Él esté excluido. En todas las cosas, hagamos lo que hagamos, Él es el más interesado. En todos nuestros asuntos y empresas, Él es el Acreedor Preferente y Socio Principal con quien debemos ajustar la cuenta final. Podemos enterrarnos en el Sahara, o hundirnos en las profundidades del océano, pero nuestra obligación para con Él nunca se extingue. Nunca nos podemos alejar de Él. En todas nuestras acciones, sea que obremos con la cabeza, corazón o manos, abrimos una cuenta con Dios. Podemos engañar a otros compañeros, y no revelar parte de nuestras deudas a ellos, pero no podemos hacer lo mismo con Dios. Él es omnisciente. El conoce los asuntos más secretos. Él lleva cuenta de la más mínima fracción, cobrándonosla. Antes que hayamos comenzado nuestros cálculos, Él ya tiene la cuenta terminada y la pone ante nosotros.

Al considerar esto, nos damos cuenta de lo que significa ser deudores de Dios, ya que, aunque en cada momento, bajo toda circunstancia y en todas nuestras transacciones estamos obligados a pagarle todas las utilidades, nunca lo hacemos, o por lo menos no completamente. Por tanto, en cada acto de nuestra mente, corazón y manos, se crea un nuevo punto de deuda, la que no pagamos por no tener la voluntad de hacerlo, o no poder hacerlo.

Si Dios no existiese, o no tuviéramos relación con Él, seríamos *pecadores*, pero no *deudores*. Si hace algunos años atrás las inundaciones en Krakatoa hubieran arrasado con todo Java, como se temía, ¿no habría esto cancelado todas nuestras deudas con las instituciones en Java? O supongamos que el Partido Patriótico en China volviese al poder, y el Emperador decretara cerrar el imperio hacia todas las naciones de modo tal que durante toda una vida fuera imposible pagar nuestras obligaciones a instituciones Chinas, ¿no cancelaría esto todas nuestras deudas para con China? Así mismo, si Dios dejase de ser, o se eliminase cada lazo que nos vincula con Él, todas nuestras deudas serían canceladas inmediatamente. Pero esto es imposible. Ese vínculo que nos une a Él no puede ser roto. Nuestra deuda para con Él permanece. No podemos cancelarla, y aunque nosotros creamos que podemos pagarlo, esa creencia no altera este hecho.

Dios nos creó para sí mismo, y ese solo hecho crea nuestra deuda para con Él. Si Él nos hubiera creado simplemente, por el mero placer de crearnos, como un niño hace burbujas de jabón para su propia entretención, y después no le hubiera importado lo que fuese de nosotros, no podría haber deuda. Pero Él nos creó para sí mismo, con la carga absoluta de que en todas las cosas, en todo momento y bajo toda circunstancia, pongamos las *ganancias de la vida* ante el altar de Su nombre y gloria. Él no nos deja vivir 3 de cada 10 días para Él y el resto para nosotros mismos. De hecho, Él no nos suelta ni por un solo día o momento. Él nos exige la ganancia de nuestra existencia para Su gloria, incondicionalmente, siempre y para siempre. Nos diseñó y creó para esto. Por tanto Él nos pide cuentas. Y por consiguiente, siendo nuestro Señor y Soberano, Él no puede renunciar a ni un solo centavo de la ganancia de la vida. Y debido a que *nunca* le hemos pagado el tributo, somos sus deudores *absolutos*.

El dinero es a los hombres lo que el *amor* es a Dios. Él nos dice a ti y a mí y a todo hombre “de la manera que tú tienes sed de oro, yo tengo sed de amor. Yo, tu Dios, quiero tu amor, todo el amor de tu corazón. Esto es lo que se me debe, y esto es lo que exijo. Esta deuda no la puedo condonar. Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu mente y con todas tus fuerzas.” El hecho de que no le pagamos este amor, o que lo hagamos pero de una manera no santa, o fraudulenta, nos hace deudores perpetuos.

Sabemos que esto se llama la concepción *jurídica*, y que en estos días tan poco varoniles el hombre desea escapar de la incomodidad de hacer lo correcto, debido a que la concepción ética es elogiada hasta los cielos. Pero todo este sentimiento nace directamente de una mentira. Esta oposición en contra de la concepción jurídica deja a Dios en cero o lo ignora. Aún sin creer en Dios, uno puede soñar con un *ideal* de santidad, según la concepción ética, y luchar contra el pecado con una sed interior de santidad. Pero si es solamente un *ideal* lo que lo incita, no puede haber cabida para lo justo, ninguna deuda para con Dios, porque uno no puede tener deudas para con ideales, sino para con personas vivientes. Pero cuando reconozco al Dios viviente y que siempre y en todas las cosas tengo relación con Él, es entonces cuando Él tiene justas demandas en contra de mis *violaciones*, las cuales deben ser satisfechas. Por tanto, la concepción jurídica viene *en primer lugar*.

La concepción ética es: “Estoy enfermo, ¿cómo puedo sanarme?” La idea jurídica es: “¿Cómo se puede restaurar el derecho de Dios que ha sido violado?” Esto último es, por tanto, de importancia primordial. El cristiano no debe considerarse a *él mismo* primero, sino a *Dios* primero. Cuando se apunta desde el púlpito a la santificación sin un celo por la justificación, se contradice el corazón mismo de la confesión Reformada. El mayor mérito del Dr. Köhlbrugge estuvo en esto, que en aras de Dios, él se lamentaba de este rechazo, y con mano poderosa se oponía a la tendencia de mirar en menos el derecho de Dios, diciéndole a tanto a la iglesia como al individuo: “Hermanos, la justificación es lo primero.”

Decir, “¡Si sólo fuese santo, mi deuda para con Dios no me preocuparía tanto!” suena muy lindo, pero es tremendamente pecaminoso. Los hijos de Dios desean la santidad de la manera

que los hijos de la vanidad desean riquezas, honor y gloria—siempre es un deseo por nosotros mismos, nuestro propio ego en nosotros mismos de ser algo que no somos. Y al Señor se le deja fuera. Es el pelagiano regulando su relación con Dios según su propia satisfacción. De hecho, aunque engañosamente presentado, esto es transgredir el primer y más grande mandamiento.

Ciertamente que el profundo deseo del alma de buscar la santidad es algo bueno y justo, pero sólo una vez que se ha resuelto la pregunta: “¿Cómo puedo ser restaurado a mi correcta posición ante Dios, cuyos derechos yo he violado?” Si esta es nuestra preocupación principal, entonces, y sólo entonces amamos más al Señor nuestro Dios que a nosotros mismos. Sólo entonces la oración por santidad surgirá como consecuencia natural. No por el deseo egoísta de ser espiritualmente enriquecido, sino por el profundo anhelo del alma de nunca más violar ese derecho divino.

Esto es muy profundo y de gran alcance, y muchos lo van a considerar como algo durísimo. Sin embargo, no nos lo podemos guardar. El cristianismo pusilánime y enfermizo de hoy en día, que se jacta de sí mismo, no es el de los padres o de los piadosos de todas las edades o de los apóstoles y profetas. El Señor *debe* ser el Primero y el Altísimo. En lugar de recibir honra, se le resta honra a Su ley cuando, en la búsqueda de la santidad, el *derecho* de Dios es olvidado. Aun entre los hombres se considera deshonesto cuando un hombre que no ha pagado todas sus deudas abandona el país en búsqueda de mejor fortuna. A tal hombre le diríamos “Pagar tus deudas honestamente es más honroso que tener éxito.” Y esto se aplica también aquí. El hijo de Dios no entra al reino por un deseo de *éxito*, sino para *saldar sus cuentas con Dios*. Y esto explica la diferencia entre el *pecado* y la *culpa*. Un criminal se arrepiente y devuelve el tesoro robado. ¿Por ese hecho ahora tiene el derecho a ser liberado? Claro que no. Pero si cae en las manos de la ley, deberá ser juzgado, sentenciado y sufrir una condena en prisión como pena por el derecho que ha violado. Apliquemos esto al pecado. Hay una *ley* y Dios es *su Autor*. Según esa ley, las transgresiones por omisión y comisión reciben el nombre de *pecado*. Pero eso no es todo. La ley no es un fetiche ni una fórmula de un ideal moral, sino que es *mandamiento de Dios*; “Dios dijo todas estas palabras.” Dios avala esa ley, la mantiene y la pone ante nosotros. Por lo tanto, no es suficiente medir nuestra acción según la ley y llamarla *pecado*, sino que también se debe dar cuenta ante el Dador de la ley y que la acción sea reconocida como *culpa*.

*El pecado* es la no-conformidad de una acción, persona o condición, con la ley divina. *La culpa* es la invasión en el *derecho* divino en acción, persona o condición. El pecado crea la culpa, porque Dios tiene un derecho sobre todos nuestros actos. Si fuera posible actuar en independencia de Dios, tales actos, aun cuando estén desviados del ideal moral, no crearían culpa. Pero debido a que, bajo cualquier condición, todo acto del hombre debe dar cuenta a Dios, todo pecado crea culpa. Sin embargo, no son lo mismo. El pecado siempre reside *en nosotros* y no toca nuestra relación con Dios. Pero la culpa no reside en nosotros, sino que siempre se refiere a nuestra *relación* con Dios. El pecado nos muestra lo que somos en contraposición con el ideal moral. Pero la culpa hace referencia al derecho que Dios reclama sobre nosotros y a nuestra negación de ese derecho.

Si Dios fuera como el hombre, esta culpa podría ser transada. Pero no lo es. Sus derechos son como el oro puro, perfectamente correctos; no arbitrarios, sino basados invariablemente en un fundamento firme e inmutable. Por tanto, nada puede ser descontado de esa culpa. Según la medida más estricta, el todo permanece para siempre cargado en nuestra contra. Por lo tanto, hay *castigo*. Porque el castigo no es más que el acto de Dios en oposición a la invasión de Sus derechos. Tales invasiones roban a Dios, y si persistiesen, le quitarían de Su divinidad. Pero esto no puede ser si Él en verdad es Dios. Por tanto, Su majestad opera directamente en contra de esta invasión, y en esto consiste el castigo. El pecado, la culpa y el castigo son inseparables. Sólo porque la culpa sigue al pecado, y el castigo enjuicia a la culpa, es que el pecado puede existir en el universo de Dios.

## XV. Nuestra Injusticia

“Mi espíritu no contendrá para siempre con el hombre.”—Génesis vi.3

Antes de entrar al tema de la obra del Espíritu Santo en la restauración del pecador, consideremos la cuestión, muy interesante pero poco tratada, de si el hombre estaba en comunión con el Espíritu Santo *antes de la caída*.

Si es verdad que el Adán original regresa en el hombre regenerado, se deduce que el Espíritu Santo debió haber morado en Adán en la misma manera en que mora hoy en los hijos de Dios. Pero esto no es así. La Palabra de Dios enseña las siguientes diferencias entre ambos.

1. El tesoro de Adán podía perderse, en cambio el del los hijos de Dios no se puede perder.
2. Aquel era para obtener la vida eterna, mientras que éstos ya la tienen.
3. Adán estaba bajo el pacto de las *obras*. Los regenerados están bajo el pacto de la *Gracia*.

Estas diferencias son esenciales, e indican una diferencia en el *estado*. Adán no pertenecía al grupo de los impíos que han sido justificados, sino que él fue justo, sin pecado. Adán no vivió según una justicia extrínseca que es por la fe, como los que han sido regenerados, sino que resplandeció con una justicia original que fue verdaderamente suya. Vivió bajo la ley que dice “Haz esto y vivirás, de lo contrario, morirás.”

Por tanto Adán no tuvo otra fe que aquella que viene por “disposición natural.” Él no ejerció una justicia que es *por fe*, sino que una justicia *original*. La nube de testigos de Heb. xi no comienza con el Adán que nunca pecó, sino con Abel, antes de que fuese asesinado.

Si *cada* relación correcta del alma es una de fe, entonces la justicia original necesariamente incluía la fe. Pero esto no es bíblico. San Pablo enseña que la fe es una gracia temporal, que finalmente entra en esa comunión más alta e íntima llamada “vista.” En la Biblia, la fe como un medio de salvación siempre es fe en Cristo no como el Hijo de Dios, la Segunda Persona de la Trinidad, sino como el *Redentor, Salvador y Garante*—en resumen, la fe en Cristo y en *Él crucificado*. Y debido a que “Cristo, y Él crucificado” no pertenece al hombre no caído, no es correcto colocar a Adán junto al pecador justificado en lo concerniente a la fe. Aun en el estado de justicia, Adán no vivió en Cristo, ya que Cristo es sólo el Salvador del *pecador* y no una esfera o elemento en que un hombre vive *como hombre*. Ante la ausencia de pecado, la Escritura no conoce a ningún Cristo. Y san Pablo enseña que, cuando todas las consecuencias del pecado hayan cesado, Cristo entregará el reino al Padre, a fin de que Dios pueda ser el todo en todo.

Por tanto, Adán y el hombre regenerado no son lo mismo. La diferencia entre sus estados es aun más obvia a la luz de que, fuera de Cristo, el último permanece en muerte, no teniendo vida en sí mismo como san Pablo lo dice, “No yo, sino Cristo que vive en mí, quien me amó y se entregó por mí” (Gal. ii.20); por el contrario, Adán tuvo una justicia natural *en sí mismo*. Los padres siempre han enfatizado firmemente este punto. Ellos enseñaron que la justicia original de Adán no era accidental, sobrenatural, agregada a su naturaleza, sino que era *inherente a su naturaleza*. No fue la justicia de otro imputada a él y apropiada a través de la fe, sino que una justicia que era naturalmente suya. Porque Adán no necesitaba un sustituto. Él se presentaba a sí mismo en la naturaleza de su propio ser. Por tanto, su estado era lo opuesto de lo que constituye para el hijo de Dios la gloria de su fe.

Los maestros de una doctrina diferente son motivados, consciente o inconscientemente, por motivos filosóficos. La teoría ética dice: “En estricto rigor, nuestra salvación no es en la *cruz*, sino en la *Persona* de Cristo. Él fue Dios y hombre, por lo tanto divino-humano, y esta naturaleza divina-humana es comunicable. Esto se nos imparte a nosotros, nuestra naturaleza se vuelve de un tipo superior, y por lo tanto, nos transformamos en hijos de Dios.” Esta es una negación del camino de la fe y un rechazo a la cruz y de toda la doctrina de la Escritura—un gravísimo error. Su conclusión es: “Primero, aun ante la ausencia de pecado, el Hijo de Dios se habría hecho hombre. Segundo, por supuesto que el Adán sin pecado vivía en el Dios-hombre.”

Otros, sin estar completamente de acuerdo, enseñan imprudentemente que el Adán sin pecado vivía según la justicia de Cristo. Ojo con las consecuencias de esta enseñanza. La Escritura no permite la concepción de teorías que eliminan la diferencias entre el Pacto de las Obras y el de la Gracia.

Pero el sostener la doctrina aprobada de que la justicia original de Adán era *inherente a su naturaleza*, y de la imagen divina siendo creada internamente, surge una importante pregunta: ¿Tuvo Adán la misma comunión con el Espíritu Santo que ahora tiene el creyente nacido de nuevo?

La respuesta depende de la opinión que tengamos acerca de la naturaleza de la justicia original. La justicia de Adán era intrínseca. Él estuvo delante de Dios como debería estar el hombre. No le faltaba nada y no le debía nada a Dios. Adán le daba al Señor todo lo que momentáneamente le debía. No es importante saber por cuánto tiempo. Un segundo basta para perder el alma para siempre, pero también es el tiempo suficiente para entrar en una correcta posición ante Dios. Por lo tanto Adán poseía un bien perfecto. Porque la justicia implica santidad y ambas eran perfectas. Aun el más mínimo acto de impiedad o injusticia haría que todo lo que Adán pudiera ofrecer en respuesta a Dios fuera deficiente. Y cuando esa falta de santidad se hizo efectiva, la justicia fue inmediatamente dañada, desgarrada y rota. La más mínima falta de santidad produce inmediatamente la pérdida de *toda* justicia. La justicia no tiene se mide por grados. Aquello que no está perfectamente derecho *está torcido*. Correcto, y perfectamente correcto son la misma cosa. No perfectamente correcto es *incorrecto*.

La pregunta: “¿Cómo fue Adán perfectamente bueno?” recibió su luz más clara a raíz del conflicto entre los luteranos Flacius Illiricus y Victorinus Strigel. Aquel sostenía que el hombre es esencialmente justo.

La opinión que uno tenga del pecado depende necesariamente de su forma de ver la *bondad* y viceversa. Una naturaleza realista tiende a concebir que el pecado y la bondad sean materiales. En su opinión, el pecado es como una suerte de bacteria invisible, perceptible sólo por medio un microscopio potente. La virtud, la bondad y la santidad tendrían igualmente una existencia tangible, independiente, medible y fraccionable. Pero esto no es así. Podemos comparar lo espiritual a lo material, ¿acaso no es esto simbolismo? La Escritura nos pone el ejemplo, comparando el pecado con una llaga, con un fuego, etc., y la bondad como gotas de agua que matan la sed, convirtiéndose una fuente de agua viva para el alma. Dejemos que el simbolismo mantenga su lugar honroso en este respecto. Pero el simbolismo consiste en la comparación de cosas que disímiles, por lo tanto su identidad queda excluida. El pecado *no* es algo sustancial, por lo tanto la virtud y la bondad no son esencialmente independientes. Sin embargo, Flacius Illiricus sintió que en este punto había una diferencia entre el pecado y la virtud. El pecado no es sustancial, porque es la falta, la ausencia de bondad. Pero la bondad no es la falta o ausencia del mal. La pérdida indica lo que debiera estar, pero que está ausente. El mal nunca debiera estar, por lo tanto, nunca puede faltar. Pero en cuanto a la bondad el asunto es distinto, esto es, si es que la bondad—entendida como un elemento externo e independiente—fue agregada al alma, de modo tal que pudiera decirse, “Aquí está el alma y allá la bondad.” Esto no puede ser. De la misma manera que no puede concebirse un rayo sin luz, así también la bondad no puede concebirse sin una persona de quién esta provenga. Esto fue lo que tentó a Flacius Illiricus a enseñar que el hombre originalmente era *esencialmente* justo. Por supuesto que estaba equivocado. Lo que él quería atribuirle al hombre sólo puede ser atribuido a Dios. La bondad es bondad. Dios es bondad. Bondad es Dios. En Dios, el ser y la bondad son uno. No hay ni puede haber diferencia entre ambas, porque Dios es perfectamente bueno en todo ámbito. Por lo tanto, incluso la más mínima separación entre Dios y la bondad es completamente inconcebible.

Sólo Dios es un Ser simple. No como lo interpreta el profesor Doedes en su crítica a la Confesión, como si en Dios no pudiera haber distinción entre personas, sino que no puede haberla en Su esencia, entre Él y sus atributos. Pero esto no es así en el hombre. Nosotros no somos simples y no lo podemos ser en el mismo sentido. Por el contrario, nuestro ser permanece aunque todos nuestros atributos sean cambiados o modificados. Un hombre puede

ser bueno, y debiera serlo, pero sin la bondad él sigue siendo hombre. Su naturaleza se vuelve corrupta pero su ser se mantiene igual.

El ser del hombre es o engañoso, o verdadero, no porque su alma esté inoculada con la materia de la falsedad o de la verdad, sino debido a una modificación de la *calidad* de su ser. La bondad inherente no se refiere a nuestro *ser* sino sólo a la *manera* de su existencia. De la misma manera que una expresión facial de gozo o tristeza no es el resultado de una aplicación externa, sino de un gozo o tristeza internos, así también el alma es buena o mala según la forma en que ella se encuentre ante Dios.

Y esta bondad fue la herencia directa de Dios hacia Adán. Sólo Dios es la Fuente de gracia que sobreabunda. Adán nunca forjó siquiera una partícula de bien de sí mismo en la tierra sobre la cual él podría haber dicho que merecía una recompensa. La vida eterna le fue prometida no como un premio o un elemento inherente, sino en virtud de las condiciones del pacto de las obras. De la misma manera en que nos oponemos firmemente a que se le aplique al Adán sin pecado las condiciones del Pacto de la Gracia, como si él hubiese vivido en Cristo, nos oponemos a la representación de que cualquier virtud, santidad o justicia procedieron de Adán sin que Dios las hubiera forjado en él. El afirmar lo contrario significaría que Adán era una *pequeña fuente de un poco de bien*, e iría en contra de la confesión que sólo Dios es la Fuente de *todo* bien.

Por tanto, así llegamos a la siguiente conclusión: que toda bondad en Adán fue forjada por el *Espíritu Santo*, según el mandamiento santo que le asigna a la Tercera Persona de la Trinidad la operación interna en todos los seres racionales.

Sin embargo, esto no significa que antes del derramamiento del Espíritu Santo hubiera *habitado* en Adán como en Su templo, de la forma en que sí lo hace en el hijo de Dios que ha sido regenerado. En este último, él sólo puede *habitar*, debido a que la naturaleza humana es corrupta y no es apta para ser su *vehículo*. Pero esto no fue así con Adán. Su naturaleza fue creada y calculada para ser el *vehículo* de las operaciones del Espíritu Santo. Por tanto Adán y el hombre regenerado son similares en cuanto a que en ambos no existe bondad que no haya sido forjada por el Espíritu Santo. Pero son diferentes en cuanto a que este último sólo puede ofrecer su corazón pecaminoso para ser la *habitación* del Espíritu Santo, mientras que el ser de Adán ejerció sus operaciones sin su habitación, en forma orgánica y *natural*.

## **XVI. Nuestra Muerte**

“Estabais muertos en vuestros delitos y pecados.”—Efesios ii. 1

A continuación nos corresponde tratar el tema de la *muerte*.

Por una parte está el *pecado*, el cual es una desviación de la *ley* y una resistencia en contra de ella. Luego está la *culpa*, que consiste en no darle a Dios, retener, aquello que se le debe como el Dador y Sustentador de la ley. Pero también está el *castigo*, que es el acto del Dador de la ley mediante el cual hace cumplir Su ley en contra del transgresor de la misma. La Sagrada Escritura llama a este castigo “muerte.”

A fin de entender qué es la muerte, debemos primero hacernos la pregunta: “¿Qué es la vida?” La respuesta en su forma más general es “Una cosa vive si se mueve desde adentro.” Si viéramos a un hombre en la calle apoyado en contra de una pared, completamente inmóvil, supondríamos que está muerto. Pero si él moviera su cabeza o su mano, sabríamos que está vivo. El movimiento es siempre una señal de vida, aunque sea casi imperceptible y tan débil que requiera de los dedos expertos de un médico para detectarlo. Puede ser que los músculos estén paralizados y los tendones y nervios rígidos, pero mientras haya un pulso, el corazón palpita y los pulmones inhalen aire, la vida no se ha extinguido. Aun en los casos más extremos como ahogo, trance o parálisis, una vez que observamos movimiento, toda duda se elimina. Por tanto, podemos decir con toda seguridad que un cuerpo vive si se mueve desde adentro. No podemos decir lo mismo de un reloj, ya que su mecanismo carece de movimiento inherente propio. Al echarle cuerda, puede almacenarse energía en su mecanismo principal, pero cuando se gasta, el reloj se detiene. Pero la vida no es una fuerza que ha sido agregada mecánica y



temporalmente a un organismo preparado, sino que es una energía inherente en él como un principio orgánico.

Por lo tanto, es evidente que el cuerpo humano no tiene en sí mismo un principio vital inherente, sino que lo recibe de su alma. Un brazo permanece inmóvil hasta que el alma lo mueve. Incluso las funciones de la circulación, la respiración y la digestión son animadas por el alma. Así, cuando el alma abandona el cuerpo, todas estas funciones se detienen. Un cuerpo sin alma es un cadáver. De la misma manera en que la vida física depende de la unión del cuerpo con el alma, así también la muerte física es el resultado de la disolución de ese lazo. De la misma manera en que Dios en el principio formó el cuerpo humano del polvo de la tierra y sopló en su nariz aliento de vida para que fuera un ser viviente, así también la disolución de ese vínculo, que es la muerte del cuerpo, es un acto de Dios. La muerte por tanto es la remoción de ese don maravilloso, el vínculo de la vida. Dios quita aquella bendición de la cual se ha perdido el derecho de posesión, y el alma se separa del cuerpo abandonando así la carne. El cuerpo, mientras tanto, es entregado a la corrupción.

Pero esto no pone fin al proceso de la muerte. La vida y la muerte son extremos opuestos que abarcan el alma y el cuerpo. “En la muerte habréis de morir” es la sentencia divina, lo que incluye a la persona entera y no sólo su cuerpo. Aquello que posee la vida de criatura también puede morir como criatura. Por lo tanto el alma, siendo una criatura, puede también ser despojada de su vida de criatura.

Sabemos que en otro sentido el alma es inmortal, pero a fin de evitar confusiones, rogamos al lector dejar a un lado por un momento este hecho. Volveremos a él enseguida. Si aplicamos nuestra definición de vida al alma como criatura viviente, llegamos a la conclusión de que el alma vive solamente cuando se mueve, cuando acciones proceden de ella y energías obran en ella. Pero su principio vital no es inherente al cuerpo sino que proviene de afuera. Originalmente no existía en sí mismo, sino que Dios le dio un principio vital interno y un poder de movimiento que él sustentó y calificó para obrar de momento en momento. En este punto Adán fue distinto a nosotros. Es verdad que en el alma de la persona regenerada hay un principio vital, pero su fuente de energía viene de afuera de nosotros, de Cristo. Hay *morada* pero no *permeación interna*. El habitante y la morada son distintos. Por lo tanto en el hombre regenerado la vida es extrínseca, el soporte no está en sí mismo. Pero esto no fue así en la vida de Adán. Aunque el principio vital que le dio energía al alma provino de Dios, fue sin embargo depositada en Adán mismo.

Obtener gasolina de una bencinera es una cosa. Manufacturarla del propio bolsillo, en tu propio establecimiento, es otra totalmente distinta. El hijo de Dios que ha sido regenerado recibe la vida directamente de Cristo, quien está fuera de él a la diestra de Dios, a través de los canales de la fe. Pero Adán tuvo el principio vital dentro de sí mismo directamente desde la Fuente de todo Bien. El Espíritu Santo la había colocado en su alma y la mantuvo en operación activa, no como algo extrínseco, sino inherente y peculiar de su naturaleza.

Si la vida de Adán hubiera tenido su origen en la unión que Dios había establecido entre su alma y el principio vital del Espíritu Santo, concluiríamos que la muerte de Adán vino como resultado del acto de Dios de disolver esa unión de modo tal que su alma se convirtió en un cadáver.

Pero esto no es así. Cuando el cuerpo muere, no desaparece—el proceso de la muerte no se detiene ahí. Visto como una unidad, el cuerpo se vuelve incapaz de producir acción orgánica alguna, pero sus partes constituyentes se vuelven capaces de producir efectos terribles y corruptibles. Si se deja sin enterrar en una casa, los gases venenosos de la disolución producen fiebres malignas y causan la muerte a los habitantes de la comunidad. Después de esta disolución de carne y sangre, que no puede heredar el reino de Dios, el cuerpo como tal continúa existiendo con la posibilidad de ser vivificado y rediseñado en un cuerpo más glorioso, y en un ser reunido con el alma.

Todo esto puede casi literalmente aplicarse al alma. Cuando un alma muere, es decir, cuando es cortada de su principio vital que es el Espíritu Santo, se vuelve completamente inmóvil e incapaz de realizar cualquier buena obra. Algunas cosas permanecen, como por ejemplo la compasión ante la muerte. Sin embargo, aquella compasión es inútil y sin provecho. De la

misma manera que un cuerpo muerto no puede realizar ninguna obra y está inclinada a toda disolución, así también un alma muerta es incapaz de producir bondad alguna e inclinada a toda maldad.

Pero esto no significa que el alma muerta carezca de toda actividad; al contrario, en esto es similar a un cuerpo muerto. De misma manera que este contiene sangre, carbón y calcio, también aquella posee sentimientos, inteligencia e imaginación. Estos elementos en el alma muerta se vuelven igualmente activos con efectos aun más terribles, a veces demasiado horribles como para mirarlos. Pero de la forma que un cuerpo muerto con todas sus actividades no puede nunca producir algo para restaurar su organismo, asimismo el alma muerta no puede lograr nada para restaurar mediante sus obras su posición ante Dios. Todas sus obras son pecaminosas, de la misma manera en que el cuerpo muerto sólo emite olores fétidos. Así es, podemos continuar con este paralelo. Se puede embalsamar un cadáver, llenarlo de hierbas y cubrirlo como momia. En este caso su corrupción es invisible, toda su fealdad ha sido cuidadosamente oculta. Así también muchas personas embalsaman el alma muerta, la llenan con hierbas fragantes y la envuelven como una momia en una mortaja de justicia propia, de manera tal que la corrupción interna apenas se ve. Pero de la misma manera en que los egipcios no podían devolver la vida a sus muertos a través del embalsamamiento, así tampoco pueden estas momias-de-alma, a través de todas sus artes egipcias, echar chispa alguna de vida a sus almas muertas.

Un alma muerta no está aniquilada, sino que continúa existiendo y, por la gracia divina, puede ser resucitada a vida nueva. Continúa existiendo incluso más poderosamente que el cuerpo. Este es divisible, pero el alma no lo es. Debido a que es una unidad, no puede ser dividida. Por lo tanto, a la muerte del alma no sigue la disolución del alma. Es la obra venenosa de los elementos del alma después de la muerte la que produce una presión terrible en el alma indivisible, haciendo nacer en ella un deseo vehemente por la disolución. Hay fricción y confusión de elementos que claman por armonía y paz; hay una excitación violenta que despierta fuegos profanos, pero no hay *disolución*. Por lo tanto el alma es *inmortal*, es decir, no puede ser dividida o aniquilada. Se vuelve un cadáver, no susceptible de disolución, en el cual los gases venenosos continuarán para siempre su obra pestilente en el infierno. Pero el alma también es susceptible a un nuevo avivamiento y animación; estando muerta en sus delitos y pecados, cortada del principio vital, su organismo inmóvil, incapaz y sin ganancia alguna, corrupta y deshecha, con todo, sigue siendo un alma humana. Y Dios, el cual es misericordioso y lleno de gracia, puede restablecer aquel vínculo roto. La comunión interrumpida con el Espíritu Santo puede ser restaurada, como la comunión rota del cuerpo y alma.

Este avivamiento del alma muerta es la regeneración.

Cerramos esta sección con una observación más. El rompimiento del vínculo que causa la muerte no siempre es repentino. La muerte por parálisis es casi instantánea, pero la muerte por tuberculosis es lenta. Cuando Adán pecó, la muerte vino enseguida. Pero en cuanto a su cuerpo, su separación completa con el alma requirió más de novecientos años. Pero el alma murió en seguida, repentinamente. El vínculo con el Espíritu Santo fue cortado, y sólo quedan unas pocas fibras activas en los sentimientos de *vergüenza*.

Cuando decimos que la muerte del alma puede ser menos pronunciada en uno u otro caso, no estamos insinuando que en el uno esté muerta y en el otro sólo esté muriendo. No, en ambos está muerta. El alma en cada caso es un cadáver, sólo que en uno está embalsamado como una momia, y en el otro está en proceso de disolución. También puede ser que las obras conflictivas, venenosas y destructivas del alma sólo hayan comenzado en un caso, mientras que en el otro ya han sido estimuladas y desarrolladas por medio de la educación u otros agentes. Estas diferencias entre distintas personas dependen de la gracia divina. La disolución de un cuerpo en el Polo Norte es lenta, mientras que en un cuerpo al sur del Ecuador es bastante rápida. Asimismo, las almas muertas son colocadas en distintas atmósferas, y de ahí surgen sus diferencias.

## Notas

1. † “Removido de este estado [de justicia] a causa del pecado, el hombre permanece intacto”
2. † En holandés, la palabra “schuld”, que literalmente significa “deuda” abarca las ideas de culpa y deuda en general.—Trad.

## **La Gracia Preparatoria**

### **XVII. ¿Qué Es?**

“Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida, porque amamos a los hermanos. Aquel que no ama a su hermano, permanece en la muerte.” —1 Juan iii.14

No es necesario decir que el alcance de estas discusiones no incluye el trabajo redentor como un todo, el cual en su sentido más selecto no es solamente del Espíritu Santo, sino del Dios Trino, cuya real majestad brilla y centellea en Él con excelente gloria. No sólo incluye el trabajo del Espíritu Santo sino, aun más, el del Padre y el del Hijo. En ellos tres vemos la triple actividad de la bondadosa misericordia del Dios Trino.

Estas discusiones se enfocan sólo en esa parte del trabajo que revela la operación del Espíritu Santo.

La primera pregunta es aquella de la llamada “gracia preparatoria.” Esta es una pregunta de incomparable importancia ya que el Metodismo<sup>[1]</sup> la omite y la moderna ortodoxia abusa de ella, de modo de hacer que la elección determinante en la obra de la gracia dependa, otra vez, de la libre voluntad del hombre.

En relación al punto principal, debe concederse que hay una “gracia *præparans*,” así como solían llamarlo nuestros antiguos teólogos, es decir, gracia preparatoria; no una preparación de la gracia sino una gracia que prepara, la cual es en su trabajo preparatorio, gracia verdadera indudable e inadulterable. La Iglesia ha mantenido siempre este credo, por sus intérpretes más sensatos y sus más nobles confesores. No podría renunciar a él, mientras Dios sea efectivamente eterno, incambiable y omnipresente; pero debido a ello debe fuertemente protestar contra la falsa representación de un Dios que deja que un hombre nazca y viva por años de manera desapercibida e independiente de Él mismo, para súbitamente convertirlo en el momento de Su regocijo y sólo ahí, en un objeto bajo Su cuidado y custodia.

Aún cuando no puede negarse que el pecador compartió esta desilusión ya que él no se interesó en Dios, entonces, ¿por qué Dios debía ocuparse de él?—pues bien la Iglesia no puede alentar en él una idea tan impía. Porque ello empequeñece las divinas virtudes, glorias y atributos. Herejes de diverso nombre y origen han hecho de la salvación del alma su mayor estudio, pero casi siempre han descuidado el *Conocimiento de Dios*. Aun así, cada credo comienza con “[Yo] Creo en Dios Padre todopoderoso, Creador del cielo y la tierra” y el valor de todo lo que sigue concerniente a Jesús y nuestra redención, dependen sólo de la correcta interpretación de ese primer artículo.

De ahí que la Iglesia ha insistido siempre sobre el puro y correcto conocimiento de Dios en cada una de las confesiones y en cada parte de la obra redentora, y ha considerado como su deber y privilegio principal el resguardo de la pureza de este conocimiento. Aun la salvación de un alma no debiera desearse a expensas del más leve daño a la pureza de dicha confesión. En relación al trabajo de la gracia preparatoria, fue necesario examinar ante todas las cosas, si el conocimiento de Dios había sido retenido en su pureza, o si, con tal de salvar a un pecador, fue distorsionado. En prueba de esto, no se puede negar que el cuidado de Dios por Sus elegidos no comienza en un momento arbitrario, sino que están entrelazados con su total existencia, incluyendo sus concepciones e incluso antes de sus concepciones, por los misterios de ese amor redentor que declara “Os he amado con un imperecedero amor.” De ahí que sea impensable que Dios haya dejado a un pecador por si solo por años, para luego capturarlo en algún momento cualquiera de su vida.

¡No! Si Dios ha de permanecer Dios y Su poder Omnipresente es ilimitado, la salvación de un pecador debe ser un trabajo *eterno*, abarcando su existencia total—una obra cuyas raíces están ocultas en los fundamentos invisibles de las misericordias maravillosas que se extienden mucho más allá de su concepción. No puede negarse que un hombre, convertido a los veinte y cinco años, no haya sido durante su vida sin Dios, un sujeto del trabajo, cuidado y protección divina; que en su concepción y antes de su nacimiento, la mano de Dios lo sostuvo de ahí en adelante; así que, aun en el divino consejo, la obra de Dios debe ser rastreada mucho antes de su conversión.

La confesión de elección y preordenación es esencialmente el reconocimiento de una gracia activa, mucho antes de la hora de la conversión. La idea que Dios, desde la eternidad, ha

registrado un mero nombre o figura arbitraria, para activarla sólo después de varios siglos, es realmente inverosímil. ¡No! Los elegidos de Dios nunca estuvieron ante Su eterna visión como meros nombres o figuras; sino toda alma elegida está también preordenada para pararse delante de Él en su desarrollo completo, como objeto en Cristo, para el *eterno* regocijo de Dios. El sacrificio de Jesús en el Calvario, que satisface a los elegidos, justificándolos por Su Resurrección, no se logró independientemente de los elegidos, sino que los incluyó a todos. La resurrección es el trabajo de la divina Omnipotencia, en la cual Dios trae de entre los muertos, no sólo a Cristo *sin Él* mismo, sino *con Él* mismo. De ahí que cada santo con una clara visión espiritual confiesa que su Padre celestial realiza en él un trabajo eterno, no iniciado solamente en su conversión, sino que forjado en el eterno 'consejo' a través de las antiguas y nuevas alianzas; en su persona todos los días de su vida y que trabajará en él por toda la eternidad. Aun en este amplio sentido la Iglesia no debe descuidar de confesar la gracia preparatoria. Sin embargo, el tema se estrecha cuando, excluyendo lo que procede a nuestro nacimiento, consideramos sólo nuestra vida pecaminosa antes de la conversión, o los años comprendidos entre la edad del discernimiento y la hora en que las escalas de medición caen de nuestros ojos.

Durante esos años nos apartamos de Dios, en vez de acercarnos más a Él. El pecado irrumpió más violentamente en unos que en otros, pero hubo iniquidad en todos nosotros. Cada vez que nuestras almas eran medidas por la plomada divina, resultaban sus medidas fuera del perpendicular. Durante este período pecaminoso, muchos sostienen que *la gracia preparatoria* esta *fuera de toda consideración*. Ellos dicen, "Donde hay pecado no puede haber gracia," de ahí que durante esos años el Señor deja al pecador consigo mismo, sólo para volver a él cuando el amargo fruto del pecado está lo suficientemente maduro como para moverlo a la fe y al arrepentimiento. Ellos no niegan la bondadosa elección de Dios y su preordenación, ni Su cuidado por los elegidos en su nacimiento, pero ellos sí niegan Su gracia preparatoria durante los años de alienación y creen que Su gracia comienza a operar sólo cuando irrumpe en sus conversiones.

Por supuesto que hay algo de verdad en esto; existe tal cosa como el abandono del pecador a la iniquidad, cuando Dios permite que un hombre camine sus propios caminos, entregándose a viles pasiones y a cosas que son indecorosas. Pero en vez de interrumpir la labor de Dios sobre tal alma, las propias palabras de la Escrituras, "los entregó" (Ro. i. 24,28), muestran que el dejarse llevar por la corriente del pecado, no es sin que Dios lo note. Los hombres han confesado que si el pecado interno no se hubiera revelado a sí mismo, irrumpiendo con su furia, ellos nunca hubieran descubierto la corrupción interna, ni habrían pedido a gritos a Dios por clemencia. La realización de su culpa y el recuerdo de su temible pasado han sido para muchos santos una poderosa incitación para trabajar con mano fuerte y corazón compasivo en el rescate de aquellos perdidos sin esperanza de las mismas aguas mortíferas de las cuales ellos fueron salvados. El recuerdo de la profunda corrupción de la cual ahora se han librado ha sido para muchos la más potente defensa contra una fantasiosa rectitud personal, comportamiento orgulloso y engreimiento de ser más santo que otros. Muchas profundidades de reconciliación y gracia han sido descubiertas y proclamadas sólo por corazones tan profundamente heridos, que la mera confesión superficial de la sangre expiatoria no puede ser suficiente para cubrir su culpa. Cuán profundo calló David, ¿y quién grito más jubilosamente que él, desde las profundidades de la misericordia? ¿Quién inculcó la más pura confesión de la Iglesia que Agustín, incomparable entre los padres de la Iglesia, quien desde los abismos de su propia culpa y quebranto interior, aprendió a contemplar el firmamento de las misericordias eternas de Dios? Aun desde esta extrema visión sobre el pecaminoso camino del hombre, no se puede afirmar que de esa forma se suspendió la gracia de Dios. Luz y sombra están aquí necesariamente mezclados.

Y esto no es todo. Aun cuando por el pecado hemos perdido todo, y el pecaminoso ego, como quiera que sea de virtuoso externamente, ha teñido cada acción de la vida con pecado, mas esto no es toda la vida. En medio de todo, la vida se moldea y desarrolla: el pecador de veinticinco difiere del niño de tres, quien por su mal genio simplemente mostró su naturaleza pecaminosa. Durante todos esos años el niño se ha vuelto hombre. Aquello que dormitaba en él, se ha manifestado gradualmente. Las influencias han llegado a él. El conocimiento ha sido dominado e incrementado. Los talentos se han despertado y desarrollado. La memoria y el recuerdo han acumulado un cúmulo de experiencia. No importa cuán pecaminosa sea la forma,

el carácter se ha asentado y algunos de sus rasgos han adoptado líneas definidas. El niño se ha vuelto hombre—una persona, viviente, existente y pensante en forma diferente a otras personas. Y en todo esto, así lo confiesa la Iglesia, estuvo la mano del Omnipresente y Todopoderoso Dios. Ha sido Él quien durante todos estos años de resistencia, ha guiado y dirigido a Sus criaturas de acuerdo a Sus propios propósitos.

Tarde o temprano el Sol de la Gracia amanecerá sobre él y dado que mucho dependerá de las condiciones en las cuales la gracia lo encuentre, es Dios mismo quién prepara dichas condiciones. Él lo prepara, restringiendo bondadosamente su carácter de adoptar rasgos que puedan impedirle posteriormente seguir su curso en el reino de Dios, y por otra parte, por desarrollar bondadosamente en él, un carácter y características tales, que aparecerán después de su conversión, adaptados a la tarea que Dios deseó para él. Y así se hace evidente que aún durante tiempos de enajenación, Dios otorga gracia a Sus elegidos. Posteriormente él percibirá cuán evidentemente han trabajado para bien todas las cosas conjuntamente, no porque él lo haya determinado así, sino que a pesar de sus intenciones pecaminosas, y sólo porque la gracia protectora de Dios estuvo trabajando en y a través de todo ello. Su curso pudo haber sido completamente diferente. El que sea tal como es, y no mucho peor, lo debe no a sí mismo, sino a un favor superior. De ahí que en la revisión de su oscura vida anterior, el santo piensa en primera instancia que tan sólo tuvo una noche de satánica oscuridad; posteriormente, estando mejor instruido, él percibe a través de esa negrura una tenue luz de amor divino. De hecho, en su vida hay tres períodos distintivos de gratitud:

En primer lugar, inmediatamente después de su conversión, cuando él no puede pensar en ninguna otra razón más que en la de la *gracia recién encontrada*.

En segundo lugar, cuando él aprende a dar gracias también por la *gracia de su eterna elección*, que se extiende hacia mucho más atrás que la primera gracia.

Finalmente, cuando la oscuridad entre la elección y la conversión se haya disipado, él agradece a Dios por la gracia preparatoria que en medio de esa oscuridad velo por su alma.

### **XVIII. Qué no Es**

“Somos sus obreros.”—Efesios ii. 10.

En el artículo precedente quedamos contentos de saber que sí hay una gracia preparatoria. En oposición al moderno deísmo de los metodistas,<sup>[2]</sup> las iglesias reformadas deberían confesar esta excelente verdad en toda su extensión y amplitud. Pero no se debiera abusar de él para restablecer la libre voluntad del pecador, como lo hicieron los pelagianos y los arminianos después de ellos y como lo hacen ahora los éticos, aún cuando de forma diferente. Los metodistas yerran al decir que Dios no se preocupa del pecador hasta Él lo detiene de pronto en sus actos pecaminosos. Tampoco debemos tolerar el error opuesto, la negación de la regeneración, el nuevo punto de partida en la vida del pecador, el cual haría que toda la obra de conversión tan sólo fuera el despertar de energías dormidas y contenidas. No hay transición gradual; la conversión no sólo es mera curación de la enfermedad, o el surgimiento de lo que había sido contenido ni el menor de ellos, el despertar de energías latentes.

En relación a su primer nacimiento, el hijo de Dios *estaba* muerto, y puede ser vuelto a la vida solamente por un segundo *nacimiento* tan real como el primero. Generalmente, la persona favorecida de esta forma no está conciente de ello. De hecho, el hombre es inconciente de su primer nacimiento. La conciencia sólo llega con los años. Lo mismo aplica para la regeneración, de la cual él es inconciente hasta el momento de su conversión y eso puede ser en diez o veinte años.

Los fundamentos sobre los cuales la Iglesia confiesa que la gran mayoría de los hombres nace nuevamente antes del sagrado bautismo son muchos ciertamente; de ahí que en el bautismo se hace alocución a los hijos de los creyentes como ‘regenerados.’

¿Qué enseñan respecto a esto los semi-pelagianos de todos los tiempos y matices, y los éticos del tiempo presente? Ellos reducen el primer acto de Dios en los pecadores a una suerte de gracia preparatoria, impartida no sólo a los elegidos, sino que a toda persona bautizada. Ellos lo representan como sigue:

Primero, todos los hombres son concebidos y nacen en pecado; y si Dios no diera el primer paso, todos perecerían.

Segundo, Él imparte a los hijos nacidos en la Iglesia Cristiana una suerte de gracia asistencial, aliviando su incapacidad.

Tercero, por consiguiente cada persona bautizada tiene el poder de elegir o rechazar la gracia ofrecida.

Cuarto, por lo tanto, de los muchos que reciben la gracia preparatoria, algunos eligen la vida y otros perecen.

Esta no es la confesión de Agustín sino de Pelagio; no de Calvino sino de Castellio; no de Gomarus sino de Arminio; no de las Iglesias Reformadas sino de las sectas que estas han condenado como heréticas.

Esta mentira impía, que impregna toda esta representación, debe ser erradicada; y los hermanos metodistas merecen nuestro fuerte apoyo cuando con santo entusiasmo se oponen a ese falso sistema. Si esta representación fuera cierta, entonces el consejo de Dios habría perdido toda su certeza y firmeza: entonces la obra redentora del Mediador es incierta en su aplicación; entonces nuestro tránsito desde la muerte a la vida dependería al final sólo de nuestra propia voluntad; y al niño de Dios se le robaría todo consuelo en la vida y la muerte, ya que su nueva vida podría perderse.

De nada les sirve a los teólogos éticos cuando, bajo distintas bellas formas, confiesan su creencia en una elección eterna y en que la gracia no puede perderse y en la perseverancia de los santos, mientras no se purgan a sí mismos de su principal error, a saber, que en el bautismo Dios libera al pecador de su inhabilidad de poder elegir su vida por sí mismo—ello no se basa en las iglesias reformadas, sino que está en directa contraposición a ellas. No serán considerados como hijos de la casa reformada de la fe, hasta que, sin ningún subterfugio, confiesen definitivamente que la gracia preparatoria no opera de ninguna forma, excepto sobre aquellas personas que ciertamente llegan a la vida y que nunca más se perderán. Suponer que esta gracia puede operar en un hombre sin salvarlo para *lo eterno*, es desligarse de la doctrina de la Escritura y darle la espalda a un rasgo vital de las iglesias reformadas. No negamos que muchas personas en quienes se han forjado muchos poderes excelentes se pierdan. El apóstol enseña esto muy claramente en Hebreos vi: “Ellos pueden haber probado el regalo celestial,” pero entre la obra de Dios en *ellos* y en el de Sus elegidos, hay un gran abismo. Las obras en aquellos no-electos no tienen nada en común con la gracia salvadora. Por consiguiente, la gracia preparatoria, así como la gracia salvadora, está enteramente fuera de cuestión. Por supuesto que hay una gracia preparatoria, pero sólo para los elegidos que ciertamente llegarán a la vida y que, una vez que han sido avivados, permanecerán así. La fatal doctrina de las tres condiciones, a saber, (1) de aquellos espiritualmente *muertos*, (2) de los espiritualmente *vivos* y (3) de aquellos hombres que deambulan *entre la vida y la muerte*—debe ser abandonada. La propagación de esta doctrina en nuestras iglesias por seguro destruirá su carácter espiritual, tal como lo ha hecho en las antiguas iglesias Huguenot en Francia. Vida y muerte son opuestos absolutos; un tercer estado entre ellos es impensable. El que está apenas vivo pertenece a los vivos y aquel que recién ha muerto pertenece a los muertos. Uno aparentemente muerto está vivo y aquel aparentemente vivo está muerto. La línea divisoria es del ancho de un cabello y el estado intermedio no existe. Esto se aplica a la condición espiritual. Uno *vive*, aun cuando tan sólo haya recibido el germen vital y todavía vague inconverso por los caminos del pecado. Y él está *muerto*, aún habiendo probado el regalo celestial, mientras la vida no se haya reencendido en su alma. Toda otra representación es falsa.

Otros postulan que la gracia preparatoria prepara, no para la recepción de la vida, sino para la *conversión*. Esto es igualmente pernicioso, puesto que entonces la salvación del alma no depende de la regeneración, sino de la conversión; y esto hace que la salvación de nuestros infantes muertos sea imposible. ¡No! Parados al pie de las sepulturas de nuestros niños bautizados, confiados en su salvación, dada por el único Nombre bajo el cielo, rechazamos la enseñanza que hace depender la salvación de la conversión; pero confesamos que sí es

consecuencia del divino acto de creación de una nueva vida, que tarde o temprano se manifiesta en la conversión.

La gracia preparatoria siempre precede a una nueva vida; por consiguiente, cesa aun antes del sagrado bautismo, en infantes avivados antes de ser bautizados. Por consiguiente, en un sentido más limitado, la gracia preparatoria sólo opera en personas avivadas más adelante en sus vidas, poco antes de su conversión, pues el pecador una vez avivado ya ha recibido la gracia, es decir, el germen de toda gracia; aquello que existe no puede ser preparado. Un tercer error sobre este punto es la representación que ciertos modos y disposiciones de ánimo deben ser preparados en el pecador antes que Dios pueda avivarlo; como si la gracia de avivamiento fuera condicionada por sobre la gracia preparatoria. La salvación de nuestros infantes fallecidos se opone también a esto. No había humores ni disposiciones en ellos; mas ningún teólogo dirá que ellos estaban perdidos. ¡No! El pecador no necesita nada para predisponerse a la implantación de la nueva vida; y aun cuando fuese el más duro de los pecadores desprovisto de cualquier predisposición, Dios es capaz de avivarlo según Su propio tiempo. La omnipotencia de la divina gracia es ilimitada.

La implantación de una nueva vida no es un acto *moral* sino un acto *metafísico* de Dios—es decir, Él no lo pone en efecto por amonestación al pecador sino independientemente de su voluntad y conciencia; así a pesar de su voluntad, Él planta algo en el, con lo cual su naturaleza adquiere otra calidad.

La representación, todavía mantenida por algunos de nuestros mejores teólogos, respecto a que la gracia preparatoria es como secar madera húmeda de modo que la chispa pueda encenderla más prontamente, es una que no podemos adoptar. La madera húmeda no tomará la chispa. Debe secarse antes de que pueda ser encendida. Esto no se aplica para la obra de la gracia. La disposición de nuestras almas es inmaterial. Sea lo que sea, la omnipotente gracia puede encenderla; y aún cuando no subvaluamos las disposiciones, no les concedemos la potencialidad de astillas para encender.

Por esta razón los teólogos del período floreciente de nuestras iglesias insistieron que la gracia preparatoria no debía ser tratada aisladamente, sino en el siguiente orden: La gracia de Dios primero *precede*, luego *prepara* y finalmente *realiza* (*proveniens, praeprans, operans*)—es decir, la gracia es siempre primera, nunca espera algo en nosotros, sino que empieza su trabajo antes que haya algo en nosotros. Segundo, el tiempo antes de nuestro avivamiento no es desperdiciado pues durante él la gracia nos prepara para nuestro trabajo de vida en el reino. Tercero, el en momento preciso la gracia sola nos aviva sin ayuda; por consiguiente la gracia es el *operador*, el verdadero obrero. De ahí que la gracia preparatoria no debe entenderse nunca como medio para preparar la entrega de vida. Nada prepara para tal avivamiento. La vida es encendida, sin preparación previa, no de algo en nosotros, sino que enteramente por el trabajo de Dios. Todo la gracia preparatoria concluye es esto, ya que por él, Dios dispone nuestra vida, organiza su curso y dirige nuestro desarrollo; los cuales, avivados por Su exclusivo acto, nos dará la disposición necesaria para realizar la tarea que nos ha asignado en el reino.

Nuestra persona es como el terreno sobre el cual el sembrador debe esparcir la semilla: Suponga que hay dos terrenos donde la semilla debe sembrarse; una de ellas debe ararse, fertilizarse, escalonarse y limpiar de piedras, mientras que la otra permanece en barbecho y desatendida. ¿Cuál es el resultado? ¿Producirá el primer trigo por sí solo? De ninguna manera: los surcos nunca habían sido tan profundos y el terreno tan rico y suave; mas si no recibe semilla, nunca dará nada. En el otro, no cultivado, donde sí se esparció semilla, esta seguramente germinará. El *origen* del trigo cosechado no tiene conexión con la labranza del terreno ya que la semilla fue transportada allí desde otro lugar. Pero para el crecimiento del trigo, las labores de labranza son de suma importancia. Y de tal forma lo es en el reino espiritual. Sea grande o pequeña la gracia preparatoria, no contribuye en nada al origen de la vida, la cual surge de la “semilla incorruptible” sembrada en el corazón. Pero para su *desarrollo* es de más alta importancia.

Es por esto que las iglesias reformadas insisten tan fuertemente en el correcto entrenamiento de nuestros niños. Porque aunque confesemos que todo nuestro entrenamiento no puede crear



la más mínima chispa de fuego divino, sabemos que cuando Dios pone esa chispa en sus corazones, encendiendo la nueva vida, mucho dependerá de la condición en la cual los encuentre.

#### **Notas**

1. [↑](#) Vea al explicación del autor sobre Metodismo, sección 5 del Prefacio.
2. [↑](#) Ver sección 5 en Prefacio.

## **Regeneración**

### **XIX. La Antigua y Nueva Terminología**

“Lo que es nacido de la carne, carne es.”—Juan iii. 6

Antes que examinemos la obra del Espíritu Santo en esta importante materia, debemos *definir* primero *el uso de las palabras*.

La palabra “regeneración” se usa en un sentido limitado y en un sentido más extenso. Se usa en un sentido *limitado* cuando denota el acto exclusivo de Dios de *avivamiento*, el cual es el primer acto divino por el cual Dios nos transfiere de la muerte a la vida, desde el reino de la oscuridad al reino de Su amado Hijo. En este sentido la regeneración es el *punto de partida*. Dios viene al nacido en iniquidad y muerto en transgresiones y pecados, plantando el principio de una nueva vida espiritual en su alma. Por consiguiente, él nace de nuevo.

Pero esta no es la interpretación de la Confesión de Fe, que en su artículo 24 dice: “Nosotros creemos que esta verdadera fe, forjada en el hombre por el oír la Palabra de Dios y por la operación del Espíritu Santo, lo regenera y hace de él un hombre nuevo, llevándolo a vivir una nueva vida y liberándolo de las cadenas del pecado.” Aquí la palabra “regeneración,” usada en su sentido *más amplio*, denota *el completo cambio efectuado por la gracia en nuestras personas, terminando con nuestra muerte al pecado y nuestro nacimiento para el cielo. Mientras que formalmente este era el sentido usual de la palabra, ahora estamos acostumbrados al sentido más limitado, por lo cual será el que adoptemos en esta discusión.* Respetando las diferencias entre ambos—anteriormente la obra de la gracia era representada tal como el alma *conscientemente* la observaba; mientras que ahora la obra misma se describe *aparte de la conciencia*.

Por supuesto, un niño no sabe nada de la génesis de su propia existencia, ni del primer período de su vida, *desde su propia observación*. Si tuviera que contar la historia de sus propios recuerdos, comenzaría desde el tiempo en que se sentó en la silla alta y proseguiría hasta cuando como hombre adulto salió al mundo. Pero, habiendo sido informado por otros de sus antecedentes, vuelve a sus recuerdos y habla de sus padres, familia, tiempo y lugar de nacimiento, cómo creció, etc. Por consiguiente, hay una notoria diferencia entre los dos relatos. Observamos la misma diferencia en el tema ante de nosotros. Antiguamente era costumbre describir nuestras experiencias, según la manera escolástica romana, a partir de *nuestros propios recuerdos*. Siendo personalmente ignorantes de la implantación de una nueva vida y recordando sólo las grandes alteraciones espirituales, las cuales nos llevaron a la fe y al arrepentimiento, fue natural fechar el comienzo de la obra de la gracia, no desde su regeneración, sino desde la convicción del pecado y la fe, procediendo luego a la santificación y así sucesivamente.

Pero esta representación *subjetiva*, más o menos incompleta, no nos puede satisfacer ahora. Era de esperar que los partidarios de la “voluntad propia” abusaran de él, infiriendo que el origen y primeras actividades del trabajo de salvación provienen del hombre mismo. Un pecador al escuchar la Palabra, se impresiona profundamente; se persuade por sus amenazas y promesas; se arrepiente, se levanta y acepta al Salvador. Por consiguiente, no hay más que una mera persuasión moral que oscurece el glorioso origen de la vida nueva. Para resistir esta repulsiva deformación de la verdad, Maccovius, ya en los días del sínodo de Dort, abandonó este más o menos crítico método, para hacer de la regeneración el punto de partida. Él siguió este orden: “Conocimiento del pecado, redención en Cristo, regeneración y sólo entonces la fe.” Esto fue consistente con el desarrollo de la doctrina de la Reforma, puesto que tan pronto como se abandonó el método subjetivo, fue necesario retornar a la *primera implantación de vida* en repuesta a la pregunta: “¿Qué ha aportado Dios al alma?” Y entonces quedó en claro que Dios no empezó por guiar al pecador al arrepentimiento, puesto que el arrepentimiento debe ir precedido por la convicción del pecado; ni por llevarlo a escuchar la Palabra, porque eso requiere de un oído dispuesto. Por consiguiente, el primer acto conciente y comparativamente cooperativo, está siempre precedido por el acto original de Dios, que planta en él el primer principio de la vida nueva, acto en el cual el hombre se encuentra completamente pasivo e *inconciente*.

Esto llevó a distinguir entre *la primera y segunda gracia*. La primera denota la obra de Dios en el *pecador*, creando en él vida nueva sin su conocimiento; mientras que el segundo, denota la obra realizada al *regenerarlo* con su completo conocimiento y consentimiento.

La primera gracia fue naturalmente llamada regeneración. Sin embargo, no hubo unanimidad completa al respecto. Algunos teólogos escoceses lo pusieron de esta manera: Dios comenzó la obra de la gracia con la implantación de la *facultad de fe* (*fides potentialis*), siguiendo con la

nueva gracia del *ejercicio de la fe* (fides actualis) y con el *poder de la fe* (fides habitualis). Sin embargo, esto es sólo una diferencia aparente. Sea que se llame a la primera actividad de la gracia, la implantación de la "*facultad de la fe*" o "*nuevo principio de vida*," en ambas instancias significa que la obra de la gracia no empieza con la fe ni con el arrepentimiento ni la constrictión, sino que estos son precedidos por el acto de Dios que da poder a los desvalidos, audición a los sordos y vida a los muertos.

Para hacernos una correcta idea sobre la obra de la gracia en sus diferentes fases, tomemos nota de las siguientes etapas o hitos sucesivos:

1. *La implantación del principio de una vida nueva*, comúnmente llamada *regeneración* en el sentido limitado o implantación de la *facultad de la fe*. Este acto divino se forja en el hombre a distintas edades; ¿cuándo? Nadie puede saberlo. Sabemos por la referencia de Juan el Bautista que incluso se puede forjar en el vientre materno. La salvación de los infantes muertos nos obliga, junto a Voetuis y a todos los teólogos profundos, a creer que este acto original puede darse a muy temprana edad.
2. *La mantención del principio de vida implantada*, mientras que el pecador todavía continúa en pecado en lo que a su conciencia se refiere. Aquellas personas que recibieron el principio de vida a temprana edad no están más muertos, sino vivos. Morir antes de la conversión no los pierde, los salva. A temprana edad ellos manifiestan inclinaciones santas, a veces realmente maravillosas. Sin embargo, no tienen fe conciente, ningún conocimiento de los tesoros que poseen. La nueva vida está presente, pero dormida, guardada no por el portador, sino por el Dador—al igual que la semilla en el terreno durante el invierno y como la llama incandescente bajo las cenizas que aún no enciende la madera; como un torrente subterráneo que finalmente aflora a la superficie.
3. El *llamado* hecho por La Palabra y el Espíritu, *interna y externamente*. Aun esto es un acto divino comúnmente realizado a través del servicio de la Iglesia. Se dirige no a los sordos sino a los oyentes; no a los muertos, sino a los vivos, aunque aún estén dormidos. Procede de la Palabra y del Espíritu, porque no sólo la facultad de la fe, sino que la fe misma—es decir, el poder y ejercicio de la facultad—son regalos de la gracia. La facultad de la fe no puede ejercitar la fe por sí misma. Ella de nada nos sirve al igual que la facultad de respirar cuando el aire y el poder respirar son retenidos. Por consiguiente, la prédica de la Palabra y la obra interna del Espíritu son operaciones divinas extraordinarias y correspondientes. Con la predicación de la Palabra, el Espíritu energiza la facultad de la fe y así el llamado se hace efectivo y el durmiente se levanta.
4. El llamado de Dios produce *la convicción de pecado* y *la justificación*, dos actos del mismo ejercicio de fe. Con esto, la obra de Dios puede representarse nuevamente ya sea subjetivamente u objetivamente. Subjetivamente, le parece a los santos que la convicción de pecado y el corazón contrito vienen primero y que luego él obtiene el sentido de ser justificado por fe. Objetivamente, esto no es así. La realización de su perdida condición ya fue un acto de fe audaz. Por cada acto subsiguiente de fe, él se convence aun más de su miseria y recibe más abundantemente de la plenitud que se encuentra en Cristo, su garante. Respecto a la cuestión de si la condena del pecado no debe preceder a la fe, no es necesario hacer la diferencia, ya que ambas representaciones se refieren a lo mismo. Cuando un hombre puede decir por primera vez en su vida "Creo," él está al mismo tiempo completamente perdido y completamente salvado, siendo justificado en su Señor.
5. Este ejercicio de fe tiene por resultado *la conversión*; en esta etapa del camino de la gracia, el hijo de Dios se vuelve claramente *consciente* de la vida implantada. Cuando un hombre dice y siente el "yo creo" y no lo recuerda pero Dios lo confirma, la fe es seguida inmediatamente por la conversión: la implantación de la vida nueva precede al primer acto de fe, pero la conversión le sigue. La conversión no se vuelve un hecho mientras el pecador sólo ve su condición perdida, sino cuando él *actúa* sobre dicho principio, pues sólo entonces el hombre viejo comienza a morir y el hombre nuevo empieza a levantarse; y estas son las dos partes de toda conversión real.

En principio, el hombre se convierte sólo *una vez*, es decir, al momento de rendirse a Emanuel. Después de eso, él *se convierte diariamente*, o sea, tan seguido como él descubra conflicto

entre su voluntad y la del Espíritu Santo. E incluso esto no es obra del hombre, sino la obra de Dios en él. “¡Cámbiame Tú a mí, oh Señor, y seré cambiado!” Sin embargo, existe una diferencia, ya que en el primer ejercicio de regeneración y fe él fue *pasivo*, mientras que en la conversión la gracia le permitió ser activo. Uno es convertido y uno se convierte a sí mismo; el uno está incompleto sin el otro.

1. Por consiguiente la conversión se funde en la santificación. Este también es un acto divino y no humano; no un crecer hacia Cristo, sino una absorción en Su vida, a través de las raíces de la fe. En niños de doce o trece años fallecidos poco después de la conversión, la santificación no aparece. Pero ellos toman parte de ella, tanto como los adultos. La santificación tiene doble significado: primero, la santificación como obra terminada de Cristo, que se da y atribuye a todos los elegidos; y segundo, la santificación que desde Cristo se forja gradualmente en los convertidos y se manifiesta de acuerdo a los tiempos y circunstancias. No hay *dos* sino *una* santificación; tal como hablamos a veces sobre la lluvia que se acumula en las nubes de *arriba* y luego cae como gotas en los sedientos campos de *abajo*.
2. La santificación se termina y cierra en la *redención completa*, al momento de la muerte. En la separación del cuerpo y alma, la gracia divina completa la muerte al pecado. Por consiguiente, en la muerte se realiza una obra de gracia, que permite a la obra de regeneración su despliegue máximo. Si hasta entonces, considerándonos fuera de Cristo, todavía estamos perdidos en nosotros mismos y yacemos en medio de la muerte, la muerte misma termina con todo esto. La fe se *convierte en una visión*, la excitación del pecado se desarma y estamos por siempre fuera de su alcance.

Finalmente, nuestra glorificación en el último día, cuando la bienaventuranza interna se manifieste en una gloria externa y por medio de un acto de omnipotente gracia, el alma se reunifique con su cuerpo glorificado y sea colocado en una gloria celestial tal, que se convierta en un estado de perfecta felicidad.

Esto muestra cómo las operaciones de la gracia están entrelazadas como eslabones en una cadena. El trabajo de la gracia debe comenzar con el avivamiento de los muertos. Una vez implantada, la vida todavía somnolienta debe ser despertada por *el llamado*. Habiendo sido despertado, el hombre se encuentra en una nueva vida, es decir, él se sabe justificado. Estando justificado, él deja que la nueva vida resulte en conversión. La conversión fluye en santificación. La santificación recibe la piedra angular a través del rompimiento del pecado en la muerte. En el último día, la glorificación completa el trabajo de la divina gracia en todo nuestro ser.

Por consiguiente, se desprende que aquello que sigue está contenido en aquello que lo precede. Un infante regenerado que ha fallecido, muere al pecado en la muerte de forma tan cierta como un hombre de cabeza cana y ochenta años. No puede haber la primera sin incluir la segunda y última. Por consiguiente, la obra completa de la gracia puede representarse como un nacimiento para el cielo, y una continua regeneración a ser completada en el último día. Por lo tanto, puede haber personas ignorantes de todas estas etapas indispensables, como los hitos para el topógrafo, pero no se pueden colocar para oprimir las almas de los simples. Aquel que respira profundo, inconsciente de sus pulmones es muchas veces el más saludable. Tocante a la pregunta de si las Escrituras hacen referencia a estas disposiciones sobre los adultos, nos remitimos a la palabra de Jesús: “El que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios” (Juan iii. 5); por lo cual podemos inferir que Jesús fecha toda operación de la gracia desde la regeneración: primero la vida y luego la actividad de la vida.

## **XX. Su Curso**

“Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere.”—Juan vi.44

De lo precedente, se hace evidente que la gracia preparatoria es diferente en distintas personas; tal distinción debe hacerse entre los muchos regenerados en **los primeros días de la vida y los pocos nacidos de nuevo a una edad más avanzada.**

Por supuesto, nos referimos sólo a los elegidos. En los no elegidos la gracia salvadora no opera; por consiguiente, la gracia preparatoria está totalmente fuera de cuestión. Los primeros nacen, con pocas excepciones, *en la iglesia*. Ellos no entran a la alianza de la gracia más tarde en la vida, pues pertenecen a ella desde el primer momento de su existencia. Brotan de la semilla de la Iglesia y, en su momento, ellos mismos se transforman en la semilla de la futura Iglesia. Por esta razón, el primer germen de la nueva vida es impartido a la semilla de las Iglesias (la cual está, por desgracia, siempre mezclada con mucha paja) ya sea antes o inmediatamente después de su nacimiento.

La iglesia reformada estaba tan firmemente arraigada en esta doctrina que se atrevió a establecerla como la regla prevaleciente, creyendo que la semilla de la Iglesia (no la paja, por cierto) recibió el germen de la vida aun antes del bautismo; por lo cual ya se encuentra santificado en Cristo; y recibe en el bautismo el sello, no de algo que está aún *por llegar* sino sobre aquello que *ya está presente*. Por consiguiente, la pregunta litúrgica a los padres: “¿Reconoce usted que, aun cuando sus hijos fueron concebidos y nacidos en pecado y, por consiguiente, son sujetos de condenación en sí mismos, aun así son santificados en Cristo y, por lo tanto, como miembros de Su Iglesia, deben ser bautizados?” En períodos subsiguientes, menos firmes en la fe, los hombres han evitado esta doctrina, no sabiendo qué hacer con las palabras “son santificados.” Se ha interpretado diciendo que los niños como hijos de miembros de la alianza son también pertenecientes a dicho pacto y por ello con derecho al bautismo. Pero el más riguroso y profundo sentido común de nuestra gente ha sentido siempre que este mero “ser pertenecientes a” no hace justicia al rico y completo significado de la liturgia.

Si usted averiguara el significado de estas palabras en la oficina del bautismo, “son santificados,” no con los más débiles epígonos, sino con los héroes de las enérgicas generaciones que han peleado victoriosamente las batallas del Señor contra Arminio y sus seguidores, usted descubriría que aquellos devotos e instruidos teólogos tales como Gysbrecht Voetious, por ejemplo, nunca, ni por un instante vacilaron en romper con estas explicaciones a medias, sino que hablaron abiertamente, diciendo: “Ellos tienen el derecho al bautismo, no porque sean *contados* como miembros de la alianza, sino porque, como regla, ellos ya poseen esa primera gracia; y por tal razón y sólo por tal razón se lee: ‘Que *nuestros* hijos están *santificados* en Cristo y por lo tanto, como miembros de *Su cuerpo*, deben ser bautizados.’” Por esta confesión la iglesia reformada probó estar de acuerdo con la palabra de Dios y no menos con los hechos mismos. Con pocas excepciones, aquellas personas que posteriormente prueban pertenecer a los regenerados, no comienzan la vida con ruidosos exabruptos de pecados. Más bien, es la regla que los hijos de padres cristianos manifiesten desde temprana edad un deseo y gusto por las cosas sagradas, un caluroso celo por el nombre de Dios y emociones internas que no pueden ser atribuidas a una naturaleza maligna.

Aun más, esta gloriosa confesión dio el sentido correcto a la educación de los niños de nuestras familias reformadas, conservándolo en gran parte hasta el tiempo presente. Nuestra gente no vio en sus hijos unos retoños salidos de una vida silvestre a ser injertados quizás más adelante y con los cuales poco se podía hacer hasta su posterior conversión a la manera del Metodismo,<sup>[1]</sup> sino que vivieron con silenciosa esperanza y santa confianza en que el niño a ser entrenado ya estaba injertado y, por lo tanto, era digno de ser criado con el más tierno cuidado. Admitimos que, posteriormente, desde que el carácter de nuestras iglesias reformadas ha sido debilitado por la iglesia nacional, como una iglesia para las masas, este oro ha sido tristemente ensombrecido; pero su pensamiento original y vital, fue bello y estimulante. Hizo que el trabajo regenerador de Dios precediera al trabajo del hombre; al bautismo le dio su rico desarrollo, e hizo que el trabajo de educar no dependiera del azar, sino de una cooperación con Dios.

Por consiguiente, reconocemos cuatro clases entre la generación que se levanta en la Iglesia:

1. Todas las personas elegidas regeneradas antes del bautismo, en quienes la vida implantada yace oculta, hasta que se convierten en un tiempo posterior.
2. Personas elegidas, no sólo regeneradas en la infancia, pero en quienes la vida implantada se manifiesta tempranamente y madura imperceptiblemente hacia la conversión.
3. Personas elegidas, nacidas nuevamente y convertidas más adelante en la vida.
4. Los no-elegidos o la paja.

Examinando cada uno de estos cuatro, con especial referencia a la gracia preparatoria, llegamos a las siguientes conclusiones:

Respecto a los elegidos de la *primera clase*, por la misma naturaleza del caso, la gracia preparatoria tiene escasa cabida aquí, en su sentido limitado. En su forma directa, es impensable en relación a los no nacidos o a los recién nacidos. En tal caso es sólo indirecto—o sea, frecuentemente le es grato a Dios darle a esos niños padres cuyas personas y naturalezas practican un tipo de pecado menos franco, en su lucha con la gracia, que otras formas de pecado. No como si tales padres tuvieran algo de lo cual el niño pudiera ser injertado, porque aquello que nace de la carne es carne; nada limpio de lo que no es limpio. Es siempre la vid silvestre que espera el injerto del Señor. ¡No! La gracia preparatoria en este caso siempre aparece del hecho que ese niño recibe de sus padres una forma de vida adaptada a su llamado celestial.

Lo mismo se aplica a los elegidos de la *segunda clase*. Aun cuando concedemos que el llamado divino trabaja sobre ellos durante sus tiernos años mientras se prepara para la conversión, no se prepara para la regeneración a la cual sigue. El llamado no surte efecto salvo que la facultad de oír se implante primero. Sólo aquel que tiene oreja puede oír lo que el Espíritu le dice a las iglesias y a su propia alma. Por consiguiente, en este caso la gracia preparatoria es apenas perceptible. Por cierto que hay numerosos agentes que imperceptiblemente lo preparan para su conversión, pero esto es diferente a la preparación para la regeneración, de la cual estamos hablando ahora.

Hablando correctamente, la gracia preparatoria en su sentido limitado, se aplica sólo a la *tercera clase* de los elegidos. Compromete toda su vida con todos sus giros y cambios, relaciones y conexiones, alturas y profundidades, eventos y adversidades. No como si todos estos pudieran producir el más leve germen de vida o la posibilidad de avivamiento. ¡No! El germen de la vida no puede surgir de la gracia preparatoria, como tampoco la preparación de diez cunas con una docena de canastos de ropa y un armario lleno de costosa ropa de niño puede llevar con malabares a un solo infante a cualquiera de esas cunas. La chispa vital se produce sólo por el acto del poderoso Dios, independientemente de toda preparación. Pero, desde su nacimiento, Dios cuida esa vid silvestre y controla el crecimiento de sus retoños salvajes hasta que en la hora de Su goce, cuando Él le injerta la verdadera vid, llega a ser todo lo que debió ser.

Esto termina la discusión, porque en relación a la *cuarta clase*, ellos serán completamente separados del trigo y esparcidos por el abanico que esta en Su mano; por consiguiente, la gracia preparatoria está fuera de cuestión. De esto se hace evidente que la propia obra del Espíritu Santo respecto a la gracia preparatoria es escasamente perceptible.

Cada aspecto de la obra presentada hasta ahora no apunta directamente a la operación del Espíritu Santo, ni a la del Hijo, sino que casi exclusivamente a la del Padre, porque las circunstancias del nacimiento de un niño—el carácter hereditario de su familia y más específicamente de sus padres, y el curso futuro de su vida hasta el momento de su conversión—pertenecen al ámbito de la divina providencia. El lugar asignado de nuestra habitación, nuestra generación y familia, la formación de nuestro ambiente inmediato, las influencias previamente establecidas para afectarnos—todas pertenecen al liderazgo de la providencia de Dios, atribuidas por las Escrituras a la obra del Padre. El Señor Jesús dijo: “Nadie puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere.” Y aunque esta atracción del Padre tiene un propósito superior y debe ser entendido espiritualmente, aun así indica

generalmente que la determinación de esas cosas, las que regulan posteriormente la dirección y curso de las cosas, es atribuible en forma particular a la Primera Persona.

Notamos la obra del Espíritu Santo en estas materias sólo porque Él anima toda vida personal puesto que Él es el Espíritu de Vida y Aquel que coopera con el Padre en esa providencia especial que se refiere a los elegidos. Porque aunque en nuestras mentes podemos analizar la obra de la gracia, no debemos nunca olvidar que la realidad eterna no corresponde completamente a esta parte de nuestro análisis.

Por consiguiente, en los elegidos la obra de la providencia y la gracia usualmente fluyen juntas siendo una y la misma cosa. Nuestra iglesia ha tratado de expresar esto, en su confesión de una providencia *general* que incluye

## **XXI. La Regeneración, Obra de Dios**

“El oído que oye, y el ojo que ve, Ambas cosas igualmente ha hecho Dios.”—Proverbios xx. 12  
“El oído que oye, y el ojo que ve, ambas cosas igualmente ha hecho Dios.” Este testimonio del Espíritu Santo contiene todo el misterio de la Regeneración.

Una persona no regenerada es sorda y ciega; no sólo como el tronco o el bloque sino *peor*. Porque ni el tronco ni el bloque es corrupto o ruin, pero una persona no regenerada está completamente muerta y presa de la más temible disolución.

Esta confesión, rígida, inflexible y absoluta, debe ser el punto de partida en nuestra discusión, o bien fallaremos en entender los alcances de la regeneración. Esta es la razón por la cual toda herejía que ha permitido de una u otra forma que el hombre tenga parte—generalmente la parte más grande—en la obra de la redención, siempre se ha comenzado cuestionando la naturaleza del pecado. “Indudablemente,” dicen ellos “el pecado es muy malo”—un mal horrible y abominable, pero seguramente hay algún remanente de bien en el hombre. Ese hombre noble, virtuoso y amigable no puede estar muerto en transgresiones y en pecado. Eso puede ser cierto en algunos villanos o bribones detrás de las rejas, o en ladrones inescrupulosos o asesinos, pero en realidad no puede aplicarse a nuestras honorables mujeres y caballeros, a nuestras bellas niñas, rubicundos niños y atractivos hijos. Estos no son proclives a odiar a Dios y a sus vecinos, sino que están dispuestos con todo su corazón a amar a todos los hombres y a rendir a Dios la reverencia que le es debida.

Por consiguiente, ¡adiós a toda ambigüedad en esta materia! Este método de suavizar las verdades amargas, ahora tan en boga entre la gente afable, no lo podemos avalar. Nuestra confesión es y siempre será que por su naturaleza el hombre está muerto por trasgresiones y pecado, y que yace bajo la maldición, maduro para el justo juicio de Dios y todavía en maduración para una eterna condenación. Seguramente su ser como hombre está intacto por lo cual protestamos contra esa representación que dice que el pecador está en este aspecto como el madero o el bloque. ¡No! Como hombre él es incomparable; su ser está intacto, pero su naturaleza es corrupta y en esa naturaleza corrupta él esta muerto.

Lo comparamos con el cuerpo de una persona que ha muerto de una enfermedad ordinaria. Tal cuerpo retiene *intactas* todas las partes del cuerpo humano. Está el ojo con sus músculos y el oído con sus órganos de audición. En el examen post-mortem, su corazón, el baso, el hígado y los riñones, todos parecen perfectamente normales. Un cuerpo muerto puede aparecer a veces tan natural que uno se tienta a decir: “Él *no está* muerto, sino durmiendo,” y sin embargo, a pesar de lo perfecto y natural, su *naturaleza* está corrompida con la corrupción de la muerte. Lo mismo es verdad con el pecador. Su ser permanece intacto y completo conteniendo todo lo que constituye un hombre, pero su *naturaleza* está corrompida, tan corrompida que está muerto, no sólo aparentemente, sino completamente muerto, muerto en todas las variaciones que pueden ser establecidas con el termino “muerto.”

Por consiguiente, sin la regeneración, el pecador es completamente inútil. ¿Qué sentido tiene una oreja sino es para oír, un ojo sino para ver? Por eso el Espíritu Santo testifica “El oído que oye, y el ojo que ve, ambas cosas igualmente ha hecho Dios.”<sup>[2]</sup> Y como en el mundo de las cosas espirituales las orejas sordas y los ojos ciegos no avalan nada, la Iglesia de Cristo confiesa que toda operación de la gracia salvadora debe ser precedida con el avivamiento del

pecador, abriendo sus ojos ciegos y desbloqueando sus oídos sordos; en resumen, por la implantación de la facultad de fe.

Y como aquel hombre que sentado en la oscuridad, puede ver tan pronto como se le abren sus ojos, así nosotros, sin mover ningún pelo respiramos y somos trasladados del reino de la oscuridad al reino de la luz. “Trasladados” no denota aquí un ir exactamente, ni “ser trasladado” significa un cambio de lugar, sino simplemente que la vida entra a la muerte, de igual modo que aquel que estaba ciego ahora puede ver.

Este maravilloso acto de regeneración puede ser examinado en dos clases de personas: en el *infante* y en el *adulto*.

La manera más segura de examinarlo es en el infante: no porque la obra de la gracia sea diferente en un infante de lo que es en un adulto, puesto que es de igual forma en todas las personas favorecidas de este modo; pero para la observación consciente en un adulto, las obras de regeneración están tan mezcladas con aquellas de la conversión, que se hace difícil distinguir entre las dos.

Pero esta dificultad no existe en el caso del niño inconciente, como por ejemplo en Juan, el hijo de Zacarías y Elizabeth. Dicho infante no tiene conciencia, como para crear confusión. El tema se da en una forma pura y sin mezcla. Con ello estamos capacitados para distinguir entre la regeneración y conversión en un adulto. Es evidente que en caso de un infante como Juan, que todavía no ha nacido, no puede haber más que mera pasividad—es decir, el niño sobrellevó algo, pero él mismo no hizo nada. Algo se le hizo *a él* y *en él*, pero no *por él*; y toda idea de cooperación queda absolutamente excluida.

Por consiguiente, en la regeneración el hombre no es ni *el trabajador* ni *co-trabajador*, sino meramente el objeto a forjar; el único trabajador en esta materia es Dios. Por esta misma razón, ya que Dios es el único Trabajador de la regeneración, debe entenderse completamente que su trabajo no comienza sólo con esta regeneración.

¡No! Mientras que el pecador esta todavía muerto en trasgresiones y pecados, antes que la obra de Dios haya comenzado, él ya es un elegido y ordenado, justificado y santificado, adoptado como hijo de Dios y glorificado. Esto es lo que llenó a San Pablo de éxtasis y alegría cuando dijo: “A los que antes conoció, también los predestinó para que fueran hechos conforme a la imagen de su Hijo, para que Él sea el primogénito entre muchos hermanos. Y a los que predestinó, a estos también llamó, y a los que llamó, a estos también justificó, y a los que justificó, a estos también glorificó.” (Romanos viii. 29,30) Y esto no es la recitación de lo que ocurrió en el regenerado, sino la feliz suma de todas las cosas que Dios efectuó por nosotros *antes que existiéramos*. Por consiguiente, nuestra elección, preordenación, justificación y glorificación preceden al nuevo nacimiento. Es cierto que en la hora de amor, cuando la regeneración debió efectuarse en nosotros, las cosas llevadas a cabo fuera de nuestra conciencia, debieron ser reveladas a nuestra conciencia de la fe; pero en lo concerniente a Dios, todas las cosas estaban listas y preparadas. El pecador muerto, a quien Dios regenera, es ya para la divina conciencia un niño querido, elegido, justificado y adoptado. Dios sólo aviva a Sus queridos niños.

Dios por supuesto justifica a los impíos y no a los justos. Él llama a los pecadores al arrepentimiento y no sólo a los justos, pero debe recordarse que esto se plantea desde el punto de vista de nuestra propia conciencia de pecado. El aún no-regenerado, no se siente a sí mismo como hijo de Dios, ni justificado, tampoco cree en su propia elección y, en efecto, muchas veces lo niega; mas él no puede alterar las cosas que divinamente han sido labradas en él para su beneficio, es decir, que ante el divino tribunal de justicia, Dios lo declaró justo y libre, mucho antes que él mismo declarara ante el tribunal de su propia conciencia. Mucho antes que él creyera, fue justificado ante el tribunal de Dios completamente para ser justificado *por fe* ante su propia *conciencia*.

Pero, no importando cuán magnífico e insondable sea el misterio de la elección—y ninguno de nosotros será capaz jamás de contestar la pregunta de por qué uno ha sido elegido para ser un vaso de honra y otros para ser dejados como vasos de ira—en el tema de la regeneración no



enfrentamos ese misterio en absoluto. El que Dios regenere a unos y no a otros ocurre según una regla fija e inalterable. Él viene con la regeneración a todos los elegidos, y a los no-elegidos Él los pasa de largo. Por consiguiente, este acto de Dios es *irresistible*. Ningún hombre tiene el poder de decir, “Yo *no* volveré a nacer de nuevo,” o de impedir la obra de Dios, o de poner obstáculos en su camino, o de hacerlo tan difícil que la regeneración no pueda realizarse.

Dios efectúa su divina obra a Su manera, es decir, Él persevera con tal realeza, que todas las criaturas juntas no podrían robarle ni a uno de sus elegidos. Si todos los hombres y demonios llegaran a conspirar para arrancarle un hombre brutal, de entre los elegidos por su poder salvador, todos esos esfuerzos serían en vano. Tal como hacemos a un lado una telaraña, de tal forma Dios se reíría de todos sus esfuerzos. El poderoso taladro perfora la plancha de acero de forma no más silenciosa ni con menos esfuerzo con el que Dios silenciosamente y majestuosamente penetra el corazón de quienquiera sea Su Voluntad, para cambiar la naturaleza de Su elegido. La palabra de Isaías respecto a la noche estrellada—“Levantad en alto vuestros ojos y mirad quién creó estas cosas; Él saca y cuenta Su ejército; a todos llama por sus nombres y *ninguno faltará*. *Tal es la grandeza de su fuerza, y el poder de su dominio*.” (Isaías xl. 26) puede aplicarse al firmamento en el cual los elegidos de Dios brillan como estrellas: “Porque por la grandeza de Su fuerza y poder, ninguno falló.” Todos los que han sido ordenados para la vida eterna son avivados a la divina hora asignada.

Esto implica que el trabajo de regeneración no es un trabajo moral, es decir no se realiza por medio de consejos o exhortaciones. Aún tomado en el sentido más amplio incluida la conversión, como por ejemplo, los cánones de Dort lo usan de vez en cuando, la regeneración no es un trabajo moral en el alma.

No es simplemente un caso de mal entendido el que estando la voluntad del pecador todavía incorrupta sólo se requiera de instrucción y consejo para inducirla a tomar la elección correcta. ¡No! Tal consejo y admonición está totalmente fuera de cuestión respecto al hijo nonato de Zacarías, y de los miles de infantes de padres creyentes de quienes en Dort se estableció correctamente que de ellos se puede suponer que murieron en el Señor, es decir, habiendo nacido de nuevo, y respecto a aquellos regenerados antes del bautismo, pero convertidos más adelante en la vida.

Por esta razón es que es tan necesario examinar la regeneración (en su sentido limitado) en un infante y no en un adulto, en quien es necesario incluir la conversión.

El siguiente razonamiento no puede discutirse:

1. Todo hombre, incluidos los infantes, nacen muertos en trasgresión y pecado.
2. De estos infantes, muchos mueren antes que se vuelvan conscientes de sí mismos.
3. De estas flores recogidas, la Iglesia confiesa que muchos son salvos.
4. Estando muertos en el pecado, no pueden ser salvados sin haber nacido de nuevo.
5. Por consiguiente, la regeneración efectivamente ocurre en personas que no están conscientes de sí mismas.

Siendo estas aseveraciones indiscutibles, es evidente, por lo tanto, que la naturaleza y carácter de la regeneración puede determinarse más correctamente examinándolo en estas personas aún inconscientes.

Tal infante nonato es totalmente ignorante del lenguaje humano; no tiene ideas, no ha escuchado prédicas del Evangelio, no puede recibir instrucción, alertas u exhortaciones. Por consiguiente, la influencia moral está fuera de cuestión; y esto nos convence de que la regeneración no es una moral, sino un acto metafísico de Dios, tanto como la creación del alma de un infante nonato que se lleva a cabo independientemente de la madre. Dios regenera al hombre completamente sin su conocimiento previo.

Qué es lo que constituye el acto de regeneración, no se puede decir. Jesús mismo lo dice así, porque dice: “El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va. Así es todo aquel que nace del Espíritu” (Juan iii. 8). Y por lo tanto, es adecuado investigar este misterio con la mayor discreción. Aun en el reino natural el misterio de la vida y

sus orígenes están casi enteramente más allá de nuestro conocimiento. Los más letrados médicos son totalmente ignorantes respecto a la manera en que la vida se hace presente. Una vez presente, él puede explicar su desarrollo, pero de la instancia que precede a todas las demás él no conoce absolutamente nada. Respecto a esto, él es tan ignorante como el más inocente de los niños campesinos. El misterio no puede ser penetrado simplemente porque está más allá de nuestra observación, es perceptible sólo cuando la vida ya existe.

Esto se aplica con mayor fuerza al misterio de nuestro segundo nacimiento. La examinación post-mortem puede detectar la localización del embrión, pero espiritualmente incluso esto es imposible. Las manifestaciones subsecuentes son instructivas hasta cierto punto, pero aun entonces mucho es incierto e indeterminado. ¿Por medio de qué infalible estándar podemos determinar cuánto de la vieja naturaleza forma parte de las expresiones de la nueva vida? ¿No hay hipocresía? ¿No hay condiciones inexplicadas? ¿No hay obstáculos al desarrollo espiritual? Por consiguiente, las experiencias al respecto no pueden aprovecharse; aunque pura y simple, sólo puede revelar el desarrollo de lo que es y no el origen de la vida no nacida. La única fuente de verdad en esta materia es la Palabra de Dios y en esa Palabra el misterio no sólo permanece sin ser revelado sino que velado, y por buenas razones. Si fuéramos a llevar a cabo la regeneración, si pudiéramos agregarle o quitarle, si pudiéramos adelantarlo u obstaculizarlo, entonces las Escrituras seguramente nos habrían instruido suficientemente respecto a ello. Pero como Dios se ha reservado esta obra completamente para sí mismo, el hombre no necesita resolver este misterio, como tampoco el de su primera creación o aquel de la creación de su alma.

## **XXII. La Obra de la Regeneración**

“De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es: las cosas viejas pasaron; todas son hechas nuevas.”—2 Corintios v. 17.

En nuestro artículo anterior vimos que la regeneración es un acto real de Dios, en la cual el hombre es absolutamente pasivo e incapaz, acorde a las antiguas confesiones de la Iglesia. Examinemos ahora reverentemente esta materia en detalle, no para penetrar en cosas muy elevadas para nosotros, sino para cortar errores y aclarar nuestra consciencia. La regeneración no es afectada sacramentalmente por el sagrado bautismo, aliviando la inhabilidad del pecador y ofreciéndole otra oportunidad para elegir a favor o en contra de Dios, como sostienen los éticos.

Ni tampoco es una mera rectificación del entendimiento, ni un simple cambio de disposición o inclinación, haciendo que los indispuestos se dispongan, para adecuarse a la sagrada voluntad de Dios.

Tampoco es un cambio de ego, ni como muchos mantienen, un dejar al ego imperturbable y la personalidad inalterada, colocando simplemente al ego malvado a la luz y reflexión de la justicia de Cristo.

Los dos últimos errores deben refutarse y rechazarse tan positivamente como los dos primeros. En la regeneración el hombre no recibe otro ego, es decir, nuestro *ser como hombre* no cambia ni se modifica, pues antes y después de la regeneración es el mismo ego, la misma persona, el mismo ser humano. Aun cuando el pecado corrompe terriblemente al hombre, su *ser* permanece intacto. Nada falta. Todas las partes constitutivas que lo distinguen de otros seres están presentes en el pecador.

No su ser, sino su naturaleza se vuelve totalmente corrupta. Naturaleza y ser no son lo mismo. Aplicado a una máquina de vapor, el ser es la máquina misma, con sus cilindros, tubos, ruedas y tornillos, pero su *naturaleza* es la *acción que* se manifiesta tan pronto como el vapor entra a los cilindros. Aplicado al hombre, el ser es aquello que lo hace hombre y naturaleza es aquello que manifiesta el carácter de su ser y de su trabajo.

Si el pecado hubiese arruinado el ser del hombre, este no sería más un hombre y la regeneración sería imposible. Pero desde que su ser, su ego, su persona permanecen intactos y la profunda corrupción afecta sólo su naturaleza, la regeneración, es decir, la restauración de su naturaleza, es posible y esta restauración se efectúa por medio de un nuevo nacimiento.

Dejemos esto firmemente establecido. En la regeneración no recibimos un nuevo ser, ego o persona, sino que nuestra *naturaleza* renace.

La mejor y más satisfactoria ilustración de la manera en que la regeneración se lleva a cabo está en el curioso arte de la injertación. El exitoso injerto de un retoño de una parra en brote sobre una vid silvestre da por resultado un buen árbol creciendo sobre un tronco silvestre. Esto se aplica a todos los árboles frutales y árboles florales. Lo cultivado puede injertarse sobre lo silvestre. Dejado por sí solo, lo silvestre nunca rendirá nada bueno; la pera silvestre y la rosa silvestre permanecen atrofiadas, sin frutas ni flores. Pero deje que el jardinero injerte una rama de un peral sabroso sobre un peral silvestre o una doble rosa sobre una rosa silvestre y el primero dará frutas jugosas y el segundo magníficas flores.

Este milagro de la injertación ha sido siempre un misterio para los hombres que piensan. Es un misterio. El tronco que se ha de injertar es absolutamente silvestre; con sus raíces succiona la sabia y la fuerza hacia sus células silvestres. Pero ese pequeño injerto tiene el poder para convertir la savia y fuerzas vitales en algo bueno, posibilitando que el tronco silvestre dé frutos nobles y preciosas flores. Es cierto que el tronco silvestre resiste vigorosamente la reformulación de su naturaleza mediante los vástagos que existen por debajo de lo injertado, y si tiene éxito, su naturaleza silvestre se esforzará para que la savia no pase a través del muñón. Pero manteniendo bajo control esos retoños salvajes, la savia puede ser forzada hacia el muñón, con excelentes resultados. Forzando el tronco viejo, el injerto llegará gradualmente hasta las raíces y nosotros llegaremos a olvidar que el árbol fue alguna vez silvestre.

Esto claramente representa la regeneración hasta lo que se puede representar objetivamente de este misterio divino. Porque en la regeneración algo se planta en el hombre, algo que por su naturaleza no tiene. La caída no sólo lo sustrajo de la esfera de la divina rectitud, a la cual la regeneración lo trae de vuelta, sino que la regeneración efectúa una modificación radical en el hombre como hombre, creando una diferencia tan grande entre él y el no-regenerado que finalmente lo llegan a ser polos opuestos.

Decir que entre el regenerado y el no-regenerado no hay diferencia, es equivalente a renegar de la obra del Espíritu Santo. Generalmente, sin embargo, no se notan al principio las diferencias, como tampoco en el árbol injertado. Los gemelos yacen en la misma cuna uno regenerado y el otro no, pero no podemos ver la menor diferencia entre ambos. El primero puede incluso tener genio peor que el último, pero se ven exactamente igual. Los dos surgen del mismo tronco salvaje. Ninguna navaja precisa ni microscopio puede detectar la menor diferencia, porque aquello que Dios ha forjado en el niño favorecido es totalmente espiritual e invisible, sólo discernible por Dios.

Este hecho debe ser confesado definitivamente y enfáticamente en oposición a aquellos que dicen que la semilla de la regeneración es material. Este error ocupa el mismo terreno que la herejía maniquea con respecto al pecado. Esto último hace del pecado un microbio; y esto hace que la semilla de la regeneración sea una suerte de germen perceptible de vida y santidad. Y esto falsea la verdad contra la cual, entre muchos, el doctor Böhl protestó enérgicamente.

La semilla de la regeneración es intangible, invisible, puramente espiritual. No crea *dos* hombres en un mismo ser, pues antes y después de la regeneración no hay más que un ser, un ego, una personalidad. No un hombre viejo y uno nuevo, sino un solo hombre—por ejemplo, el hombre viejo *antes* de la regeneración y el hombre nuevo *después* de ella—el cual es creado en perfecta rectitud y santidad por Dios. Porque aquello que es nacido de Dios no puede pecar. Su semilla permanece en él. “Las cosas viejas ya pasaron,” y he aquí, “Todas son hechas nuevas” (2 Co. v. 17).

Sin embargo, la naturaleza del ego o personalidad ha cambiado verdaderamente, y de tal manera que, aun poniendo la nueva naturaleza como principio, esta continúa *trabajando* a través de la *vieja* naturaleza. El árbol injertado no es dos árboles, sino uno. Antes de la injertación era una rosa silvestre; después, una cultivada. Aun así, la nueva naturaleza debe obtener sus nutrientes a través de la *vieja* naturaleza; lejos del injerto, el tronco permanece silvestre.

Por consiguiente, antes y después de la regeneración, yacemos en medio de la muerte, tan pronto como nos consideramos fuera de la divina semilla. Por lo cual, tratando de evitar una falsa posición, debemos ser cuidadosos de no entrar en otra; tratando de escapar, el barco siamés del hombre viejo y del hombre nuevo, y manteniendo la unidad del ego antes y después de la regeneración, no debiéramos empezar a enseñar que la regeneración deja a nuestra persona sin cambios, que no afecta al pecador en sí mismo, sino que meramente lo traslada hacia la esfera de una entrañable rectitud. ¡No! Las Escrituras hablan de una *nueva criatura*, un nuevo *nacimiento*, un ser *cambiado y renovado*. Y esto no puede reconciliarse con la noción que el pecador debe permanecer *sin cambio alguno*.

Respecto a la cuestión de qué hay en el muñón que tiene la potencia de regenerar al tronco silvestre, ni el botánico mejor informado puede descubrir la fibra o el líquido que pueda tener ese poder. Él sólo sabe que cada muñón tiene su propia naturaleza y que posee la potencia de producir otra rama o árbol de la misma naturaleza por su poder formativo.

Y esto se aplica a la obra de la regeneración. En el centro de nuestro ser, nuestro ego, la personalidad gobierna nuestra naturaleza, disposición, forma de ser y existencia, compartiendo su impresión, su forma, carácter y calidad espiritual a lo que somos, trabajamos y hablamos. Ese centro controlador de todo es por naturaleza pecaminoso y malvado. Bajo sus formas más ocultas, es todo excepto recto. Por consiguiente, voluntaria o involuntariamente presionamos sobre nuestro ser y labramos la estampa de la iniquidad. De acuerdo con la edad y desarrollo, esta naturaleza del ego esculpe en el mármol de nuestro ser un hombre *maligno y pecaminoso* correspondiente a la imagen contenida en nuestra naturaleza de la cual procede. En la regeneración, Dios ejecuta en este centro controlador de nuestro ser, un acto maravilloso convirtiendo su naturaleza, esta fuerza formativa, en algo enteramente diferente.

Consecuentemente nuestro ser, trabajo y hablar, son de aquí en adelante controlados por otro predicamento, ley de vida y gobierno. Y esta nueva fuerza formativa esculpe otro hombre en nosotros, un nuevo y santo hijo de Dios, creado en rectitud.

Pero este cambio no se completa de inmediato. El árbol injertado en marzo puede permanecer inactivo durante el mes entero, porque aún no hay trabajo en su naturaleza; pero es seguro que, tan pronto como ocurra cualquier acción, esta será de acuerdo a la nueva naturaleza injertada.

Y así es aquí. La nueva vida injertada puede yacer durmiendo por una temporada, como un grano de trigo en la tierra, pero cuando empiece a trabajar será de acuerdo a la naturaleza de la vida nueva. Por consiguiente, la regeneración implanta el germen de vida del nuevo hombre, a quien contiene en toda su plenitud, y del cual continuará tan ciertamente como el trigo contenido en el grano del cual procede.

Para apoyarnos en la representación de este misterio, nos asistiremos de los grandes teólogos de las iglesias reformadas, quienes han presentado el divino plan de la regeneración en las siguientes etapas:

(1) En Su propia mente, Dios concibe al hombre nuevo a quien (2) Él identifica como persona particular, creando así al hombre nuevo; (3) Él coloca el germen de este nuevo hombre en el centro de nuestro ser, (4) y en tal centro, Él efectúa la unión entre nuestro ego y esa vida en germinación; (5) en ese germen vital, Dios coloca el poder formativo, el cual en Su tiempo Él hará que se haga presente, por el cual nuestro ego se manifestará a sí mismo como hombre nuevo.

### **XXIII. Regeneración y Fe**

“Pues habéis renacido, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios que vive y permanece para siempre.”—1 Pedro i. 23.

Hay una objeción posible en lo que se ha dicho anteriormente respecto a la regeneración. Es evidente que la Palabra de Dios y, por consiguiente los símbolos de la fe, ofrecen una representación modificada de estas cosas, las cuales consideradas superficialmente *parecen* condenar nuestra representación. Esta representación que no considera a los *niños* sino a los *adultos* debe ser establecida: Dentro de un círculo de personas inconversas, Dios hace que la palabra sea predicada por medio de Sus embajadores de la cruz.

Por la predicación les llega el *llamado*. Si hay personas elegidas entre ellos para los cuales ahora es el tiempo del amor, Dios acompaña al llamado *externo* con el llamado *interno*. Consecuentemente, ellos dejan sus caminos del pecado para ir por el camino de la vida. Y así son engendrados por Dios.

San Pedro presenta esto de la siguiente manera: “Habiendo renacido, no de semilla corruptible sino incorruptible por la palabra de Dios que vive y permanece por siempre” (1 Pedro i. 23); y también San Juan cuando declara: “Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios” (Romanos x. 17). Esto armoniza completamente con lo que San Pablo escribe respecto al bautismo sagrado, a lo que él llama el lavado de la “regeneración,” porque en esos días los judíos y gentiles eran bautizados en el nombre de nuestro Señor Jesús inmediatamente después de su conversión por medio de la predicación de los apóstoles.

Por esta razón, nuestros padres dijeron en su Confesión (artículo 24): “Nosotros creemos que esta verdadera fe, habiendo sido traída al hombre por haber escuchado la palabra de Dios y por la operación del Espíritu Santo, ambas regeneran y hacen nuevo al hombre.” De la misma forma enseña el Catecismo de Heidelberg (Ver asunto 65): “Tal fe procede del Espíritu Santo, quien obra nuestra fe en nuestros corazones por la predicación del Evangelio y lo confirma por el uso de los sacramentos.” Y también los cánones de Dort, Encabezados Tres y Cuatro de Doctrina sección 17: “Tal como la todopoderosa operación de Dios por la cual Él prolonga y mantiene nuestra vida natural, no excluye, sino que requiere el uso de medios por los cuales Dios y Su infinita misericordia y rectitud han elegido ejercer Su influencia; de igual modo, la antes mencionada sobrenatural operación de Dios, por la cual somos regenerados, de ninguna manera excluye o subvierte el uso del Evangelio; el cual el muy sabio Dios ha ordenado que sea la semilla de la regeneración y alimento para el alma. Por lo cual, tal como los Apóstoles y los maestros que les siguieron han instruido piadosamente a la gente respecto a esta gracia de Dios, para su Gloria y para el abandono de todo orgullo, y que en el entretanto sin embargo descuidaron de no guardar, por los sagrados preceptos del Evangelio en el ejercicio de la Palabra, los sacramentos y la disciplina; así también, aún hasta estos días, se encuentra lejos de los instructores e instruidos, el presumir tentar a Dios en la Iglesia por la separación de lo que Él y Su beneplácito han unido en lo más íntimo. Porque la gracia se confiere por medio de admoniciones; y mientras más prontamente realicemos nuestra labor, más evidente usualmente será la bendición de Dios trabajando en nosotros y más directamente avanza Su obra.”

Y ahora, para erradicar cualquier suspicacia que tengamos contra esta representación, declaramos abierta y definitivamente que le damos nuestro más sincero apoyo. Sólo rogamos que se considere que en esta representación, tanto las Escrituras como los símbolos de la fe, apuntan a los misterios subyacentes, a la magnífica obra de Dios que se esconde en un misterio inescrutable, sin el cual todo esto se convierte en nada.

Los cánones de Dort describen este misterioso, inescrutable y maravilloso trasfondo, muy elaborada y bellamente, en el artículo 12, Encabezados Tres y Cuatro de Doctrina: “Y esta es la regeneración tan altamente celebrada en las Escrituras y denominada una nueva creación; una resurrección desde la muerte, un hacer vivir, el cual Dios obra en nosotros sin nuestro apoyo. Pero esto no se ve afectado de ninguna manera meramente por la predicación externa del evangelio, por disuasión moral, ni por un modo de operación que, después Dios ha realizado Su parte, todavía deja en manos del hombre el ser regenerado o no, el ser convertido o seguir inconverso; sino que es evidentemente una obra sobrenatural, muy poderosa y a la vez muy placentera, asombrosa, misteriosa y inefable, no inferior en eficacia a la creación ni a la resurrección de los muertos, como lo declaran las Escrituras inspiradas por El Autor; de modo que todos en cuyos corazones Dios obra de esta maravillosa manera estén ciertamente, infaliblemente y eficazmente regenerados, y efectivamente crean. Con lo cual la voluntad así

renovada, no sólo es actuada e influenciada por Dios, sino que como consecuencia de esta influencia se hace activa en sí misma. Por lo cual también el hombre por sí mismo dice correctamente creer y arrepentirse, en virtud de la gracia recibida.” Y también en el artículo 11: “Pero cuando Dios logra Su buena satisfacción en los elegidos, u obra en ellos una verdadera conversión, Él no sólo hace que el Evangelio se predique externamente a ellos y poderosamente ilumine sus mentes, por el Santo Espíritu, sino que también puedan entender correctamente y discernir las cosas del *Espíritu de Dios*, sino por la eficacia del mismo Espíritu regenerador. Él domina los más íntimos escondrijos del hombre; Él abre el closet y suaviza el corazón endurecido, circuncida aquello que no ha sido circuncidado, infunde nuevas cualidades a la voluntad, la cual hasta ese momento se hallaba muerta. Él revive; de malvados, desobedientes y refractarios los vuelve buenos, obedientes y flexibles; lo mueve para que, al igual que un buen árbol, pueda generar frutos de buenas acciones.” El Catecismo de Heidelberg apunta a esto, en el párrafo 8: “A menos que seamos regenerados por el Espíritu de Dios.” Y también en la Confesión, artículo 22: “Creemos que para lograr el verdadero conocimiento de este gran misterio, el Espíritu Santo inculca en nuestros corazones una fe sincera y recta, que abraza a Cristo Jesús con todos Sus méritos.”

Este misterioso trasfondo que nuestros padres en Dort llamaron “Su dominio de los más íntimos escondrijos del hombre por la eficacia del Espíritu regenerador,” es evidentemente lo mismo que nosotros llamamos “la divina operación que penetra hasta el centro de nuestro ser para implantar el germen de la nueva vida.”

¿Y cuál es esta obra misteriosa? De acuerdo al testimonio universal basado en las Escrituras es una operación del Espíritu Santo en el ser más profundo del hombre. Por consiguiente, la pregunta es si el acto regenerativo *precede, acompaña o sigue* al acto de escuchar la Palabra. Esta pregunta debe ser bien entendida, ya que conlleva la solución de este aparente desacuerdo.

Nosotros respondemos: El Espíritu Santo puede realizar este trabajo en el corazón del pecador *antes, durante y después* de la predicación de la Palabra. El llamado interno puede asociarse con el llamado externo o le puede seguir. Pero aquello que precede al llamado interno, es decir, la apertura del oído sordo para que este pueda oír, no depende de la predicación de la Palabra y, por consiguiente, puede preceder de dicha predicación.

La correcta discriminación en este aspecto es de la máxima importancia.

Si designo todo el trabajo *consciente* de la gracia, desde la conversión hasta la muerte, como “regeneración,” sin ningún miramiento a su misterioso pasado, entonces *puedo y debo* decir junto con la Confesión (artículo 24): “Que esta fe, habiendo sido labrada en el hombre por escuchar la Palabra por y la operación del Espíritu Santo, ambos cosas lo regeneran y hacen de él un hombre nuevo.”

Pero si distingo en esta obra de la gracia, de acuerdo a los planteamientos de los sacramentos, entre el *origen* de la nueva vida, para lo cual Dios nos dio el sacramento del sagrado Bautismo, y su *soporte*, para lo cual Dios nos dio el sacramento de la Santa Cena, entonces la regeneración cesa inmediatamente después que el hombre nace nuevamente, y aquello que sigue se llama “*santificación*.”

Para diferenciar claramente entre aquello que el Espíritu Santo forjó en nosotros *consciente o inconscientemente*: la regeneración se refiere a aquello que fue forjado en nosotros inconscientemente, mientras que conversión es el término que aplicamos al despertar consciente a esta nueva vida implantada en nosotros.

Por consiguiente, la obra de la gracia de Dios fluye a través de estos tres estados sucesivos.

1. La regeneración en su *primera* etapa, cuando el Señor planta una nueva vida en el corazón muerto.

2. La regeneración en su *segunda* etapa, cuando el hombre renacido se convierte.
3. La regeneración en su *tercera* etapa, cuando la conversión se funde con la santificación.

En cada uno de estas tres, Dios realiza una obra maravillosa y misteriosa en el ser interno del hombre. De Dios proceden el avivamiento, la conversión y santificación, y en cada etapa Dios es el Operador, sólo que con las siguientes diferencias: en el avivamiento Él trabaja *solo*, encontrando y dejando al hombre *inactivo*; en la conversión Él nos *encuentra inactivos* pero nos hace *activos*; en la santificación Él trabaja en nosotros de tal manera que nos *trabajamos a nosotros mismos* a través de Él.

Describiendo esto aún más finamente, decimos que en la primera etapa, aquella del avivamiento, Dios trabaja *sin medios*; en la segunda etapa, aquella de la conversión, Él *emplea medios*, por ejemplo, la predicación de la Palabra; y en la tercera etapa, aquella de la santificación, Él usa medios además de nosotros, a quienes Él usa como medios. Condensando lo antes dicho, hay un gran acto de Dios en el que recrea al corrupto pecador y lo hace un hombre nuevo—el exhaustivo acto de la regeneración. Este tiene tres etapas: avivamiento, conversión y santificación.

Para el ministerio de la Palabra es preferible considerar sólo los últimos dos, la conversión y la santificación, ya que estos son los medios designados para llevarlo a cabo. El primero, la regeneración, es preferentemente una materia de meditación privada, ya que en ella el hombre es pasivo y sólo Dios activo, y también porque en este acto la grandeza de la operación divina es más evidente.

Por consiguiente, no hay conflicto u oposición. Refiriéndonos sólo a la conversión y santificación, según la Confesión, artículo 17, la no detención del oído sordo que precede a la posibilidad de oír la Palabra no se niega. Y penetrando en la obra que antecede a la conversión, “En el cual Dios obra en nosotros sin nuestro apoyo” (Art. 12 del canon de Dort), no se niega, sino que se confiesa que, esa conversión y santificación siguen a la apertura del oído sordo y que, propiamente tal, la regeneración sólo se completa en la muerte del pecador. No suponga que ponemos a estos dos en conflicto. Al escribir la biografía de Napoleón, sería suficientemente simple mencionar su nacimiento, pero uno también podría mencionar aquellas cosas que ocurrieron antes de su nacimiento. De igual manera en este aspecto: me puedo referir ya sea a las dos partes de la regeneración, conversión y santificación, o también podría incluir algo de lo que precede a la conversión y hablar también del avivamiento. Esto no implica antagonismo, sino que una mera diferencia de exactitud. Es más exhaustivo, respecto a la regeneración, hablar de las tres etapas: avivamiento, conversión y santificación, aun cuando es más habitual y práctico hablar sólo de estas dos últimas.

Nuestro propósito, sin embargo, nos llama a una mayor amplitud. El propósito de este trabajo no es predicar la Palabra, sino el de destapar los fundamentos de la verdad, y así detener la construcción de murallas torcidas sobre los fundamentos, como lo hacen los éticos, racionalistas y supernaturalistas.

La exhaustividad del tratamiento requiere preguntar no sólo cómo y qué escucha el pecador avivado, sino también quién le ha dado oídos capaces de escuchar. Y esto es en lo que más hay que insistir, puesto que nuestros niños no deben ser ignorados en este aspecto. En 1618 en Dort, nuestros niños fueron tomados en cuenta y nosotros no debemos negarnos esta placentera obligación.

Y aquí yace un peligro real. Porque hablar de los pequeños, sin considerar la primera etapa de la regeneración—es decir, el avivamiento—, causa confusión y perplejidad de la cual no hay escapatoria.

La salvación depende de la fe, y la fe del escuchar la Palabra; por consiguiente, nuestros hijos fallecidos están perdidos, porque no pueden escuchar la Palabra. Para escapar de este tenebroso pensamiento, se dice usualmente que los niños se salvan en virtud de la fe de los padres—un mal entendido que confundió grandemente nuestra concepción del bautismo en su totalidad e hizo de nuestra forma bautismal algo que nos dejaba perplejos. Pero tan pronto

como distinguimos el *avivamiento*, como etapa de la regeneración, de la *conversión* y *santificación*, se hace la luz. Porque desde que el avivamiento es un acto inasistido de Dios en nosotros, independiente de la Palabra y frecuentemente separado de la segunda etapa, la *conversión*, por un intervalo de varios días, no hay nada que impida que Dios realice su obra aun en los bebés, y que el aparente conflicto se disuelva en una bella armonía. Aun más, a penas observe a mis hijos inconversos aún sin ser regenerados, su entrenamiento debe correr en la dirección de un cuestionable Metodismo.<sup>[3]</sup> ¿Qué sentido tiene el llamado, mientras suponga y sepa que “esta oreja aún no puede oír”?

Tocando el tema respecto a “la fe,” estamos plenamente preparados para aplicar la misma distinción en esta materia. Usted sólo tiene que discriminar entre el *órgano* o la *facultad de la fe*, el *Poder de ejercer la fe* y el obrar *de la fe*. El primero de estos tres, o sea, la *facultad de la fe*, se implanta en la primera etapa de la regeneración—es decir, en el avivamiento; *el poder de la fe* se comunica en la segunda etapa de la regeneración—es decir, en la conversión; el *obrar de la fe*, se forja en la tercera etapa—es decir, en la santificación. Por consiguiente, si la fe se forja sólo al escuchar la Palabra, la predicación de la Palabra no crea la *facultad de la fe*. Mire solamente lo que nuestros padres confesaron en Dort: “Aquel que obra en el hombre el querer y el hacer, produce tanto la *voluntad para creer* y también *el acto de creer*” (Tercer y Cuarto encabezado de La Doctrina, artículo 14).

O, para expresarlo en una manera aun más fuerte: cuando la Palabra se predica, yo lo sé; y cuando la oigo y la creo, yo sé de dónde viene el obrar de la fe. Pero la implantación de la facultad de la fe es una cosa completamente diferente. Nuestro Señor Jesús dice de esto: “El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido; mas ni sabes de dónde viene, ni a dónde va”;<sup>[4]</sup> (Juan iii. 8) y como el viento, así es también la regeneración del hombre.

#### XXIV. Implantación en Cristo

“Porque si fuimos plantados juntamente con Él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección.”—Romanos vi. 5.

Habiendo discutido la regeneración como acto de Dios llevado a cabo en un pecador perdido, malvado y culpable, examinaremos ahora un asunto más sagrado y delicado: ¿cómo afecta este acto divino a nuestra relación con Cristo?

Consideramos este punto más importante que el primero, ya que toda concepción de la regeneración que no hace plena justicia a la “unión mística con Cristo” es antibíblica, erradica el amor fraterno y provoca orgullo espiritual.

El santo apóstol declara: “Yo vivo, *más no yo*, sino Cristo vive en mí, y la vida que vivo ahora en la carne, la vivo por la fe del Hijo de Dios.”<sup>[5]</sup> [Gálatas ii. 20]<sup>[6]</sup> La idea de que un santo pueda tener una vida fuera de la unión mística con Emanuel, no es más que una ficción de la imaginación. El regenerado no puede vivir una vida más que aquella consistente en la unión con Cristo. Dejemos esto firme y fuertemente establecido.

Las expresiones de las Escrituras “fuimos plantados juntamente con Él”<sup>[7]</sup> † y “ramas de la vid,” las cuales se deben tomar en su significado más completo, son metáforas enteramente diferentes a las que usamos. Estamos confinados a metáforas que expresan nuestro entendimiento por analogía; pero no se pueden aplicar ni expresar completamente el ser de la cosa; de ahí viene el concepto del tercer término de la comparación. Pero las figuras usadas por el Espíritu Santo expresan una *real* conformidad, una unidad de pensamiento divinamente expresado en el mundo espiritual y visible. Por consiguiente Jesús podía decir “Yo soy la vida verdadera”<sup>[8]</sup> [Juan xv. 1], es decir, “Toda otra vid es sólo una figura. La Vid verdadera soy Yo, y sólo Yo.”

Siendo excesivamente sobrio y selectivo en Su discurso metafórico, el Señor Jesús no dice que una rama se *injeta* en la vid, simplemente porque eso no ocurre en la naturaleza, es decir, en la creación de Dios. En Juan xv., Jesús ni siquiera toca la cuestión de como uno se convierte en rama. Ese es trabajo del Padre. Mi Padre es el Labrador. En Juan xv. 3 Él solamente habla de una persona que, al no permanecer en Él, se marchita y será quemada.



Ni siquiera Romanos vi. 5 habla de ir a Jesús, y Romanos xi. 17-25 sólo lo hace parcialmente. El primero habla de haber sido plantado con Él, pero no dice “cómo”; y ni siquiera se menciona “injertar.” En el último, donde se habla de ramas de olivo quebradas, de olivos silvestres injertados sobre un buen olivo y finalmente de ramas quebradas restauradas al olivo original, no se hace ninguna referencia a la implantación de individuos en Cristo, tal como lo vamos a probar pronto.

Aun así, esta figura sólo es aplicable parcialmente. En efecto, en Romanos xi., San Pablo, con su característico discurso y estilo osado, invierte, por un fin comparativo, la obra de Dios en la naturaleza; porque mientras que en la realidad el brote cultivado se injerta en un tronco silvestre, él simula en dicha instancia que el brote silvestre se injerta sobre un pie o tronco bueno. Un golpe audaz sin duda, y muy beneficioso para nosotros, porque hace posible ver de forma clara y distintiva la *implantación general en Cristo*. Pero eso es todo. Porque, nótele cuidadosamente, esta figura no se debe forzar demasiado. Es un error tomarla para referirse a la regeneración del pecador individual. Porque una persona una vez implantada en Cristo no puede ser separada de Él. “Ninguna persona puede arrancarlo de mis manos”<sup>[9]</sup> [Juan x. 28, 29]; “A quienes Él ha justificado, a ellos Él también a glorificado”<sup>[10]</sup> [Ro. viii. 30]. Sin embargo, se hace referencia aquí a las ramas que son quebradas y que luego son injertadas nuevamente. Si esto se refiriere a individuos particulares, entonces los judíos, quienes durante la vida de San Pablo denegaron al Señor, deben haber sido personas regeneradas que cayeron y retornaron antes que murieran.

Si este hubiera sido el significado dado por San Pablo, los eventos subsiguientes habrían rebatido sus palabras y revocado todo el tenor de sus otras enseñanzas. Pero él simplemente dice que las *tribus de Israel*, quienes estaban en el Pacto de la Gracia, habían perdido su posición en ella por sus propias faltas; y que, aun fuera del pacto, ellos debían ser preservados a través de las épocas siguientes, y que en el curso de la historia, el camino sería abierto incluso para ellos, para ser reintroducidos al Pacto de la Gracia. Esto muestra que Ro. xi. 17-25 no enseña acerca de la regeneración de personas individuales, y que el buen olivo no habla de Cristo, porque el que es implantado en Cristo, nunca puede ser cortado de Él, y que el que es cortado de Él, nunca le perteneció. ¿Acaso no creemos en la perseverancia de los santos? Puede objetarse que en Juan xv. se hace referencia a las ramas que son descartadas de la vid; a lo cual nosotros respondemos: primero, que esto no quita la dificultad de que los judíos apóstatas de los tiempos de San Pablo nunca fueron injertados nuevamente; y que, en segundo lugar, con Calvino sostenemos que Jesús, hablando de las ramas desechadas, hace referencia a personas que, como Judas, *parecían* estar implantadas; de otra manera, sus propias palabras, “Nadie puede arrebatarlos de Mi mano,”<sup>[11]</sup> [Juan x. 28-29] no se sostienen ni por un momento.

Arribamos, por consiguiente, a esta conclusión: que ni en Juan xv., ni en Romanos xi., se hace referencia alguna a la regeneración personal, en su sentido limitado; ya que Romanos xi. habla de llegar a ser implantados, no introduce la idea del injerto, ni hace la menor alusión a la manera en la cual este “llegar a ser implantado” se logra.

Es innecesario decir que no pocos exegetas juzgan como incorrecta la traducción, “implantados *con Él*,” omitiendo las palabras en cursiva. No expresamos aquí nuestra opinión respecto a este tema, pero se muestra claramente que Romanos vi. no tiene nada que decir respecto a la manera en la cual nuestra unión con Cristo se lleva a cabo.

De hecho, las Escrituras nunca aplican la figura de injerto a la regeneración. Romanos xi. trata sobre la restauración de las personas y naciones al pacto de la gracia. Romanos vi. habla sólo de una íntima unión, y Juan xv. nunca alude a las ramas silvestres que se vuelven buenas por ser plantadas en Cristo. Estas figuras ponen por delante la unión con Cristo, pero no enseñan nada con respecto a la manera en que esta se lleva a cabo. Las Escrituras son completamente silenciosas respecto a esto; y como no hay otra fuente de información, la inventiva humana es completamente inútil. Aun la experiencia cristiana no arroja luz sobre esto, porque no puede enseñar nada que las Escrituras no hayan enseñado ya. Y nuevamente, podemos fácilmente percibir la unión con Cristo donde existe, pero no podemos verla donde no existe, o donde se está recién formando.

Sin embargo, esta unión con Cristo debe enfatizarse fuertemente. Los teólogos que representan la verdad divina, deben poner mucho más énfasis en esta materia. Y aun cuando Calvino pudo haber sido el más rígido entre los reformadores, aun así, ninguno de ellos ha presentado la *unio mystica*, esta unión espiritual con Cristo, tan incesantemente, tan tiernamente y con tanto ardor santo como él. Y tal como Calvino, así lo hicieron todos los teólogos reformados desde Beza a Comrie, y desde Zanchius a Köhlbrugge. “Sin Cristo, nada; por esta unión mística con Cristo, todo”; tal era su consigna. Aun ahora el valor de un predicador debe medirse por el grado de su prominencia, según la unión mística con Emanuel en su presentación de la verdad. Las fuertes declaraciones de Köhlbrugge, “Uno puede nacer de nuevo, uno puede ser un hijo de Dios, uno puede ser un sincero creyente, pero sin esta unión mística con Cristo, uno no es nada en sí mismo, nada más que un perdido y malvado pecador,” fue siempre la gloriosa confesión de nuestras iglesias. De hecho, es lo que nuestra forma de administración de la Santa Cena tan bien expresa: “Considerando que buscamos nuestra vida fuera de nosotros mismos, en Cristo Jesús, reconocemos que yacemos en medio de la muerte.”

Pero es un error enseñar sobre esta base—como se reporta que lo hacen algunos de nuestros jóvenes ministros—y despectivo a la obra del Espíritu Santo, que la regeneración *no logra nada en nosotros*, y que toda la obra se realiza completamente *fuera* de nosotros, como algunos han dicho, “Que no necesitamos ni siquiera ser convertidos, porque aun eso ha sido hecho por nosotros de forma vicaria por el Señor Jesús.” Decir que no hay diferencia entre una persona regenerada y una no-regenerada, es contradecir las Escrituras y negar la obra del Espíritu Santo. Por lo cual, nos oponemos fuertemente a esta noción. Por supuesto que hay una diferencia. La primera ha entrado en la unión con Cristo y la última no. Y de esta unión depende *todo*; hace la diferencia en los hombres, así como lo es entre el cielo y el infierno. Ni puede decirse lo contrario: “Que una persona regenerada, aun sin la unión con Cristo, es otra o mejor que un incrédulo”; porque esto separa lo que Dios ha unido. Fuera de Cristo, en el hombre nacido de mujer, no hay nada más que oscuridad, corrupción y muerte. Por consiguiente, afirmamos enfáticamente la indisoluble unicidad en estos dos: “No hay regeneración sin establecer la unión mística con Cristo”; y otra vez: “No hay unión mística con Emanuel salvo en un regenerado.” Estos dos no se pueden separar nunca; y en el largo camino entre el primer acto de la regeneración y la completa santificación, a la *unio mystica* no se le debe quitar la vista, ni por un momento.

Los teólogos éticos probablemente estarán de acuerdo en todo lo que hemos dicho sobre esta materia; y, sin embargo, de acuerdo a nuestra más profunda convicción, ellos lo han degenerado completamente y no han comprendido este precioso artículo de fe. Con toda certeza, enfatizan fuertemente la unión con Cristo; incluso nos dicen que hacen esto más que nosotros, manteniendo que es irrelevante si un hombre está en lo cierto o no, respecto a las Escrituras, mientras esté unido a Cristo. En tal caso, no hay necesidad de ninguna fórmula, confesión, artículo de fe o incluso fe en las Escrituras. Un prominente ético, profesor en la Universidad de Utrecht, ha declarado abiertamente: “Aun cuando llegara a perder todas las Escrituras, y aun cuando no pueda verificarse la verdad de ninguna de las narrativas del Evangelio, no estaría en absoluto afectado, porque aún estaría en posesión de mi unión con Cristo; y teniendo eso, ¿qué más puede desear un hombre?” Esto tiene un sonido tan piadoso y tan cierto tomado en abstracto, que muchas consciencias deben estar de acuerdo, sin tener la menor sospecha de la apostasía que contiene con respecto a la fe de los padres. Si alguien nos preguntara si no creemos que el alma unida con Jesús tenga todo lo que se pueda desear, casi negaríamos una respuesta, pues él sabe mejor. No, por supuesto, alma favorecida, teniendo aquello que ya no necesitas más; vete en paz, tres veces bendecido por Dios.

Pero como la unión mística con el Hijo de Dios es un artículo de fe tanpreciado y de tanto peso, deseamos que todo hombre lo trate de la forma más seria y examine si la unión que dice poseer, es realmente la misma unión mística con el Señor Jesucristo que las Escrituras prometen a los hijos de Dios, y de la que han gozado a través de los tiempos.

## **XXV. No Una Naturaleza Divina-Humana**

“Yo en ellos, y Tú en mí.”—Juan xvii. 23

La unión de los creyentes con el Mediador es, entre todas las materias de la fe, la más tierna, invisible, imperceptible a los sentidos, e insondable; escapa a toda visión interior; rehúsa ser dividida o ser representada de cualquier forma objetiva; en el sentido más completo de la palabra, es mística—*unio mystica*, como lo llamó Calvino, siguiendo el ejemplo de la Iglesia primitiva.

Aun así, no obstante cuan misteriosa sea, ningún hombre está en libertad de interpretarla de acuerdo a sus propias nociones; de hecho, es necesaria una fuerte vigilancia para que no se efectúe un contrabando injurioso al interior del santuario divino, bajo una apariencia piadosa de este místico amor. Hemos, por lo tanto, alzado nuestra voz contra las falsas representaciones de las sectas místicas anteriores y la de los teóricos éticos del tiempo presente. Expliquemos primero las enseñanzas éticas sobre este punto.

Sus creencias comienzan de la antítesis existente entre *Dios* y el *hombre*. Dios es el Creador; el hombre, una criatura. Dios es infinito; el hombre es finito. Dios habita en lo eterno; el hombre habita en lo temporal. Dios es santo; el hombre es impío, etc. Mientras existan todos estos contrastes, así enseñan ellos, no puede haber unidad, no puede haber reconciliación, no puede haber armonía. Así como la filosofía panteísta acostumbraba hablar de tres etapas sobre las cuales fluye el curso de la vida: primero, aquella de la proposición (tesis), luego aquella del contraste (antítesis), y finalmente, aquella de la reconciliación, combinación (síntesis)—de igual modo los éticos, enseñan que entre Dios y el hombre, existen estas tres: tesis, antítesis y síntesis.

En el primer lugar, está Dios. Ésta es la tesis, la proposición. Opuesto a esta tesis en Dios, la antítesis, el contraste, aparece en el hombre. Esta tesis y antítesis encuentran su reconciliación, síntesis, en el Mediador, quien es a la vez finito e infinito, quien carga con nuestra culpa, santo, temporal y eterno.

Es sólo recientemente que citamos la siguiente oración del pequeño libro del profesor Gunnings, “El Mediador entre Dios y el Hombre” (Pág. 28): “Jesucristo es el Mediador equidistante entre los judíos y los gentiles; y también entre todas las cosas que necesiten mediación y reconciliación; y entre Dios y el hombre, espíritu y cuerpo, cielo y tierra, tiempo y eternidad.”

Esta representación contiene el error fundamental de la teología ética. Ella interfiere con los límites que Dios ha establecido. Los borra. Provoca que finalmente todos los contrastes desaparezcan y, por este mismo hecho, se convierta, sin quererlo, en el instrumento divulgador del panteísmo de la escuela filosófica. Sin entender este sistema, uno puede enamorarse fuertemente de él. Este fermento panteísta está fuertemente asentado en nuestro corazón pecaminoso. Las aguas del panteísmo son dulces, su sabor religioso es peculiarmente agradable. Hay una intoxicación espiritual en este vaso; y una vez embriagado, el alma pierde su deseo por la sobria claridad de la divina Palabra. Para escapar de los embrujadores encantos panteístas, uno necesita la estimulación de una experiencia amarga. Una vez despierta, el alma se alarma ante el temible peligro a la cual la sirena lo expuso.

No, el contraste entre Dios y el hombre *no* debe cesar; el contraste entre el cielo y la tierra *no* se puede colocar sobre la misma línea que la de los judíos y gentiles; el contraste entre lo finito e infinito *no* debe ser borrado por el Mediador. El tiempo y la eternidad *no* se deben establecer como idénticos. Deben ser traídos a *reconciliación* por el *pecador*. Eso es todo y nada más. “Poner al alcance la reconciliación” es la obra asignada al Mediador y eso solamente. Y esa reconciliación no es entre el tiempo y la eternidad, el infinito y lo finito, sino exclusivamente entre una criatura *pecaminosa* y el Santo Creador. Es una reconciliación que no podría haber ocurrido si el hombre no hubiera caído; es necesaria solamente por su caída; una reconciliación *no esencial* al ser de Cristo, sino *Suya per accidents*, vale decir, por algo independiente de Su ser.

Y ya que la esencia de la verdadera santidad se basa no en la *remoción* de los límites y contrastes establecidos divinamente, sino en la *profunda* reverencia por la misma; y en este terreno, la criatura diferenciada del Creador, no se puede sentir a sí misma como uno con Él,

sino absolutamente distinta de Él, queda en claro que este error de los éticos afecta la esencia de la santidad.

La iglesia de los primeros tiempos descubrió este mismo principio en Origen, y subsiguientemente en Eutico; y nuestros padres del último siglo lo encontraron en Harnhutters y fuertemente se opusieron a él. Sólo porque carecemos de conocimiento e inteligencia, estas doctrinas éticas han sido capaces de esparcir tan rápidamente aquí, en Alemania, Suiza e incluso en Escocia, su tendencia panteísta sin que nos demos cuenta.

¿Y cómo afecta este mal a su cristología? La afecta en tal medida que es enteramente diferente de aquella de las iglesias reformadas. Aunque nos dicen: “No estamos de acuerdo en nuestra visión de las Escrituras, pero estamos de acuerdo en nuestra confesión de Cristo,” esto es absolutamente falso. Su Cristo no es el Cristo de las iglesias reformadas. El Cristo, de las iglesias reformadas, de acuerdo a las Escrituras y a la iglesia ortodoxa de todos los tiempos, lo confiesan a Él, como Hijo de Dios, eterno Partícipe de la naturaleza divina, quien en el tiempo, en adición a la naturaleza divina, adoptó la naturaleza humana, uniendo estas dos naturalezas, en la unidad de una *persona*. Él las une de tal manera, sin embargo, que estas naturalezas continúan cada una por sí mismas, no se funden y no comunican los atributos de uno al otro. Por consiguiente, dos naturalezas se unen íntimamente, en la unidad de una persona, pero continuando hasta el final, e incluso ahora en el cielo, en dos *naturalezas*, cada una con sus propiedades particulares. “Él es uno, no por conversión de la Divinidad en carne, sino al *tomando* la condición humana y llevándola a Dios” (Confesión de Atanasio, art. 35). Y nuevamente: “Él es uno, no por mezcla de sustancias, sino por unidad de persona” (art. 36). De igual manera, confesamos en el artículo 19 de nuestra Confesión: “Creemos que por esta concepción la persona del Hijo está inseparablemente unida y conectada a la naturaleza humana, de modo que no hay dos Hijos de Dios, no dos personas, sino dos naturaleza unidas en una misma persona; *mas cada naturaleza retiene sus propiedades distintivas*. Entonces, tal como la naturaleza divina se ha mantenido siempre *increada*, sin comienzo de días o fin de la vida, llenando el cielo y la tierra; de igual modo, tampoco la naturaleza humana ha perdido sus propiedades, sino que *ha permanecido siendo criatura*, teniendo principio de días, teniendo naturaleza finita y reteniendo todas las propiedades de un cuerpo real. Y aun cuando Él, por Su resurrección, ha dado inmortalidad al mismo hombre, sin embargo, Él no ha cambiado la realidad de Su naturaleza humana, por mucho que nuestra salvación y resurrección también dependan de la realidad de Su cuerpo. Pero estas dos naturalezas fueron unidas tan cercanamente en una persona que no fueron separadas ni aun por Su muerte.”

Esta clara confesión, que la iglesia ortodoxa ha defendido siempre contra los eutiquianos y monotelitas, y que en particular nuestras iglesias reformadas han mantenido en oposición a los luteranos y místicos, se opone a la visión de los éticos a lo largo de toda línea. El reciente profesor Chantepie de la Saussaye dijo claramente en su discurso inaugural que era imposible mantener la antigua representación en este punto, que también era mantenida por nuestra Confesión; y que su confesión acerca el Mediador era otra. Por consiguiente, el ala ética se desvía de los antiguos caminos, no sólo en cuanto las Escrituras, sino que también en la confesión sobre la persona del Libertador. *Enseña* lo que las iglesias reformadas han *negado* siempre, y niegan lo que las iglesias reformadas han *mantenido* siempre, en oposición a las iglesias menos correctas en sus visiones.

Por la influencia que el entrenamiento de Schleiermacher entre los hermanos moravos, y su desarrollo panteísta y dogmática luterana han ejercido sobre los éticos, ellos predicán a un Cristo que no es el Cristo ante el cual la iglesia ortodoxa de todo los tiempos ha doblado la rodilla; y cuya confesión ha sido siempre preservada incorrupta por los reformados y, especialmente por nuestros teólogos nacionales. Pues sus conclusiones son las siguientes:  
1ro. Que la encarnación del Hijo de Dios debió haber ocurrido, aun si Adán no hubiera pecado.  
2do. Que Él es el Mediador no sólo entre el pecador y el Santo Dios, sino que también entre lo finito y lo infinito.  
3ro. Que las dos naturalezas se mezclan y comunican sus atributos uno al otro en tal medida que de Él, que es tanto Dios y hombre, procede aquello que es divino-humano.

4° Que esta naturaleza divina-humana también es comunicada a los creyentes.

Este error se reconoce inmediatamente por el uso de la palabra divino-humano. No es que condenemos su uso en toda instancia. Al contrario, cuando no se refiere a las *naturalezas* sino a la *persona*, su uso es legítimo, porque en la misma persona las dos naturalezas están inseparablemente unidas. Sin embargo, en nuestros tiempos es mejor ser cautelosos con dicha palabra. Divino-humano tiene actualmente un significado panteísta, denotando que el contraste existente entre Dios y hombre no existió en Jesús, pero que en Él, la antítesis entre lo divino y lo humano no se encontró.

Esto es totalmente antibíblico, y resulta ser, en sus consecuencias finales, pura teosofía. Pues de hecho el resultado es una fusión de las dos naturalezas: una naturaleza divina en Dios y una naturaleza humana en el hombre, y una naturaleza divino-humana en el Mediador. De modo que, si el hombre no hubiera caído, el Mediador habría aparecido aun así en una naturaleza divino-humana.

Esta es una doctrina verdaderamente horrenda. Pone en lugar del Salvador de nuestros pecados, a otra persona enteramente diferente; el contraste entre el Creador y la criatura desaparece; la naturaleza divino-humana del Cristo se coloca realmente por encima de la naturaleza divina misma. Porque el Mediador en su naturaleza divino-humana posee algo de lo cual carece en la naturaleza divina, o sea, su reconciliación con los humanos.

Esto muestra cuánto más lejos de lo que generalmente se cree se han apartado los éticos de la pura confesión del Señor Jesucristo. Según ellos, hay en la persona del Mediador un tipo de *nueva* naturaleza, un tipo de *tercera* naturaleza, un tipo de naturaleza *superior*, que se llama "humano-divina." La unión con Cristo se encuentra (no subjetivamente, sino objetivamente) en el hecho que el Señor Jesucristo vierte en nosotros ese nuevo, tercer y superior tipo, es decir, la naturaleza divino-humana. Por consiguiente, los regenerados son los que han recibido este nuevo, tercer y superior tipo de naturaleza. Esto no tiene conexión con el pecado, pero habría aparecido aún en la ausencia de pecado. La reconciliación de los pecadores es algo adicional, y no toca las raíces de esta materia.

La real y principal cosa es, que el Mediador entre lo "finito y lo infinito" (para usar las mismas palabras del profesor Gunning) imparte esta nueva, tercera y superior naturaleza divino-humana, sobre los que tenemos la naturaleza menor, la naturaleza humana.

No es que la naturaleza humana deba removerse, y que la naturaleza divino-humana tome su lugar. No, por supuesto; pero, de acuerdo a los teólogos éticos, la naturaleza humana está originalmente planeada y destinada a ser ennoblecida, refinada y exaltada de esta forma. Y tal como la estaca de la planta, bajo la influencia del sol desarrolla y produce flores de selección, de igual forma la naturaleza humana se desarrolla y despliega, bajo la influencia del Sol de la Justicia, hacia su superior naturaleza.

Que esto deba lograrse por medio de la *regeneración es por causa del pecado*. Si no hubiera existido caída en el paraíso, y ningún pecado después de la caída, no habría existido regeneración, y nuestra naturaleza caída de menor grado habría pasado espontáneamente a esa naturaleza superior de tipo divino-humana. Y esto es, en el círculo de los éticos, la base de una mucho más elogiada *unio mystica* con el Cristo.

La iglesia invisible es, de acuerdo a su punto de vista, aquel círculo de personas en los cuales esta superior y más noble tintura de vida se ha inculcado, y otros no tan favorecidos todavía permanecen sin ella. De ahí, su falta de aprecio por las iglesias visibles; pues, ¿no es la tintura divino-humana de la vida lo que determina a este círculo? Por eso su preferencia por lo "inconsciente"; la confesión consciente y expresión del pensamiento es irrelevante; el asunto principal es estar dotado de esta nueva, superior y más refinada naturaleza divino-humana. Esto explica su postura, generalmente altanera, hacia aquellos que no comparten sus opiniones. Ellos pertenecen a una suerte de aristocracia espiritual; son de más noble descendencia, están relacionados con formas más refinadas, viviendo una vida superior, desde la cual con ojos compasivos, miran hacia abajo a aquellos que no sueñan sus sueños de vida con tintes superiores.

Baste con decir aquí que las iglesias reformadas no pueden avalar esta representación de la *unio mystica*, sino que deben rechazarla positivamente.

## XXVI. La Unión Mística con Emanuel

“Cristo en vosotros, la esperanza de gloria.”—Colosenses i. 27.

La unión de los creyentes con Cristo, su Cabeza, no se pone en efecto por el inculcar en el alma una tintura de vida divino-humana. *No hay vida divino-humana*. Hay una muy santa Persona que unifica en sí mismo la vida divina y humana; pero ambas naturalezas se mantienen sin mezclarse, sin fusionarse ni homogenizarse, reteniendo cada una sus propias propiedades; y como no hay una vida divino-humana en Jesús, no puede instaurarlas en nosotros.

Debemos reconocer de corazón, que hay una cierta conformidad y similitud entre la naturaleza divina y la humana, porque el hombre fue creado a imagen de Dios: por eso San Pedro podía decir: “para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina” (2 Pedro i. 4); pero de acuerdo a todos los expositores cuerdos, esto sólo significa que al pecador se le imparten los atributos de rectitud y santidad, que originalmente él poseyó en su propia naturaleza en común con la naturaleza divina, pero que perdió por el pecado.

Comparado con la naturaleza de las cosas materiales y con aquella de los animales y demonios, hay ciertamente una característica de similitud entre la naturaleza divina y la humana, pero esto no se debe entender como si borrara los límites entre la naturaleza divina y humana. Por consiguiente, no dejemos que se abuse más de la gloriosa palabra de San Pedro con el fin de justificar un sistema filosófico que no tiene nada en común con la sobriedad y simplicidad de la Sagrada Escritura.

Lo que San Pedro llama “ser partícipe de la naturaleza divina” se menciona en otro lugar cuando se habla de llegar a ser *los hijos de Dios*. Pero aun cuando Cristo es el *Hijo* de Dios y nosotros somos llamados *hijos* de Dios, esto no hace que la Filiación de Cristo y nuestra filiación se encuentren en el mismo plano y sean de la misma naturaleza. No somos más que hijos *adoptados*, aun cuando tenemos otros descendientes, mientras que Él es el mismo y Eterno Hijo. Mientras Él es esencialmente el eterno Hijo, partícipe de la naturaleza divina que en la unidad de Su persona se une con la naturaleza humana, nosotros somos solamente *restituidos* a una *similitud* de la naturaleza divina que hemos perdido por pecado. Por consiguiente, “*ser adoptado como hijo*,” y “*ser el Hijo por siempre*” son contrastantes, como también es lo siguiente: “*tener la naturaleza divina en sí mismo*,” y “*ser sólo partícipes de la naturaleza divina*.”

El amigo que comparte el luto desconsolado de una madre, no es desconsolado mismo en sí mismo, sino que a través del amor y compasión, él se ha vuelto partícipe de ese luto. De manera similar, los creyentes, al aceptar estas grandes y preciosas promesas, se convierten en partícipes de la naturaleza divina, aun cuando en sí estén totalmente desprovistos de dicha naturaleza. Partícipe no denota que lo uno posee en sí mismo, que sea de él mismo, sino una comunicación parcial con aquello que no le pertenece a él sino a otro. Por consiguiente, esta palabra gloriosa y apostólica no debiera usarse más en su sentido panteísta. Como es ilícito decir de que somos hijos esenciales de Dios, debemos humildemente confesar, a través de Cristo, ser sus hijos adoptivos, ya que no es lícito decir que por fe nos hemos convertido en portadores de la naturaleza divina; pero debemos estar satisfechos con la confesión que, a través de nuestra hermandad de amor, Dios nos ha hecho partícipes de las emociones vitales de la naturaleza divina, hasta el punto en que nuestras capacidades humanas sean capaces de experimentarlas.

Esto nos trae de vuelta a la *unio mystica* con Cristo, la cual, siendo un misterio impenetrable, debiera definirse suficientemente como para no hacernos caer en error. Mencionamos, por lo tanto, sus puntos vitales y así plasmamos nuestra confesión con respecto a ella:

1ro. El *primer* punto es que el Señor Jesús no requiere que seamos purificados ni santificados para poder unirnos a Su persona.

Jesús es un Salvador no para los justos, sino para los pecadores. Y por esta razón, Él adoptó la naturaleza humana; no como lo enseñan los bautistas, por haber recibido un nuevo cuerpo creado desde el cielo, como el cuerpo paradisiaco de Adán, sino para hacerse partícipe, como los niños pequeños, de nuestra carne y huesos. Lo mismo es verdadero de Su unión con los

creyentes. Él no espera hasta que sean puros y santos, para luego desposarse espiritualmente con ellos; sino que Él se desposa de modo que se pueden convertir en puros y santos. Él es el rico novio, y el alma es la novia pobre. Él viene en las relucientes túnicas de Su rectitud y la encuentra negra, fea, en su deshonor. Él no dice, "Límpiate, hazte sabia y rica, y como novia rica, Yo me casaré contigo"; sino, "Yo te tomo a ti tal como eres; y te digo, en tu sangre, Vive. Aunque seas pobre, cazándome contigo, te haré coparticipe de Mí y de Mi tesoro. Pero un tesoro tuyo, no poseerás jamás."

Este punto se debe establecer firmemente. El Señor Jesús se une, no a los justos, sino a los pecadores. Él se casa no con los puros e inmaculados, sino con los contaminados y sucios. Cuando el santo apóstol Pablo habla de una novia que el presentará sin mancha ni arruga, él se refiere a algo enteramente diferente; no a Su matrimonio con el individuo, sino al matrimonio del Señor Jesús con su Iglesia como un todo. Mientras la Iglesia continúe en la tierra, separada de Él, ella es Su novia, hasta que en la plenitud del tiempo, terminada la separación, Él la traiga a la rica y completa comunión de la vida unificada en la gloria.

2do. El *segundo* punto al cual pedimos poner atención es el cuándo de dicha unión comienza. Decir que esta *unio mystica* es el resultado de la fe solamente, es sólo parcialmente correcto. Porque las Escrituras enseñan muy claramente que ya estábamos en el Señor Jesús cuando Él murió en el Calvario, y cuando Él resucitó de entre los muertos; que ascendimos con Él al cielo y que por dieciocho siglos hemos estado sentados con Él, a la diestra de Dios. Por consiguiente, debemos distinguir cuidadosamente entre las cinco etapas por las cuales se despliega la unión con Emanuel.

La *primera* de estas cinco etapas yace en el decreto de Dios. Desde el mismo momento en que el Padre nos entregó a Su Hijo, fuimos realmente de Él, y se estableció una relación entre Él y nosotros, no débil ni floja, sino muy profunda y extensa, de modo que todas las relaciones subsiguientes con Emanuel surgen solamente de esta fundamental relación de raíz.

La *segunda* etapa está en la Encarnación, cuando, adoptando nuestra carne y entrando en nuestra naturaleza, Él hace de esa relación esencial y preexistente algo real; cuando el vínculo de la voluntad divina pasa, o sea, desde el decreto a la existencia real. Cristo en carne lleva a todos los creyentes en las ancas de Su gracia, como Adán llevó a todos los hijos del hombre en las ancas de su carne. Por consiguiente, las Escrituras enseñan, no figurativamente ni metafóricamente, sino en el sentido real, que cuando Jesús murió y resucitó, nosotros morimos y resucitamos con Él y en Él.

La *tercera* etapa comienza cuando nosotros mismos, no aparecemos en nuestro nacimiento, sino en nuestra regeneración; cuando el Señor Dios comienza a obrar sobrenaturalmente en nuestras almas; cuando en la hora del amor, el Amor Eterno concibe en nosotros al hijo de Dios. Hasta entonces, la unión mística se ocultaba en el decreto y en el Mediador; pero, en la regeneración y por medio de ella, aparece la persona con quien el Señor Jesús lo establecerá. Sin embargo, no la regeneración primero y luego algo nuevo; es decir, unión con Cristo, sino que en el mismo momento de concretarse la regeneración, esa unión se vuelve un hecho internamente acabado.

Esta tercera etapa debe distinguirse cuidadosamente de la cuarta, que no comienza con el avivamiento, sino con el primer ejercicio consciente de fe, puesto que, aun cuando la facultad de fe fue implantada en la regeneración, puede permanecer inactiva por largo tiempo; y sólo cuando el Espíritu Santo le permite actuar, produciendo una fe genuina y la conversión en nosotros, se establece subjetivamente la unión con Cristo.

Esta unión *no* es el fruto subsecuente de un mayor grado de santidad, pero coincide con el *primer ejercicio de la fe*. La fe que no vive en Cristo no es fe, sino su opuesto. La fe genuina se forja en nosotros por el Espíritu Santo y todo lo que Él imparte en nosotros lo obtiene de Cristo. Por consiguiente, puede haber una aparente o pretendida fe, sin la unión con Cristo, pero no una fe real. Por lo tanto, es un hecho cierto que el primer suspiro del alma, en su primer ejercicio de fe, resulta de la maravillosa unión del alma con su Garante.

No negamos, sin embargo, que hay un incremento gradual de la realización consciente, de un sentir vívido y de un regocijo libre de esta unión. Un niño posee a su madre desde el primer

momento de su existencia; pero el sensato regocijo en el amor de su madre despierta gradualmente, y se incrementa con los años hasta que él plenamente sabe del tesoro que Dios le ha dado en su madre. Y así, la consciencia y el regocijo de lo que tenemos en nuestro Salvador se hace gradualmente más clara y profunda, hasta que llega un momento que nos damos cuenta plenamente cuán ricos Dios nos ha hecho en Jesús. Y por esto, muchos llegan a pensar que su unión con Cristo se remonta a ese momento. Esto es así sólo aparentemente. Aun cuando pueden volverse *completamente conscientes* de su tesoro en Cristo, la unión misma existía (incluso subjetivamente) desde el momento de su primer grito de fe. Esto nos lleva a la *quinta y última* etapa, o sea, la muerte. Regocijándonos en Él con alegría inenarrable y plena de gloria, y aún no viéndole a Él, queda mucho más por desear. Por consiguiente, nuestra unión con Él no logra su máximo despliegue hasta que toda carencia haya sido suplida y lo veamos a Él como es; y en esa visión de gozo seremos como Él, porque entonces nos dará todo lo que tiene. Por consiguiente, la fe nos hace partícipes primero de Él mismo y luego de todos sus regalos, como el Catecismo de Heidelberg, claramente lo enseña. 3ro. El *tercer* punto hacia el cual enfocamos nuestra atención, es la naturaleza de esta unión con Emanuel.

Tiene una naturaleza *peculiar* a sí misma; puede *compararse* con otras uniones, pero no puede explicarse completamente por ellas. Magnífica es la unión entre el cuerpo y el alma; más magnífica aun es la unión sacramental del Sagrado Bautismo y la Cena del Señor; igual de magnífica es la unión vital entre la madre y el hijo en su sangre, así como la unión entre la vid y sus ramas en crecimiento; magnífica la unión de marido y mujer; y mucho más magnífica la unión con el Espíritu Santo, establecida por Su morada en nosotros. Pero la unión con Emanuel es distinta a todas estas.

Es una unión invisible e intangible; el oído no la percibe o falla en percibirla y elude toda investigación; sin embargo, es una unión y comunión real, por la cual la vida del Señor Jesús nos afecta y controla directamente. Al igual que el bebé nonato que vive en la sangre de la madre, cuyo corazón late fuera de él, así vivimos nosotros en la vida de Cristo, cuyo corazón late, no en nuestra alma, sino *fuera de nosotros*, en el cielo de arriba, en Cristo Jesús. 4to. En el *cuarto* lugar, aun cuando la unión con Cristo coincide con nuestra relación de pacto con Él como Cabeza, aun así, no es *idéntica* a ella. Nuestras relaciones de comunión con Cristo son muchas. Hay una hermandad de sentimiento e inclinación, de apego y cariño; somos discípulos del Profeta, somos Su posesión comprada con Su sangre, los súbditos del Rey y miembros del Pacto de Gracia, del cual Él es Cabeza. Pero en vez de absorber la *unio mystica*, todas ellas se basan en esto. Sin este vínculo verdadero, todos los demás son sólo imaginarios. Por consiguiente, mientras sabemos, sentimos y confesamos que es glorioso estar escondidos de forma segura bajo en la Cabeza de la Alianza, es más dulce, más precioso y delicioso vivir en la mística comunión del Amor.

## Notas

1. ↑ Para ver el sentido con que el autor trata el Metodismo, vea la sección 5 del Prefacio.
2. ↑ [Prov. xx. 12]
3. ↑ Ver la explicación de Metodismo en la sección 5 del Prefacio.
4. ↑ “El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido, mas ni sabes de dónde viene ni a dónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu.”
5. ↑ San Pablo no declara en estas palabras que el recibió otro ego; al contrario, dice enfáticamente que en su ego, que continúa siendo de él, no es más el Yo quien vive, sino Cristo.
6. ↑ “Con Cristo estoy juntamente crucificado y ya no vivo yo, más Cristo vive en mí; y lo que ahora vive en la carne lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí.”
7. ↑ † Al Menos si las palabras “con Él” son originales.
8. ↑ “Yo soy la vid verdadera y mi Padre es el labrador.”
9. ↑ “Y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano 29 Mi Padre que me las dio, es mayor que todos, y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre.”



10. † “Y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó.”
11. † “y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano. Mi Padre que me las dio, es mayor que todos, y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre. “

## **Llamamiento y Arrepentimiento**

### **XXVII. El Llamamiento de los que Han Sido Regenerados**

“Y a los que predestinó, a éstos también llamó.”—Rom. viii. 30.

Para poder escuchar, el pecador, que es sordo por naturaleza, debe recibir oídos que escuchen. “El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.” (Apoc. ii. 7, 11, 17, 29; iii. 6, 13, 22).

Pero por naturaleza el pecador no pertenece a este grupo favorecido. Esta es una experiencia diaria. De dos oficinistas en la misma oficina, uno obedece al llamado y el otro lo rechaza; no porque lo desprecie, sino porque no escucha el llamado de Dios en él. Por lo tanto la obra avivadora de Dios antecede a la recepción del pecador; y así él es capaz de escuchar la Palabra.

La obra revitalizadora, la implantación de la capacidad de tener fe y la unión del alma con Cristo, aunque aparentemente tres hechos, son en realidad un hecho, constituyendo juntos (objetivamente) la así llamada *primera gracia*. Mientras esta gracia opera, el pecador es *perfectamente pasivo* e indiferente; es el sujeto de una acción que no involucra la más mínima acción, sometimiento, ni siquiera no-resistencia de su parte.

De hecho, el pecador, estando muerto en sus transgresiones y pecados, está bajo esta primera gracia como un cuerpo sin *movimiento* y sin *alma*, con todas las propiedades pasivas pertenecientes a un cadáver. Este hecho no puede ser manifestado con suficiente fuerza y énfasis. Es una pasividad *absoluta*. Y cada esfuerzo o inclinación para adjudicarle al pecador la más pequeña cooperación en esta primera gracia destruye el Evangelio, daña el canal de la confesión Cristiana y no sólo es una herejía sino también anti-bíblico en el sentido más profundo.

Este es el punto donde es erigido el poste indicador; donde los caminos se separan, donde los hombres de la confesión purificada, o más bien, confesión reformada, se separan de sus oponentes. Habiendo manifestado este hecho de forma poderosa y definitiva, es de suma importancia afirmar con el mismo énfasis que, en todas las operaciones de gracia posteriores (denominadas *segunda gracia*), esta pasividad absoluta cesa debido la maravillosa obra de la primera gracia. Por lo tanto, en toda la gracia posterior el pecador, hasta cierto punto, coopera con ella.

En la primera gracia el pecador es como un cadáver, absolutamente. Pero la pasividad del pecador al comienzo y su cooperación posterior no deben ser confundidas. Existe una pasividad, en línea con las Escrituras, que no puede ser exagerada, que debe ser dejada intacta; pero también existe una pasividad fingida, anti-bíblica y pecaminosa. La diferencia entre ambas no es que la primera está cooperando parcialmente y la segunda no tiene cooperación alguna. Ciertamente con tal acto temporizador, las iglesias y las almas en ellas no son inspiradas con energía y entusiasmo. No; la diferencia entre la pasividad saludable y la enfermiza consiste aquí en que la primera, que es absoluta e ilimitada, pertenece a la *primera gracia, para la cual es indispensable*; mientras que la segunda se aferra a la *segunda gracia, en un lugar al cual no pertenece*.

Debe haber un entendimiento claro y profundo respecto de esta verdad, que después de todo es bastante simple. El escogido, y al mismo tiempo, pecador aún no regenerado, no puede hacer nada y la obra que debe ser llevada a cabo en él debe ser llevada a cabo por otro: Esta es la primera gracia. Pero una vez que esto ha sido logrado, él ya no es pasivo, porque algo le ha sido entregado de forma tal que, en la segunda obra de gracia, cooperará con Dios.

Pero esto no implica que el pecador regenerado y escogido ahora sea capaz de hacer cualquier cosa sin Dios; o que si Dios cesara de obrar en él, la conversión y santificación ocurrirían por sí solas. Ambas representaciones son absolutamente falsas, no-reformadas y no-cristianas porque le restan mérito o valor a la obra del Espíritu Santo en los escogidos. No; todo bien espiritual es por gracia hasta el final: gracia no sólo en la regeneración sino en toda etapa del camino de la vida. Desde el principio y hasta el final y a lo largo de la eternidad, el Espíritu Santo es el Obrero de la regeneración y conversión, de la justificación y cada parte de la

santificación, de la glorificación y de toda la dicha de los redimidos. Nada de esto puede ser aminorado.

Pero mientras el Espíritu Santo es el único Obrero en la primera gracia, en todas las operaciones posteriores de la gracia la persona regenerada *siempre* coopera con Él. Por lo tanto no es verdad, como dicen algunos, que la persona regenerada es tan pasiva como la no-regenerada; esto sólo le resta mérito y valor a la obra del Espíritu Santo en la *primera gracia*. Tampoco es cierto que de ahí en adelante la persona regenerada sea la obrera principal, sólo *asistida* por el Espíritu Santo; ya que esto es igualmente despectivo hacia la obra del Espíritu en la *segunda gracia*.

Debemos oponernos y rechazar ambos errores. Porque a pesar de que, por un lado, se dice que la persona regenerada considerada fuera de Cristo, aún yace en medio de la muerte; aun así, aunque fuese *considerada* mil veces fuera de Cristo, ella se mantiene en Él, ya que una vez en Su mano nadie puede quitarla de allí. Y aunque, por el otro lado, la persona regenerada es constantemente amonestada con el propósito de que sea activa y diligente, aunque el caballo es quien tira, no es el caballo sino el conductor *quien maneja la carreta*.

Guardando este último punto hasta que consideremos la santificación, consideramos ahora el *llamamiento*, ya que esto nos muestra de forma más clara que cualquier otra parte de la obra de la gracia, la confesión de las iglesias Reformadas respecto de la *segunda gracia*. Una vez que el pecador escogido ha nacido de nuevo, es decir, vitalizado, provisto de la facultad de la fe y unido con Jesús, la siguiente obra de la gracia en él es el *llamamiento*, algo acerca de lo cual las Escrituras hablan con tanto énfasis y tan a menudo. “Como aquel que os *llamó* es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir” (1 Pedro i. 15); “Que os *llamó* de las tinieblas a su luz admirable” (1 Pedro ii. 9); El Dios de toda gracia, que nos *llamó* a su gloria eterna (1 Pedro v. 10); “A lo cual os *llamó* mediante nuestro evangelio, para alcanzar la gloria de nuestro Señor Jesucristo” (2 Tes. ii. 14); “Que os *llamó* a su reino y gloria” (1 Tes. ii. 12); “Os ruego que andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados” (Ef. iv. 1); sin mencionar aun más: “Tanto más procurad hacer firme vuestra vocación y *elección*; porque haciendo estas cosas, no caeréis jamás.” (2 Pedro i. 10) En la Sagrada Escritura el *llamamiento* tiene, al igual que la *regeneración*, un sentido más amplio y otro más limitado.

En el primer sentido, significa ser llamado a la *gloria eterna*; por lo tanto esto incluye todo lo *que viene antes*, es decir, el llamado al arrepentimiento, a la fe, a la santificación, a la realización del deber, a la gloria, al reino eterno, etc.

Sin embargo, no estamos hablando de esto ahora. Es nuestra intención considerar el llamado en su sentido más limitado, que significa exclusivamente el llamado a través del cual somos llamados de las tinieblas a la luz; *es decir*, el llamado al *arrepentimiento*.

Este llamado al *arrepentimiento* es puesto por muchos al mismo nivel del hecho de que Dios “*atrae*,” de lo cual habla Jesús, por ejemplo: “Nadie puede venir a mí, si el Padre, que me envió, no lo *atrae*.” (Juan vi. 44) Esto lo encontramos también en algunas palabras de San Pablo: “Nos ha *librado* [traducción holandesa, *sacado*] del poder de las tinieblas” (Col. i. 13); “Para librarnos [sacarnos] del presente siglo malo, conforme a la voluntad de nuestro Dios y Padre.” (Gal. i. 4) Sin embargo, esto me parece menos correcto. Aquel que debe ser *sacado* parece no estar *dispuesto* a que lo hagan. Aquel que es *llamado* debe ser *capaz* de venir. El primero implica que el pecador aún es pasivo y, por lo tanto, se refiere a la operación de la *primera gracia*; lo segundo se ocupa del pecador mismo y lo considera capacitado para venir y, por lo tanto, pertenece a la *segunda gracia*.

Este “llamado” es una convocación. No es meramente el llamado de alguien para decirle algo, sino un llamado que supone el mandato a venir; o un llamado implorante, como cuando San Pablo ora: “Como si Dios rogara por medio de nosotros; os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios.” (2 Cor. V. 20); o como en los Proverbios: “Dame, hijo mío, tu corazón.” (Prov. Xxiii. 26) Dios envía este llamado a través de los predicadores de la Palabra: no a través de la predicación independiente de hombres irresponsables sino a través de aquellos que Él mismo envía; hombres dotados de forma especial, es decir, cuyo llamado no pertenece a ellos

mismos sino a Dios. Ellos son los ministros de la Palabra, embajadores reales, en nombre del Rey de Reyes exigiendo nuestro corazón, vida y ser; sin embargo, su valor y honor dependen exclusivamente de su misión divina y de su comisión. Como el valor de un eco depende del retorno correspondiente de la palabra recibida, así también el valor, honor y significancia de ellos depende puramente de la exactitud con la cual hacen el llamado, como un eco de la Palabra de Dios. Aquel que llama como debe ser, cumple con el más alto oficio sobre la tierra; ya que se pone incluso sobre reyes y emperadores y los llama. Pero aquel que llama incorrectamente o que simplemente no llama, es como un metal que resuena; como ministro de la Palabra no tiene valor ni honor. Si es fiel a la Palabra pura, él es *todo*; si no lo es, entonces es *nada*. Tal es la responsabilidad del predicador.

Esto debe ser tomado en cuenta, no sea que el Arminianismo se meta lentamente en el oficio santo. El predicador debe ser el instrumento del Espíritu Santo; aun el sermón debe ser producto del Santo Espíritu. El suponer que un predicador puede tener la más mínima autoridad, honor o significancia oficial fuera de la Palabra, es hacer que el oficio sea Arminiano; no es el Espíritu Santo sino el clérigo quien obra; el trabaja con todas sus fuerzas y el Espíritu Santo puede ser el *asistente* del ministro. Para evitar tal error, nuestras iglesias reformadas siempre se han desecho de la mala influencia del clericalismo.

Y a través de este oficio el llamado viene desde el púlpito, en la clase catequística, en la familia, en escritos y a través de exhortaciones personales. Sin embargo, esto no ocurre siempre a través de este oficio para todo pecador. En un barco en el mar Dios puede usar un comandante piadoso para llamar a pecadores al arrepentimiento. En un hospital sin supervisión espiritual el Señor puede usar algún hombre o mujer piadosa, tanto para preocuparse por los enfermos como para hacer un llamado a sus almas al arrepentimiento. En un pueblo donde un pseudo-ministro descuida su deber, el Señor Dios puede complacerse en darle vida a las almas a través de sermones impresos y libros, a través de algún diario incluso o a través de la exhortación individual.

Y aun en todos estos casos, la autoridad para hacer el llamado reposa sobre la comisión divina del ministerio de la Palabra. Porque los instrumentos del llamamiento, hayan sido personas o libros impresos, vinieron del oficio. Las personas fueron llamadas a través del oficio y ellos sólo transmitieron el mensaje divino; y los libros impresos ofrecieron en papel lo que de otra forma es escuchado en el santuario.

Este llamado del Espíritu Santo viene en la predicación de la Palabra y a través de ella, y hace el llamado al pecador regenerado, de levantarse de la muerte y dejar que Cristo le de luz. No es un llamamiento de personas aún no regeneradas, simplemente porque estas personas *no tienen un oído capaz de escuchar*.

Es cierto que la predicación de un misionero o ministro de la Palabra se dirige también a otros pero esto no entra en conflicto con lo que acabamos de mencionar. En primer lugar, debido a que también hay un llamamiento externo hacia los que no han sido regenerados, con el fin de despojarlos de alguna excusa y para mostrar que ellos *no tienen un oído capaz de escuchar*. Y en segundo lugar, porque el ministro de la Palabra no sabe si un hombre ha nacido de nuevo o no, por lo cual no podrá hacer diferencias.

Como regla, toda persona bautizada debe ser reconocida como perteneciente a las personas regeneradas (pero no siempre convertidas); por lo cual el predicador debe llamar a cada persona bautizada al arrepentimiento, como si fuera un nacido de nuevo. Pero que nadie cometa el error de aplicar esta regla, que se aplica sólo a la *Iglesia como un todo, a cada persona* en la Iglesia. Esto sería el clímax de la desconsideración o un absoluto mal entendimiento de la realidad de la gracia de Dios.

## **XXVIII. La Venida de los Llamados**

“Para que el propósito de Dios conforme a la elección permaneciera, no por las obras sino por el que llama.”—Rom. ix. 11.

La pregunta es, si los elegidos cooperan en el llamado o no.

Nosotros decimos, Sí; ya que el llamado no es llamado, en el sentido más completo de la palabra, a menos que la persona llamada pueda escuchar y escuchar tan claramente que lo impresiona, lo motiva a levantarse y obedecer a Dios. Por esta razón nuestros padres, en pos de la claridad, solían distinguir entre el llamado *común* y el llamado *efectivo*. El llamado de Dios no va dirigido sólo a los elegidos. El Señor Jesús dijo: “Muchos son los llamados, pero pocos escogidos.” (Mat. xxii. 14) Y el asunto muestra que grandes cantidades de hombres mueren sin convertirse, a pesar de ser llamados a través del llamado común externo.

Tampoco este llamado externo debiese ser menospreciado o considerado como poco importante; ya que a través de él, el juicio de muchos será más duro aun en el día del juicio: “Si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho los Milagros que han sido hechos en vosotros, tiempo ha que en vestidos ásperos y ceniza se habrían arrepentido. Por tanto os digo que en el día del juicio será más tolerable el castigo para Tiro y para Sidón que para vosotros” (Mat. xi. 21,22); “Aquel siervo que, conociendo la voluntad de su señor, no se prepare ni hizo conforme a su voluntad, recibirá muchos azotes.” (Lucas xii. 47) Además, el efecto de este llamado externo a veces cala más hondo de lo que se supone generalmente y trae a alguien a veces al punto mismo de *conversión* real.

Las personas que no han sido regeneradas no son tan insensibles a la verdad como para nunca ser tocadas por ella. Las palabras cruciales de Heb. vi., respecto de los aparentemente convertidos que incluso han gustado del don celestial, prueban lo contrario. San Pedro habla de la puerca lavada que luego vuelve a revolcarse en el cieno. Uno puede ser persuadido a ser *casi* un cristiano. Si no fuera porque no pudo vender sus bienes, el joven rico hubiese sido ganado para Cristo. Por lo cual el efecto del llamado común en ningún caso es tan débil ni magro como se cree comúnmente. En la parábola del sembrador, sólo la cuarta clase de oyentes pertenece a los elegidos, ya que sólo ellos dan fruto. Aun así, hay entre dos de las otras clases una considerable cantidad de crecimiento. Una de ellas incluso produce un gran tallo; sólo que *no hay fruto*.

Y por esta razón los hombres que hacen compañía con el pueblo de Dios debieran examinar seriamente sus propios corazones, para ver si el seguimiento de la Palabra es el resultado de tener la semilla sembrada en “buena tierra”. ¡Oh, hay tanto de iluminación y aun de deleite! Y sólo para ser ahogado, porque no contienen el origen *genuino* de vida.

A todas estas personas no-regeneradas les falta la *gracia salvadora*. Escuchan sólo con un entendimiento carnal. Ellos reciben la Palabra pero sólo en los prados de su imaginación no-santificada. La dejan obrar sobre su conciencia natural. Sólo actúa sobre las olas de sus emociones naturales. Así, pueden ser movidos incluso a las lágrimas y aman apasionadamente aquello que los afecta de esa forma. Sí, muchas veces hacen muchas buenas obras que son verdaderamente dignas de alabanza; incluso pueden darle sus bienes a los pobres y sus cuerpos para ser cremados. Así, su salvación es considerada como un hecho. Pero el santo apóstol destruye su esperanza por completo cuando dice: “Aunque hablaran en lenguas humanas y angélicas, aunque entendieran todos los misterios, aunque repartieran todos sus bienes para dar de comer a los pobres y aunque entregaran su cuerpo para ser quemado y no tienen *amor*, de nada les sirve.”

Por lo tanto para ser hijo de Dios y no un metal que resuena, no son requeridos un profundo entendimiento de los misterios divinos, una imaginación emocionada, una conciencia aporreada y olas de sentimiento, ya que todas estas cosas pueden ser experimentadas sin una real gracia del pacto; pero lo que sí se necesita es un verdadero y profundo amor operando en el corazón, iluminando y vitalizando todas estas cosas.

El pecado de Adán consistió en esto, que expulsó todo el amor de Dios de su corazón. Ahora es imposible ser neutral o indiferente frente a Dios. Cuando Adán dejó de amar a Dios, él comenzó a *odiarlo*. Y es este odio hacia Dios que ahora existe en lo profundo del corazón de

todo hijo de Adán. Por lo tanto la conversión significa esto, que un hombre se deshace de ese *odio* y recibe *amor* en su lugar. El que desde el corazón dice, "Yo amo al Señor;" está bien. ¡Qué más podría desear!

Pero mientras no haya amor por Dios, no hay *nada*. Porque una mera voluntad por hacer algo para Dios, aun el soportar grandes sacrificios y el ser muy piadoso y benevolente, a menos que nazca del motivo correcto, es en los más profundo nada más que un desprecio de Dios. No importa cuan hermoso sea el enchapado, todas estas aparentes buenas obras están corrompidas internamente, infestadas por el pecado y podridas. Sólo el amor imparte el verdadero sabor al sacrificio. Por lo cual el santo apóstol declara tan severa y abruptamente: "Aunque entregues tu cuerpo para ser quemado y no tienes *amor*, de *nada* te sirve." El realizar buenas obras para ser salvo, o el obligar a Dios, o el hacer de la propia piedad algo altanero y extravagante, es un crecimiento desde la antigua raíz y en el mejor los casos una mera *apariciencia* del amor. El valorar el verdadero amor por Dios es estar constreñido por el amor para ceder el ego personal con todo lo que es y con todo lo que contiene, y dejar que Dios sea Dios nuevamente. Y el llamado común, general y externo jamás tiene tal efecto; es incapaz de producirlo.

Por esa razón dejamos a un lado el llamado común y volvemos al llamado que es particular, maravilloso, interno y eficaz; que se manifiesta a sí mismo no a todos, sino exclusivamente a los *elegidos*.

Este llamado, que se dice es "*celestial*" (Heb. iii. 1), "*santo*" (2 Tim. i. 9), "*irrevocable*" (Rom. xi. 29), es "*conforme al propósito de Dios*" (Rom. viii. 28), es "*el supremo mandamiento de Dios en Cristo Jesús*" (Fil. iii. 14) y no tiene su punto de partido en la predicación. Él que llama a través de él es Dios, no el ministro. Y este llamado se lleva a cabo a través de dos agentes, una viniendo al hombre desde afuera y el otro desde adentro. Ambos agentes son efectivos y el llamado ha cumplido su propósito y el pecador ha llegado al arrepentimiento tan pronto como la obra de estos agentes se une en el centro de su ser.

Por lo tanto negamos que la persona regenerada, al escuchar la Palabra predicada, vendrá por *sí misma*. No entendemos de esta forma su cooperación. Si el llamado interno es suficiente, ¿cómo es que el hombre regenerado puede a veces escuchar la predicación sin levantarse, sin arrepentirse, rehusándose a dejar que Cristo le entregue luz? Pero nosotros confesamos que el llamado del hombre regenerado es dual: desde afuera por la Palabra predicada y desde adentro a través de la exhortación y la convicción del Espíritu Santo.

Por lo tanto la obra del Espíritu Santo en el llamado es *dual*:

La *primera obra* es, mientras Él viene con la Palabra: la Palabra que es inspirada, preparada, escrita y preservada por Él mismo, quien es Dios el Espíritu Santo. Y Él trae esa Palabra a los pecadores a través de predicadores que Él mismo ha dotado con talentos, viveza y profundo entendimiento espiritual. Y conduce tal predicación a través del canal del oficio y del desarrollo histórico de la confesión de forma tan maravillosa, que finalmente llega a él en la forma y la modalidad que se necesita para que lo afecte y lo tome por completo.

En esto vemos una guía muy misteriosa por parte del Espíritu Santo. Después un predicador sabrá que, mientras el predicaba en tal iglesia y a tal hora, una persona regenerada se convirtió. Y sin embargo él no se había preparado de forma especial para ello.

Frecuentemente, él ni siquiera conocía a la persona; mucho menos su condición espiritual. Y a pesar de ello, sin saberlo, sus pensamientos fueron guiados y sus palabras fueron preparadas de tal forma por el Espíritu Santo; quizás miró al hombre de manera tal que su palabra, en conexión con la operación interna del Espíritu, se convirtió para esa persona en la verdadera y concreta Palabra de Dios. Muchas veces escuchamos: "Eso fue predicado directamente a mí." Y así lo fue. Sin embargo, se debe entender que no fue el ministro quien te predicó, ya que ni siquiera pensó en ti; sino que fue el Espíritu Santo mismo. Fue Él mismo quien obró en ti. Por lo tanto, los ministros de la Palabra debiesen ser extremadamente cuidadosos de no jactarse en lo más mínimo de las conversiones que ocurren bajo su ministerio. Cuando después de días de fracaso el pescador saca su red llena de pescados, ¿es esto causa de que

la red misma se jacte? ¿Acaso no salió vacía una y otra vez; y luego no fue casi rota en pedazos por la multitud de pescados?

Decir que esto demuestra la eficiencia del predicador va en contra las Escrituras. Puede haber dos ministros, uno firme en la doctrina y el otro provisto de muy poco; y sin embargo el primero sin convertidos en su iglesia, mientras que el segundo siendo bendecido abundantemente. En esto el Señor Dios es y permanece como Señor Soberano. Él sigue de largo frente a los campeones muy bien armados del ejército de Saúl, y David, con apenas unas pocas armas, mata al gigante Goliat. Todo lo que el predicador tiene que hacer es considerar cómo, en obediencia a su Señor, puede ministrar la Palabra, dejando los resultados al Señor. Y cuando el Señor Dios le da conversiones, y Satanás susurra, “¡Que gran predicador eres, que te fue dado a ti el convertir a tantos hombres!” entonces él debe decir, “Quítate de delante de mí, Satanás,” dándole la gloria *sólo al Espíritu Santo*.

Sin embargo, el llevar la Palabra a una persona regenerada no es el único cuidado del Espíritu Santo que ocurre de esa forma y con ese foco, sino que agrega también una *segunda obra*, a saber, aquella a través de la cual la Palabra predicada entra de forma efectiva al centro mismo de su corazón y vida.

A través de este *segundo* cuidado, Él ilumina de tal forma su entendimiento natural y fortalece de tal forma su habilidad e imaginación natural, que él recibe el sentido general de la Palabra predicada y comprende exhaustivamente su contenido.

Pero esto no es todo, porque aun creyentes fingidos pueden tener esto. La semilla de la Palabra logra este crecimiento también en aquellos que han recibido la semilla en los pedregales o entre los espinos. Por lo tanto, a esto se agrega la *iluminación* de su entendimiento, regalo maravilloso que le permite no sólo comprender el sentido general de la Palabra predicada, sino también percibir y darse cuenta que esta Palabra viene a él directamente *de Dios*; que afecta y condena su propio ser, causando así que él penetre dentro de la esencia escondida de ella y sienta su punzante aguijón que lleva a la *convicción*. *Por último*, el Espíritu Santo emplea esta convicción—que de otra manera se desvanecería rápidamente—de forma tan extensa y severa, que finalmente el aguijón, como el buen filo de una lanceta, penetra la piel gruesa y deja al descubierto la herida infectada. Esta es una operación maravillosa en la persona que es llamada. El *entendimiento* general pone el asunto delante de él; la *iluminación* le revela su contenido; y la *convicción* pone la espada de doble filo sobre su corazón. Entonces, sin embargo, él tiende a alejarse de esa espada; a no dejarla penetrarlo, sino a dejarla alejarse inofensivamente del alma. Pero entonces el Espíritu Santo, en plena actividad, sigue empujando la espada de la convicción, dirigiéndola con tal fuerza hacia el alma que finalmente logra entrar y surtir efecto.

Pero esto no concluye el *llamamiento*. Ya que después que el Espíritu Santo ha hecho todo esto, Él comienza a operar sobre la *voluntad*; no doblándola a la fuerza, como una barra de hierro en las fuertes manos del herrero, sino haciéndola, aunque rígida e inconvencible, flexible y dócil *desde adentro*. Él no podría hacer esto en las personas no-regeneradas. Pero poniendo el fundamento de todas estas operaciones posteriores del alma sobre la regeneración, Él procede a construir sobre la persona; o, tomando otra ilustración, Él extrae los brotes desde la semilla en la tierra. Ellos no aparecen por sí solos, sino que Él los extrae desde la semilla. Un grano de trigo puesto sobre un escritorio sigue siendo lo que es; pero entibiado por el sol en la tierra, el calor hace que brote. Y lo mismo ocurre aquí. La semilla vital no puede hacer nada por sí misma; sigue siendo lo que es. Pero cuando el Espíritu Santo hace que los alentadores rayos del Sol de Justicia la alumbren, entonces brota, y entonces Él extrae de ella no sólo las hojas, sino también el fruto.

Por lo tanto, el sometimiento de la voluntad es el resultado de una ternura y una emoción y un afecto que brotó desde la semilla de vida que fue implantada, a través de la cual la voluntad, que en un principio era inflexible, se hizo flexible; a través de la cual aquellos que tendían hacia la izquierda fueron atraídos hacia la derecha. Y así, a través de este último hecho, la convicción, con todo lo que contiene, fue puesta en la voluntad; y esto resultó en el sometimiento del ser propio, dándole gloria a Dios.

Y de esta forma, el amor entró en el alma—un amor tierno, genuino y misterioso, cuyo éxtasis vibra en nuestros corazones a lo largo de nuestras vidas venideras.

Y esto concluye la exposición de la obra divina del llamamiento. Pertenece sólo a los elegidos. Es irresistible y ningún hombre puede entorpecerla. Sin ella, ningún pecador ha pasado desde la amargura del *odio* a la dulzura del *amor*. Cuando el llamado y la regeneración coinciden, parecen ser uno; y así lo son para nuestra conciencia; pero en realidad son distintos. Difieren en este sentido, que la *regeneración* se lleva a cabo independientemente de la *voluntad* y del *entendimiento*; que es obrada en nosotros sin nuestra ayuda o cooperación; mientras que en el *llamamiento*, la voluntad y el entendimiento comienzan a actuar, y así escuchamos tanto con el oído externo como el interno y con la voluntad predispuesta estamos *dispuestos* a salir a la luz.

## XXIX. Conversión de Todos Aquellos que Vienen

“Conviérteme, y seré convertido.” —Jer. xxxi. 18.

El elegido, nacido de nuevo y efectivamente llamado, se convierte a *sí mismo*. Permanecer sin ser convertido es imposible; más bien él inclina su oído, él vuelve su rostro al Dios bendito, él es convertido en el sentido más completo de la palabra.

En la conversión el hecho de la cooperación por parte del pecador salvado toma una forma clara y perceptible. En la regeneración, ésta no existía; en el llamamiento ella había comenzado; en la conversión propia se convirtió en un hecho. Cuando el Espíritu Santo *regenera* a un hombre, es un “Effatha,” es decir, Él abre su oído. Cuando lo *llama* de forma efectiva, Él le habla al oído abierto, que coopera al recibir el sonido, es decir, al escuchar. Pero ya cuando el Espíritu Santo convierte al hombre, entonces la obra del hombre se combina con la obra del Espíritu Santo y se dice: “Deje el impío su camino, y *vuélvase* a Jehová, el cual tendrá de él misericordia” (Isa. lv. 7); y en otra parte: “La ley de Jehová es perfecta, que convierte el alma.” (Sal. xix. 7)

Es un hecho asombroso el que las Santas Escrituras se refieren a la conversión casi *ciento cuarenta veces* como una obra del hombre y sólo seis veces como una obra del Espíritu Santo. Se repite vez tras vez: “Arrepíentete y conviértete al Señor tu Dios” (Hechos xxvi. 20); “Convértios, hijos rebeldes, dice el Señor” (Jer. iii. 22); “Y los pecadores se convertirán a ti” (Sal. li. 13, versión holandesa); “Arrepíentete, y haz las primeras obras” (Ap. xxvi. 20). Pero la conversión como un acto del Espíritu Santo es mencionada sólo en Sal. xix. 7, “La ley de Jehová es perfecta, que convierte el alma”; en Jer. xxxi. 18, “Conviérteme, y seré convertido”; en Hechos xi. 18, “De manera que también a los gentiles ha *dado* Dios arrepentimiento para vida”; Romanos ii. 4, “La benignidad de Dios te *guía* al arrepentimiento”; en 2 Tim. ii. 25, “Por si quizá Dios les *conceda* que se arrepientan”; en Heb. vi. 6, “Porque es imposible que sean renovados (los que recayeron) para arrepentimiento.”

Este hecho debe ser considerado cuidadosamente. Cuando las Escrituras hablan de la conversión como una obra del Espíritu Santo apenas seis veces y como una obra del hombre ciento cuarenta veces, en la predicación se debe guardar la misma proporción. Y entonces, los predicadores que, al predicar sobre la conversión, la tratan casi invariablemente en su forma pasiva y de forma abstracta; a los cuales aparentemente les falta el coraje y la audacia para declararle a sus oyentes que es *su* deber convertirse a *sí mismos* a Dios, se equivocan groseramente. Tiene una apariencia muy piadosa pero va en contra de las Escrituras. Y sin embargo, es perfectamente natural que uno vacile al decir “*Tú* debe convertirte a *ti mismo*,” en la medida que la regeneración y la conversión son confundidas. Ya que así, la declaración, “*Tú* debes convertirte a ti mismo,” ignora la soberanía de Dios e implica que un pecador que está muerto aún puede hacer algo por sí mismo. Y esta es la razón por la cual los predicadores que no negarán la soberanía de Dios y que no restarán nada de lo muerto que se encuentra el pecador, temen “hablarle a oídos sordos.” De ahí que oran por la conversión de los oyentes pero no se atreven, en el Nombre del Señor, a *exigírselo* a ellos.

Y nada puede ser restado, ya sea de la soberanía divina como de lo muerto que está el pecador. Toda exigencia de conversión con tal tendencia es Pelagianismo y debe ser



rechazada. Pero si la enseñanza de la Iglesia Reformada en cuanto a este tema es correctamente entendida, desaparece toda esta problemática.

Debe ser mencionado, sin embargo, que las Escrituras, al hablar de la conversión, no siempre implican que es una conversión *salvadora*. La verdadera obra de salvación siempre es acompañada en su camino por un fantasma. Junto a la fe salvadora va la fe *temporal*; junto al llamado efectivo, el llamado *común*; y junto a la conversión salvadora, la conversión *común*. En su sentido salvador, la conversión sólo ocurre una vez en la vida del hombre, y este hecho jamás puede ser repetido. Una vez que se pasa de muerte a vida, él está vivo y jamás volverá a la muerte. La perdición no es un arroyo sobre el cual cruzan varios puentes; ni tampoco el santo, arrojado entre interminables esperanzas y miedos, cruza el puente que lleva a la vida, para eventualmente volver a través de otro a las orillas de la muerte. No; hay sólo un puente, que sólo puede ser cruzado una vez; y aquel que lo ha cruzado es guardado, por el poder de Dios, de volver atrás. Aunque todos los poderes se combinaran para atraerlo de vuelta, Dios es más fuerte que todo y nadie lo arrancará de Su mano.

Declaramos esto con la mayor fuerza y de la forma más distintiva posible, ya que en este punto las almas usualmente son descarriadas. Se escucha mucho por estos días, “Tu conversión no es un hecho momentáneo sino un hecho de la vida que se repite constantemente; y ay del hombre que fracase un día en ser convertido nuevamente.” Y esto es enteramente errado. El lenguaje no debiese ser confundido de tal forma. Aunque el pequeño *crece* por veinte años después de que ha *nacido* y antes obtiene madurez, sin embargo nace sólo una vez y ni a la *concepción* ni al *embarazo* anterior, ni al crecimiento posterior, se les llama *nacimiento*. El límite que está fijo también debiese ser respetado en esta instancia. Es cierto que la conversión es precedida por algo más pero eso no es llamado “conversión”, sino “regeneración” y “llamamiento”; y así hay algo que sigue después de la “conversión”, pero a eso se le llama “santificación”. Sin dudas la palabra “conversión” puede ser aplicada también al regreso de hijo de Dios que ha sido convertido pero anduvo descarriado, siguiendo el ejemplo de las Escrituras; pero ahí no se refiere a la obra salvadora de la conversión sino a la continuación de la obra ya comenzada, o a un retorno no desde la muerte sino de un descarriamiento temporal.

Con el fin de discriminar correctamente sobre esta materia, es necesario notar el uso cuádruple de la palabra conversión en las Escrituras.

1. “Conversión,” en su sentido más *amplio*, significa un abandono de la maldad y una disposición hacia la moralidad. En este sentido, se dice de los Ninivitas que Dios vio sus obras y que se volvieron de sus malas obras. Esto no implica, sin embargo, que todos estos Ninivitas pertenecían a los elegidos y que cada uno de ellos fue salvo.
2. “Conversión,” en su sentido más *limitado*, significa conversión salvadora, como en Isa. 1v. 7: “Deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos, y vuélvase a Jehová, el cual tendrá de él misericordia, y al Dios nuestro, el cual será amplio en perdonar.”
3. Y *nuevamente*, “conversión” significa que, aun después de que es un hecho en nuestros corazones, sus principios deben ser aplicados en todos los aspectos de nuestra vida. Una persona convertida puede por un largo período seguir consintiéndose con malos hábitos y practicas poco piadosas pero gradualmente sus ojos son abiertos a la maldad y luego se arrepiente y abandona una tras otra. Así leemos en Eze. xviii. 30: “Convertíos, y apartaos de todas vuestras transgresiones.”
4. *Por último*, “conversión” significa el retorno de personas convertidas a su primer amor, luego de una etapa de frialdad y debilidad en la fe, por ejemplo: “Recuerda, por tanto, de dónde has caído, y arrepíentete, y haz las primeras obras” (Apo. ii. 5).

Pero en este contexto hablamos de la conversión salvadora, sobre la cual hacemos los siguientes comentarios:

*Primero*—No es la obra espontánea de la persona regenerada. Sin el Espíritu Santo la conversión no seguiría después de la regeneración. Aun al ser llamado, él no podría venir por sí mismo. Por lo tanto, es de primordial importancia el reconocer al Espíritu Santo y el honrar Su obra y tomarla como la primera causa de la conversión, al igual que de la regeneración y del llamamiento. Tal como nadie puede orar como debe a menos que el Espíritu Santo ore en él con gemidos indecibles, así también ninguna persona regenerada y llamada puede convertirse

a sí mismo como debe a menos que el Espíritu Santo comience y termine la obra en él. La obra redentora no es como una planta que crece, aumentando por sí misma. No, si el santo es el templo de Dios, el Espíritu Santo mora en él. Y este morar dentro indica que todo lo que el santo logra es obrado en él a través de la animación del Espíritu Santo, incitado por Él y en comunión con Él. La vida implantada no es una semilla aislada dejada para enraizarse en el alma sin el Espíritu Santo y el Mediador, sino que es llevada, conservada, humedecida y alimentada en cada momento gracias a Cristo por el Espíritu Santo. Tal como los hombres no pueden hablar sin el aire y la operación de la providencia divina que vitaliza los órganos respiratorios y articulatorios, así también es imposible que el hombre que ha sido regenerado pueda vivir y hablar y actuar desde la vida nueva sin ser sostenido, incitado y animado por el Espíritu Santo.

De ahí que cuando el Espíritu Santo llama a ese hombre y él se vuelve, entonces no hay la más mínima parte de este acto de voluntad que no sea sostenido, incitado y animado por el Espíritu Santo.

En *segundo lugar*—esta conversión salvadora es también la elección y acto conciente y voluntario de la persona nacida de nuevo y llamada. Aun cuando el aire y el impulso a hablar deben venir desde afuera y mis órganos de discurso deben ser sostenidos por la providencia de Dios, *soy yo quien hablo*. Y el Espíritu Santo obra en forma aún más fuerte en la conversión, sobre las ruedas y los mecanismos de la personalidad regenerada del hombre, de forma tal que todas Sus operaciones deben pasar a través del ego del hombre.

Muchas de Sus operaciones no afectan el ego, como en el caso de Balaam. Pero no así en la conversión. Entonces el Espíritu Santo obra sólo a *través* nuestro. Lo que sea Su voluntad lo pone dentro de *nuestra voluntad*; Él causa que todas Sus acciones se hagan efectivas a través del organismo de *nuestro ser*.

De ahí que al hombre se le debe mandar, “Conviértete a ti mismo.” El maestro alienta al alumno a hablar aunque sabe que el pequeño no podrá hacerlo sin la ayuda de la providencia divina. En la nueva vida, el ego depende del Espíritu Santo quien mora y obra en él. Pero en la conversión él no sabe nada de esta morada en su interior, ni de que él ha nacido de nuevo; y sería inútil el hablarle a él respecto de esto. Se le debe decir, “Conviértete a ti mismo.” Si la acción del Espíritu acompaña a esa palabra, el hombre se convertirá a sí mismo; si no es así, seguirá siendo un inconverso. Pero aunque se convierta a sí mismo, no se jactará diciendo, *he hecho esto yo mismo*, sino que se arrodillará en agradecimiento y glorificará aquella obra divina *a través de la cual él fue convertido*.

En estas dos cosas encontramos la evidencia de la conversión genuina: primero, el hombre animado, se convierte a sí mismo y luego él en agradecimiento le da la gloria sólo al Espíritu Santo. No es que temamos que la conversión de un hombre será entorpecida por la negligencia de alguno. En toda la obra de la gracia de Dios, Su Omnipotencia barre con todo lo que se resista, para que toda resistencia se derrita como la cera y toda fuente de orgullo huya de Su presencia. Ni la flojera ni la negligencia podrá entorpecer el paso de muerte a vida en el momento designado de una persona elegida.

Pero sí hay una *responsabilidad* para el predicador, para el pastor, para los padres y custodios. Para ser libres de la sangre de un hombre, debemos decirle a todos los hombres que la conversión es su *deber urgente*; y *para estar sin excusa delante de Dios*, después de la conversión de tal hombre, debemos darle gracias a Dios mismo, pues es Él quien ha logrado la conversión en Su criatura y a través de ella sin nuestra ayuda.

## Justificación

### XXX. Justificación

“Siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús.”—Rom. iii. 24.

El Catecismo de Heidelberg enseña que la verdadera conversión consta de estas dos partes: la *muerte* del hombre viejo, y la *resurrección* del nuevo. En esto último hay que poner atención. El Catecismo no dice que la nueva vida *se origina* en la conversión, sino que *se levanta* en la conversión. Aquello que se levanta debe existir antes. De otra forma, ¿cómo podría levantarse? Esto concuerda con nuestra afirmación de que la regeneración precede a la conversión, y que por el llamado eficaz el niño recién nacido es traído a la conversión. Procedemos ahora a considerar una materia que, perteneciendo al mismo tema y yendo paralelamente a él, se mueve, sin embargo, por una línea totalmente diferente, a saber, *la justificación*.

En la Sagrada Escritura, la justificación ocupa el lugar más conspicuo, y es presentada como de la mayor importancia para el pecador: “Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios, siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús” (Rom. iii. 23, 24). “*Justificados*, pues, por *la fe*, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo” (Rom. v. 1); “El cual fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra *justificación*” (Rom. iv. 25); “El cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, *justificación*, santificación y redención” (1 Cor. i. 30).

La justificación no sólo está fuertemente enfatizada en la *Escritura*, sino que también era el núcleo de la *Reforma*, que ubica esta doctrina de “justificación por fe” y claramente en oposición a las “meritorias obras de Roma.” “La justificación por fe” era en esos días la contraseña de los héroes de la fe, Martín Lutero a la cabeza.

Y cuando, en el presente siglo, una santificación auto-forjada se presentó nuevamente, como el verdadero poder de redención, no fue un mérito insignificante de Köhlbrugge que él, aunque menos exhaustivamente que los reformistas, haya fijado este tema de la justificación con penetrante seriedad en la conciencia de la cristiandad. Puede haber sido superfluo para las iglesias aún verdaderamente reformadas, pero fue extremadamente oportuno para los círculos en donde la guirnalda de verdad estaba menos estrechamente tejida, y se había permitido que el sentido de justicia se tornara débil, como ocurrió parcialmente en nuestro propio país, pero especialmente más allá de nuestras fronteras. Hay grupos de hombres en Suiza y Bohemia que han escuchado, por primera vez, de la necesidad de justificación por la fe, mediante los esfuerzos de Köhlbrugge.

Por la gracia de Dios, nuestra gente no se desvió tanto del camino; y donde los éticos, en gran parte por principio, cedieron este punto doctrinario, los reformados se opusieron y aún se oponen a ellos, exhortándolos con toda energía, y lo más frecuentemente posible, a no unir la justificación con la santificación.

En relación a la pregunta de en qué se diferencia la *justificación*, por un lado, de la “regeneración,” y, por otro lado, de “el llamado y la conversión,” respondemos que la justificación enfatiza la idea de *derecho*.

El derecho regula las relaciones entre dos personas. Donde hay una sola persona no hay derecho, simplemente porque no existen relaciones para regular. Por lo tanto, por *derecho* entendemos ya sea el derecho del hombre en relación al hombre, o la exigencia de Dios sobre el hombre. Es en este último sentido que empleamos la palabra derecho. El Señor es nuestro Legislador, nuestro Juez, nuestro Rey. Por lo tanto Él es absolutamente Soberano: como Legislador determinando qué es correcto; como Juez juzgando nuestro ser y nuestras obras; como Rey dispensando recompensas y castigos. Esto aclara la diferencia entre justificación y regeneración. El nuevo nacimiento, el llamado y la conversión tienen que ver con nuestro ser como pecadores o como hombres regenerados; pero la justificación tiene que ver con la *relación* que sostenemos con Dios, ya sea como pecadores o como nacidos de nuevo. Aparte de la cuestión de derecho, el pecador puede ser considerado como una persona enferma, que está infectado e inoculado por enfermedad. Después de nacer de nuevo él se recupera, la infección desaparece, la corrupción cesa, y nuevamente prospera. Pero esto

concierno sólo a su *persona*, como él está, y cuáles son sus perspectivas; no toca la cuestión de derecho.

La cuestión de derecho surge cuando veo en el pecador una criatura que no es suya propia, sino *perteneciente* a otro.

He aquí toda la diferencia. Si el hombre es para mí el factor principal, de manera que no tengo nada más a la vista que su mejoría y su liberación de la miseria, entonces el Dios Todopoderoso es un simple médico en todo este tema, al cual se le llama para brindar ayuda, y que luego de recibir Sus honorarios es despedido con muchos agradecimientos. La cuestión de derecho no entra aquí para nada. Con tal que se haga más santo al pecador, todo está bien. Por supuesto, si se le hace perfecto, tanto mejor. Entendiendo claramente, sin embargo, que el hombre no se pertenece a sí mismo, sino a otro, el tema asume un aspecto totalmente diferente. Porque entonces no puede *ser* como quiere o *hacer* lo que le plazca, sino que otro ha determinado lo que debe ser y lo que debe hacer. Y si hace o es lo contrario, es culpable de trasgresión: culpable por haberse rebelado, culpable por haber trasgredido. Por lo tanto, cuando creo en la soberanía divina, percibo al pecador de una forma totalmente diferente. Infectado y mortalmente enfermo, ha de ser compadecido y tratado amablemente; pero considerado como perteneciente a Dios, estando bajo Dios, y habiendo robado a Dios, ese mismo pecador se transforma en un trasgresor culpable.

Esto es cierto en alguna medida de los animales. Cuando lazo un caballo salvaje en las praderas norteamericanas para entrenarlo, no entra en mi mente castigarlo por su salvajismo. Pero el caballo desbocado en las calles de la ciudad debe ser castigado. Es ruin; tiró a su jinete; se rehusó a ser guiado y eligió su propio camino. Por lo tanto, necesita ser castigado. Y el hombre mucho más. Cuando me encuentro con él en su loca carrera de pecado, sé que es un rebelde, que rompió las riendas, tiró a su jinete, y ahora sigue su carrera en loca rebelión. Por lo tanto, tal pecador no sólo debe ser sanado, sino *castigado*. No requiere sólo tratamiento *médico*, sino ante todo necesita tratamiento *jurídico*.

Aparte de su enfermedad, el pecador ha cometido maldad; no hay virtud en él; ha violado el derecho; merece castigo. Supongamos, por un momento, que el pecado no hubiera tocado a esta persona, no lo hubiera corrompido, lo hubiera dejado intacto como hombre, entonces no habría existido ninguna necesidad de regeneración, de sanar, de surgir de nuevo, de santificación; no obstante, habría sido sometido a la venganza de la justicia. Por lo tanto, el caso del hombre en relación a su Dios debe ser considerado *jurídicamente*. No tengas miedo de esta palabra, hermano. Más bien, insiste en que sea pronunciada con el mayor énfasis posible. Debe ser enfatizada, y con mayor fuerza aun, porque por tantos años ha sido despreciada; y se ha hecho creer a las iglesias que este aspecto "*jurídico*" del caso no tenía importancia; que era una representación realmente no digna de Dios; que la cosa principal era traer frutos propios de arrepentimiento.

Hermosa enseñanza, gradualmente empujada al mundo desde el armario de la filosofía: enseñanza que declara que la moralidad incluía el derecho y estaba muy por encima del derecho; que el "derecho" era principalmente una noción de la vida de épocas menos civilizadas y de personas crudas, pero de ninguna importancia para nuestra era ideal y al desarrollo ideal de la humanidad y del individuo; sí, que en ciertos sentidos es hasta objetable, y que jamás debería permitírsele entrar en esa santa, alta y tierna relación que existe entre Dios y el hombre.

El fruto de esta pestilente filosofía es que ahora en Europa el *sentido del derecho* se está muriendo gradualmente por dentro. Entre las naciones asiáticas este sentido del derecho tiene mayor vitalidad que entre nosotros. El poder es nuevamente mayor que el derecho. El derecho es nuevamente el derecho de los más fuertes. Y los círculos lujosos, quienes en su atonía (Nota Ed.: Def. "falta de tono corporal o tono muscular") de espíritu en un comienzo protestaron contra lo "*jurídico*" en *teología*, descubren ahora con terror que ciertas clases en la sociedad están perdiendo más y más respeto por lo "*jurídico*" en el *tema de la propiedad*. Aun en relación a la posesión de tierra y casa, y tesoro y campos, esta nueva concepción de la vida considera lo "*jurídico*" una idea menos noble. ¡Amarga sátira! Ustedes que, en su desenfreno, comenzaron la mofa de lo "*jurídico*" en relación a Dios, encuentran su castigo ahora en el

hecho que las clases bajas comienzan la mofa de lo “jurídico” en relación a su dinero y sus bienes. ¡Sí! Y más que esto. Cuando recientemente en París una mujer fue juzgada por haber disparado y dado muerte a un hombre en el tribunal, no sólo fue absuelta por el jurado, sino que fue hecha heroína y ganadora de ovación. Aquí también otros motivos fueron considerados más valiosos, y el aspecto “jurídico” no tuvo nada que ver en ello.

Y, por tanto, en el nombre de Dios y del derecho que Él ha ordenado, pedimos urgentemente que cada ministro de la Palabra, y cada hombre en su lugar, ayude y labore, con clara conciencia y energía, para detener esta disolución del derecho, con todos los medios a su disposición; y especialmente con solemnidad y efectividad a restituir a su propio lugar conspicuo el rasgo jurídico de la relación del pecador con su Dios. Cuando esto se lleve a cabo, vamos a sentir nuevamente el estímulo que causará que los músculos relajados del alma se contraigan, despertándonos de nuestra semi-inconciencia. Todo hombre, y especialmente todo miembro de la Iglesia, debe nuevamente darse cuenta de su relación jurídica con Dios ahora y para siempre; que no es simplemente un hombre o una mujer, sino una criatura perteneciente a Dios, controlada absolutamente por Dios; y culpable y punible cuando no actúe de acuerdo a la voluntad de Dios.

Entendiendo esto claramente, es evidente que la regeneración y el llamado, y la conversión, ¡sí! incluso la completa reforma y santificación, no pueden ser suficientes; porque, aunque estas son muy gloriosas, y liberan al hombre de la mancha y la contaminación del pecado, y lo ayudan a no violar la ley con tanta frecuencia, sin embargo, no arreglan vuestra relación jurídica con Dios.

Cuando un batallón insurgente se mete en serios problemas, y el general, enterándose de ello, los rescata con un costo de diez muertos y veinte heridos, que no se habían amotinado, y los trae de vuelta y los alimenta, ¿cree usted que eso será todo? ¿No ve usted que dicho batallón está aún sujeto a castigo con diezma? Y cuando el hombre se amotinó contra su Dios, y se metió en problemas y casi fallece de miseria, y el Señor Dios le envió ayuda para salvarlo, y lo llamó de vuelta, y el volvió, ¿podrá ser eso el fin del tema? ¿No ven claramente que todavía está sujeto a un severo castigo? En el caso de un ladrón que roba y mata, pero que al escapar se rompe una pierna, y es enviado al hospital donde es tratado, y luego sale como un inválido incapaz de repetir su crimen, ¿creen ustedes que el juez le daría su libertad diciéndole: “Ahora está sano y nunca lo hará de nuevo”? No; él será juzgado, condenado, y encarcelado. Lo mismo ocurre aquí. Porque por nuestros pecados y trasgresiones nos hayamos herido a nosotros mismos, y nos hayamos convertido en unos desdichados, y necesitemos ayuda médica, ¿es nuestra culpabilidad olvidada por esta razón?

¿Por qué, entonces, se traen estas ideas dañinas a la gente? ¿Por qué sucede que bajo el disfraz de amor se introduce un cristianismo sentimental acerca del “querido Jesús,” de que “estamos tan enfermos,” de que “el Médico anda cerca,” y de que “¡oh, cuán glorioso estar en comunión con aquel santo Mediador!”?

¿Es tan ignorante nuestra gente del hecho de que toda esta representación está diametralmente opuesta a la Sagrada Escritura—opuesta a todo lo que siempre animó la Iglesia de Cristo y la hizo fuerte? ¿No sienten que un cristianismo tan débil y esponjoso es una arcilla demasiado blanda como para hacer héroes en el Reino de Dios? ¿Y no ven que el número de hombres que son atraídos al “querido Jesús” es mucho más reducido ahora que el número que antes era atraído al *Mediador del derecho*, quien con Su preciosa sangre ha *satisfecho* completamente la paga por todos nuestros pecados?

Y cuando se responde, “Eso es exactamente lo que enseñamos; ¡reconciliación en Su sangre, redención por Su muerte! ¡Todo ha sido pagado! ¡Sólo vengan a escuchar nuestras prédicas, y a cantar nuestros himnos!” entonces imploramos a los hermanos que hablan así a ponerse serios por un momento. Porque, mirad, nuestra objeción no es que ustedes nieguen la reconciliación por Su sangre, sino que, al quedarse callados respecto a la cuestión del derecho de Dios y de nuestro estado de condenación, y por quedar satisfechos con que la gente “sólo venga a Jesús,” permiten que la *conciencia* de la *culpabilidad* se desvanezca, hacen que el genuino *arrepentimiento* sea imposible, sustituyen un cierto descontento con uno mismo por un

*rompimiento de corazón*; y de esta forma, debilitan la facultad de sentir, entender, y de darse cuenta cuál es el significado de reconciliación a través de la sangre de la cruz.

Es posible lograr la reconciliación sin tocar en absoluto el tema del derecho. Por algún malentendido dos amigos se han enemistado, se han separado, y se han tomado hostiles el uno al otro. Pero pueden ser reconciliarse. No necesariamente haciendo que uno reconozca que violó los derechos del otro; esa quizás nunca fue la intención. Y aunque algún derecho haya sido violado, no sería conveniente hablar del pasado; sería mejor cubrirlo con el manto de amor y mirar sólo hacia el futuro. Y tal reconciliación, si fuese exitosa, sería muy deleitable, y podría haber ahorrado tanto al reconciliado como al reconciliador gran parte del conflicto y sacrificio, plegarias y lágrimas. Y sin embargo, con todo esto, tal reconciliación no toca el tema del derecho.

De esta forma nos parece que estos hermanos predicán la reconciliación. Es cierto que la predicán con mucha calidez e incluso ánimo; pero—y esta es nuestra queja—la consideran y la presentan como una enemistad causada por el susurro, el malentendido, y la inclinación errónea, en lugar de una *violación del derecho*. Y, en consecuencia, sus prédicas de reconciliación a través de la sangre de la cruz ya no causan que vibre en las almas de los hombres el profundo acorde del derecho; sino que se asemeja a la reconciliación de dos amigos, que en una hora siniestra se enemistaron.

### **XXXI. Nuestro Estatus**

“Y creyó a Jehová, y le fue contado por justicia.”—Gen. xv. 6.

El derecho afecta el estatus de un hombre. Siempre que la ley no haya demostrado su culpabilidad, no lo haya condenado ni sentenciado, su estatus legal es el de un hombre libre y respetuoso de las leyes. Pero tan pronto se comprueba su culpabilidad en la corte y el jurado lo ha condenado, pasa de aquello a un estatus de ciudadano confinado y quebrantador de leyes. Lo mismo se aplica a nuestra relación con Dios. Nuestro estatus ante Dios es aquel del justo o del injusto. En el primero, no estamos condenados o nos libramos de la condenación. Aquel que aún está bajo condena ocupa el estatus del injusto.

Por lo tanto, y vale la pena destacar, el estatus de un hombre depende, no de lo que es, sino de la decisión de las autoridades competentes en relación a él; no de lo que él es en *realidad*, sino de *cómo se le tiene en cuenta*.

Un empleado en una oficina siendo inocente es considerado sospechoso de malversación, y acusado ante un tribunal de justicia. Él se declara inocente; pero las sospechas en su contra son convincentes, y el juez lo condena. Ahora, a pesar de que no malversó, es en realidad inocente, se le *considera* culpable. Y como un hombre no determina su propio estatus, sino su soberano o su juez lo determinan por él, el estatus de este empleado, aunque inocente, es, desde el momento de su condena, el de un violador de la ley. Y lo contrario puede ocurrir con la misma probabilidad. En ausencia de evidencia condenatoria el juez puede absolver a un empleado deshonesto, quien, a pesar de ser culpable y violador de la ley, aún retiene su estatus de ciudadano honrado y respetuoso de la ley. En este caso él es indigno, pero se le *considera* honorable. Por lo tanto, el estatus de un hombre no depende de lo que en realidad es, sino de lo que se le *considera* ser.

La razón es, que el estatus del hombre no tiene ninguna relación con su *ser* interior, sino sólo con la *manera* en que ha de ser tratado. Sería inútil que el mismo determinara esto, porque sus conciudadanos no lo recibirían. Aunque afirmara cien veces, “Soy un ciudadano honorable,” ellos no le prestarían ninguna atención. Pero si el juez lo declara, honorable; y ellos se atrevieran a calificarlo de deshonesto, habría un poder para mantener su estatus en contra de quienes lo atacan. Por lo tanto, la propia declaración del hombre no puede obtenerle estatus legal. Puede imaginarse o asumir un estatus de virtud, pero no tiene ninguna estabilidad, no es ningún *estatus*.

Esto explica por qué, en nuestra propia buena tierra, el estatus legal de un hombre como ciudadano es determinado, no por él, sino únicamente por el rey, ya sea como soberano o como juez. El rey es juez, porque toda sentencia es pronunciada en su nombre; y, aunque al

poder judicial no se le puede negar cierta autoridad independiente del ejecutivo, en toda condena es la magistratura del rey la que pronuncia sentencia. De ahí que el estatus de un hombre depende únicamente de la decisión del rey. Ahora el rey ha decidido, una vez y para siempre, que todo ciudadano que no ha sido condenado por un crimen es considerado honorable. No porque todos sean honorables, sino porque serán *considerados* como tales. De ahí que en tanto un hombre nunca haya sido sentenciado, pasa por honorable, aunque no lo sea. Y tan pronto es sentenciado, se le considera deshonoroso, aunque sea perfectamente honorable. *Y de esta forma su estatus es determinado por su rey; y en ese estatus es considerado no debido a lo que él es, sino por lo que su rey lo considera ser.* Aun sin el poder judicial, es el rey quien determina el estado de un hombre en la sociedad, no debido a lo que él es, sino por lo que su *rey* lo considera ser.

El sexo de una persona no es determinado por su condición, sino por lo que el registrador de estadísticas vitales lo ha declarado ser en sus registros. Si por algún error una niña fuera registrada como niño, y por ello considerada como niño, entonces en el momento apropiado sería llamada a servir en la milicia, a no ser que el error fuera corregido, y fuera considerada como lo que ella es. Podría ser un *suplantador* y no el *verdadero* hijo del noble acaudalado, y estar está registrado bajo su nombre. Y sin embargo, no hace ninguna diferencia de quién es el hijo en realidad, porque el estado lo apoyará en todos sus derechos de herencia, pues pasa por el hijo del noble, y es *considerado* como su legítimo hijo.

Por lo tanto, es regla en la sociedad que el estatus de un hombre sea determinado, no por su condición real, ni por su propia declaración, sino por el soberano bajo el cual se encuentra. Y este soberano tiene el poder, por su decisión, de asignar a un hombre el estatus al cual, de acuerdo a su condición, pertenece; o de ponerlo en un estatus donde no pertenece, pero al cual se considera que pertenece.

Este es el caso aun en temas en que no se pueden cometer errores. Al momento de la muerte del rey y del embarazo de su viuda, se considera que existe un príncipe o una princesa, aun antes de que él o ella nazca. Y, en consecuencia, mientras el niño es aún un lactante, se le considera como *dueño* de grandes posesiones, aunque estas posesiones puedan perderse completamente antes que el niño sepa de ellas. Y así hay una cantidad de casos donde *posición* y *condición*, sin que haya culpa ni error, son totalmente diferentes; sencillamente porque es posible que un hombre esté en un estado dentro del cual aún no ha crecido.

Solamente el rey puede determinar su propio estatus; si le place aparecer mañana de *incógnito*, como un conde o un barón, será relevado de los habituales honores reales. Hemos elaborado más largamente este punto porque los Éticos y los Místicos tienen a nuestra pobre gente tan enconadamente fuera del hábito de considerar con este conteo de Dios. La palabra de la Escritura, "Creyó Abraham a Dios, y le fue contado por justicia," (Gen. xv. 6 y Rom. iv. 3) ya no se comprende; o se le hace referir al *mérito* de la fe, que es doctrina Arminia.

El Espíritu Santo a menudo habla de este 'tener en cuenta' de Dios: "Soy *contado* entre los que descienden al sepulcro" (Sal. lxxxviii. 4); "Jehová *contará* al inscribir a los pueblos" (Sal. lxxxvii. 6); "Y le fue *contado* por justicia de generación en generación para siempre" (Sal. cvi. 31). También se dice de Jesús, que "fue *contado* con los inicuos" (Marcos xv. 28); de Judas que "fue *contado* con los once"; de la incircuncisión que aleja de la ley, que "Será *contado* ante el por circuncisión"; de Abraham que "su fe le fue *contada* por justicia" (Rom. iv. 3); de que "al que no obra, sino cree en Aquel que justifica al impío, su fe le es *contada* por justicia," que "su fe le es *contada* por justicia" (Rom. iv. 5); y a los hijos de la promesa que "son *contados* como descendientes" (Rom. ix. 8).

Es este mismo 'tener en cuenta' el que parece tan incomprensible y problemático a los niños de esta época. No quieren saber nada de él. Y, tal como Roma en algún momento cortó el tendón del Evangelio al fusionar la justificación con la santificación, mezclando e igualando ambos, la gente ahora se rehúsa a escuchar otra cosa que no sea una justificación ética, que en realidad es simplemente una especie de santificación. Por ello el '*tener en cuenta*' de Dios no significa

nada. No es tenido en cuenta. No se le asigna ningún valor o importancia. La única pregunta es qué es un hombre. La medida del valor no es otra cosa que el valor de nuestra *personalidad*. Y a esto nos oponemos enfáticamente. Es una negación de la justificación en su totalidad; y tal negación es esencialmente un motín y una rebelión en contra de Dios, un sustraerse de la autoridad del soberano legal.

Todos aquellos que se consideran salvos porque tienen emociones santas, o porque se consideran menos pecaminosos, y profesan estar progresando en santificación—todos estos, no importa cuán distintos puedan ser en todo otro orden de cosas, poseen esto en común, que insisten en ser contados de acuerdo a sus propias declaraciones, y no de acuerdo a cómo Dios los tiene en cuenta. En vez de dejar, como criaturas dependientes que son, el honor de determinar su estatus a su Rey soberano, se sientan como jueces para determinarlo ellos mismos, por su propio progreso en buenas obras.

Y no sólo esto, sino que también restan importancia a la redención que es en Cristo Jesús, y a la realidad de la culpa por la cual Él pagó. Aquel que sostiene que Dios debe contar a un hombre de acuerdo a lo que es, y no de acuerdo a cómo Dios desea contarle, jamás podrá entender cómo el Señor Jesús pudo cargar con nuestros pecados, y ser “maldición” y “pecado” por nosotros. Debe interpretar la carga de pecados en el sentido de una camaradería física o ética, y buscar la reconciliación no en la cruz de Jesús, sino en Su pesebre, como muchos en realidad lo hacen en estos días.

Y como, en esta forma, hacen impensable la carga de nuestra culpa por parte del Mediador, también hacen que la culpa heredada sea imposible.

Con seguridad, dicen, hay manchas heredadas, tomadas en un sentido maniqueo, pero ninguna culpa original. Porque, ¿cómo podría asignarse a nosotros la culpa de un hombre muerto? Es evidente, por lo tanto, que por esta desconsiderada y atrevida negación del derecho de Dios, no sólo se desarticula la justificación, sino que también la estructura completa de la salvación es despojada de su fundamento.

¿Y por qué ocurre esto? ¿Es porque la conciencia humana no puede concebir la idea de ser contados de acuerdo a lo que no somos? Nuestras ilustraciones de la vida social muestran que los hombres entienden fácilmente y aceptan diariamente tal relación en los asuntos ordinarios. La causa profunda de esta incredulidad yace en el hecho de que el hombre no va a descansar en el juicio de *Dios* sobre él, sino que buscará descansar en su *propia* estimación de sí mismo; pues esta estimación se considera un escudo más seguro que el juicio de Dios respecto a él; y que, en vez de vivir con los reformadores por la fe, trata de vivir por las cosas encontradas dentro de sí.

Y de esto los hombres deben regresar. Esto nos lleva de vuelta a Roma; esto es renunciar a la justificación por la fe; esto es cortar la arteria de gracia. Mucho más que en el ámbito político, debe aplicarse el sagrado principio al Reino del de los cielos, que sólo a nuestro Rey Soberano y juez pertenece la prerrogativa, por Su decisión, de determinar absolutamente nuestro estado de justicia o de injusticia.

La soberanía que reposa sobre un rey terrenal es sólo prestada, derivada, e impuesta sobre él; pero la soberanía del Señor nuestro Dios es la fuente y manantial de toda autoridad y de toda fuerza vinculante.

Si pertenece a la esencia misma de la soberanía, que por la decisión del gobernante por sí solo se determina el estatus de sus súbditos, entonces debe estar claro, y no puede ser de otra manera, que esta misma autoridad pertenece originalmente, en forma absoluta, y en forma suprema a nuestro Dios. A quien juzga culpable, es culpable, y debe ser tratado como culpable; y a quien declara justo es justo, y debe ser tratado como justo. Antes de entrar a Getsemaní, Jesús nuestro Rey declaró a Sus discípulos: “Ya vosotros estáis *limpios* por la palabra que os he hablado” (Jn. xv. 3). Y esta es Su declaración aun ahora, y permanecerá así para siempre. Nuestro estado, nuestro lugar, nuestra suerte por la eternidad no depende de qué somos, ni de lo que otros ven en nosotros, ni de lo que nos imaginamos o presumimos ser, sino sólo de lo



que Dios *piensa* de nosotros, cómo Él nos cuenta, lo que Él, el Todopoderoso y justo juez, nos *declara* ser.

Cuando nos declara justos, cuando piensa en nosotros como justos, cuando nos cuenta como justos, entonces somos, por este hecho, Sus hijos, quienes *no mentarán*; y nuestra es la herencia de los justos, aunque nos encontremos en medio del pecado. Y de la misma manera, cuando Él nos pronuncia culpables en Adán, cuando en Adán nos cuenta como sujetos a la condena, entonces somos culpables, caídos, y condenados, aunque en nuestros corazones nosotros veamos sólo dulce e infantil inocencia.

Sólo de esta forma se debe entender e interpretar que el Señor Jesús haya sido *contado* con los *iniciuos*, a pesar de ser santo; hecho *pecado*, a pesar de ser la Justicia viviente; y declarado *maldición* en nuestro lugar, a pesar de ser Emanuel. En los días de Su carne fue contado con los iniciuos y pecadores, fue puesto en el *estado* de ellos, y fue tratado en consecuencia; como tal, el peso de la ira de Dios cayó sobre Él, y como tal Su Padre lo abandonó, y lo entregó a la más amarga muerte. Sólo en la resurrección fue restaurado al estatus de los justos, y así fue levantado para nuestra justificación.

¡Oh, cuán profundo va este tema! Cuando al Señor Dios se le atribuye nuevamente su prerrogativa soberana de determinar el estatus de un hombre, entonces cada misterio de la Escritura asume su justo lugar; pero cuando no, entonces todo el camino de salvación debe ser falso.

Finalmente, si uno dijera: “Un soberano terrenal puede estar errado, pero no Dios; por lo tanto, Dios debe asignar a todo hombre un estatus de acuerdo a su obra”; entonces respondemos: “Esto sería así, si la gracia omnipotente de Dios no fuera irresistible.” Pero como lo es, no estás estimado por Dios de acuerdo a lo que eres, sino por lo que Dios estima que eres.

## **XXXII. Justificación desde la Eternidad**

“La justicia que es de Dios por la fe.”—Fil. iii. 9.

Se ha hecho evidente que el tema que nos concierne más cercanamente es, no si somos más o menos santos, sino si es que nuestro *estatus* es aquel del justo o del injusto; y que esto es determinado, no por lo que somos en un momento dado, sino por Dios como nuestro Soberano y Juez.

En la creación de Adán Dios nos puso, sin ningún mérito precedente de nuestra parte, en el estado de justicia original. Después de la caída, de acuerdo a la misma prerrogativa soberana, nos puso, como descendientes de Adán, en el estado de injusticia, imputando la culpa de Adán a cada uno personalmente. Y exactamente de la misma manera ahora justifica al impío, es decir, lo ubica, sin mérito alguno previo de su parte, en el estado de justicia de acuerdo a Su propia santa e inviolable prerrogativa.

En la creación, Dios no esperó primero para ver si el hombre desarrollaría la santidad por sí mismo, para declararlo justo sobre la base de esta santidad; sino que lo declaró originalmente justo, aún antes que siquiera hubiera una posibilidad de su parte para mostrar un deseo de santidad. Y después de la caída, Él no esperó a ver si es que el pecado se manifestaría en nosotros para asignarnos el estado de injusticia sobre la base de este pecado; sino que antes de nuestro nacimiento, antes que hubiera una posibilidad de pecado personal, Él nos declaró culpables. Y de la misma manera, Dios no espera a ver si un pecador muestra señales de conversión para restaurarlo al honor de una persona justa, sino que declara justo al impío antes de que haya tenido la más mínima posibilidad de hacer una buena obra.

Por lo tanto, hay una línea divisoria entre nuestra *santificación* y nuestra *justificación*. La primera tiene que ver con la calidad de nuestro ser, depende de nuestra fe, y no puede realizarse fuera de nosotros. Pero la justificación se lleva a cabo fuera de nosotros, independientemente de lo que somos, dependiente sólo de la decisión de Dios, nuestro juez y Soberano; de tal manera que la justificación *precede* a la santificación, lo segundo procediendo de lo primero como un resultado necesario. Dios no nos justifica porque nos estamos volviendo

más santos, sino que cuando Él nos ha justificado crecemos en santidad: “Estando ya justificados en Su sangre, por Él seremos salvos de la ira” (Rom. v. 9).

No debería existir jamás la más mínima duda respecto a este tema. Todo esfuerzo por revertir este orden establecido por la Escritura debe ser seriamente resistido. Esta gloriosa confesión, declarada con tanto poder a las almas de los hombres en los días de la Reforma, debe conservar esa preciosa joya, para ser transmitida intacta por nosotros a nuestra posteridad como una sagrada herencia. Mientras nosotros mismos no hayamos entrado aún a la Nueva Jerusalén, nuestro consuelo jamás deberá fundarse en nuestra santificación, sino exclusivamente en nuestra justificación. Aunque nuestra santificación estuviera muy avanzada, mientras no seamos justificados permanecemos en nuestro pecado y estamos perdidos. Y si un pecador justificado muere inmediatamente después que su justificación ha sido sellada en su alma, puede gritar de alegría, porque, a pesar del infierno y de Satanás, está seguro de su salvación. El profundo significado de esta confesión es tenuemente discernible en nuestras relaciones terrenales. Para poder hacer negocios en el piso de la bolsa, un corredor debe ser un ciudadano honorable. Si es condenado por un crimen, justa o injustamente, será expulsado de la bolsa, aunque sea diez veces más honesto que otros cuyas transacciones fraudulentas nunca han sido descubiertas. ¿Y cómo podrá este hombre deshonorado ser restaurado a su anterior posición? ¿Sobre la base de futuras transacciones de negocios honradas? Eso está fuera de discusión; porque mientras se le cuente como deshonorado, no tiene permitido hacer negocios en el piso. Por lo tanto, no puede demostrar su honradez con transacción alguna en la bolsa o en el mercado. De manera que para comenzar de nuevo, *primero* debe ser declarado como hombre honorable. Entonces, y no antes, puede establecer su negocio una vez más. Llámese a este hacer negocios *santificación*, y a esta declaración de ser un hombre de honor *justificación*, y el tema quedará ilustrado. Porque tal como este mercader, al ser declarado deshonorado, no puede hacer negocios mientras continúe en ese estado, y debe ser declarado honorable antes de que pueda comenzar de nuevo, también un pecador no puede realizar buenas obras mientras se le cuente como perdido. Por lo tanto, primero debe ser declarado como justo por su Dios, para poder realizar el honorable negocio de la santificación. Para demostrar que esto se lleva a cabo absolutamente sin nuestro propio mérito, haciendo o no haciendo, y completamente sin nuestra condición real, nos referimos a la prerrogativa real de conceder perdón y restitución. Aunque, entre nosotros, las decisiones del poder judicial se entregan en el nombre del rey, y no por el rey mismo, es imaginable una cierta oposición entre el rey y el poder judicial. Puede ocurrir que el poder judicial declare culpable y deshonorado a un hombre, a quien el rey desea que no se le declare de esa manera. Para mantener inviolada la majestad de la corona en tales casos, la prerrogativa de otorgar perdón y restitución es retenida por casi todas las cabezas coronadas; una prerrogativa que en la actualidad está estrechamente circunscrita pero que, no obstante, representa aún la idea exaltada de que la decisión del rey, y no nuestra efectiva condición, determina nuestra suerte. De ahí que un rey pueda conceder perdón, es decir, remitir la pena y liberar al culpable de todas las consecuencias de su crimen; o, aún más poderosamente, otorgar la restitución, es decir, pueda restaurar al acusado y condenado a la condición de uno que jamás fue declarado culpable. Y esta exaltada prerrogativa real, de la cual, debido al pecado, no queda en los reyes terrenales sino una leve sombra, es el inviolable derecho en el que Dios se regocija, siendo Él mismo la Fuente y la Idea que abarca toda majestuosidad. No tú, sino Él quien determina lo que será Su criatura; por lo tanto, Él dispone soberanamente, por la palabra de Su boca, el estatus donde te ubicarás, ya sea de justicia o de injusticia.

También es evidente que la justificación del pecador no necesita esperar hasta que esté convertido, ni hasta que se haya vuelto consciente, ni siquiera hasta que haya nacido. Esto no podría ser si la justificación dependiera de algo dentro de él. Entonces no podría ser justificado antes que existiera y hubiera hecho algo. Pero si la justificación no está ligada a nada en él, entonces toda esta limitación debe desaparecer, y el Señor nuestro Dios puede ser soberanamente libre para otorgar esta justificación en cualquier momento que se le plazca. De ahí que la Sagrada Escritura revela la justificación como un *eterno* acto de Dios, es decir, un acto que no está limitado por ningún momento en la existencia humana. Es por esta razón que el hijo de Dios, buscando penetrar en esa gloriosa y exquisita realidad de su justificación, no se siente limitado al momento de su conversión, sino siente que esta bienaventuranza fluye hacia él desde las eternas profundidades de la vida oculta de Dios.

Debe ser, por lo tanto, abiertamente confesado, y sin abreviación alguna, que la justificación no ocurre cuando nos volvemos conscientes de ella, sino que, por el contrario, nuestra justificación ya ha sido decidida desde la eternidad en el tribunal sagrado de nuestro Dios.

Hay, indudablemente, un momento en nuestra vida cuando por primera vez la justificación es *publicada* a nuestra conciencia; pero seamos cuidadosos en distinguir a la justificación misma de su publicación. Nuestro nombre de pila fue seleccionado y aplicado a nosotros mucho antes de que nosotros, con clara conciencia, lo conocimos como nuestro nombre; y aunque hubo un momento en que se tornó una viva realidad para nosotros y fue llamado por primera vez en el oído de nuestra conciencia, ningún hombre sería tan necio de imaginar que fue entonces cuando en realidad recibió ese nombre.

Y en este caso es lo mismo. Hay un cierto momento en que la justificación se convierte en un hecho vivo para nuestra conciencia; pero para transformarse en un hecho viviente, tiene que haber existido antes. No nace *de* nuestra conciencia; es reflejada *en* ella, y por lo tanto debe tener un ser y un valor en sí misma. Aun un niño elegido que muere en la cuna es declarado justo, aunque el conocimiento o la conciencia de su justificación jamás hayan penetrado en su alma. Y las personas escogidas, convertidas, como el ladrón en la cruz, con su último suspiro, pueden apenas ser sensibles a su justificación y, sin embargo, entran a la vida eterna exclusivamente sobre la base de su justificación. Tomando una analogía de la vida diaria, a un hombre condenado durante su ausencia en tierras foráneas le fue concedido el perdón a través de la intercesión de sus amigos, absolutamente sin su conocimiento. Este perdón, ¿se hace efectivo cuando, mucho después, la buena noticia le llega, o cuando el rey firma el perdón? La respuesta es, por supuesto, el segundo caso. Asimismo, la justificación de los hijos de Dios se hace efectiva, no en el día en que por primera vez es *publicada* a sus *conciencias*, sino al momento en que Dios en Su tribunal sagrado los declara justos.

Pero—y esto no debe ser pasado por alto—esta publicación en la conciencia de la persona misma debe *necesariamente venir a continuación*; y esto nos trae de vuelta nuevamente a la obra especial del Espíritu Santo. Porque si en el sistema judicial de Dios es más particularmente el *Padre* el que justifica a los impíos, y en la preparación de la salvación es más particularmente el *Hijo* quien en Su Encarnación y Resurrección efectúa la justificación, también sucede que, en un sentido más limitado, es el *Espíritu Santo* quien revela esta justificación a las personas escogidas y hace que se apropien de ella. Es por este acto del Espíritu Santo que los elegidos obtienen el *bendito conocimiento* de su justificación, que sólo entonces empieza a ser una realidad viva para *ellos*.

Por esta razón la Escritura revela estas dos verdades positivas, aunque aparentemente contradictorias, con énfasis igualmente positivo: (1) que, *por una parte*, Él nos ha justificado en Su propio tribunal *desde la eternidad*; y (2) que, *por otra parte*, sólo en la conversión somos justificados por la fe.

Y por esta razón la fe misma es fruto y resultado de nuestra justificación; mientras también es cierto que, para nosotros, la justificación comienza a existir sólo como resultado de nuestra fe.

### **XXXIII. La Certeza de Nuestra Justificación**

“Siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús.”—Rom. iii. 24.

Las ilustraciones precedentes arrojan luz inesperada sobre el hecho de que Dios justifica a los *impíos*, y no a aquel que es en efecto justo en sí mismo; y sobre la palabra de Cristo: “Ya vosotros estáis limpios por la palabra que os he hablado” (Jn. xv. 3). Ilustran el hecho significativo de que Dios no determina nuestro estatus de acuerdo a lo que *somos*, sino que, por el estatus al cual Él nos asigna, Él determina que hemos de ser. La Confesión Reformada, que en todas las cosas parte de las obras de Dios y no del hombre, se volvió nuevamente clara, elocuente, y transparente. De esta forma, la divina Palabra, normalmente rebajada a un mero *anuncio* de lo que Dios encuentra en nosotros, se vuelve una vez más el *mandato* de Su poder creativo. Encontró a un hombre impío y dijo, “Sé justo,” y he aquí se hizo justo. “Sí, te dije, cuando estabas en tus sangres: ¡Vive!” (Ez. xvi. 6).

De esta manera, las diversas partes de la obra redentora fueron dispuestas cronológicamente cada una en su lugar.

Mientras prevaleciera la falsa y estrecha idea de que un hombre se justificaba *después* de la conversión sobre la base de su aparente santidad, la justificación no podía *preceder* a la santificación, sino que debía *venir después*. En ese caso, el hombre se hace primero santo, y, como recompensa o reconocimiento a su Santidad, es declarado justo. Por lo tanto, la santificación viene *primero*, y la justificación *segunda*; una justificación, por lo tanto, sin valor alguno, porque, ¿cuál es la utilidad de declarar que una *pelota* es redonda?

La Escritura se rehúsa a aceptar una justificación *posterior*. En la Escritura, la justificación es siempre el *punto de partida*. Todas las otras cosas nacen de ella y vienen después de ella. "Cristo nos ha sido hecho por Dios sabiduría y justificación," y sólo entonces "santificación y redención" (1 Cor. i. 30). "Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo por quien también tenemos entrada" (Rom. v. 1). "Siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús" (Rom. iii. 24). "Y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó" (Rom. viii. 30).

Por esta razón, la Reforma hizo la justificación por la fe el punto de partida de la conciencia, y con esta confesión, valiente y energéticamente se opuso a la justificación de Roma por las buenas obras; porque en esta justificación por buenas obras esa prioridad de la santificación encontró su raíz.

La Iglesia de Cristo no puede desviarse de esta línea recta de la Reforma sin alejarse y separarse de su Cabeza y Fuente de Vida, vitalmente hiriéndose a si misma. Las sectas que, como los éticos y los metodistas,<sup>[1]</sup> se apartan de esta verdad, cortan la fe de su raíz. Si nuestras iglesias desean una vez más ser fuertes en la doctrina y resueltas en el testimonio, no deben reposar letárgicamente en la mera forma de la doctrina, sino que deben enérgicamente abrazar la doctrina; porque presenta este punto cardinal en una forma superior y excelente. Sólo aquel que heroicamente se atreve a aceptar la *justificación del impío* se vuelve efectivamente partícipe de la salvación. Sólo él puede confesar enérgicamente y sin reservas la redención que es soberana, inmerecida, y libre en todas sus partes y obras.

La última pregunta a ser discutida es: ¿cómo la justificación de los impíos puede ser reconciliada con la divina omnisciencia y santidad?

Debe reconocerse que, en un aspecto, esta completa representación parece fallar. Se *debe* ser objetar:

"Vuestro argumento ha sido pensado ingeniosamente pero no resiste la prueba. Cuando un soberano terrenal decide que el estado de un hombre será distinto a lo que en realidad es, actúa por *ignorancia, error, o arbitrariedad*. Y como estas cosas no pueden ser adscritas a Dios, estas ilustraciones no pueden ser aplicadas a Él."

Y nuevamente: "Que un juez terrenal a veces condene al inocente y exculpe al culpable, y haga que el primero ocupe el estatus del segundo, y viceversa, es posible sólo porque el juez es una criatura falible. Si hubiera sido infalible, si pudiera haber sopesado la culpabilidad y la inocencia con perfecta exactitud, el perjuicio no podría haberse cometido. Por lo tanto, si el pecado no hubiera entrado, ese juez no podría haber actuado arbitrariamente, sino que habría actuado de acuerdo al derecho, y habría decidido lo correcto porque es correcto. Y dado que el Señor Dios es un juez que prueba las riendas y que está familiarizado con todas nuestras formas de ser, en quien no puede haber fracaso o error o ignorancia, es impensable, es imposible, es inconsistente con el Ser de Dios, que como el Juez justo, pueda pronunciar alguna vez un juicio que no estuviera perfectamente de acuerdo con las condiciones realmente existentes en el hombre."

Sin la más mínima vacilación nos sometemos a esta crítica. Es bien tomada. El error mediante el cual un niño puede ser registrado como una niña; el hijo del campesino por aquel del noble; mediante el cual el ciudadano que cumple las leyes puede ser juzgado como aquel que las quebranta, y viceversa, es imposible que ocurra con Dios. Y, por lo tanto, cuando Él justifica a los impíos, tal como el juez terrenal declara al deshonesto ser honorable, entonces estos dos

actos, que son aparentemente similares, son totalmente disímiles y no pueden ser interpretados de la misma forma.

Y sin embargo, lo correcto de la objeción no invalida en sí misma la comparación. La Escritura misma a menudo compara los actos de los hombres, que son necesariamente pecaminosos, con los actos de Dios. Cuando el juez injusto, fatigado por las lágrimas y la importunidad de la viuda, dijo finalmente, "Le haré justicia, no sea que viniendo de continuo, me agote la paciencia," (Lc. xviii. 5) el Señor Jesús no vacila un momento en referir esta acción, a pesar de que surgió de un motivo impío, al señor Dios, diciendo: "¿Y acaso Dios no hará justicia a sus escogidos, que claman a él día y noche?" (Lc. xviii. 7).

Y no puede ser de otra manera. Porque como todos los actos de los hombres, aún los mejores de entre lo más santos de ellos, están siempre contaminados por el pecado, por otro lado, sería imposible comparar los actos del hombre con las obras de Dios, o uno debería necesariamente considerar tales obras de los hombres separadas del motivo pecaminoso, y aplicar a Dios sólo *un tercio de la comparación*.

Y como Jesús no quería decir que finalmente Dios debía responder a sus escogidos para que "no se le agotara la paciencia,"—sino que, sin hablar del motivo, simplemente señaló el hecho de que la plegaria inoportuna es finalmente escuchada—también nosotros comparamos la decisión *equivocada* del juez, declarando inocente al culpable, a la *infalible* decisión de Dios, justificando al impío, ya que, a pesar de la diferencia en los motivos, coincide con un tercio de la comparación.

Más aún, los errores humanos están fuera de cuestión en lo referente a otorgar el perdón y la restitución. De ahí que esta expresión de soberanía real es en realidad un tipo directo de toda la soberanía del Señor nuestro Dios.

Pero esto no resuelve la pregunta. A pesar de que concedemos que el motivo impío del error no puede ser atribuido a Dios, sin embargo debemos inquirir: ¿Cuál es el motivo de Dios, y cómo puede la justificación de los impíos ser consistente con Su naturaleza divina? Respondemos apuntando a la hermosa respuesta del Catecismo, pregunta 60: "¿Cómo seréis justos ante Dios? Sólo por una verdadera fe en Jesucristo; de manera que, a pesar de que mi conciencia me acusa, que he groseramente transgredido todos los mandamientos de Dios, y no he cumplido ninguno de ellos, y aún estoy inclinado al mal; no obstante, Dios, sin ningún mérito mío, pero sólo por mera gracia, me otorga e imputa la perfecta satisfacción, justicia, y santidad de Cristo; tal como si yo nunca hubiera tenido, ni cometido pecado alguno: sí, como si yo hubiera cumplido a cabalidad toda esa obediencia que Cristo ha cumplido por mí; en la medida en que abraze tal beneficio con un corazón creyente."

Que el Señor Dios justifique a los impíos no se debe a que Él disfrute de la ficción, o que se deleite por una terrible paradoja de llamar justo a uno que en realidad es malvado; pero este hecho corre paralelamente al otro, de que ese impío es en realidad justo. Y que el impío, quien en sí mismo es y permanece malvado, al mismo tiempo es y continúa justo, encuentra su razón y fundamento en el hecho de que Dios pone a este pobre y miserable y perdido pecador en sociedad con un Mediador infinitamente rico, cuyos tesoros son inagotables. Para esta sociedad, todas sus deudas son canceladas, y todos los tesoros fluyen a él. De tal manera que aunque continúa, por sí mismo, empobrecido, es a la vez inmensamente rico en su socio. Esta es la razón de por qué todo depende de la fe en el Señor Jesucristo; por qué esa fe es el vínculo de sociedad. Si no hay tal fe, no puede haber sociedad con el acaudalado Jesús; y aún estás en tu pecado. Pero si hay fe, entonces la sociedad está establecida, entonces existe, y puedes hacer negocios ya no por tu propia cuenta, sino en sociedad con El que cancela todo tu endeudamiento, mientras te hace receptor de todo Su tesoro.

¿Cómo ha de entenderse esto? ¿Es la persona de Cristo quien nos acepta en sociedad? Y, como Dios ya no tiene que lidiar con nuestra pobreza, sino que ahora puede depender de las riquezas de Cristo, ¿nos cuenta entonces como buenos y justos? No, hermanos, y nuevamente, ¡no! No es así, y no puede ser presentado así; porque entonces no habría justificación por parte de Dios. Ustedes tienen una cuenta que cobrar a un hombre que fracasó en un negocio, pero que fue aceptado como socio de un rico banquero, que canceló todas sus

deudas. ¿Existe ahora la más mínima misericordia o bondad de vuestra parte, cuando endosan el cheque de ese hombre? Si hicieran lo contrario, ¿no estarían derechamente contradiciendo hechos sólidos y tangibles?

No, el Señor Dios no actúa de esa forma. Cristo no borra la deuda, y no obtiene para nosotros tesoros externamente a Dios; ni tampoco entra el impío, a través de la fe, en sociedad con el acaudalado Jesús independientemente del Padre; tampoco Dios, estando informado de estas transacciones, justifica al impío, que ya se había transformado en creyente. Porque entonces no habría honor para Dios, ni alabanza por Su gracia; no sería un impío sino, por el contrario, un creyente que el que justificado.

El tema no se transa de esa forma. Fue el señor Dios, antes que nada, quien, sin diferenciar persona, y por lo tanto sin considerar la fe en la persona, de acuerdo a Su poder soberano, eligió una porción de los impíos para la vida eterna; no como juez, sino como Soberano. Pero siendo Juez además de Soberano, y por lo tanto incapaz de violar el derecho, El que ha elegido, el Dios Trino, también ha creado y dado todo lo que es necesario y requerido para la salvación; de manera que estas personas escogidas, en el momento apropiado y por los medios apropiados, puedan recibir y experimentar las cosas por las cuales finalmente se mostrará que todas las obras de Dios fueron majestuosas y todas su decisiones justas. Por eso, este ordenamiento del Pacto de Gracia; y en este Pacto de Gracia, el ordenamiento del Mediador; y en el Mediador toda la satisfacción, justicia, y santidad, y de esa satisfacción, justicia, y santidad, primero la *imputación*, y después de eso el *regalo*.

Por eso Dios declara al impío justo *antes* de que crea, *para que* pueda creer, y no *después* que crea. Este acto de justificación es el acto creativo de Dios, en que también es depositada la satisfacción, la justicia, y la santidad de Cristo, y de las cuales fluye también la imputación de una concesión de todas estas al impío. Por lo tanto, no hay en este acto de justificación ni el más mínimo error o falsedad. Sólo es declarado justo aquel que siendo impío en sí mismo, por medio de esta declaración, es y se hace justo en Cristo.

Sólo de esta forma es posible entender a cabalidad la doctrina de justificación en toda su riqueza y gloria. Sin esta profunda concepción de ella, la justificación es meramente el perdón del pecado, después del cual, estando relevados de la carga, comenzamos nuestro camino con un renovado entusiasmo para trabajar por Dios. Y esto no es otra cosa que un genuino, fatal arminianismo.

Pero, con esta percepción más profunda, el hombre reconoce y confiesa: "Tal perdón de los pecados no es ventajoso para mí. Porque sé:

- 1° Que estaré día tras día contaminado por el pecado;
- 2° Que tendré dentro de mí un corazón pecaminoso hasta el día de mi muerte;
- 3° Que hasta entonces, jamás seré capaz de lograr cumplir toda la ley;
- 4° Que, dado que ya estoy condenado y sentenciado, no puedo hacer negocios en el Reino de Dios como un hombre honorable."

La respuesta de la justificación, tal como la revela la Escritura y la confiesa nuestra Iglesia, cubre muy satisfactoriamente estos cuatro puntos. Acepta que uno no es un santo, con una santidad auto-asumida, sino como uno que confiesa: "Mi conciencia me acusa que he transgredido groseramente todos los mandamientos de Dios, y que no he cumplido ninguno de ellos, y que todavía estoy inclinado al mal"; y sin embargo, no eres expulsado. Le dice que no puede depender de ningún mérito suyo, sino que debe depender sólo de la gracia. De ahí que comienza poniéndolo en las filas de los cumplidores de la ley, de aquellos que son declarados buenos y justos, "tal como si nunca hubiera tenido o cometido ningún pecado." Como fundamento de la santidad no requiere de usted el cumplimiento de la ley, sino que le imputa y le imparte el cumplimiento de la ley por parte de Cristo; estimándolo como si hubiera cumplido completamente toda aquella obediencia que Cristo ha logrado para usted. Y borrando en este acto la diferencia de su pasado y su futuro pecado, le imputa y le otorga no sólo la satisfacción y santidad de Cristo, sino además Su justicia original, de una manera tal que usted está ante Dios una vez más, justo y honorable, y como si toda la historia de su pecado hubiera sido sólo un sueño.

Pero la oración de cierre del Catecismo debe ser notada: "Hasta donde abrazo tales beneficios con un corazón creyente." Y que "corazón creyente," y "abrazando"—he aquí, todo eso es la obra del Espíritu Santo.

#### **Notas**

1. [↑](#) Ver Sección 5 del Prefacio del Autor

## Fe

### XXXIV. Fe en General

“Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios.”—Ef. ii. 8.

Cuando el acto judicial del Dios Trino, que es la justificación, es anunciado a la conciencia, la fe comienza a estar activa y se expresa a través de obras. Esto nos impulsa a llamar la atención de nuestros lectores hacia la obra del Espíritu Santo, la cual consiste en la *impartición de la fe*. Somos salvos por medio de la fe; y esa fe no es de nosotros mismos, pues es un don de Dios. Es, muy especialmente, un regalo del Dios Trino, a través de una operación particular del Espíritu Santo; “nadie puede llamar a Jesús Señor, sino por el Espíritu Santo” (1 Co. xii. 3). San Pablo llama al Espíritu Santo el Espíritu de fe (2 Co. iv. 13). Y en Ga. v. 22, él habla de la fe como el fruto del Espíritu Santo.

En la salvación, casi todo depende de la fe: por lo tanto, es esencial tener una concepción correcta de la fe. Siempre ha sido el objetivo del error el contaminar la existencia de la fe, para así destruir tanto a las almas débiles como a la Iglesia misma. Por lo tanto, la tarea urgente de los ministros, resulta ser el instruir a las iglesias con respecto a la existencia y la naturaleza de la fe; a través de definiciones correctas, a fin de detectar errores imperantes, y restablecer de este modo el gozo de una clara y bien fundada conciencia de la fe.

Durante años, la gente ha escuchado las teorías más pobres y vagas sobre la fe. Cada ministro ha tenido su propia teoría y definición, o peor aún, ninguna definición en absoluto. De manera general, ellos han sentido lo que es la fe, y lo han presentado de manera elocuente; pero estas brillantes, metafóricas y a menudo elaboradas descripciones, frecuentemente han sido más un oscuras que esclarecedoras; no han logrado instruir. El día domingo ocurría a menudo que, dejando la definición de fe a la inspiración del momento, el ministro ofrecía inconscientemente a su iglesia todo lo contrario de lo que él había proclamado con elocuencia durante la semana previa. Esto no debería ser así. La Iglesia también debe aumentar en conocimiento; y lo que fue suficiente para la Iglesia apostólica, no lo es ahora. Las ideas de fe eran equivocadas entonces; y los primeros escritos muestran que los diferentes problemas en relación con la fe no habían sido resueltos.

Pero no ocurre así en los escritos apostólicos, cuya inspiración queda comprobada por el hecho de que contienen una respuesta clara y definitiva a casi todas estas preguntas. Sin embargo, en la Iglesia de los primeros siglos y después de que los apóstoles habían muerto, aún no siendo comprendida la profundidad de sus palabras, existía una confusión infantil de estas ideas; hasta que el Señor permitió que aparecieran las diversas formas heréticas de fe, a las cuales la Iglesia se vio obligada a oponerse, a través de las formas reales de la fe. Para lograrlo con éxito, fue necesario salir de esa confusión y llegar a distinciones y concepciones más claras.

De ahí las muchas diferencias, las preguntas, y las distinciones que surgieron posteriormente en relación a la existencia y el ejercicio de la fe. Debido a los serios debates, la existencia real de la fe se ha ido diferenciando paulatinamente, en forma más clara y definida, respecto de sus formas falsas y sus imitaciones. Que en la actualidad, cada camino, tanto bueno como malo, tenga sus señales distintivas y propias de modo que nadie pueda hacer un giro en la dirección equivocada por ignorancia, es el fruto de un largo conflicto librado con mucha paciencia y talento.

No cabe duda de que la ignorancia ha causado mucha confusión. Sin embargo, sostenemos que un guía que descuida examinar los caminos, antes de que asuma el rol de guiar a los viajeros, es indigno de su título. Y un ministro de la Palabra es un guía espiritual, designado por el Señor Jesús para conducir a los peregrinos que viajan a la Jerusalén celestial a través de los elevados Alpes de la fe, desde una meseta montañosa a otra, donde las comunicaciones normales de la vida terrenal han dejado de existir. De ahí que resulte inexcusable cuando él, simplemente adivinando la ubicación de la ciudad celestial, aconseje a sus peregrinos intentar el camino que parece llevar en esa dirección. En virtud de su cargo, él debería procurar que su



preocupación principal, fuera la de conocer cuál es el camino más corto, más seguro y más certero, y entonces informarles que este y no otro, es el camino. Anteriormente, cuando los varios caminos aún no habían sido examinados, era en cierta medida loable probarlos todos; pero ahora, dado que su carácter engañoso es tan conocido, resulta imperdonable volver a ponerlos a prueba.

Y, cuando la gente despreocupada dice “Por sobre todas las cosas, permítannos mantener nuestra simplicidad; ¿cuál es la utilidad que tienen todas esas distinciones aburridas para nuestra fe cristiana?” le preguntamos si acaso en una operación quirúrgica preferiría un cirujano, quien en su simplicidad, sólo corta sin importarle dónde o cómo; o si en el caso de una enfermedad, preferiría un boticario que simplemente hace una mezcla a partir de sus múltiples frascos y botellas, sin importar los nombres de las drogas; o, por dar otro ejemplo, si en caso de una travesía por mar, se embarcaría en una nave cuyo capitán, cauteloso del uso de cartas e instrumentos, gobierna su barco en una dulce simplicidad, confiando únicamente en su buena suerte.

Y cuando ellos responden, como deben hacerlo, que en casos como estos ellos exigirían profesionales que conozcan a profundidad los más mínimos detalles de sus profesiones. Entonces les preguntamos, en el nombre del Señor y de su obligación de rendir cuentas a Él, cómo pueden ir al trabajo tan simplemente, es decir, de manera tan descuidada e irreflexiva, cuando se trata de enfermedad espiritual, o del viaje a través de las aguas insondables de la vida, como si en estos asuntos, la discriminación reflexiva resultara insignificante. Por lo tanto, cuando se trata de la fe, nos negamos a ser influenciados por aquella enfermiza habladería respecto de simplicidad, o por el clamor impío contra el llamado dogmatismo; y por el contrario, se buscará diligentemente hacer una exposición de la *existencia de la fe*, la cual, erradicando todo error, apuntará al único camino seguro y confiable.

Como punto de partida, se debe entender claramente que existe una diferencia bien definida entre la fe salvadora y la fe que en diversas esferas de la vida es llamada “*fe en general*.” Cuando Colón, por causa de un apremio interior, es incitado a dirigir su mirada inquieta al otro lado del océano occidental, hacia el mundo que él espera con certeza casi absoluta que se encuentre ahí, llamamos a esto fe; y sin embargo, la *fe salvadora* no tiene ninguna relación con esta inclinación instintiva en la mente de Colón. Y siempre que el predicador usa este y otros ejemplos similares sólo a modo de débil analogía, no explica, sino que por el contrario, confunde el asunto y conduce a la Iglesia en la dirección equivocada.

A veces, entre nuestros niños, se presenta uno cuya mente está constantemente ocupada por un objetivo o idea inconsciente que no le da descanso. En los años posteriores, puede que parezca ser su objetivo y propósito de vida. Este es el apremio de una ley interna que pertenece a su naturaleza; la misteriosa actividad que lo obliga, proveniente de una idea imperante que gobierna su vida y su persona. La gente que es así impulsada, vence todos los obstáculos; no importa cuán desafiados se encuentren, se van acercando cada vez más a ese propósito inconsciente, y por último, debido a este impulso irresistible, alcanzan aquello a lo que han estado apuntando por tanto tiempo. Y con frecuencia, esto también es llamado *fe*; pero tiene sólo algo más que el nombre en común con la fe de la cual nos disponemos a hablar. Pues, mientras que tal fe estimula la energía humana y la exalta y glorifica, la fe salvadora, por el contrario, derriba toda grandeza humana.

Lo mismo ocurre respecto de la llamada *fe en las propias ideas*. Alguien que es joven y entusiasta, tiene hermosos sueños de una edad de oro de felicidad, y ve deliciosos ideales de justicia y gloria. Su hermoso mundo de fantasía parece consolarlo de las decepciones de este mundo pragmático. Si ese fuera el mundo real, y si siempre fuera a permanecer como tal, habría roto su joven corazón y hubiera apagado anticipadamente su entusiasmo; y, habiendo envejecido aún siendo joven, se habría unido a los pesimistas que mueren en la desesperación, o a los conservadores que encuentran alivio en el silenciamiento de los más altos dictados de la conciencia. Pero, afortunadamente, su número es pequeño. En esta experiencia dolorosa, muchos descubren un mundo de ideales, es decir, tienen la valentía de condenar este mundo de pecado y lleno de miseria, y de profetizar sobre la venida de un mundo mejor y más feliz.

¡Ay! la presunción juvenil, persiguiendo sus ideales, a menudo se imagina que la causa de todos los males radica en los padres. “Si mis padres sólo hubieran visto y planificado las cosas tal como yo lo hago ahora, nuestro progreso hubiera sido mucho mayor.” Pero esos padres no lo veían así. Ellos se equivocaron; por ello, nuestros ideales aún no se han hecho realidad. Pero existe esperanza; muy pronto se oirá una generación joven que comprende estas cosas claramente; y luego, grandes cambios tendrán lugar: gran parte de la miseria existente va a desaparecer, y nuestro mundo ideal se volverá una realidad. Pero la respuesta de la experiencia que se apega a los hechos es cruel. Pues el hijo actúa tan neciamente como lo hizo el padre antes que él. En consecuencia, el mundo ideal nunca se vuelve una realidad. Él grita a voces, pero los hombres no lo oirán; ellos se rehúsan a ser librados de su miseria, y la antigua tristeza continúa por siempre.

En este punto, es donde se divide el equipo de los hombres idealistas. Algunos abandonan el esfuerzo; tildan sus sueños como engañosos y, aceptando lo inevitable, aumentan el ancho torrente de las almas igualmente holladas. Pero unas pocas almas más nobles se niegan a someterse a esta degradada e innoble miseria; y, prefiriendo dirigir sus cabezas contra la pared de granito, con el grito “Adviene que pourra,” se aferran a sus ideales. Y a estos mismos hombres, quienes no logran ser lo suficientemente amados y apreciados, se les dice que *crean*. Pero, aun esta fe no tiene nada en común con la fe salvadora; hablar de ella como si se tratara de una misma fe, no es sino hablar idiomas diferentes y unir cosas que son distintas.

Por último, lo mismo es cierto sobre una forma mucho más baja, comúnmente llamada fe, que es la expresión despreocupada de la alegría; o, la suposición afortunada de algo que accidentalmente llega a pasar. Existen almas alegres y joviales, las cuales, a pesar de la adversidad, nunca parecen resultar abatidas o dañadas; y que aunque se puedan encontrar muy reprimidas, siempre tienen suficiente elasticidad en sus contentos espíritus como para permitir que el resorte maestro de su vida interior rebote hacia la plena actividad. Estas personas siempre tienen una mirada alentadora y esperanzadora para todo lo que las rodea. Ellas son ajenas a los tristes presagios, y no están familiarizadas con los temores de la melancolía. La preocupación no les quita el sueño, y la inquietud nerviosa no envía sangre a sus corazones a un ritmo acelerado. Sin embargo, no son indiferentes, sino que simplemente no resultan fácilmente afectadas. Las cosas pueden ir en contra de ellas, las nubes pueden cubrir su cielo, pero detrás de las nubes ellas pueden ver que el sol sigue brillando, y anuncian, con una sonrisa alegre, que la luz pronto atravesará la oscuridad. Por lo tanto, se dice que tienen fe en las personas y en las cosas.

Y esta fe, si no fuera demasiado superficial, debería ser valorada. Con millones de almas tristes, la vida en este país resultaría insoportable; y es motivo de gratitud el que nuestro carácter nacional, que de otro modo sería tan flemático, desarrolle hijos e hijas, en cuyos corazones arda tan brillantemente la fe de los alegres. Y en ocasiones, sus profecías realmente se cumplen; todo el mundo pensó que la pequeña embarcación perecería y, he aquí, que alcanzó el puerto y entró en él en forma segura; y pareció que su alegre fe fue en realidad una de las causas de su feliz arribo. Y entonces, estos profetas te preguntan: ¿Acaso no te lo dijimos? ¿No estabas siendo demasiado pesimista? ¿Acaso no ves que todo resultó bien? Pero incluso esta fe no tiene nada en común con la fe salvadora, con excepción del nombre. Debemos hacer notar esto en forma particular, porque en las instituciones y empresas cristianas con frecuencia nos encontramos con hombres y mujeres que son sostenidos por este espíritu de alegría y confianza a toda prueba; quienes por este espíritu esperanzado pilotan a puerto seguro muchas embarcaciones cristianas que de otra manera podrían perecer. Pero esta alegría espiritual, que en el cristiano es tal vez *fruto* de la fe auténtica, no es de ninguna manera verdadera fe propiamente tal. Y cuando se dice: “¿Puede usted ahora ver lo que la fe puede hacer?” la fe salvadora es nuevamente confundida con esta fe general, la que a veces se encuentra incluso entre los paganos.

### XXXV. La Fe y el Conocimiento

“El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida.”— Juan iii. 36.

Cuando se discute acerca de la fe salvadora, la fe general no puede entregarnos la más mínima ayuda. Para entender lo que es la “fe,” debemos volvernos en una dirección completamente diferente, y responder a la pregunta: “¿Cuál es la idea radical universal y el significado original de la fe que tienen las naciones?”

Y entonces nos encontramos con el singular fenómeno de que en todas las naciones y en todos los tiempos, la fe es una expresión que en algunos momentos denota algo *incierto*, y en otros, algo *muy cierto*.

Se puede decir: “Yo creo que el reloj dio las tres, pero no estoy seguro,” o “yo creo que sus iniciales son H.T., pero no estoy seguro,” o “yo creo que usted puede tomar un pasaje directamente a San Petersburgo, pero sería conveniente que antes lo averiguara.” En cada una de estas oraciones, las cuales pueden ser traducidas literalmente a todos los idiomas civilizados, “creer” significa una mera suposición, algo menor que conocimiento real, una confesión de *incertidumbre*.

Pero cuando digo, “yo creo en el perdón de los pecados,” o “yo creo en la inmortalidad del alma,” o por último, “yo creo en la integridad incuestionable de aquel estadista,” “creer” no implica duda o incertidumbre acerca de estas cosas, sino que significa la *más fuerte convicción* acerca de ellas.

De esto se desprende que toda definición de la existencia de la fe debe estar equivocada; lo cual no explica cómo, a partir de una única y misma idea radical, se puede derivar un uso de la misma palabra, que resulta dual y diametralmente opuesto.

Para esta dificultad no puede existir sino una sola solución, es decir, la diferencia en la *naturaleza de las cosas* con respecto al grado de certidumbre que se desea; de modo que, con referencia a cierta clase de cosas, la más alta seguridad se obtiene mediante la fe, y, con referencia a otra, no se obtiene a través de ella.

Esta diferencia se presenta debido al hecho de que existen cosas *visibles e invisibles*, y que la certeza respecto de las cosas visibles se obtiene mediante el *conocimiento* y no a través de la fe; mientras que la certeza en lo que respecta a las cosas *invisibles*, se obtiene exclusivamente por medio de la fe. Cuando un hombre dice respecto de las cosas visibles, “yo creo,” y no, “yo sé,” nos causa la impresión de que *no está seguro*; pero al decir acerca de las cosas invisibles “yo creo,” él nos da la idea de *seguridad*.

Se debe señalar aquí, que las expresiones “visible” e “invisible” no deberían ser tomadas en un sentido demasiado limitado; por cosas visibles se debe entender todas las cosas que pueden ser percibidas por medio de los sentidos, como en las Escrituras; y por cosas invisibles, las cosas que no pueden ser percibidas de ese modo. Por tanto, las cosas que pertenecen a la vida oculta de una *persona*, deben en última instancia, basarse en la fe. Sólo sus acciones pertenecen a las cosas visibles. La certeza, en lo que respecta a estas, puede ser obtenida mediante la percepción de los sentidos. Pero no así la certeza respecto de su personalidad interior, sus pensamientos, sus afectos y su sinceridad, su carácter y su fiabilidad, y todo lo relacionado a su vida interior; la seguridad en relación con todo esto, se puede alcanzar solamente por medio de la *fe*.

Si fuéramos a adentrarnos más profundamente en este asunto, deberíamos sostener que toda *certeza*, incluso aquella sobre las cosas *visibles*, se basa siempre únicamente en la fe; y deberíamos establecer las siguientes suposiciones: Cuando usted dice que vio a un hombre en el agua y lo oyó gritar pidiendo ayuda, su conocimiento se basa, *en primer lugar*, en su creencia de que usted no lo soñó, sino que se encontraba completamente despierto y que usted no lo imaginó, sino que realmente lo vio; *en segundo lugar*, se basa sobre su firme convicción de que

como usted vio y oyó algo, debe existir una realidad correspondiente que ocasiona ese ver y oír; *en tercer lugar*, sobre su convicción de que al ver algo, por ejemplo, la forma de un hombre, sus sentidos le permiten obtener una impresión correcta de esa forma.

Y, procediendo de esta manera, se podría demostrar que al final, toda certeza en lo que respecta a las cosas visibles, así como respecto de las cosas que son invisibles, se basa en última instancia no en la percepción, sino en la fe. Para mi ser es imposible obtener cualquier conocimiento sobre las cosas externas a mí mismo sin que exista un cierto vínculo de fe, el cual me une a estas cosas. Yo siempre debo creer, ya sea en mi propia identidad, es decir, que soy yo mismo; o en la claridad de mi conciencia; o en la percepción de mis sentidos; o en la realidad de las cosas externas a mi ser; o en el axioma del cual yo derivó.

Por lo tanto, se puede afirmar sin la más mínima exageración, que ningún hombre podrá jamás decir: “yo sé esto o aquello,” sin que sea posible demostrarle que su conocimiento, en un sentido más profundo y basado en un análisis más estrecho, depende, en lo que a su certeza se refiere, únicamente de la fe.

Pero preferimos no considerar esta concepción más profunda del asunto, porque más bien confunde y no logra explicar la existencia de la fe; pues se debería recordar que en la Sagrada Escritura, el Espíritu Santo siempre usa las palabras tal como ellas se presentan en el modo de hablar de la vida cotidiana, simplemente porque de lo contrario, los hijos del Reino no podrían entenderlas. Y, en la vida cotidiana, la gente no hace esa distinción más estrecha, sino que dice, en el caso de amor al que se refiere: “yo sé que hay un hombre en el agua, porque vi su cabeza y le oí gritar.” Mientras que, por otra parte, en el modo de hablar cotidiano se dice: “Si no me cree, no puedo hablar con usted,” indicando el hecho de que, en relación a una *persona*, la fe es el único medio a través del cual se puede obtener certeza.

Y, teniendo esto en cuenta, en aras de la claridad deberemos presentar el asunto de esta manera: “el Señor Dios ha creado al hombre de tal manera, que este pueda obtener conocimiento de dos mundos, del mundo de las cosas visibles, y de aquel de las cosas invisibles; pero de modo que obtenga ese conocimiento de cada uno de ellos, de una manera especial y particular. El hombre obtiene el conocimiento del mundo de las *cosas visibles* por medio de los sentidos, los cuales son instrumentos diseñados para hacer que su mente entre en contacto con el mundo exterior. Sin embargo, los sentidos no le enseñan nada respecto del mundo de las cosas invisibles, para el cual él necesita órganos totalmente diferentes. No disponemos de nombres para estos otros órganos, tal como sí los tenemos para los cinco sentidos; sin embargo, sabemos que desde ese mundo invisible recibimos impresiones, sensaciones y emociones; sabemos perfectamente bien que estas difieren unas de otras en duración, profundidad y poder; y también sabemos que algunas de estas nos afectan en forma real y otras en forma no real. De hecho, el mundo invisible, así como el mundo visible, ejercen influencias sobre nosotros; no a través de los cinco sentidos, sino por medio de órganos inencontrables. Esta influencia del mundo invisible afecta el alma, la conciencia, el ser más íntimo. Este obrar deja impresiones en el alma, despierta sensaciones en la conciencia, y provoca emociones en el ser interior.

Sin embargo, esto se hace de tal manera que siempre queda lugar para la pregunta: “¿Son reales estas impresiones? ¿Puedo confiar en estas sensaciones? ¿Existe una realidad que corresponda a estas sensaciones, impresiones y emociones?” Y a esta última pregunta, sólo la fe puede contestar con un “sí” en forma precisa, y si obtiene certeza de mi propia conciencia, de mis sentidos y del axioma, recibe su “sí” única y exclusivamente por medio de la fe. Para obtener certeza sobre las cosas invisibles, tales como el amor, la fidelidad, la justicia y la santidad, el cuerpo místico del Señor—en una palabra, con respecto a todas las cosas que pertenecen al misterio de la vida *personal* en mis semejantes, en Emanuel, en el Señor nuestro Dios, la fe es la única forma adecuada y la única divinamente ordenada que la alcanza; no como algo *inferior* al conocimiento, sino como algo igual a él, sólo que mucho más seguro, y a partir del cual todo conocimiento extrae su certeza.

En cuanto a la objeción de que la Sagrada Escritura declare que la fe se convertirá en vista, podemos decir que esta “vista” no tiene nada en común con la vista por medio de los sentidos. Dios ve y conoce todas las cosas, y sin embargo, Él no posee ninguno de los sentidos: Su vista

es un acto inmediato de penetración, por medio de Su Espíritu, en la esencia y la consistencia de todas las cosas. A Adán se le impartió algo de esta sabiduría y conocimiento inmediatos en el Paraíso; pero por causa del pecado, él perdió esa gloriosa característica de la imagen de Dios. Y las Escrituras prometen que esta gloriosa característica será restaurada a los hijos de Dios, en el Reino de Gloria, en una medida mucho más gloriosa que en el Paraíso.

Pero, mientras residimos temporalmente como peregrinos, no poseyendo aún el cuerpo glorificado más que en la medida de gloria de nuestro estado interior, nuestro contacto con el mundo invisible todavía no consiste en la vista; nuestra mente aún carece de la facultad de penetrar de inmediato en las cosas invisibles; y nosotros todavía dependemos de las impresiones y sensaciones producidas por ellas. Por ello, es que no podemos tener certeza respecto de estas impresiones y sensaciones, salvo por la fe directa. No obstante, existiendo y viviendo juntos como peregrinos, creemos en el amor mutuo, en la buena fe y en la honestidad de carácter; creemos en Dios el Padre, en nuestro Salvador, y en el Espíritu Santo; creemos en la Santa Iglesia Católica; creemos en el perdón del pecado, la resurrección del cuerpo y la vida eterna. Y nosotros no creemos en todos estos con el secreto pensamiento posterior de que en realidad preferiríamos *conocerlos*, en vez de *creer* en ellos; pues eso sería tan absurdo como decir, respecto de un concierto de órgano: "En realidad yo preferiría ver esto." La música no puede ser vista más allá de lo que uno puede, a través de los sentidos, llegar a ser consciente de las cosas que son invisibles. Y tal como el *sentido de la audición* es el único medio adecuado para oír y disfrutar de la música, así mismo la *fe* es el medio peculiar y único a través del cual puede obtenerse certeza en lo que respecta a nuestro contacto con el mundo oculto e invisible.

Habiendo sido esto completamente entendido, no puede ser difícil ver que esta fe, en referencia a las cosas visibles, es muy inferior al conocimiento; pues las cosas visibles están destinadas a ser verificadas, cuidadosamente y con precisión, por medio de los sentidos. La observación imperfecta vuelve incierto nuestro conocimiento. Por lo tanto, en lo que respecta a las cosas visibles, ningún conocimiento distinto a aquel obtenido mediante los sentidos, debería ser considerado fiable.

Pero en una cierta cantidad de casos de escasa importancia, el conocimiento exacto es innecesario; por ejemplo, en la diferencia existente entre las alturas respectivas de dos campanarios. En tales casos, se utiliza la palabra "creer" como "yo creo que esta torre es más alta que la otra." Y una vez más, las cosas visibles imprimen su imagen en la memoria, la cual se vuelve borrosa en el transcurso de los años. Encontrándome con un caballero que he visto antes, y reconociéndolo plenamente, digo: "Este es el Sr. B.," pero no estando seguro, entonces digo, "creo que este es el Sr. B." En este caso, parece que estuviéramos tratando con cosas visibles, pues es un caballero que está ante nosotros; y sin embargo, la imagen que lo recuerda pertenece al contenido interno de la memoria. De ahí proviene la diferencia que se presenta en el lenguaje.

Llegamos, por tanto, a la siguiente conclusión:

En primer lugar, que toda certeza respecto tanto a las cosas visibles como a las invisibles depende, en un sentido más profundo, de la *fe*.

En segundo lugar, que en el modo cotidiano de hablar, la certeza en relación con las cosas visibles se obtiene por medio de los *sentidos*; y en relación con las cosas invisibles, en especial con las cosas que pertenecen a la personalidad, la certeza se obtiene por medio del *creer*. Por esta razón, el esfuerzo de Brakel por interpretar el verbo *creer*, de acuerdo a los idiomas hebreo y griego, en el significado de *confiar*, y no como *un medio para obtener certeza*, fue un fracaso. Estos significados son los mismos en todos los idiomas, y no existe diferencia, pues son el resultado directo del organismo de la mente humana, la cual, en sus rasgos más fundamentales, es la misma en todas las naciones. La confianza es el resultado directo de la fe, pero no es fe propiamente tal.

"Creer" se refiere, en primer lugar, a la certidumbre o incertidumbre del conocimiento respecto de algo. Si no existe tal certeza, yo no creo; estando conscientemente seguro, yo creo. Cuando una persona se me presenta como un hombre de integridad, la primera pregunta es si acaso yo

le creo. Si no estoy seguro de que él sea un hombre de integridad, no le creo. Pero si le creo, la confianza es el resultado inmediato. Entonces, resulta imposible no confiar en él. Pues creer que él es lo que dice ser, y no confiar en él, es simplemente imposible.

Por lo tanto, “creer” siempre mantiene el significado primordial de “dar certeza a la conciencia,” y la fe salvadora me obliga a “*tener la certeza* de que Cristo es para mí, tal como *Él se revela y se ofrece* en la Sagrada Escritura.”

### XXXVI. Brakel y Comrie 1 <sup>[1]</sup>

“Y si otra cosa sentís, esto también os lo revelará Dios.”—Fil. iii. 15.

Llamaremos la atención de nuestros lectores hacia las dos posturas que en el siglo pasado fueron más correctamente esbozadas por Brakel y Comrie, respectivamente; y no negaremos que de ambas, la adoptada por Comrie fue la más correcta.

Esto no pretende herir a los amigos de Brakel, pues entonces nos deberíamos herir a nosotros mismos. Sin embargo, aunque el nombre de “Padre Brakel” todavía es valioso para nosotros; aunque apreciamos su valiente protesta en contra de la tiranía de la iglesia, y sinceramente reconocemos que estamos en deuda con sus excelentes escritos; aun así, esto no lo hace infalible, ni tampoco altera el hecho de que en materia de fe, Comrie tuvo un criterio más acertado que él.

Para hacer justicia a ambos hombres, citaremos sus respectivos argumentos, y luego demostraremos que Comrie, quien a pesar de que tampoco mantuvo en forma consistente un punto de vista correcto, fue más estrictamente apegado a la Escritura, y por lo tanto, más estrictamente Reformado que Brakel.

En el capítulo sobre la Fe (“Religión Racional,” ii., 776, ed. 1757), Brakel escribe:

“La pregunta es: ¿Cuál es el acto de fe esencial y fundamental? ¿Es la aprobación de la mente al Evangelio y sus Promesas, o es el confiar del corazón en Cristo para la justificación, santificación y redención? Antes de responder a esta pregunta, quisiéramos decir:

“En primer lugar, que por ‘confiar’ no entendemos la garantía y confianza de un cristiano de que él está en Cristo y que es partícipe de Cristo y de todas Sus promesas, ni de su paz y reposo en Cristo, pues eso es fruto de la fe que algunos tienen en mayor medida que otros; sino que por confiar entendemos el acto del alma, mediante el cual un hombre se entrega a Cristo y lo acepta, encomendándose a Él en cuerpo y alma; como por ejemplo, un hombre que confía su dinero a otro, o bien, como uno se encomienda y apoya en los fuertes hombros del hombre que lo cruza a través de un río.

“En segundo lugar, que dicha confianza requiere necesariamente de un conocimiento previo de verdad evangélica y aprobación de su credibilidad; y que luego de eso, la fe se ejercita en y mediante sus promesas.

“Ahora, responderemos a la pregunta ya establecida conforme a lo siguiente: Es cierto que la fe salvadora no es el acto de aprobación mental de la verdad evangélica, sino el acto de confianza del corazón para ser salvado por Cristo sobre la base de Su ofrenda voluntaria de Sí mismo a los pecadores, y de las promesas a aquellos que confían en Él. Y decimos también que la fe tiene su base, no en el entendimiento, sino en la voluntad; al no tratarse de la aprobación de la verdad, no puede encontrarse en el entendimiento, y dado que es confianza, debe tener su residencia en la voluntad.

“La verdad de lo que hemos dicho es evidente:

“En primer lugar, desde el propio nombre. Lo que nosotros llamamos ‘creer,’ las Escrituras lo llaman ‘confiar,’ ‘confiarse,’ ‘encomendar.’ Cuando se habla de las cosas divinas que nos han sido reveladas en la Palabra por sí sola, no debemos limitarnos a nuestro propio idioma, pues esto causaría que muchos cayeran en un error; sino que deberíamos adaptar nuestro modo de hablar y nuestro entendimiento a la naturaleza y al carácter del hebreo y griego originales. Pues en nuestro idioma ‘creer’ significa aceptar las promesas y el relato de los acontecimientos en la

validez de la palabra de otro hombre; pero de acuerdo a la fuerza de los idiomas originales, las palabras (Griego Pi Iota Sigma Pi Épsilon con acentos Épsilon omega, Hebreo He con Segol Aleph con hataf Segol Mem con hiriq Yod Nun, KAF con qamats Mem con Patah Lamed, otro texto) se traducen no sólo como 'creer,' sino como 'confiar,' 'encomendar,' 'apoyarse.' Se utilizan, no para indicar la naturaleza de la confianza, sino para que, por medio de confiar, rindamos nuestro propio ser a Cristo, confiando en Él.

“En segundo lugar, las Escrituras atribuyen el acto de fe al corazón: ‘Porque con el corazón se cree para justicia’ (Ro. x. 10); ‘Si crees de todo corazón, bien puedes. Y respondiendo, dijo: Creo que Jesucristo es el Hijo de Dios.’ (Hch. viii. 37). Confiar y creer son ambos actos del corazón, de la voluntad. Si se dijera que el corazón también se refiere al entendimiento, nuestra respuesta sería: muy raramente, y aún entonces no se referiría únicamente al entendimiento, sino también a la voluntad, o al alma con todos sus funcionamientos.

“En tercer lugar, si el acto de fe consistiera en la aprobación mental de la verdad, sería posible tener una fe salvadora sin aceptar a Cristo, sin confiar en Él; y usted podría conocer y reconocer a Cristo como el Salvador por el tiempo que deseara, pero ¿qué unión y comunión con Cristo permitiría? Aceptar a Cristo y confiar y apoyarse en Él sería sólo un efecto de la fe, pero un efecto no completa la existencia de una cosa que ya se haya completa antes del efecto; y la fe salvadora no sería diferente de la fe histórica, sino que sería de su misma naturaleza. Pues la fe histórica, es también la aprobación mental a la verdad del Evangelio, e incluso los demonios y los inconversos tienen esta fe. Si se dijera que el conocimiento de una de ellas es espiritual y el de la otra no, responderíamos: (1) Si bien es cierto que el conocimiento de los convertidos es diferente al de los inconversos, aun así, el asunto seguiría siendo el mismo. Su conocimiento histórico, si se aprobara, sería fe histórica tanto en uno como en el otro. (2) Las Escrituras nunca hacen que la espiritualidad del conocimiento histórico sea la característica distintiva de la fe salvadora. (3) Es cierto que el conocimiento de fe de una persona inconversa no es espiritual. Y de la misma fe, uno nunca puede saber con certeza si esa persona realmente cree; de esto uno se puede dar cuenta únicamente por los frutos, y eso estaría del todo equivocado.

“En cuarto lugar, la fe salvadora cree en Dios, en Cristo, y no se detiene en la Palabra sino que, a través de la Palabra llega a la persona de Cristo, y confía en Él. ‘Mas no ruego solamente por éstos, sino también por *los que han de creer en mí por la palabra de ellos*’ (Jn. xvii. 20). Esto es lo único que da a la fe su propósito, naturaleza y perfección; por lo cual, las Escrituras dicen que la fe salvadora consiste en creer en Dios, en Cristo: ‘Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo’ (Hch. xvi. 31). Creer en Cristo es fe propiamente tal y no el fruto de la fe, lo cual tendría que ser en caso que la fe fuera mero conocimiento y aprobación.

“En quinto lugar, es la propia fe la que une el alma a Cristo, la que se apropia de las promesas, satisface la conciencia, permite acceso al trono de gracia y da la audacia para llamar Padre a Dios (Ef. iii. 17; Juan iii. 36; Ro. v. 1; Ef. iii. 12). Pero la mera aprobación de la verdad no puede hacer ninguna de estas cosas. Usted puede aprobar todo el tiempo que quiera, pero eso nunca hará que una sola promesa le pertenezca; no va a unir su alma a Cristo, ni tampoco le dará la audacia para decir ‘Abba, Padre.’ Es por ello que la mera aprobación no es la fe salvadora. Se puede decir que el aceptar a Cristo y confiar en Él es obra de la mente aprobadora, y así mismo el fluir de los resultados anteriormente mencionados desde la aprobación de la verdad. Pero a eso respondo: (1) Que la mera aprobación, como tal, no puede obtener estos resultados, sino que ellos son sus frutos; que la aprobación debe en primer lugar obrar la aceptación y la confianza en Cristo; por lo que es la *forma* de la fe, y no su naturaleza. Por otra parte, las Escrituras atribuyen todas estas cosas a la fe en sí, no a sus frutos. (2) Lo mismo puede decirse del conocimiento de los misterios del Evangelio, que tiene el mismo efecto; que esto también une a Cristo, se apropia de las promesas, etc.; pero dado que esto sería absurdo, también resulta absurdo decir que la mera aprobación obra estas cosas. Y por lo tanto, resulta certero decir que la fe salvadora no es aprobación, sino confianza.

“En sexto lugar, lo contrario de la fe salvadora no es el rechazo de la verdad del Evangelio, sino el no lograr confiar en Cristo. ‘El que cree en el Hijo’: ‘El que rehúsa creer en el Hijo’ (Jn. iii. 36, Traducción holandesa); ‘No se turbe vuestro corazón—creed también en mí’ (Jn. xiv. 1);

‘¿Dónde está vuestra fe?’ (Lc. viii. 25). En el último texto, la fe es contrastada con el miedo. De ahí que la fe verdadera no sea aprobación, sino confianza.”

La característica de Brakel es que él considera la fe, no como un hábito inherente, sino como una acción que proviene del corazón; y, en relación a esto, que el órgano de la fe y su lugar de residencia no se encuentran en el entendimiento, sino principalmente en la voluntad. Comrie, por el contrario, enseñó que la fe es el hábito increado e inherente, cuyo momento principal es el ser *convencido*.

En su “Explicación del Catecismo de Heidelberg” (ii., 312) leemos:

“La pregunta, ‘¿Qué es la fe verdadera?’ es muy importante, y merece la más cuidadosa consideración; pues sólo aquellos que tienen la fe verdadera pueden ser salvos. Pues si bien en la fe propiamente tal no existe poder salvador inherente, Dios ha establecido tal conexión entre la salvación y la fe impartida, que sin esta última ninguna persona, ya sea joven o anciana, puede ser salvada. Los niños, así como los adultos, deben por este medio ser incorporados a Cristo; pues no existe salvación en ningún otro.

“Esta pregunta resulta terriblemente torcida y distorsionada por aquellos que siempre hablan de la fe como de una *acción* o *acciones*. Al leerse la definición de fe (Catecismo de Heidelberg, pregunta 21), ellos dicen que esto describe, no la *naturaleza* y el *carácter* de la fe, sino su *perfección* y *más alto grado*. Veremos cómo los Reformadores han definido la fe como un instrumento de acuerdo con el fundamento verdadero de la Palabra divina, en armonía con la doctrina de la gracia gratuita y en su relación con la justificación, y no según el principio de las obras de los semi-pelagianos, como muchos hacen ahora; quienes también dicen que los autores de la vigésimo primera pregunta no describieron la verdadera fe de la cual la respuesta anterior había hablado brevemente, demostrando que sólo pueden ser salvos aquellos que están injertados en Cristo y así recibir todos Sus beneficios a través de una fe verdadera; sino que ellos describieron las obras de la fe. Pero ¿cómo es posible que los autores del Catecismo pudieran olvidar lo que ellos mismos acababan de declarar como la condición esencial de salvación para todo hombre, y hablar de un grado alto y perfecto de fe, el cual no es alcanzado por todos los redimidos, si tomáramos las palabras del Catecismo en su sentido literal? No, amado, la pregunta se refiere a la misma fe de la cual hemos estado hablando, la fe que es indispensable para todos, tanto niños como adultos; es decir, la fe impartida, la cual ha sido definida como una *facultad* y *hábito impartidos, forjados en los escogidos por el Espíritu Santo con poder re-creador e irresistible cuando ellos son incorporados a Cristo; mediante lo cual ellos reciben todas las huellas que Dios el Espíritu Santo les confiere a través de la Palabra (en relación con los niños, esto ocurre de una manera desconocida para nosotros), y mediante lo cual se encuentran activos de acuerdo a la naturaleza y el contenido de la Palabra, cuyos propósitos son revelados a sus almas*. De ahí que la realidad o sinceridad de la fe impartida no dependa de las acciones de fe, sino que la sinceridad de estas acciones depende de la realidad y la sinceridad de la facultad o hábito de los que ellas han surgido; de modo que, aunque ninguna acción surja de ella, como en los niños escogidos fallecidos, aun así ellos poseen la *verdadera fe*, a partir de la cual las acciones habrían surgido si ellos hubieran sido capaces de emplear sus facultades racionales.

“Por otra parte, la fe impartida desarrolla todas sus facultades, no en un instante, sino poco a poco; y aunque una acción pueda no parecer tan fuertemente pronunciada como otra, esto no es señal de falta de sinceridad; sino que es la señal de que esas acciones no son visibles. Por ejemplo, el sentido del gusto puede ser perfecto, aunque nunca se haya probado lo dulce, y formarse una idea de dulzura resultaría entonces imposible; sin embargo, una vez que se haya probado lo dulce, esa idea no será producida por una nueva facultad de gustar lo dulce, sino por un objeto nuevo, el cual estimula la facultad y que producirá la idea que no se poseía antes. “Lo mismo es cierto respecto de la fe forjada internamente; con referencia al hábito de la fe, este se imparte y perfecciona por medio de la acción sobrenatural del Espíritu Santo en un momento específico, pero no actúa hasta que el alma se hace consciente de él. Y esta es la razón por la cual algunos hombres, quienes por causa de su esclavitud al miedo a la muerte, durante toda su vida nunca estuvieron seguros de su estado en Cristo, pudieron aun así ser salvados. Sin embargo, no insistiremos sobre este punto; sólo queremos decir que la respuesta describe la verdadera naturaleza y carácter de la *fe* impartida como una facultad, mediante la



cual recibimos el conocimiento de todo lo que Dios nos ha revelado en Su Palabra, y como una seguridad de que Cristo y Su gracia se nos dan libremente de parte de Dios.

“Por lo tanto, resulta evidente— “En primer lugar, que la fe consiste en una convicción o convencimiento. Este es el *género* de la fe. La fe, ya sea humana o divina, no resulta posible sin la convicción de la mente respecto de la realidad del asunto que se cree. Cuando esta falta, no existe fe, sino que sólo se tiene una conjetura, una fantasía, o una suposición.

“En segundo lugar, que esta convicción o convencimiento es el producto o acción, no de la fe propiamente tal, sino del testimonio que es tan convincente y persuasivo que su verdad no puede ser puesta en duda. Esta es la naturaleza de todo convencimiento; el alma, a fin de ser persuadida, no actúa, sino que simplemente recibe las pruebas del asunto en cuestión, y se convence tan profundamente, que ya no se encuentra en libertad, ya sea de rechazar o de aceptar esa convicción, sino que debe cederse con la mayor disposición a la verdad.

*“En tercer lugar, que, de acuerdo al grado de claridad con el cual el testimonio divino, como con un argumento, estampe la fe impartida en relación a los asuntos de nuestra herencia perdida y del camino de salvación, la convicción de la verdad o del contenido del testimonio será más o menos firme y convincente.*

“Por último, que tal como la fe es forjada por un testimonio, así también se *vuelve activa por un testimonio de la Palabra de Dios, entregado por una acción del Espíritu Santo*. Encontrándose entonces en el adulto, la hija de la Palabra (*Bathkol, filia vocis*), se encuentra también, de principio a fin, sujeta a la Palabra, obedeciéndola y siguiéndola en todas las cosas. Pues se trata de una norma establecida entre los Reformados, que a través de la acción del Espíritu Santo, primero recibimos una facultad, de la cual proceden las actividades posteriores; y que esta facultad impartida no funciona por su propia energía, a menos que fuera causada (*acti agimus*: siendo capacitados, actuamos) por medio de la Palabra y del poder omnipotente del Espíritu Santo que acompaña a esa Palabra, en la cual y por la cual entra y penetra en el alma como su instrumento y órgano, para estimularla hacia la actividad y para fluir hacia esa actividad.

“En cuanto a la fe misma, es preciso recordar— “En primer lugar, que casi todas las confesiones antiguas y privadas de múltiples mártires, desde el año 1527, han entendido la fe impartida de este modo, según nuestros teólogos de Heidelberg la describen, en la respuesta de la vigésima pregunta en *general*, y en la de la pregunta vigésimo primera en forma particular.

“En segundo lugar, debemos llamar su atención cristiana a las acciones que se derivan de la fe impartida. Los teólogos contemplan opiniones diferentes en relación a la cantidad de estas acciones de fe, y respecto de cuál es el acto de fe propiamente tal, sólo diremos unas palabras en relación con ambos. En lo que respecta a la cantidad, el celebrado Witzius enuncia *nueve*: tres acciones anteriores, tres acciones propiamente tal, y tres acciones posteriores. Y nosotros no nos oponemos a esto; todo hombre es libre de expresarse como le plazca. Sin embargo, preferimos el método antiguo, que sostiene que la fe consiste en tres cosas: *conocimiento, aprobación y confianza*. No tenemos ninguna duda de que todo lo que la Palabra de Dios enseña respecto de la fe puede ser fácilmente organizado en el marco de estas tres acciones. En cuanto al acto de fe propiamente tal, el cual es llamado el *actus formalis fidei*; es decir, el acto formal de la fe, se sostienen las siguientes opiniones: (1) que es la aprobación; (2) que es la *venida de Cristo*; (3) la *aceptación de Cristo*; (4) una *cierta confianza en Cristo*; y, por último, que es el *amor*. Las discusiones de los teólogos sobre este punto son violentas, y muchos tratados son escritos por las diferentes partes, ya sea para establecer sus propias opiniones o para refutar aquellas de otros.

“Amados, consideramos que podríamos dejar que este asunto pasara inadvertido, si no fuera por el hecho de que esta definición puede favorecer en este respecto a los semi-pelagianos, quienes sostienen que la fe es una acción, y que recibe su existencia formal por medio de una acción: ‘Forma dot esse rei’ (la forma da existencia a la materia). Y al ver que algunos comienzan a desviarse, decimos: *Que ninguna acción ni conjunto de acciones pueden dar su forma o existencia a la fe*. Pues ello implicaría, que la fe impartida que el Espíritu Santo obra en los escogidos es una fe *no formada*, que carece de aquello que es esencial a su existencia. Y

esto resulta absurdo, dado que por este 'actus formalis' que se implica es atribuible más a nosotros que al Espíritu Santo; sí, mucho más, en la medida que la forma es más excelente que el material. De acuerdo a esta suposición, Él nos imparte sólo el material de la fe, sin su forma; y por medio de nuestra acción o acciones, le damos forma a esa fe sin forma."

Nuestro objetivo principal al presentar estas citas, fue *que el estudiante* pudiera recibir el contraste de los propios labios de estos dos hombres, y que de ese modo descubriera que la ligera desviación de Amesius a partir de Calvino, y de Beza en Brakel ya se inclina demasiado hacia lo subjetivo; y que el carácter *objetivo* de la gracia salvadora está suficientemente cubierto sólo por la postura de San Agustín, Thomas, Calvino, Zanchius, Voetius, Comrie. Brakel tenía razón al oponerse al dogmatismo petrificado de su época. Pero cuando sistematizó su oposición, fue demasiado lejos en esa dirección. De manera exacta a como Köhlbrugge estaba en lo correcto cuando, en oposición a sus contemporáneos, mantuvo el objetivo tan inflexiblemente como pudo, en tanto que sus seguidores se equivocan cuando sistematizan su entonces necesaria oposición.

Siguiendo la línea de Agustín, Calvino, Voetius, Comrie, se puede estar más seguro.

### **XXXVII. La Fe en la Sagrada Escritura**

"Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación."—  
Ro. x. 10.

Calvino, bellamente y con todo detalle, dice que el objeto de la fe salvadora no es otro que el *Mediador*, y siempre bajo la cobertura de la Sagrada Escritura. Esto debería ser aceptado incondicionalmente. Por lo tanto, la fe salvadora es posible únicamente en los hombres pecadores, y mientras ellos se mantengan como tales.

Suponer que la fe salvadora ya existía en el Paraíso, es destruir el orden de las cosas. En cierto sentido, en el paraíso no existía necesidad de salvación, porque había felicidad pura y sin estorbos; y para el desarrollo de esta felicidad hacia una gloria aún mayor, no era la fe sino las obras, el instrumento designado. La fe pertenece al "*Pacto de Gracia*," y únicamente a ese pacto.

Por lo tanto, no puede decirse que Jesús tuvo una fe salvadora. Pues Jesús no fue un pecador y, por lo tanto, no podía tener "esa confianza asegurada de que no sólo a otros, sino también a Él mismo, se le había dado la justicia del Mediador." Sólo tenemos que conectar el nombre de Jesús con la descripción clara y transparente de la fe salvadora, dada por el Catecismo de Heidelberg, para demostrar cuán necio resulta que los teólogos éticos expliquen las palabras "Jesús, el Autor y Consumador de nuestra fe," como si Él hubiera tenido fe *salvadora* tal como todo hijo de Dios.

De ahí que la fe salvadora resulte impensable en el cielo. La Fe es *salvadora*; y aquel que es salvado ha obtenido la finalidad de la fe. Él ya no camina más por fe, sino por vista. Por lo tanto, debe ser entendido a cabalidad, que la fe salvadora se refiere sólo a *los pecadores*; y que Cristo, bajo la cobertura de la Sagrada Escritura, es su único objeto.

Por tanto, se deben distinguir cuidadosamente dos cosas: la fe en el *testimonio* respecto de una persona, y la fe en esa persona en sí.

Haremos una ilustración. Un barco se encuentra listo para zarpar, pero no tiene capitán. Dos hombres se presentan ante el dueño del barco; ambos cuentan con excelentes recomendaciones firmadas por personas encomiables y dignas de confianza. El propietario del barco se encuentra totalmente convencido de la autenticidad absoluta de estas recomendaciones. Y sin embargo, a pesar de esta recomendación, uno de ellos resulta contratado y el otro es descartado. Al conversar con ambos, el propietario ha encontrado que el primero es un sujeto muy sensato, y le permitirá de buena gana a él, como propietario del barco, emitir órdenes durante la travesía; de hecho, el capitán mismo no tendrá que decir nada. Pero el otro hombre, un marinero de verdad, exigió control absoluto de la nave, de lo contrario, no tomaría ninguna responsabilidad. Y, dado que el propietario del barco disfrutaba el dar órdenes, prefirió al capitán sumiso y manejable y desestimó al rudo marinero. En consecuencia, mientras el manso capitán obedecía órdenes durante la primera travesía, perdió el barco; mientras que el barco rival, capitaneado por aquel marinero, volvió a casa repleto con un rico cargamento.

Se distinguen aquí dos tipos de fe. En primer lugar, la presencia o ausencia de fe en la recomendación presentada; en segundo lugar, la presencia o ausencia de fe en las personas a quienes se refiere esta recomendación. En la ilustración, la fe de la primera clase fue perfecta. Esas recomendaciones fueron aceptadas como auténticas; el propietario del barco tuvo una fe perfecta en las firmas. Y sin embargo, lo siguiente que ocurrió fue que él no estuvo inmediatamente dispuesto a delegar su propiedad a alguno de estos capitanes. Esto requería de otra fe; no sólo fe en el contenido de esos documentos, sino también fe de que esos contenidos comprobarían ser ciertos en relación con el comando de su barco. De ahí que él examinara cuidadosamente a ambos hombres, y al descubrir que uno de ellos no dejaba lugar para su carácter firme, resultó natural que contratara a aquel que con su carácter halagaba el egoísmo del propietario. Y entonces, influenciado por este egoísmo, no puso esa segunda fe en la persona adecuada. Su vecino en cambio, no motivado en forma tan egoísta, mantuvo el objetivo en mente, tuvo fe en el osado hombre de mar, y sus beneficios fueron casi fabulosos. Por lo tanto, ambos hombres tuvieron fe incondicional en las recomendaciones; pero uno, negándose a sí mismo, también tuvo fe en el excelente capitán; mientras que el otro, rechazando negarse a sí mismo, no la tuvo.

Aplique esto a nuestra relación con Cristo. Esa nave es nuestra alma. Se está sacudiendo sobre las olas y necesita de un piloto. La travesía es larga y nos preguntamos: “¿Quién la capitaneará de manera segura?” Entonces, se presenta ante nosotros una declaración que concierne a Alguien que es maravillosamente experto en el arte de guiar las almas, de manera segura hacia el puerto deseado. Esa declaración es la Sagrada Escritura, las cuales, a través de todas sus páginas, no ofrecen sino una sola y duradera declaración divina concerniente a la excelencia única de Cristo para conducir almas a puerto seguro. Con esta declaración ante nosotros, nos corresponderá entonces decidir si la aceptaremos o no. Su rechazo pone fin al asunto, de manera que Jesús nunca será el Guía de nuestra alma. Pero aceptarla, diciendo: “Creemos todo lo que está escrito,” permite continuar. Esta confesión implica: (1) fe en la veracidad de la declaración, (2) fe en Dios, quien la entregó; y (3) fe en la verdad de su contenido.

Pero esto no es *fe salvadora*, sino sólo fe en la *declaración*. Creer que eso resultará cierto en nuestro caso, en nuestras propias personas, es muy diferente. Esto no depende de la declaración, sino de si vamos a *someternos a Aquel de quien ella habla*. Aunque este capitán pilotea almas en forma segura por aguas muy profundas, Él no pilotea todas las almas. Ellas deben ser *capaces* y estar *dispuestas* a someterse a Él de acuerdo a Sus demandas. Los que no están dispuestos, son dejados atrás y, tratando de pilotearse a sí mismos, perecen miserablemente. Por lo tanto, debemos someternos. Y esto requiere que dejemos de lado toda nuestra suficiencia, requiere la completa expulsión del ego. Mientras el ego se encuentre en nuestro camino, nos rehusaremos a Él como nuestro Guía espiritual; y tampoco creemos en Su poder. Pero tan pronto como el ego sea arrojado fuera, el yo sea silenciado, y el alma se abandone a Él, la segunda fe despierta, y, estando sobre nuestras rodillas, exclamamos: “¡Señor mío y Dios mío!”

Es exactamente como nuestro Catecismo lo expresa hermosamente y con todo detalle: “Que la fe verdadera consiste en dos cosas: *primero*, un cierto<sup>[2]</sup> conocimiento mediante el cual abrazo como verdad todo lo que Dios ha revelado en Su Palabra; pero *también*, una confianza garantizada, la cual es firme e inconvencible, operada por el Espíritu Santo en mi corazón mediante el Evangelio; de que no sólo a otros sino también a mí, la remisión de los pecados, la justicia eterna, y la salvación, me son ofrecidas gratuitamente de parte de Dios; simplemente de gracia, sólo por el bien de los méritos de Cristo.”

Examinando más de cerca lo que estos dos puntos tienen en común, nos encontramos, no con que uno es *conocimiento* y el otro es *confianza*, sino que ambos consisten en ser *persuadidos*. Con la declaración presentada ante él, el hombre natural se ve inclinado a rechazarla. Él tiene muchas objeciones. “¿Es auténtica?” “¿No es cierto que fue afectada por diversas modificaciones? ¿Puedo confiar en la veracidad de su contenido?” Por mucho tiempo, él continúa su resistencia, y dice: “Ningún hombre podrá jamás convencerme; creo en muchas cosas, pero no en esa escritura imposible.” Pero el Espíritu Santo continúa Su obra. Le muestra que está equivocado; y, aunque aún se resiste, se vuelve como un fuego en sus huesos hasta

que la oposición se hace imposible, y él confiesa que Dios es verdadero y su declaración es legítima.

Sin embargo, esto no es todo. Él todavía carece de la segunda fe: si acaso esto se aplica a él personalmente. Él comienza con negarlo. “Esto no se refiere a mí,” dice; “Jesús no salva a un hombre como yo.” Pero entonces el Espíritu Santo se encuentra con él nuevamente. Él lo trae de vuelta a la Palabra. Sostiene la imagen del pecador salvado ante él hasta que se reconoce a sí mismo en esa imagen. Y aunque aún objeta, “No puede ser así; sólo me estoy engañando a mí mismo,” aun así, el Espíritu Santo persiste en persuadirlo hasta que, totalmente convencido, se apropia personalmente de Cristo y reconoce: “Bendito sea Dios, pues soy un pecador salvado.” Por tanto, no es primero el *conocimiento* y luego la *confianza*, sino que ambos son un convencimiento interior operado por el Espíritu Santo. Y el hombre que ha sido *convencido* de esta manera, *cree*. El que está convencido de la verdad de la declaración divina respecto del Guía de las almas, cree todo lo que se revela en las Escrituras. Y estando también convencido de que el pecador salvado descrito en las Escrituras es él mismo, cree en Cristo como su Fidor.

De ahí que la característica particular de la fe en sus dos etapas, sea la de ser *persuadido*. La fe salvadora es un convencimiento, operado por el Espíritu Santo, de que las Escrituras son una declaración real respecto de la salvación de las almas, y que esta salvación incluye también mi alma.

¿Entonces está equivocado el Catecismo de Heidelberg, cuando habla de conocimiento y de confianza? No; pero se debería notar que no habla del *origen* de la fe, sino de su fruto y ejercicio, estando ello ya establecido. Estando convencidos de que las Escrituras son verdaderas, y creyendo la declaración divina con respecto a Cristo, poseemos a la vez conocimiento cierto e indubitable sobre estas cosas. Y estando persuadidos de que esa salvación incluye a mi alma, por causa de este convencimiento, yo poseo una confianza firme y segura de que el tesoro de la redención de Cristo es también mío.

De este modo, la fe tiene tres etapas: (1) *conocimiento de la declaración*; (2) *certeza de las cosas reveladas*; y (3) *convencimiento de que esto me concierne personalmente a mí*. Estas solían llamarse *conocimiento*, *asentimiento* y *confianza*; y estamos dispuestos a adoptarlas, pero deben usarse con cuidado. Por la *primera* sólo debe entenderse la obtención de conocimiento de forma independiente a la fe. De ahí que el Catecismo de Heidelberg la omite, por no pertenecer ella al poder de la fe, y sólo mencione *asentimiento* y *confianza*. Pues ese conocimiento cierto del cual habla, no es lo que los escolásticos ponen en primer plano como conocimiento; sino lo que ellos llaman *asentimiento*. El *conocimiento* no es la palabra contundente, sino la *certeza*.<sup>[3]</sup> No es el conocimiento, sino la *certeza* del conocimiento lo que pertenece a la verdadera fe.

Por esa razón, algunos solían distinguir conocimiento y asentimiento, y los trataban por separado. Pues se debe recordar que los inconversos no entienden las Escrituras, ni pueden leer su declaración. Al no ser nacidos de agua y del Espíritu, no pueden ver el Reino de Dios. El hombre natural no entiende las cosas espirituales. Por ello es que decimos enfáticamente que el hecho de que el conocimiento preceda a la fe y que la fe deba asentir a él, implica la *iluminación* del Espíritu Santo. Sólo bajo esa luz se puede ver la gloria de las Escrituras y comprender su belleza; sin esta luz, el conocimiento no es sino un obstáculo para el hombre natural. Aun así, no es parte de la fe, sino sólo una parte de la obra del Espíritu que hace posible la fe.

Una verdad o una persona no constituyen la fe, sino el objeto de ella; la fe en sí misma es el ser persuadidos cuando, una vez que toda oposición ha acabado, el alma ha obtenido indubitable *seguridad*. De ahí el absurdo absoluto de hablar de la fe en forma separada de las Escrituras, o dirigida sobre cualquiera que no sea Cristo; o de llamar fe a una tendencia universal del alma que clama por salvación, para calmar su sed. Todo esto le roba a la fe su carácter. Cuando yo digo, “creo,” con ello quiero decir que esto o aquello es para mí un hecho indubitable. A fin de poder creer, uno tiene que estar *seguro*, *convencido*, *persuadido*—de lo contrario, no puede haber fe; y el fruto de este estar persuadido es conocimiento abundante, gloriosa confianza, y acceso al Señor.

Sin embargo, debe tenerse en cuenta que hemos hablado de la fe, tal como se manifiesta en la *superficie*. Pero eso no es suficiente. Aún debemos examinar la raíz, las fibras de la fe que se encuentran en el alma. Debemos examinar la facultad que *capacita* al alma para creer. Sobre esto trata el siguiente artículo.

### XXXVIII. La Facultad de Fe

<blockquote>“Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios.”—Ro. viii. 14.</blockquote>

La fe salvadora debería entenderse siempre como una disposición del ser espiritual del hombre, mediante la cual puede llegar a tener la seguridad de que el Cristo tras las Escrituras, el *único* Salvador, es *su* Salvador.

Escribimos intencionadamente una “*disposición*” mediante la cual el hombre puede *llegar a tener la seguridad*. Tal como hay agua en las tuberías, aunque no se encuentre corriendo por una llave en este momento, o tal como el gas se encuentra en los ductos, aunque no esté ardiendo; así mismo, por causa de la regeneración, la fe se encuentra presente como una disposición en el ser espiritual del hombre, aun cuando él todavía no crea, o cuando haya dejado de creer. Si la casa está conectada a las obras hidráulicas de la ciudad, el agua puede correr; pero no por esta razón estará siempre corriendo; así como tampoco el gas se encontrará siempre ardiendo. La diferencia que existe entre esta vivienda y la de su vecino, es que en la primera el agua *puede* fluir y el gas *puede* arder, ya que la de su vecino no se encuentra conectada como lo está esta.

Existe una diferencia similar entre los nacidos de nuevo y los no nacidos de nuevo; es decir, entre aquel que se une a Jesús y aquel que no se ha unido a Él. La diferencia no radica en que el primero crea y lo haga en forma constante y en todo momento, sino sólo en esto: que él *puede* creer. Pues quien no ha nacido de nuevo *no* puede creer, ha destruido deliberadamente el don precioso y divino mediante el cual él podría haberse unificado a la vida de Dios. Dios le dio ojos para ver, pero él se ha cegado a sí mismo en forma deliberada. Por lo tanto, no puede ver a Jesús. El Cristo vivo no existe para él. No ocurre así con el hijo de Dios nacido de nuevo. Es cierto que él también es un pecador; él también se ha cegado a sí mismo en forma deliberada; pero se ha realizado en él una operación tal, que ha restaurado su vista de manera que ahora sí puede ver. Y esta es la *facultad de fe* que le ha sido implantada. Esta facultad afecta la conciencia. Tan pronto como el hecho de que Cristo es el *único* Salvador y *mi* Salvador, es introducido a mi conciencia—la cual es la clara representación de todo mi ser, y se adapta y se une perfectamente a ello como una verdad fundamental, indubitable y firmemente establecida—entonces *creo*.

Pero esta verdad no se ajusta a la conciencia del hombre natural. Él puede introducirla de vez en cuando por medio de una fe temporal o histórica, pero sólo como un elemento extraño, y su naturaleza reacciona inmediatamente en contra de ella; exactamente de la misma manera que la sangre y el tejido reaccionan, en contra de una astilla que se ha insertado en un dedo. Por esta razón, una fe pasajera nunca puede salvar a un hombre, sino, por el contrario, lo daña; pues hace que su alma se infecte.

Por principio, la conciencia humana, tal como es según su naturaleza, y el Cristo que se encuentra tras las Escrituras, son diametralmente opuestos. Uno excluye al otro. Lo que se ajusta y acomoda a la conciencia del hombre natural, es la *negación* constante de Cristo. Esta conciencia natural es la representación de su existencia pecaminosa; y como un pecador inconverso siempre se hace valer a sí mismo, se cree salvable, y más aun, pretende salvarse a *sí mismo*, no puede tolerar a Cristo. Cristo resulta impensable para él; por lo tanto, no puede aceptarlo. No, no existe ninguna necesidad de Él; él mismo también puede salvar, con Jesús, o simplemente, tan bien como Jesús, o siguiendo el ejemplo de Jesús; por esta razón, este Jesús no es en ningún caso el *único* Salvador.

Pero si el Cristo que se encuentra tras las Escrituras se ajusta a su conciencia, esa conciencia debe haber sido cambiada de lo que era según su naturaleza; y, siendo el *reflejo y la representación* de su ser y de todo lo que contiene, se deduce que para dar cabida a Cristo,

pero no para complacerlo a Él, sino debido en forma absoluta a su propia necesidad, su ser requiere primero ser cambiado. Por lo tanto, ocurre un *doble cambio*:

*En primer lugar, el nuevo nacimiento, que cambia la posición de su ser interior.*

*En segundo lugar, el cambio que afecta a su conciencia, mediante la introducción de la disposición a aceptar a Cristo. Y esta disposición, siendo el órgano de su conciencia mediante el cual puede hacer esto, es la *facultad de fe*.*

Los padres han señalado acertadamente que esta disposición también ha sido impartida a *la voluntad*. Y no puede ser de otra manera. La voluntad es como una rueda que mueve los brazos de un molino de viento. En el Adán sin pecado, esta rueda permaneció perfectamente cuadrada sobre su eje, girando con la misma facilidad a la derecha y a la izquierda—es decir, se movía tan libremente hacia Dios como hacia Satanás. Pero en el pecador, esta rueda está en parte movida de su eje, de manera que puede girar únicamente a la izquierda. Cuando quiere pecar, puede hacerlo. En este sentido el eje se encuentra despejado; él tiene el poder para pecar. Pero la rueda no puede girar en sentido contrario; tal vez sólo un poco, con mucha dificultad y mucho chirrido, pero nunca lo suficiente como para moler maíz. El funcionamiento de su voluntad nunca podrá producir ningún bien salvador. Él no podrá hacer que la rueda de su vida gire hacia Dios, mediante la energía de la voluntad.

Incluso después de que él ha sido cambiado interiormente, y que la facultad de fe ha entrado en su conciencia, ella resultará inútil mientras la impotente voluntad entre en la conciencia para expulsar su seguridad cristiana. Por lo tanto, para que la voluntad pueda servir a la conciencia cambiada, debe ser forjada por Dios. De ahí que la disposición de fe sea impartida no sólo a la conciencia, sino también a la voluntad, para adaptarla así al Cristo de las Escrituras. La voluntad del santo es llevada de nuevo a moverse libremente hacia Dios. Cuando el ego cambia su dirección y la voluntad es cambiada, sólo entonces la nueva disposición puede entrar en la conciencia, para estar seguros de que el Cristo que se encuentra tras las Escrituras es el único Cristo y es su Cristo.

La facultad de fe es por tanto algo complejo. No puede ser independiente de la conciencia y del conocimiento; ya que implica un cambio del ser del hombre y la libertad de la voluntad para avanzar hacia Dios. Por ello, esta facultad no es un desarrollo espontáneo de la vida implantada, ni es independiente de ella; pero como disposición, puede entrar en nosotros sólo después del nuevo nacimiento, e incluso entonces nos debe ser dada por la gracia de Dios. Por supuesto, el hombre en el cual la facultad de fe empieza a trabajar, creará en las Escrituras, en Cristo, y en su propia salvación; pero sin ella, él continuará hasta el fin oponiéndose a las Escrituras, a Cristo, y a su propia salvación. Él puede estar casi convencido; pero nunca estará totalmente convencido. Esto será fe temporal, fe histórica, fe en los ideales, pero nunca fe salvadora.

Pero si un hombre ha recibido esta disposición, ¿es posible que crea de inmediato y para siempre? Seguramente no, no más de lo que un niño normal puede leer, escribir o pensar lógicamente. Y cuando a los dieciséis años puede hacer estas cosas, no es debido a nuevas facultades recibidas en forma posterior a su nacimiento, sino al desarrollo de aquellas con que nació. Un hijo de Dios nacido de nuevo posee la facultad de creer; pero no se produce un creer inmediato y efectivo. Esto requiere de algo más. Tal como un niño no puede aprender y desarrollarse sin maestros y sin conexión con su propio entorno, de igual manera la facultad de fe no puede ser ejercida sin la guía del Espíritu Santo y sin conexión con el contenido de las Escrituras.

No podemos decir cómo ésta fue efectuada en niños que han fallecido; no porque el Espíritu Santo no pueda trabajar en ellos así como lo hace en adultos, sino porque ellos no conocen las Escrituras. Sin embargo, debido a que las Escrituras dan testimonio únicamente de Cristo, el Espíritu Santo puede tener una forma de llevar al niño no-pensante hacia una conexión con Cristo, del mismo modo que ha provisto las Escrituras para los hombres pensantes. En cualquiera de estos casos, la facultad de fe no puede producir nada por sí misma, sino que debe ser estimulada y desarrollada mediante la preparación y ejercicio del Espíritu Santo, aprendiendo poco a poco a creer—una preparación continua hasta el final; pues hasta que morimos, el obrar de la fe aumenta en fuerza, en avance y en gloria.

Pero esto no es todo. Un hombre puede tener la facultad de fe plenamente desarrollada y ejercitada, pero esto no quiere decir que, por lo tanto, *creerá siempre*. Por el contrario, la fe puede ser interrumpida por un período de tiempo. De ahí que la fe no debe ser llamada *el aliento del alma*; porque cuando un hombre deja de respirar se muere. No; la facultad de fe es más bien como la potencia que tiene un árbol para florecer y producir fruto: aparentemente muerto una temporada, pero bello y floreciente en la siguiente. El que yo posea la facultad para pensar resulta evidente, no de mi pensamiento ininterrumpido, pues cuando estoy dormido no pienso; sino que resulta evidente de mi forma de pensar cuando *debo* pensar. Así mismo ocurre con la facultad de fe, que ocupa la misma posición que las facultades de pensar, hablar, etc.

En cuanto a estas facultades, se distinguen tres cosas: (1) la propia facultad; (2) su necesario desarrollo; (3) y su ejercicio cuando es suficientemente estimulada. Por lo tanto, nos damos cuenta no sólo de la primera operación del Espíritu, la *implantación* de la facultad de fe; así mismo, no nos damos cuenta sólo de la segunda operación, la *capacitación* de esa facultad para el ejercicio; sino también de la tercera, la *estimulación* y el llamado a la acción de creer, cada vez que al Espíritu Santo Le plazca.

No existe hombre que esté en sí mismo dotado de la facultad de fe, sino que es el Espíritu Santo quien lo ha *dotado* de ella. No existe hombre habilitado para esta facultad de creer, sino que también es el Espíritu Santo quien ha *habilitado* esa facultad. Tampoco existe un hombre que use esta capacitación, creyendo de hecho, a menos que el Espíritu Santo haya *obrado* esto en él.

La vida tiene sus altibajos. Lo vemos en el amor. Usted tiene un hijo a quien ama con ternura. Pero en la vida cotidiana usted no siempre siente ese amor, y a veces se acusa a sí mismo de estar frío y de no sentir un cálido apego por el niño: Pero imaginemos que alguien le hiciera daño, o que se enfermara—o peor aún, que su vida se encontrara en peligro—y entonces su amor adormecido se despertaría en un instante. Ese amor no vino a usted desde fuera, sino que habitaba en las profundidades de su alma, dormitando hasta que fuera despertado por completo por causa del incisivo agujón del dolor. Lo mismo se aplica a la fe. Durante días y semanas podremos tener que reprocharnos a nosotros mismos la condición incrédula de nuestro propio corazón, cuando el alma parece seca y muerta como si no existiera vínculo de amor entre nosotros y nuestro Salvador. Pero, ¡he aquí! el Señor se revela a nosotros, o tal vez el sufrimiento nos abrumba, o la seriedad de la vida de pronto se apodera de nosotros, y en un instante, esa fe que estaba aparentemente muerta, será avivada y el vínculo del amor de Jesús se sentirá fuertemente.

Y más que esto: inspirado por el amor, usted está constantemente haciendo algo por su amado, pero sin decir: “hago esto o aquello por él, porque lo amo tanto.” Así también ocurre en relación a la fe: la fe salvadora es una disposición de cuya actividad no siempre nos damos cuenta, pero tal como otras facultades, trabaja continuamente, con inadvertidas funciones. De ahí que con frecuencia ejerzamos la fe sin estar especialmente conscientes de ello. Nos preparamos particularmente para pensar o hablar cuando una ocasión especial lo requiere; y de ese modo, actuamos con propósito consciente desde la fe cuando, bajo circunstancias particulares, debemos presentarnos osadamente como testigos o tomar alguna decisión importante.

Pero este es nuestro consuelo, que el poder salvador de la fe no depende de una acción especial de creer; ni de actos menos conscientes; ni siquiera de la capacidad de fe adquirida, sino únicamente del hecho de que la semilla de fe ha sido plantada en el alma. Por lo tanto, un niño puede tener fe salvadora, aun cuando nunca hubiera realizado una sola acción de fe. Y así permanecemos salvos, incluso cuando la acción de fe pueda dormitar por una temporada. El hombre, una vez que ha sido dotado de la fe salvadora, es salvo y bendecido. Y cuando una y otra vez surgen las acciones de fe, él no se vuelve salvo en un *mayor grado*, sino que es sólo la evidencia de que, a través de la misericordia infinita de Dios, la semilla de fe ha sido plantada en él.

### XXXIX. Aprendizaje Defectuoso

“Y el que creyere en él, no será avergonzado.”—1 P. ii. 6.

San Pablo declara que la fe es el don de Dios (Ef. ii. 8). Sus palabras, “esto no de vosotros, pues es don de Dios,” se refieren a la palabra “fe.”

Una nueva generación de jóvenes expositores afirma confiadamente que estas palabras se refieren a “por gracia sois salvos.” La mayoría de ellos son, evidentemente, ignorantes de la historia de la exégesis del texto. Ellos sólo saben que el pronombre “esto” en la frase “y esto no de vosotros” es neutro en el griego. Y sin realizar un análisis más profundo, consideran establecido que el pronombre neutro no puede referirse a la “fe,” que es femenino en el griego. Permítanos alertar a nuestros lectores en contra de parloteos irreflexivos de una escuela de aprendizaje superficial. Se debe recordar que, si bien nuestra exégesis es y siempre ha sido aceptada casi sin excepción, la opinión contraria es compartida sólo por algunos expositores de los últimos tiempos. Casi todos los padres de la iglesia y casi todos los teólogos eminentes de la erudición griega han considerado que las palabras “pues es don de Dios,” se refieren a la *fe*.

1. De acuerdo con la tradición antigua, esta fue la exégesis de las iglesias en las cuales San Pablo había trabajado.
2. De aquellos que hablaban el idioma griego y que estaban familiarizados con la construcción particular del griego.
3. De los Padres de la Iglesia latina, quienes se mantuvieron en estrecho contacto con el mundo griego.
4. De los estudiosos como Erasmo, Grocio y otros, quienes, como lingüistas, no tuvieron par; y en ellos resulta aún más notable, ya que favorecieron personalmente la explicación de que la fe es obra del hombre.
5. De Beza, Zanchius, Piscator, Voetius, Heidegger, e incluso de Wolf, Bengel, Estius, Michaelis, Rosenmüller, Flatt, Meier, Baumgarten-Crusius, etc., quienes al día de hoy mantienen la tradición original.

Y por último, Calvino, aunque se ha dicho que él ha favorecido la otra exégesis. Pero si se hubiera entregado a la interpretación original, habría dado alguna razón para hacerlo, pues estaba completamente familiarizado con ella. Y esto hace que sea probable que él nunca tuviera la intención de discutir el asunto. El hecho de que él se adhiriera a la exégesis tradicional, queda comprobado por sus propias palabras, en su “Antídoto en Contra de los Decretos del Concilio de Trento” (página 190, edición 1547): “La fe no es del hombre, sino de Dios.”

Incluso nuestros educados laicos reformados están familiarizados con este hecho, aunque sólo fuera a través del estudio del magnífico comentario acerca de los Efesios realizado por Petrus Dinant, ministro de Rotterdam, quien alcanzó el éxito en la última parte del siglo XVII. Lo publicó en 1710, y el libro tuvo una venta tan masiva que fue reeditado en 1726; aun hoy tiene una gran demanda. Citamos de él lo siguiente (vol. i., p. 451): “‘Y esto no de vosotros, pues es don de Dios.’ La palabra ‘esto’ (GRIEGO tau omicron épsilon con acentos tau omicron), se refiere, ya sea al previo ‘ser salvo,’ o a ‘fe.’ Al primero no puede referirse, pues San Pablo ya había establecido que la salvación es un don de Dios. Por lo tanto se debe referir a la fe. Es cierto que el griego (GRIEGO tau omicron épsilon con acentos tau omicron), es un neutro, mientras que (GRIEGO pi iota con acentos sigma tau eta sigma), fe, es un femenino. Pero los estudiosos del griego saben que el pronombre relativo puede referirse de igual manera a lo siguiente (GRIEGO delta omega con acentos rho omicron épsilon), don, el cual es neutro, como a la anterior (GRIEGO pi iota con acentos sigma tau nu sigma), la cual es femenina, de acuerdo a la norma en la gramática griega que rige este punto. Por consiguiente, ‘esto,’ es decir, ‘fe, no de vosotros, pues es don de Dios.’”

Pero, descubrimientos recientes pueden haber alterado esta antigua exégesis. Si los expositores modernos de Utrecht, Groningen y Leiden, quienes han hecho un pasatiempo de esta exégesis moderna, nos mostraran por lo tanto este reciente descubrimiento, los oíríamos muy atentamente. Pero no lo hacen. Por el contrario, dicen: “El asunto está resuelto, y es tan claro que aun un principiante en el idioma griego podría verlo.” Y al decir esto, se juzgan a sí



mismos. Pues inteligencias incomparablemente superiores, tales como las de Erasmo y Hugo Grocio, sabían tanto de griego que al menos estaban familiarizados con sus principios básicos. Y podemos atrevernos a decir que toda la erudición griega que se aloja ahora en la inteligencia de nuestros exegetas provenientes de las universidades recién mencionadas no sería suficiente para dejar a medio llenar el vaso que Erasmo y Grocio en conjunto llenaron hasta el borde. Por esta razón, se puede mantener confiadamente la exégesis tradicional. La declaración certera con que estos jóvenes expositores hacen sus afirmaciones no debe sorprendernos. Su explicación es fácil de encontrar. Casi todos ellos fueron preparados en universidades cuyos profesores de exégesis de Nuevo Testamento buscaban, por medio de sorprendentes observaciones, divorciar a sus alumnos de la interpretación tradicional de las Escrituras; por ejemplo, los estudiantes habían aprendido en casa que “el don de Dios,” en Ef. ii. 8, se refiere a la fe; pero ellos nunca habían consultado el texto original. Luego, el profesor observaba, con perfecta propiedad, que no dice (GRIEGO alpha con acentos épsilon tau eta), sino (GRIEGO tau omicron épsilon con acentos tau omicron), añadiendo: “Los caballeros pueden ver por sí mismos que esto no puede referirse a la fe.” Y, no conociendo el tema, sus inexpertos oyentes suponen que no queda nada que agregar. Si su erudición griega hubiera sido más minuciosa y extensa, ellos habrían sido capaces de formarse un juicio con mayor independencia.

Ellos entran a la iglesia con esta convicción; y cuando un laico común repite la exégesis antigua, ellos se deleitan, al menos en esas ocasiones, al hacer ostentación del fruto de su formación académica; y se le hace entender al laico común que no sabe nada de griego, y que el texto griego se interpreta claramente de la otra manera; y que por tanto, él no puede apoyar la anticuada exégesis.

Cuando a veces el *Heraut* <sup>[4]</sup> se atreve a repetir la opinión antigua y comprobada, estos sabios jóvenes no pueden evitar pensar: “El *Heraut* no actúa de buena fe; el editor sabe muy bien que se traduce (GRIEGO tau omicron épsilon con acentos tau omicron), y que (GRIEGO pi iota con acentos sigma tau eta sigma) es femenino.” Por supuesto, el *Heraut* lo sabe muy bien—tan bien como lo sabían Erasmo y Grocio—y, sabiendo un poco más de griego que estos infantiles rudimentos, se ha tomado la libertad, apoyado por la agradable compañía de los eruditos que recientemente mencionamos, de considerar una opinión diferente a la de los graduados de Utrecht.

Sin duda, todo hombre tiene el derecho a tener su propia opinión y a rechazar la exégesis tradicional. Por otra parte, en Fil. i. 23, se indica claramente que la fe es un don de Dios. Pero presentaremos una objeción en contra de la superficialidad y la ingenuidad de los hombres, que en su ignorancia, se presentan como eruditos y lo hacen parecer como si incluso un principiante en griego, si sólo fuera un hombre *honesto*, no podría apoyar en ninguna medida la opinión contraria. Pues es imperdonable que una persona se atreva a pronunciar sentencia sobre otra que sabe de lo que está hablando, tal como se verá en el post scriptum de este artículo.

El lector será amablemente paciente, para que podamos tratar este asunto en forma algo extensa, pues es a un principio a lo que hace referencia. Nuestras universidades niegan nuestra confesión de fe. Aunque ellas pueden reconocer que Dios es el autor de la salvación, la fe (como ellas lo interpretan) se toma en el sentido de un medio que se origina de la unión del aliento del alma y el obrar interior del Espíritu Santo. De ahí su manifiesta preferencia por aquella exégesis novedosa, que también se hace evidente por el esfuerzo enérgico y persistente que hacen para popularizarla.

Y esta tendencia se manifiesta en muchas otras direcciones. Existen pocas oportunidades para realizar investigaciones individuales del original. De ahí que la enseñanza recibida en Utrecht constituya la única fuente de información. Y esta se encuentra tan profundamente arraigada en el corazón y la mente, que el estudiante no puede concebir que pueda ser de otra manera. Por otra parte, los razonamientos han sido presentados en forma ininterrumpida y de manera tan concisa, que obtener argumentos convincentes para puntos de vista contrarios parece absolutamente imposible.

Así las cosas, nuestros jóvenes teólogos, honestos en sus convicciones y leales a ellas, declaran desde el púlpito y en conversaciones privadas que la ambigüedad referente a diversos puntos doctrinales está fuera de cuestión; de modo que es preciso conceder y reconocer que los expositores antiguos estaban decididamente equivocados. Y esta es la causa de la fuerte oposición que existe en contra de muchas opiniones establecidas, incluso entre nuestros mejores ministros; no por amor a la oposición, sino porque convicciones sinceras les impiden seguir cualquier otra línea de conducta, al menos, mientras no puedan encontrarse mejor informados.

Y esto no puede permanecer así. No existe seriedad en esa postura. Es indigna del hombre de formación científica; es indigna del ministro. Existe la necesidad de búsqueda e investigación *individual*. Estas novedades de Utrecht deberían ser recibidas con cierto grado de escepticismo. Incluso se puede leer libremente entre líneas, que cuando el aprendizaje de la facultad de Utrecht se opone al aprendizaje de la Iglesia total, debe ser desacreditado.

Y de este modo, nuestros jóvenes se verán obligados a regresar a la investigación original. No sólo eso, sino que se verán obligados a comprar libros. Las bibliotecas de casi todos nuestros jóvenes teólogos no contienen casi nada excepto obras alemanas, producto de la teología de la mediación; por lo tanto, excesivamente unilaterales, no nacionales, foráneas a nuestra Iglesia, en conflicto con nuestra historia. Esta carencia debería primero ser suplida. Y entonces, esperamos que pronto llegue el tiempo cuando cada ministro en nuestras iglesias reformadas estará en posesión de al menos unas pocas sólidas y mejores obras. Y cuando, de este modo, surja la oportunidad para un estudio más imparcial y correcto, la naciente generación de ministros deberá una vez más *reanudar sus estudios* y obtener la convicción por su propia experiencia, incluso como otros ya lo han hecho, de que la labor de estudio e investigación, la cual dará buen fruto para la Iglesia de Dios, aún no está terminada sino que en realidad sólo acaba de comenzar. Entonces, una generación de hombres más serios y mejor capacitados tratará las opiniones que hemos propuesto con un poco más de gratitud, y, lo que es de mucha mayor importancia, tratará la existencia de la fe con mayor consideración.

Es de vital interés, que el *ejercicio* de la fe y la *facultad* de fe no vuelvan a ser confundidos, y que se reconozca que esta última puede encontrarse presente sin que lo esté también el primero. De lo contrario, ocurrirá una desviación completa de la línea de las Escrituras, la cual es también la de las iglesias reformadas. Producirá que la salvación sea dependiente del *ejercicio* de la fe, es decir, del acto de aceptar a Cristo y todos Sus beneficios; y dado que este acto no es de Dios, sino del hombre, nos perdemos en forma imperceptible en las aguas del Arminianismo.

Por lo tanto, todo depende de la correcta comprensión de Ef. ii. 8. Porque la fe no es el acto de creer, sino la mera posesión de la fe, incluso de la fe en su estado de semilla. El que posea la semilla o facultad de fe, y que en el tiempo de Dios también ejercite la fe, es salvo, salvado por gracia, pues le fue impartido el don de Dios.

Anteriormente, los teólogos fueron utilizados para hablar de la existencia y del bienestar de la fe; pero esto se refería a otra peculiaridad, la cual no debe ser confundida con la hasta ahora tratada. Algunas veces la planta de la fe parece ser más fuerte en uno que en otro, y su desarrollo, más maduro y más completo, produciendo ramas, ramitas, hojas, flores y frutos—lo que es evidencia del bienestar de la fe. También puede ocurrir que, en la misma persona, la fe parezca pasar por las cuatro estaciones del año: primero ocurre una marea primaveral, en la cual crece; seguida de un verano, cuando florece; pero también existe un otoño, cuando pierde vitalidad; y un invierno, cuando dormita. Y esta es la transición que ocurre desde el *bienestar* de la fe hasta su mera existencia. Pero, tal como un árbol sigue siendo tal durante el invierno, y poseerá la *existencia* de un árbol aun cuando haya perdido su bienestar, del mismo modo la fe puede aún permanecer como fe viva en nosotros, aunque se encuentre temporalmente sin hoja y sin flor.

Para el consuelo de las almas, nuestros padres siempre señalaron al hecho, y así también lo hacemos nosotros, que la salvación no depende del *bienestar* de la fe, siempre y cuando el alma posea la *existencia* de la fe. Aunque, sobre el ejemplo de nuestros padres, nosotros añadimos que el árbol no está vivo en el invierno, a menos que se active hacia la primavera,

cuando sus yemas brotan nuevamente; y que la *existencia* de la fe da pruebas de su presencia en el alma sólo cuando se activa hacia su *bienestar*.

Post scriptum.

Es necesario señalar dos cosas con respecto a la superficialidad de la cual reclamamos. En primer lugar, que la construcción de un pronombre *neutro* con un sustantivo *femenino* anterior a él, no constituye un error sino por el contrario, un *excelente griego*.

En segundo lugar, que la Iglesia tenía razones por las cuales hasta ahora hacía que las palabras “y esto no de vosotros” se refirieran a la fe.

En lo que respecta al *primer punto*, no nos referimos a una excepción helenística, sino a la norma común, que se encuentra en cada buena sintaxis griega, y que todo exegeta debería conocer.

Una norma que fue formulada por Kühner, entre otros, en su “Ausführliche Grammatik der Griech. Sprache,” vol. ii., I, p. 54 (Han., 1870), y que consiste en lo siguiente: “*Besonders häufig steht das Neutrum eines demonstrativen Pronomens in Beziehung auf ein männliches oder weibliches Substantiv, indem der Begriff desselben ganz allgemein als blosses Ding oder Wesen, oder auch als ein ganzer Gedanke aufgefasst wird.*” Lo cual traducido al español es: Un pronombre demostrativo neutro se utiliza con frecuencia para referirse a un sustantivo masculino o femenino anterior, cuando el significado expresado por esta palabra se toma en un sentido general, etc.

Los ejemplos citados por Kühner dan un golpe mortal a la exégesis de Utrecht. Tomemos, por ejemplo, los de Platón y Jenofonte:

Platón, “Protágoras,” 357, C.:

“Ὁμολογουμέν ἐπιστήμης μηδὲν εἶναι κρείττον, ἀλλὰ τοῦτο αἰεὶ κρατεῖν, οὐποῦ ἀν ἐνη, καὶ ἡδονῆς καὶ τῶν ἀλλῶν ἀπαντῶν.

Platón, “Menón,” 73, C.:

“Ἐπειδὴ τοῖσιν ἡ αὐτὴ ἀρετὴ πάντων ἐστὶ, πειρω εἰπεῖν καὶ ἀναμνησθῆναι, τί αὐτὸ φησὶ Γοργίας εἶναι.

Jenofonte, “Hiero,” ix., 9.

Ἐἰ ἐμπορία ὠφελεῖ τι πόλιν, τιμῶμενος ἀν ὁ πλείστα τοῦτο ποιοῦν καὶ ἐμπόρους ἀν πλείους ἀγείροι.

A los que añadimos tres ejemplos más de Platón, y un cuarto de Demóstenes:

Platón, “Protág.,” 352, B.:

Πῶς εἔχεις πρὸς ἐπιστήμην; πότερον καὶ τοῦτό σοι δοκεῖ ὡσπερ τοῖς πολλοῖς ἀνθρώποις, ἡ ἀλλῶς.

Platón, “Fedón,” 61, A.:

Ἐπελάμβανον; . . . καὶ ἐμοὶ οὕτω ἐνύπνιον ὑπερ ἐπραττον, τοῦτο ἐπικελεύειν, μουσικὴν ποιεῖν, ὡς φιλοσοφίας μὲν οὐσης μεγίστης μουσικῆς, ἐμοὶ δὲ τοῦτο πράττοντος.

Platón, “Teeteto,” 145, D.:

Σοφία δὲ γ οἶμαι σοφοί; –ναί–τοῦτο δὲ νῦν διαφέρει τι ἐπιστήμης.

Demóstenes, “Contra Aphob.,” 11:

Ἐγὼ γάρ, ὡ ἀνορεῖς δικάσται, περὶ τῆς μαρτυρίας τῆς ἐν τῷ γραμμαεῖῳ γεγραμμένης εἰδῶς ὄντα μοι τὸν ἀγῶνα, καὶ περὶ τούτου τὴν ψήφον ὑμᾶς οἰσόντας ἐπιστάμενος ὡθήθη δειν κ. τ. λ.

Por ahora aplazaremos la discusión del segundo punto para otro momento.

Pero es evidente que estas citas alteran todo el pseudoaprendizaje de esta defectuosa erudición; y que las palabras, “y esto no de vosotros, pues es don de Dios,” justamente con el pronombre neutro en el más puro griego, pueden referirse a la fe; por lo que todo este alboroto acerca de la diferencia de género, no sólo carece de todo fundamento, sino que también deja una impresión muy pobre en relación a la erudición de los hombres que han planteado tal objeción.

Por otra parte, debemos demostrar no sólo que la interpretación antigua de Ef. ii. 8 *puede* ser correcta, sino además, que *no puede* ser sino correcta.

Dice así: "Porque por *gracia* sois salvos por medio de la *fe*; y esto *no* de vosotros, pues es *don* de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe. Porque somos *hechura suya*" (Ef. ii. 8-10). La idea principal es el poderoso hecho de que el operador causante de nuestra salvación es *Dios*. San Pablo expresa esto en los términos más convincentes y certeros al decir: "Sois salvos *de* gracia, *a través* de la gracia, y *por* gracia." Si entonces continuara "y esto no de vosotros, pues es don de Dios," tendríamos una frase redundante, con cláusulas gramaticales innecesarias, que está repitiendo tres veces lo mismo: "Lo habéis recibido por gracia, no de vosotros, pues es don de Dios." Y esto serviría, si dijera: "Sois salvos por gracia, y *por lo tanto* no de vosotros"; pero no dice así. Es simplemente, "y esto no de vosotros." La conjunción "y" se interpone. O si dijera: "Vosotros sois salvos por gracia, no de vosotros, pues es obra de Dios," sonaría mejor. Pero primero decir: "Vosotros sois salvos por gracia," (Ef. ii. 8) y luego, sin añadir nada nuevo, repetir, "y esto no de vosotros," es duro y vacilante. Y más aún, si se considera que en el versículo noveno se repite por cuarta y quinta vez, "no por obras; somos hechura suya." Y mientras todo esto es rígido y forzado, dificultoso y superfluo, cuando se adopta la exégesis de los expositores antiguos de la Iglesia cristiana, se vuelve de golpe suave y vigoroso. Pues entonces dice: "Porque por mera gracia sois salvos, por medio de la fe (No como si por este medio de fe la gracia de su salvación no fuera completamente de gracia; no, por cierto que no, pues incluso esa fe no es de vosotros, sino que es el don de Dios). Y, por tanto, salvos por medio de la fe, no por obras, para que nadie se gloríe, porque somos hechura suya." Pero entonces esto genera un paréntesis, el cual es absolutamente cierto; pero incluso esto es verdaderamente paulino. San Pablo oye la objeción, y la refuta una y otra vez, aun cuando él no formule la contraposición.

#### **XL. La Fe Sólo en el Pecador Salvado.**

"Y creyeron la Escritura."—Juan ii. 22.

La fe no es el operar de una facultad inherente en el hombre natural; ni un nuevo sentido añadido a los cinco sentidos; ni una nueva función del alma; ni una facultad que en un principio se encontraba latente y ahora está activa; sino una disposición, un modo de acción, implantado por el Espíritu Santo en la conciencia y la voluntad de la persona que ha nacido de nuevo, mediante la cual ella es habilitada para aceptar a Cristo.

De esto se desprende que esta disposición no pueda ser implantada en un hombre sin pecado, y que desaparece tan pronto como el pecador deja de ser un pecador. El santo cree hasta que muere, pero no luego de eso. O más correctamente: la fe desaparece tan pronto como él entra en el cielo, porque entonces no vive más por fe, sino por vista.

La importancia de esta distinción es evidente. Los teólogos de la ética, negando que la fe sea una disposición especialmente implantada y considerando que se trata más bien de un sentido o su órgano, primero latente y luego en estado activo, no pueden admitir esto, sino que repiten que la fe es perpetua, basando su opinión en 1 Co. xiii. 13. De acuerdo a su teoría, no existe diferencia absoluta entre el pecador y aquel que es sin pecado; ellos no creen que, para salvar al pecador, el Espíritu Santo introduce un recurso extraordinario en su persona espiritual. De ahí su persistente esfuerzo para hacernos entender que antes de la caída Adán creía, y que incluso Jesús, el Capitán y Consumador de nuestra fe, caminó por fe.

Pero toda esta presentación es objetada por las palabras apostólicas: "porque por fe andamos, no *por vista*" (2 Co. v. 7). Y de nuevo: "Ahora conozco en parte; pero entonces conoceré como fui conocido" (1 Co. xiii. 12), en relación con lo anterior "mas cuando venga lo perfecto, entonces lo que es en parte *se acabará*" (v. 10). Y no menos por la palabra de nuestro Señor, que veremos a Dios tan pronto como seamos limpios de corazón (Mt. v. 8).

Y a partir de este punto, sabemos con certeza que la fe en el sentido de la fe salvadora no es perpetua; que no existía en el Paraíso, sino que sólo puede ser encontrada en un pecador perdido. Para poder ser dotado de una fe salvadora, la persona debe ser un pecador, así

mismo como el alivio del dolor sólo puede darse a una persona que se encuentre sufriendo dolor.

“Muy bien,” dicen los éticos, “lo aceptamos.” Pero cuando el médico trata de mejorar la respiración de un asmático haciéndole inhalar aire fresco, esto no implica que una persona sana no inhale. Por el contrario, una persona sana inhala fuerte y profundamente, y el propósito del médico es *ayudar* a la función *normal* de respiración. Y lo mismo se aplica a la fe. Es cierto que el Espíritu Santo sólo puede dar fe al *pecador*, pero con toda seguridad, un santo saludable como lo fue Adán antes de la caída y como lo fue Cristo, creían; porque la fe no es sino el aliento del alma. En Adán y en Cristo, esta respiración era espontánea; y en los pecadores como nosotros, se encuentra alterada. Por lo tanto, necesitamos ayuda para ser curados. Pero cuando nuestras almas inhalen una vez más y libremente el aliento de la fe, sólo habremos recibido lo que Adán y Jesús tuvieron antes que nosotros.”

Y nosotros nos oponemos a esta postura. La fe salvadora no es el aliento común del alma, que primero fue perturbado, y luego fue restaurado. No; es el remedio específico para una persona que se encuentra perdida en el pecado; un recurso que se le ha brindado porque se *convirtió* en un pecador; que se mantiene en su poder mientras  *siga siendo* un pecador; y que se le retira tan pronto como *deje* de pecar. Cuando el recurso ya no resulta necesario, y el alma que ha sido redimida del pecado puede respirar libremente hacia Dios sin el recurso de la fe, completamente restaurada y totalmente redimida, sólo entonces recibe una vez más esa comunión natural y espontánea con el Eterno, la que no requiere de ayuda interventora, sino que es como la del santo Adán y la de Jesús.

La fe es como un par de anteojos, que no sólo es inútil, sino también perjudicial para los ojos que poseen una buena visión; muy útil para los ojos enfermos o débiles. En tanto que los ojos se encuentren en un estado anormal, los anteojos serán indispensables; antes de que se encontraran en ese estado anormal, los anteojos resultaban inútiles (Adán antes de la caída). Los ojos que nunca han sido anormales nunca los necesitaron (Jesús). Tan pronto como sean totalmente restaurados, los anteojos son dejados a un lado (los redimidos en el cielo). Siguiendo este orden, encontramos la fe en relación con la Sagrada Escritura; y aquí el error de los éticos se hace muy evidente. Su teoría que dice que Adán y Cristo, libres de pecado, ejercitaron la fe, y que los redimidos siguen creyendo cuando se encuentran en el cielo, se aleja de las Escrituras. En el Paraíso, un Adán sin pecado no tenía Escrituras; tampoco las tiene Cristo en el trono; y en la muerte, los redimidos pierden para siempre su Biblia. Por ello, la consecuencia lógica de este error, es que la fe de los éticos resulta posible *sin las Escrituras*, y que no está necesariamente destinada a Ellas. De acuerdo a su teoría, el creer es la respiración del alma, pero es sólo un poco más que otro nombre para la oración. De hecho, no deberían haber existido las Escrituras, y en la ausencia del *pecado* no las habría habido; de ahí que la fe, la cual es sólo la restauración de una función del alma que fue perturbada por el pecado, resulta posible sin las Escrituras.

Esta teoría es de gran alcance. Ellos creen que el Señor tenía Sus escogidos incluso entre los paganos, aunque ellos nunca hubieran oído hablar de las Escrituras. Los paganos de la época clásica fueron una especie de cristianos no bautizados, entrando en el Reino de los cielos bajo el liderazgo de su patriarca Platón. Aunque los racionalistas modernos rechacen las Escrituras, aun así, son personas tan encantadoras y dedicadas que la fe no les puede ser negada. Y al razonar de esta manera, llegan a las siguientes conclusiones:

1. Lo principal no es la Confesión, sino el *motivo* del corazón; y
2. Aunque los hombres afirmen haber descubierto fraudes intencionales en las Escrituras, y por tal razón las rechacen, siguen siendo “amados hermanos.”

La coherencia es evidente. Por lo cual los ministros, fieles a la Palabra, debieran tener cuidado respecto de cómo hablan sobre la existencia de la fe, no sea que alimenten el mismo mal que tratan de resistir. Toda esa conversación vaga y tan adornada sobre la fe como el aliento del alma, como la dulce confianza de amor del alma, etc., tiene una tendencia directa hacia el error ético. Pues la postura es una línea divisoria. ¿Usted la reconoce o la niega?

Los éticos la niegan. No existe un límite establecido entre Dios y el hombre, sino una cierta transición entre lo finito y lo infinito en el Dios-hombre; no existe separación absoluta entre los escogidos y los perdidos, sino una especie de transición gradual en la presentación de una redención universal; no existe separación absoluta entre el pecado y la santidad, sino una cierta conciliación en la santificación de los santos; no existe una separación absoluta entre la vida antes y después de la muerte, sino un puente sobre el abismo en el estado de creer. Tampoco existe una separación entre la Biblia y los libros de los hombres, sino una especie de afinidad en los mitos de las Escrituras; y, finalmente, no existe una diferencia entre el estado con fe y el estado sin fe, sino una transferencia de uno a otro en las operaciones preparatorias. El resultado práctico de este falso punto de vista, es la creencia en un *término medio* entre creyentes y no creyentes, es decir, un *tercer* estado para las almas atribuladas. O se puede llamar filosofía; pero entonces ha nacido en la tierra, en su obstinación panteísta que se niega a admitir el contraste absoluto que existe entre el Creador y la criatura, y que audazmente interpreta el ministerio de reconciliación de las Escrituras en el sentido de un sistema esencial, es decir, la mezcla de uno y otro ser.

Las Escrituras se encuentran diametralmente en oposición a esto: “Y separó Dios la luz de las tinieblas” (Gn. i. 4); “Y Dios separó las aguas de la tierra seca”; “Y Dios separó el día de la noche.” Por ello, todos los que reconocen la absoluta separación entre la fe y la incredulidad, deben alinearse en oposición directa a los éticos. Esto explica la causa de nuestro conflicto eclesiástico.

No cabe duda que quienes niegan los contrastes y hacen desaparecer las fronteras divinamente ordenadas, *deben* ser pacifistas; es decir, ellos deben considerar que una fisura en la Iglesia no puede ser permitida. La conclusión fatal de su tendencia panteísta es “No *brechas*, sino *puentes*.” Por lo tanto, nuestra postura confronta este punto de vista a lo largo de toda la línea de nuestra vida eclesiástica y teológica, con consistencia bien definida, estricta y absoluta: gracia especial, o Cristo *pro omnibus*; sólo dos estados, o tres; regeneración directa, u operaciones universales de preparación; Iglesia no dividida, o una Iglesia fiel a la Palabra de Dios; un Dios-hombre, o un mediador entre Dios y el hombre; Escrituras absolutamente inspiradas, o llenas de opiniones humanas ilustradas; y en relación con la fe, una disposición expresamente introducida en el pecador, o la restauración de una función del alma. Por lo tanto, existe oposición a lo largo de toda la postura.

A partir de esto, es fácil determinar la relación que existe entre las Escrituras y la fe. Ambas existen por el bien del pecador, en virtud del pecado y a fin de deshacerse de éste; ninguna de ellas existe sin la otra, ambas deben estar juntas. Sin las Escrituras, la fe es una contemplación sin ningún propósito. Sin fe, las Escrituras son un libro cerrado.

La experiencia lo demuestra. Personas dotadas de la facultad de fe, pero ignorantes de las Escrituras o incorrectamente instruidas, no logran progresar; una vez que han sido instruidas, ellas viven y se fortalecen. Por el contrario, para las personas familiarizadas con las Escrituras desde su juventud, pero que carecen de fe, la Biblia es un libro cerrado; la Palabra no puede entrar en ellos. Pero cuando ambas, Escritura y fe salvadora, bendicen el alma, entonces aparece la gloria del Espíritu Santo; pues fue Él quien concedió en un principio la gracia particular de las Escrituras, y luego también la de la fe.

Esta es la razón por la cual las discusiones para obtener la verdad de las Escrituras nunca resultan de beneficio. Una persona dotada de fe, poco a poco aceptará las Escrituras; pero si no es dotada de ella, nunca las aceptará, aunque esté inundada de apologética. Sin duda, es nuestro deber ayudar a las almas que buscan, explicar o eliminar dificultades, algunas veces incluso silenciar a un escarnecedor; pero hacer que un no creyente tenga fe en las Escrituras, se encuentra absolutamente fuera del poder del hombre.

La fe y las Escrituras deben estar juntas; el Espíritu Santo las destinó una para la otra. Las segundas están así dispuestas, de modo que sean aceptadas por el pecador dotado de fe. Y la fe es una disposición que reconcilia totalmente la conciencia y las Escrituras. De ahí, el “*testimonium Spiritus Sancti*” se debería tomar, no en el sentido racionalista o ético de ser la operación sobre una determinada disposición universal, sino como un testimonio verdadero del

Espíritu Santo, quien mora en la conciencia y nos da el experimentar la adaptación—tal como la que sufre el ojo al color—de las Escrituras a la fe.

## **XLI. Testimonios**

“Pero sin fe es imposible agradar a Dios.”—Heb. xi. 6.

A fin de evitar la posibilidad de ser conducidos por caminos de error, la fe se dirige, no a un Cristo de la imaginación, sino “al Cristo que se encuentra tras las Escrituras,” tal como Calvino lo expresa.

Y por lo tanto, debemos distinguir entre (1) la fe como una *facultad* implantada en el alma sin nuestro conocimiento; (2) la fe como un *poder* mediante el cual esta facultad implantada comienza a actuar; y (3) la fe como *consecuencia*—ya que con esta fe (1) abrazamos la Sagrada Escritura como verdadera, (2) nos refugiamos en Cristo, y (3) estamos firmemente seguros de nuestra salvación en inseparable amor por Emanuel.

A lo que finalmente se debe añadir que esta obra es únicamente del Espíritu Santo, quien (1) nos dio la Sagrada Escritura; (2) implantó la facultad de fe; (3) generó que esta facultad actuara; (4) hizo que esta fe se manifestara en ese acto; (5) en consecuencia fue testigo para nuestras almas, en relación a la Sagrada Escritura; (6) nos permitió aceptar a Emanuel con todos sus tesoros; y, por último, nos hizo encontrar en el amor de Emanuel la garantía de nuestra salvación.

Completamente diferente a esta es la fe *histórica*, la que Brakel describe brevemente según lo siguiente: “La fe histórica es llamada así porque conoce la historia, el relato, la descripción de los asuntos de la fe en la Palabra, los reconoce como la verdad, y luego los deja abandonados como si se tratara de asuntos que no le conciernen en mayor medida que las historias del mundo; porque no se pueden utilizar en sus negocios, ni crean ninguna emoción en el alma, ni siquiera la suficiente como para provocar que el hombre haga una confesión: ‘Tú crees que Dios es uno; bien haces. También los demonios creen, y tiemblan’ (Stg. ii. 19). ‘¿Crees, oh rey Agripa, a los profetas? Yo sé que crees’ (Hch. xxvi. 27).”

Luego viene la fe *temporal*, respecto de la cual Brakel da la siguiente descripción: “La fe *temporal* es un conocimiento y un consentimiento a las verdades del Evangelio, reconociéndolas como la verdad; lo que causa algunos revoloteos naturales en los afectos y las pasiones del alma, una confesión de estas verdades en la Iglesia, y un paseo exterior en conformidad con esa confesión; pero no existe una auténtica unión con Cristo, con la justificación, santificación y redención. ‘Y el que fue sembrado en pedregales, éste es el que oye la palabra, y al momento la recibe con gozo; pero no tiene raíz en sí, sino que es de corta duración, pues al venir la aflicción o la persecución por causa de la palabra, luego tropieza’ (Mt. xiii. 20, 21). ‘Porque es imposible que los que una vez fueron iluminados y gustaron del don celestial, y fueron hechos partícipes del Espíritu Santo, y asimismo gustaron de la buena palabra de Dios y los poderes del siglo venidero, y recayeron, sean otra vez renovados para arrepentimiento’ (Heb. vi. 4, 5, 6). ‘Ciertamente, si habiéndose ellos escapado de las contaminaciones del mundo, por el conocimiento del Señor y Salvador Jesucristo, enredándose otra vez en ellas son vencidos, su postrer estado viene a ser peor que el primero’ (2 P. ii. 20).” Existe también una *fe de milagros*, la cual Brakel describe con las siguientes palabras: “La *fe de milagros* es el hecho de ser convencido interiormente, por un obrar interno de Dios, respecto de que tal o cual obra será forjada de una manera sobrenatural, cuando hablamos o damos una orden, ya sea en nosotros mismos o sobre otros. Pero la capacidad de realizar milagros no es del hombre sino de Dios, por Su omnipotencia, en respuesta a la fe: ‘que si tuviereis fe como un grano de mostaza, diréis a este monte: Pásate de aquí allá, y se pasará; y nada os será imposible’ (Mt. xvii. 20). ‘Y si tuviese toda la fe, de tal manera que trasladase los montes’ (1 Co. xiii. 2). ‘Este oyó hablar a Pablo, el cual, fijando en él sus ojos, y viendo que tenía fe para ser sanado, dijo a gran voz: Levántate derecho sobre tus pies. Y él saltó, y anduvo’ (Hch. xiv. 9, 10). Esta fe fue vista en forma especial en los días de Cristo y de los apóstoles, para confirmación de la verdad del Evangelio.”

Estos tres tipos de fe se asemejan en algunos aspectos a la fe salvadora, pero carecen de su *existencia*. De todas, la que menos se asemeja es la fe para hacer milagros, la que también fue hallada en Judas. La fe que remueve montañas no es la fe que justifica. La fe *histórica* se acerca un poco más, a menos que, por causa de una indolencia y de indiferencia, simplemente haga eco de las palabras de otros sin aceptar su verdad, abriendo así el camino hacia el fariseísmo. La *fe temporal* se acerca más; esta es en realidad obrada por el Espíritu Santo y permite gustar de los dones celestiales, pero no tiene raíz en sí misma. Es como un ramo de flores, que por un día adorna el pecho de la persona que lo lleva, pero que por haber sido cortado de su raíz, ya no constituye una planta.

Por último, se podría hablar de la fe en su *sentido más general*, la cual consiste en la ausencia de toda vacilación, duda u obstáculo para recibir en nosotros el obrar inmediato y directo de la santa majestad de Dios y de la majestad de Su verdad, en una manera tan penetrante, que de forma espontánea creemos que la Palabra y el Ser de Dios son la base y el fundamento de todas las cosas. En este sentido general, San Pablo dice, “Pero sin fe es imposible agradar a Dios” (Hb. xi. 6) y la fe en este sentido más general también perteneció al Señor Jesucristo. Pero esta no es una fe salvadora, pues no tiene nada que ver con la salvación. La *fe salvadora* acepta a Cristo. ¿Entonces cómo podría habitar en Emanuel esta fe que acepta a Cristo?

En lugar de usar nuestras fuerzas para intentar demostrar este hecho evidente, presentaremos a nuestros lectores la bella exposición de Comrie sobre el conocimiento salvador de la fe, y en la que habla de forma tan incisiva como sigue:

“Enumeraremos en forma breve los objetos de este conocimiento de fe:

“En primer lugar, este conocimiento *es una luz divina del Espíritu Santo, a través de la Palabra, mediante la cual me familiarizo, en cierta medida, con el contenido del Evangelio de la salvación que hasta ahora era para mí un libro sellado; el cual, a pesar de que lo entendía en su letra y en sus conexiones, no podía aplicar a mí mismo para dirigir y apoyar a mi alma en la gran aflicción, conflicto y angustia que el conocimiento de Dios y de mí mismo habían traído sobre mí. Pero, ahora se volvió claro y cognoscible para mí. Ahora aprendo, por la iluminación interna del Espíritu Santo, el contenido del Evangelio, para que pueda tratarlo y comunicarme con él.* Y de este modo mamo de estos pechos de consuelo la leche pura, racional y no adulterada de la imperecedera Palabra de Dios. En realidad, las almas que son realmente humilladas por la fe impartida ya no obtienen ningún beneficio de sus propias ideas y opiniones respecto de la verdad del Evangelio; por el contrario, estas tienden a llenarlas de consternación, debido a que su conocimiento que es tan grande, no tiene ninguna utilidad para ellas. He conocido a hombres con excelente conocimiento de la letra, quienes por causa de su entendimiento natural de la verdad y en su temor a la ley, casi exclamaron en las mismas palabras de los demonios: “¿Has venido acá para atormentarnos antes de tiempo?” Sólo recuerde a de Spira y otros. Creo que el conocimiento de la letra del Evangelio, que fue despreciado aquí, será un verdadero infierno en el infierno. Pues si no se cuida este entendimiento de la letra, el cual es sólo un asentimiento a la verdad en sí misma, a menudo ocurre que hace pensar al alma: ‘Esto no es para mí, sino para otros.’ Dios sabe cuántas pobres almas se hunden en esta profundidad, y se mantienen ahí por causa de otras personas que hablan con jactancia. Sin embargo, cuando el Espíritu Santo hace que el divino Evangelio brille en la oscura prisión del alma, para iluminar los ojos de la fe obrada en el interior con una luz celestial y divina, el alma recibe el Evangelio como buenas noticias, y como una palabra de instrucción, aliento y dirección; y es guiada por él, paso a paso, como un niño que a partir de su abecedario aprende a escribir correctamente y a leer. Ahora dice: ‘¡He aquí, veo que aparece un camino!’ Y luego: ‘¡Grandes pecadores han sido salvos, por cierto que debe haber esperanza para mí!’ En la distancia, las puertas de la Ciudad de Refugio se ven abiertas de par en par, y Jesús está esperando detrás de esos muros—sí, Su gloria se ve brillar a través de las puertas. Y de esta manera, por medio de la luz celestial que se vierte sobre la fe que es obrada en el interior, el alma obtiene conocimiento del secreto del Señor en Cristo, quien es revelado a ella. Cuántas veces este conocimiento hace que el alma sea motivada por santos deseos, no necesitamos decirlo. Muchos parecen haber alcanzado con un solo paso o salto el más alto grado; pero, tal como una maravilla noble y exótica, la verdadera fe crece despacio, paso a



paso, desde las previas profundidades de la humillación, hasta que se perfecciona en el trabajo y el ejercicio verdaderos.

En segundo lugar, este conocimiento es *una luz divina del Espíritu Santo en, desde y a través del Evangelio, mediante el cual conozco a Cristo, quien es su Alfa y Omega, como la gloriosa, preciosa y excelente Perla que regocija el alma y el Tesoro escondido en este campo*. Aunque conociera todas las cosas, si no conociera a Jesús por la luz del Espíritu, mi alma sería un almacén lleno de miserias; un sepulcro que parece hermoso en el exterior, pero que por dentro se encuentra lleno de huesos de cadáveres. Y este conocimiento de Cristo, impartido en el alma por la iluminación interior de la luz divina a través del Evangelio, nunca puede por sí mismo dar luz al alma, mientras que no vaya acompañado de la obra interior e inmediata y la iluminación del Espíritu Santo. Porque no es la letra la que está efectivamente operando en el alma, sino el obrar directo del Espíritu Santo por medio de la letra.

“Y ahora, usted puede preguntar, ¿En qué aspectos tengo que conocer a Jesús? Nosotros nos limitaremos a los siguientes asuntos: Este conocimiento de fe, cuyo objeto en el Evangelio es Cristo, es un conocimiento por el cual recibo convicción, a través de la luz divina del Espíritu Santo, de mi necesidad absoluta de Cristo. Veo que debo diez mil talentos, y que no tengo ni un céntimo para pagar; y que necesito tener una garantía para pagar mis deudas. Veo que soy un pecador perdido que necesita de un Salvador. Veo que estoy muerto y que soy impotente por mí mismo y que Lo necesito a Él, quien es capaz de vivificarme y salvarme. Veo que no puedo presentarme ante Dios, y que necesito a Jesús como un intermediario. Veo que voy por mal camino y que Él debe estar buscándome. ¡Oh, mientras más me oprime esta necesidad de Cristo, por causa de este verdadero conocimiento de la fe, las expresiones de mi alma provenientes de la fe que ha sido forjada en mi interior, se vuelven más serias e intensas, derriten el corazón y se vuelven más perseverantes, y acompañadas de mayores conflictos! Muchos no las aprecian porque no las tienen, pero, siendo los efectos del Espíritu Santo y los resultados de la fe que ha sido forjada interiormente, ellas son agradables a Dios, a quien son dirigidas. *Habrá considerado la oración de los desvalidos*, Y no habrá desechado el ruego de ellos—Sal. cii. 17.

“En tercer lugar, es a través de este conocimiento, *a la luz del Espíritu, que yo conozco a Jesús en el Evangelio, adaptado a mi necesidad en todo aspecto*. Es la misma convicción de la idoneidad de una cosa la que persuade a los afectos a elegir esa cosa por sobre todas las demás; la que lo vuelve a uno decidido y perseverante, a pesar de todos los obstáculos; para nunca abandonar la determinación de asegurar para sí la cosa o la persona elegida por causa de esta idoneidad con respecto a su necesidad. Esto se puede ver en relación al matrimonio. “Un joven puede considerar que casarse es absolutamente necesario para él. Y, sin embargo, aunque esté convencido de esta necesidad, puede encontrarse buscando a tientas en la oscuridad. Hoy tiene una determinación total, y mañana ya no la tiene. Hoy quiere a cierta mujer, y al día siguiente quiere a otra. Pero tan pronto como conozca a una persona a la que considere que se adapta a él en todos los aspectos, él estará completamente decidido. Esta idoneidad es la flecha que penetrará en su alma, y que hará que la balanza de sus afectos no resueltos se incline a favor del afable objeto. Por lo tanto, en tanto que él considere que ella es apta para él, nada podrá apartarlo de ella; y si para obtenerla fuera necesario, él trabajaría como un esclavo dos períodos de siete años, tiempo que no le parecería a él sino como días, por causa de la esperanza de que al final podrá llamarla suya.

“Y esto puede aplicarse fácilmente a lo espiritual. Demuestra que, si bien uno puede estar convencido de su necesidad de Cristo como su Salvador, aun así, mientras no lo vea y lo conozca por medio de la fe, adecuado en forma tan maravillosa a su persona en particular, los afectos no se verán atraídos a Él. De esto resulta que muchos, cuando tienen problemas comunes del alma, actúan de manera tan indecisa: hoy desean a Cristo, pero mañana no. En este momento ellos desearían convertirse, y al momento siguiente, no. Esta es la razón por la que muchos de los que una vez fueron tocados por el hecho de que Cristo se ajustaba con precisión a su necesidad y que por ello fueron en Su búsqueda por un tiempo, vuelvan atrás otra vez y ya no lo quieran, simplemente porque no Lo creen tan adecuado para su necesidad como para poder, por causa de Él, soportar el calor del día y el frío de la noche, o sacrificar todas las cosas, a fin de tenerlo a Él. Y esto demuestra que nunca han conocido Su verdadera idoneidad, que nunca la han visto con los ojos de la fe; de lo contrario, la semilla de Dios habría

permanecido en ellos. Pero, cuando la luz divina del Espíritu Santo que se encuentra en el Evangelio ilumina mi alma y recibo este conocimiento de la fe de parte de Jesús, ¡oh, entonces veo en Él cuán apto es como un Garante, un Mediador, un Profeta, Sacerdote y Rey, que mi alma es tocada en tal medida que considero imposible vivir una nueva hora siendo feliz, a menos que este Jesús se convierta en mi Jesús! Mis afectos se inclinan, se ocupan, se dirigen y se posan sobre este objeto; y mi determinación es tan grande, tan decidida y tan inamovible, que si requiriera de la pérdida de vida y de bienes, de padre y madre, hermana, hermano, esposa e hijo, ojo derecho o mano derecha—sí, aunque yo mismo fuera condenado a morir en la hoguera, estimaría todo esto ligeramente y lo sufriría con gozo, a fin de que este Salvador, tan maravillosamente apto, fuera mi Salvador y mi Jesús. ¡Oh, amigos míos! Examinen sus corazones, pues, por la propia naturaleza del caso, cualquier cosa menor que esto resultaría insuficiente. Si usted lo poseyera, se separaría gozosamente de todos sus pecados, ofrecería un adiós eterno y feliz a sus lujurias y pasiones íntimas más preciadas; le haría contar todas sus rectitudes, las cuales usted estimaba como ganancia, sólo como pérdida, rechazándolas como desechos infructuosos, por la excelencia del conocimiento de Cristo; le haría tomar con alegría la pérdida de sus bienes; le haría considerar un honor el ser azotado, junto con el apóstol, por amor a Cristo; le haría decir: ‘Aunque aún no Lo he encontrado y sólo estoy en la búsqueda de Aquel que ama mi alma, y aunque no me atrevo a decir, Mi Amado es mío y yo soy Suyo, aun así, si yo tuviera que trabajar por Él durante dos períodos de siete años, y los tuviera que pasar gimiendo y llorando, con lágrimas y súplicas, sólo serían para mí como unos pocos días, si al final sólo pudiera encontrarlo para que fuera mío. Dios mismo debe fijar vuestra mente en estas cosas; estos resultados son las señales infalibles de la raíz de esto que crece en nuestro interior.

“En cuarto lugar, este conocimiento de la fe *es una luz divina del Espíritu Santo, mediante la cual yo conozco a Cristo en el Evangelio en toda Su suficiente plenitud.* Por lo que puedo ver, no sólo que Él está bien predispuesto hacia los pobres pecadores como yo—pues un hombre podría encontrarse favorablemente dispuesto hacia otro para ayudarlo en su miseria, pero podría no tener el poder y los medios para hacerlo; y lo mejor que podría hacer sería compadecerse de aquel desdichado y decir, ‘Me compadezco de tu miseria, pero no te puedo ayudar’—sino que esta luz divina además me enseña que Cristo puede salvar hasta lo sumo; que aunque mis pecados fueran tan rojos como el escarlata y el carmesí, más pesados que las montañas, mayores en número que los cabellos de mi cabeza y las arenas a la orilla del mar, existe tal abundancia de satisfacción y méritos en el cumplimiento por causa de Su Persona, que, aunque yo tuviera todos los pecados de la raza humana en comparación con el cumplimiento de Cristo, que por causa de Su Persona tiene un valor infinito, ellos serían como una gota para un balde y como un pequeño polvo en la balanza. Y esto convence a mi alma de que mi pecado, en lugar de ser un obstáculo, más bien se suma a la gloria de la redención; que la gracia soberana se complació en hacer de mí un monumento perenne de infinita compasión. Anteriormente, siempre confesé mi pecado con desagrado; y fue arrancado de mis labios en contra mi voluntad, sólo porque me vi impulsado a ello por causa de mi angustia, porque siempre pensé, Mientras más confiese mi pecado, más alejado estaré de la salvación y más cerca me encontraré de la condenación eterna; y, por lo necio que fui, disfracé mi culpa. Pero, desde que sé que Jesús es tan todo suficiente, ahora clamo, más con mi corazón que con mis labios, ‘Aunque fuera un blasfemo y un perseguidor y todo lo que es malvado, *esto es Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero.*’ Y, si fuera necesario, estoy dispuesto a firmar esto con mi sangre, para la gloria de la gracia soberana. De esta manera, cada creyente, si está establecido en esta actitud, se sentirá inclinado a declararlo junto conmigo.

“En quinto lugar, es este conocimiento por medio del cual conozco, *a la luz del Espíritu Santo brillando en mi alma a través del Evangelio, a Jesucristo, como el Salvador más dispuesto y más preparado, quien no sólo tiene el poder de salvar y reconciliar mi alma con Dios, sino que también está en extremo predispuesto a salvarme.* ‘Dios mío, ¿qué es lo que ha provocado tal cambio en mi alma? Estoy sin habla y avergonzado; Señor Jesús, de estar de pie delante de Ti, por motivo del mal que te he causado, y de los pensamientos duros que he abrigado acerca de Ti, ¡Oh, precioso Jesús! Pensé que Tú no querías y que yo estaba dispuesto; yo pensaba que la culpa era Tuya y no mía; pensaba que yo era un pecador dispuesto y que tendría que suplicarte con mucho llanto, oración y lágrimas para hacer de Ti, *reacio* Jesús, un Cristo dispuesto; y no podía creer que la culpa fuera mía.’

“Esta oposición o controversia entre el alma sincera y Cristo, con frecuencia dura un largo tiempo, y nunca termina hasta que debido a la luz divina, se puede ver la buena disposición de Jesús. Sin embargo, no debe suponerse que durante ese tiempo no ha habido fe en el alma. Sino que se puede decir que, aunque haya habido fe, no ha habido ejercicio de ella en relación con este asunto. Y, cuando ésta aparece, el alma dice: ‘Con gran vergüenza y confusión de alma, ahora veo Tu buena voluntad. Tú me has dado la evidencia de Tu buena voluntad por Tu venida a este mundo, por Tu sufrimiento del castigo, por la invitación que me has extendido, y por la perseverancia de Tu obra sobre mi corazón. Recuerdo mis previas palabras de incredulidad, expresadas desde el más profundo escepticismo de mi corazón, y exclamo’: ‘Tú eres un Cristo que está dispuesto y yo era un pecador renuente. Dios mío, ahora siento que Tú eres demasiado poderoso para mí, me has convencido; y ahora en este día de Tu poder no puedo dudar, ni lo haré por más tiempo, sino que con mi mano escribo que voy a ser del Señor.’

“El conocimiento que cree en la buena disposición de Jesús, a la luz del Espíritu Santo a través del Evangelio, me hace ver mi previa falta de buena voluntad. Pero tan pronto como esta luz surge en el alma, la voluntad se inclina y se somete de inmediato. Aquellos que dicen ‘Jesús está dispuesto, pero yo sigo negándome,’ hablan sólo desde la teoría; pero les falta el conocimiento de la fe, y no han descubierto esta verdad. Porque, así como la sombra sigue al cuerpo, y el efecto a la causa, así mismo el conocimiento de creer en la buena voluntad de Cristo hacia mí es inmediatamente seguido por mi buena disposición hacia Él, con un perfecto abandono de mi ser a Él. Tu pueblo se te ofrecerá voluntariamente en el día de tu poder (Sal. cx. 3).

“Por último, mediante este conocimiento, *a través de la promesa del Evangelio y a la luz del Espíritu Santo, aprendo a conocer a la Persona del Mediador en Su gloria personal, estando tan cerca de Él que puedo tratar con Él.* Y digo, ‘a través de la promesa del Evangelio,’ para mostrar la diferencia entre una visión de éxtasis como la de Esteban y el conocimiento presumido del cual los herejes hablan desde fuera y en contra de la Palabra. La Palabra es el único espejo en el que Cristo puede ser visto y conocido mediante la fe salvadora. Y aquí lo veo a Él en Su gloria personal con los ojos de la fe, tan cercano como nunca antes he visto con mis ojos físicos objeto alguno. Pues esta fe que ha sido obrada internamente, y la luz del Espíritu Santo brillando sobre ella, traen a la Persona misma en forma sustancial hacia el alma, de modo que ella se enamora y queda tan encantada con Él que exclama: ‘Mi amado es blanco y rubio, Señalado entre diez mil. Porque fuerte es como la muerte el amor; Duros como el Seol los celos; Sus brasas, brasas de fuego, fuerte llama. Las muchas aguas no podrán apagar el amor. Si diese el hombre todos los bienes de su casa por este amor, De cierto lo menospreciarían’ (Cnt. iii. 10; viii. 6, 7).

“Mi amado, la fe acepta no sólo las palabras y la letra del Evangelio, sino al propio Cristo en ellas. La fe convierte, no con la letra por sí misma, sino que con el Cristo contenido en la letra. La fe tiene dos fundamentos, *la Palabra y la Sustancia.* No se basa sólo sobre la *Palabra*, la cual es la letra del Evangelio; sino también sobre la *Sustancia* en la Palabra. Es decir, Jesucristo—1 Co. iii. 11. El Evangelio es un espejo, pero si Cristo no aparece ante el espejo, Él no puede ser visto. Y cuando Él se presenta, no es el espejo lo que constituye el objetivo de la fe, sino la Imagen que se ve en el espejo. Es la sabiduría justamente, la que debe discernir esto.”

¿No se ha dicho esto de una hermosa manera? El Señor nuestro Dios conceda a muchos de nosotros esta dicha rica y pura.

## Notas

1. ↑ Brakel y Comrie fueron célebres teólogos holandeses del siglo XVIII. — Trad.
2. ↑ “Certa fudicia” No es un cierto conocimiento, sino conocimiento cierto.
3. ↑ “Certa fudicia” No es cierto conocimiento, sino conocimiento cierto.
4. ↑ Una publicación semanal religiosa editada por el autor. — Trad.

